LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

25 MARZO 1942

Nº 188

En este número:

CUANDO MUERE EL DIA
la famosa novela de BARRIE LYNDON, con espectaculares fotografías de la película del mismo título.

Un cuento dramático:
AKSENOV, EL PRESIDIARIO
Por LEON TOLSTOI

Un cuento humorístico:
LA VIUDA INCONSOLABLE
Por MANUEL GALVEZ

Un cuento histórico:
LA GUITARRERA DEL CERRITO
Por HECTOR PEDRO BLOMBERG

Un cuento de misterio:
EL SECRETO
Por LEONIDAS BARLETTA

Un cuento paraguayo:
UNA NOCHE EN CAAGÜÍ JHÚ
Por AVELINO RODRIGUEZ ELIAS

De EDUARDO MALLEA:
FANTASIA SOBRE VIRGINIA WOOLF

De MARIA ALICIA DOMINGUEZ:
LA PALIDA ESTRELLA DE LOS HERMANOS PINZON

Mariano Alfonso



LOS 10 "MANDAMIENTOS" DE LA BUENA MESA
ECONOMIA...
Cuando usted lleva a su mesa un menú confeccionado con platos envasados Armour listos para servir, logra el propósito de presentar su mesa bien servida, y satisface una aspiración muy justa: la de hacer economía en el presupuesto doméstico.
Un menú espléndido para tres personas:
1 lata de Lengüitas de Cordero - 1 lata de Ragout (pechito de cordero con porotos manteca) - 1 lata de Duraznos al Natural.
Usted quedará bien y habrá gastado poco.
Armour
RAGOUT
Armour
DURAZNOS AL NATURAL
AMARILLOS EN MITADES
Armour
LENGÜITAS DE CORDERO
COCINA MAS MODERNA Y EL MEJOR COCINERO EN CADA ENVASE DE
Armour

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.° 97.126

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
Buenos Aires

AÑO IX - N.° 188
25 MARZO 1942

Sumario

Ilustraciones de: MARIANO ALFONSO, ARTECHE, RAMAUGE, VALENCIA y FAIRHURST. Fotografías de: CASTELLANO, CONESA, PODESTA, ROMERO, BORELLI, etc. CHISTES E HISTORIETAS DE DIVERSOS AUTORES.



EN EL PROXIMO NUMERO:

LA PAMPA Y SU PASION
(La novela del turf)
por Manuel Gálvez

EL ABANDERADO
cuento patriótico
por Alfonso Daudet

UNA QUE FUE...
cuento psicológico
por Máximo Gorki

DESDICHADA CURIOSIDAD
cuento de bohemia
por Guy de Maupassant

REGRESO
cuento lírico, por Fausto Burgos

EL CAMION DE MARCOS
cuento cordobés
por Manuel M. Alba

EL DESCONOCIDO
cuento sentimental, por Jacinto Ramos

EL OJO MAGICO DEL DIOS CACO
relato humorístico
por Carlos V. Warnes

AMORES Y MANIAS DE LEOPOLDO II DE BELGICA
recuerdos de un diplomático
por el emir Emin Arslan

"LEOPLÁN" aparece el 11 de abril

Este magnífico estudio de la cabeza de un "pur sang" es como un anticipo de las imágenes que hallará el lector en las páginas de "LA PAMPA Y SU PASION" (La Novela del Turf), de Manuel Gálvez, que LEOPLÁN publicará íntegramente en su próximo número de abril.

EL CUENTO DRAMATICO

Aksénov, El Presidiario

Por **LEON TOLSTOI**

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



Dios ve la verdad, pero no la dice sino cuando quiere.

En la ciudad de Vladimir vivía un joven comerciante llamado Aksénov, que poseía dos tiendas y una casa.

Tenía el joven un aspecto simpático, era rubio, de rizados cabellos, y amigo de la alegría y del bullicio. En su juventud fué aficionado a los licores y cuando había bebido solía promover escándalo; pero una vez casado sólo bebió alguna, muy rara vez.

Un día de verano Aksénov decidió marchar a la feria de Nijni-Novogorod, cuando en el momento de despedirse de los suyos, su esposa le dijo:

—Iván, no te vayas hoy; he tenido una pesadilla respecto a ti.

Aksénov se echó a reír y contestó:

—¿Tienes miedo de que cometa alguna locura en la feria?

A esto repuso la mujer:

—No sé con precisión de qué tengo miedo, pero sí que he tenido un horrible sueño. Te he visto que volvías de la ciudad, que te quitaste el sombrero y tenías la cabeza blanca.

Aksénov rió aún con más ganas.

—Pues bien — exclamó —; ésa es buena señal. No tengas cuidado; haré buenos negocios y te traeré unos regalos espléndidos.

Y diciendo esto se despidió de su familia y partió.

A mitad de camino encontró a un mercader conocido suyo y se detuvo en su compañía para pasar la noche en un albergue. Tomaron el té juntos y se acostaron en dos habitaciones contiguas.

Aksénov, que no era un gran dormilón, se despertó a medianoche, y, para viajar más cómodamente, aprovechando el fresco, despertó al postillón y le dió orden de enganchar. Luego entró en el albergue, que estaba a oscuras, pagó al patrón y se fué.

Después de haber recorrido unas cuarenta *verstas* se detuvo de nuevo para dar pienso a los caballos, y él descansó en la posada. Salió a la puerta hacia la hora de la comida e hizo preparar el té. Tomó una guitarra y se puso a tocar. De pronto llega un trineo con su campanilla y baja de él un funcionario de la policía seguido de dos soldados; se acerca a Aksénov y le pregunta quién es y de dónde viene. Aksénov dice la verdad y le invita a tomar el té con él, pero el funcionario continúa el interrogatorio.

—¿Dónde has dormido la noche última? ¿Estabas solo con el comerciante? ¿Por qué saliste con tanta precipitación de la posada?

Sorprendido Aksénov, refirió lo que le había ocurrido y luego dijo:

—¿Por qué me hace usted tantas preguntas? No soy ni un ladrón ni un facineroso. Viajo por mis negocios y no hay para qué molestarme de ese modo.

Entonces el funcionario llamó a los soldados diciendo:

—Soy comisario de policía y si te pregunto es porque el comerciante en cuya compañía has pasado la noche ha sido asesinado. Enséñanos lo que llevas... y vosotros registradle.

Penetraron en la casa, se apoderaron de su baúl y de su saco de viaje, los abrieron y se rebuscó en ellos. De pronto el comisario sacó de la alforja un cuchillo y exclamó:

—¿De quién es esta arma?

Aksénov miró y vió un cuchillo manchado de sangre. Como lo habían sacado de entre sus efectos, le invadió el terror.

—¿Por qué hay sangre en este cuchillo?

Quiso responder Aksénov y no pudo articular palabra.

—Yo..., yo no sé..., yo..., un cuchillo... yo..., no es mío.

Entonces el comisario dijo:

—Esta mañana ha sido encontrado el comerciante asesinado en su lecho y, excepto tú, nadie ha podido cometer el crimen. La casa estaba cerrada por dentro y en ella no había nadie más que tú. Por si esto no bastara, he aquí un cuchillo manchado de sangre que hemos encontrado en tu equipaje. Además, tu crimen se lee en tu rostro. Confiesa al punto cómo has cometido el delito y cuánto dinero has robado.

Aksénov jura por Dios que no es él el culpable, que no ha visto al comerciante desde que tomaron juntos el té, que no tiene más que su dinero, ocho mil rublos, y que el cuchillo no le pertenece. Pero su voz es sofocada, su rostro está pálido y tiembla de terror como un culpable.

El comisario llama a los soldados y les ordena que aten a Aksénov y le metan en el coche. Cuando estuvo en él con los pies agarrotados, el infeliz se santiguó y rompió a llorar. Le cogieron todos sus efectos y su dinero y se lo llevaron a la prisión de la ciudad vecina. Mandóse hacer una información en Vladimir; todos sus habitantes declararon que Aksénov, aun cuando en su juventud había amado la bebida y las diversiones, era un hombre honrado. A pesar de esto se juzgó el asunto ante los tribunales y allí se le acusó de haber asesinado al comerciante de Riazan y de haberle robado veinte mil rublos.

La mujer de Aksénov estaba desolada y no sabía qué pensar. Sus hijos eran pequeños: uno de ellos estaba aún en la lactancia. La madre fué con ellos a la ciudad en donde su marido estaba aprisionado. Al principio le negaron permiso para ver a su esposo, pero luego, en fuerza de instancias suyas, se lo otorgaron. Al verle con el traje de la cárcel, encadenado y confundido con facinerosos, la esposa cayó al suelo presa de un síncope y tardó no poco en volver en sí.

Luego colocó a sus hijos a su lado, se sentó junto a Aksénov, le dió cuenta de los asuntos de la casa y le pidió que le refiriese cuanto le había ocurrido. Luego que hubo terminado su relato, ella le dijo:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Hay que ir a pedir gracia al zar — respondió el preso —. No es posible que un inocente sea condenado.

Su esposa le dijo entonces que ya había dirigido un memorial al emperador; pero que seguramente no habría llegado a sus manos, pues no había obtenido respuesta.

Aksénov no contestó y la pena le dejó aniquilado.

Su mujer añadió:

—No era un vano ensueño el que tuve. ¿Te acuerdas cuando te dije que te había visto con los cabellos blancos? Pues ahora el dolor ha encanecido tu cabeza. No debiste partir entonces; ya te lo advertí.

La esposa acarició los cabellos de Aksénov y le dijo:

—Juanito, querido esposo, di la verdad a tu mujer... ¿No has sido tú quien lo mataste?

Aksénov exclamó:

—¡Y tú también lo crees!

Al decir esto ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

Apareció un soldado y anunció a la mujer que había llegado el momento de retirarse. Aksénov dió el último adiós a su familia, y cuando su esposa hubo partido comenzó a





repasar en su mente la conversación que con ella había sostenido, y al recordar que su propia mujer le creía culpable y le había preguntado si había sido él el asesino del comerciante, se dijo:

—Sólo Dios conoce la verdad, y a El es a quien es preciso implorar. Esperemos en su misericordia.

Desde aquel instante cesó Aksénov de enviar súplicas al zar, cerró su alma a la esperanza y no hizo más que rogar a Dios.

El fallo de la justicia condenó a Aksénov a ser azotado y después a presidio.

Se le aplicaron los latigazos, y cuando las heridas se hubieron cicatrizado, se le envió, con otros presos, a Siberia.

Allí permaneció en los trabajos forzados veintiséis años. Sus cabellos se pusieron blancos como la nieve y su luenga barba caía sobre su pecho. Toda su alegría natural desapareció. Estaba encorvado, comenzaba a arrastrar los pies, hablaba poco, no reía nunca y rezaba frecuentemente.

En la prisión aprendió Aksénov a hacer botas. Con el dinero que así obtuvo compró un Martirologio, que leía mientras había luz en su calabozo. Los días festivos iba a la capilla del presidio, leía los Apóstoles y cantaba en el coro, porque aun conservaba su bonita voz. Las autoridades del presidio le amaban por su docilidad; sus compañeros le tenían en gran estima y le llamaban "padre" y "hombre de Dios", y cuando los prisioneros tenían algo que pedir, siempre lo hacían por intermedio de Aksénov, y si querellaban entre sí era también a él a quien escogían como árbitro de sus disensiones.

De su casa nadie escribía al prisionero, y, por tanto, éste ignoraba si su esposa y sus hijos vivían aún.

Un día trajeron al presidio nuevos forzados. A la noche, los antiguos pidieron a los nuevos noticias de las ciudades y pueblos de donde venían y de la causa de su condena. Aksénov se aproximó también y con la cabeza baja escuchaba lo que se decía. Uno de los nuevos presidiarios era un viejo de unos sesenta años, de alta estatura y barba gris recortada. Estaba refiriendo los motivos de su prisión.

—Es como lo digo, compañeros — decía —. Se me ha enviado aquí por nada. He desuncido un caballo de un trineo y me han sorprendido, diciendo que robaba. Yo dije: "Sólo quería ir más de prisa; ya veis que he soltado el caballo... Además, el dueño es amigo mío..., luego no hay delito." "No es cierto — me contestaron —: tú lo has robado." Y el caso es que ellos no sabían ni dónde ni cuándo lo había robado. Es cierto que yo he cometido crímenes que me hubieran debido traer aquí hace tiempo; pero jamás me han descubierto; y ved que ahora, contra toda ley me deportan. Pero paciencia..., ya he estado en Siberia y no he permanecido en ella mucho tiempo...

—¿Y de dónde vienes? — preguntó uno de los forzados.

—Soy de la ciudad de Vladimir, en donde ejercía la profesión de comerciante. Me llamo Makar y de apellido Semionovitch.

Aksénov levantó la cabeza y preguntó:

—¡Eh! ¡Semionovitch! ¿No has oído hablar en Vladimir de la familia del comerciante Aksénov? ¿Vive todavía?

—¡Ya lo creo! Los Aksénov son unos comerciantes muy ricos que tienen a su padre en Siberia... Sin duda habrá delinquido como nosotros.

Aksénov no gustaba hablar de su desgracia, por eso se limitó a suspirar y decir:

—Por mis pecados estoy en presidio desde hace veintiséis años.

Makar Semionovitch preguntó:

—¿Y por qué pecados?

—Sin duda porque lo merecería — respondió sencillamente Aksénov.

No quiso decir más; pero los otros forzados, sus compañeros, refirieron a los nuevos por qué Aksénov se encontraba allí; cómo, durante el viaje, alguien había asesinado a un comerciante y colocado en el equipaje de Aksénov un cuchillo manchado de sangre, y que a causa de esto se le había, injustamente, condenado.

Al oír esto, Makar lanzó una mirada sobre Aksénov, y con los ademanes de la más profunda sorpresa exclamó:

—¡Oh, qué prodigio! ¡Qué asombro! ¡Ah! ¡Y cómo has envejecido, buen hombre!

Se le preguntó por qué se admiraba de aquel modo y dónde había visto a Aksénov; pero Makar no quiso responder y dijo solamente:

—Es una extraña coincidencia, compañeros, que la suerte nos haya reunido aquí.

Al oír estas palabras juzgó Aksénov que aquel hombre debía ser el asesino cuyo crimen él pagaba, y le dijo:

—¿Es que has oído hablar de ese suceso, Makar, o es que me has visto en otra parte antes de ahora?

—Es que he oído hablar de ti y de tu asunto; pero hace ya tanto tiempo que ocurrió aquello, que lo que me dijeron lo he olvidado.

—¿Has sabido quizá quién fué el que mató al comerciante? — interrogó Aksénov.

Makar se echó a reír y dijo:

—Pues aquel en cuyo saco se encontró el cuchillo es, indudablemente, el asesino. Si es que alguno puso el arma en tu equipaje, entonces... no digo nada, pero, ¿cómo hubiera podido meter el cuchillo en tu saco si le tenías sirviéndote de almohada? De fijo lo hubieras notado.

Al oír estas palabras se convenció Aksénov de que aquel hombre era el asesino. Entonces se levantó y se fué. Aquella noche no pudo dormir.

Cayó Aksénov en una postración profunda, y entonces tuvo ensueños: ya veía a su esposa tal como estaba cuando le acompañó a la última feria, y su ensueño tuvo todos los caracteres de la realidad, porque le parecía estar viendo su rostro, sus ojos, y la oía hablar y reír; ya eran sus hijos los que aparecían ante su imaginación, tales y como eran entonces, pequeñitos, envuelto el uno en una capa forrada de piel, y el otro al pecho de su madre. El mismo se veía como era entonces: alegre, joven, sentado y tocando la guitarra a la puerta de la posada donde había sido preso, y también recordaba el sitio infamante donde le azotaron, el verdugo, la gente que se agolpaba en derredor suyo y los hierros, los presidiarios y los veintiséis años de prisión. Pensó en su vejez, y un dolor de los que hacen desear la muerte oprimió su corazón.

"—¡Y todo esto por culpa de ese infame! — se decía!"

Tal cólera sintió contra Makar que hubiera dado la vida con tal de vengarse, y por más que oraba no podía conseguir recuperar la calma. Durante el día jamás quiso acercarse adonde estuviera Makar y siempre apartaba la vista de él.

Así pasaron quince días. Por las noches, Aksénov no podía dormir y era presa de tal disgusto, que no sabía cómo estar para llamar el sueño. Una vez durante la noche, y en ocasión que paseaba dentro de su calabozo, notó que, de detrás de uno de los lechos, caía tierra. Se detuvo para ver lo que era aquello, cuando de pronto vió salir rápidamente de debajo de la cama a Makar Semionovitch y quedársele mirando con expresión de espanto. Aksénov quiso apartarse por no verle, pero Makar le tomó por la mano y le contó que estaba haciendo un agujero en el muro, y que todos los días se llevaba en las botas la tierra producida por su obra y la tiraba a la calle cuando salía al trabajo. Luego agregó:

—Sólo te pido que no digas nada de esto, y en cambio yo te llevaré conmigo, pues si hablas me apalearán hasta lo último, y entonces me las pagarás, porque te mataré.

Al oír hablar así a aquel que era causa de su perdición, tembló de cólera Aksénov, retiró su mano y dijo:

—Yo no tengo ganas de escaparme, y tú no tienes necesidad de quitarme la vida, porque me mataste ya hace mucho tiempo. En cuanto a denunciarte o no, será Dios quien lo decida.

Al día siguiente, cuando fueron los forzados a trabajar, notaron los soldados que Makar vaciaba sus botas de la tierra que contenían; hicieron un reconocimiento en su prisión y encontraron el agujero. Llegó el jefe y preguntó quién había hecho aquel taladro; pero todos se negaron a decirlo. Los que lo sabían no quisieron hacer traición a Makar, porque no ignoraban que éste sería medio muerto a latigazos. Entonces el jefe se dirigió a Aksénov.

—Anciano — le dijo —, tú que eres un hombre justo, dime, en nombre de Dios, quién ha hecho esto.

Makar Semionovitch estaba impasible y miraba al jefe sin volverse del lado en donde estaba Aksénov. En cuanto a éste, sus labios y sus manos temblaban y no podían proferir una sola palabra.

"¡Callarme! — pensaba —, ¿y por qué le he de perdonar, puesto que él ha causado mi ruina? ¡Que pague lo que me ha hecho sufrir! ¡Hablar!... Verdad es que le fustigarán hasta la muerte... ¿Y si no fuera él el asesino que yo creo?... Y, además, ¿me quitará sufrimiento su castigo?"

El jefe repitió la pregunta.

Aksénov miró a Makar Semionovitch y dijo:

—No puedo decirlo, señor. Dios no me permite que lo diga.

A la noche siguiente, en el instante que Aksénov iba a dormirse, oyó que alguien se le acercaba y se ponía a sus pies. Miró, y sus ojos, habituados a la obscuridad, distinguieron a Makar.

—¿Me necesitas todavía? — le preguntó —. ¿Qué haces ahí?

Makar permaneció silencioso, y Aksénov se levantó del lecho y dijo:

—¿Qué me quieres? Vete o llamo al guardián.

Makar se inclinó sobre Aksénov, muy cerca de él, y le dijo en voz baja:

—Aksénov, en nombre de Dios, perdóname. Voy a declarar que fuí yo quien mató al comerciante; se te pondrá en libertad y volverás a tu casa.

Aksénov repuso:

—Eso es fácil de decir, pero ya es tarde; he sufrido aquí demasiado. ¿Adónde voy a ir ahora?... Mi esposa ha muerto, mis hijos no se acuerdan de mí... No tengo adónde ir.

Makar seguía prosternado en tierra, con la frente en el polvo y diciendo:

—Aksénov, perdóname. Cuando me azotaron con el látigo no sufrí tanto como ahora al verte así... Y, sin embargo, has tenido compasión de mí y no me has denunciado. ¡Perdóname, en nombre de Cristo!

Y comenzó a sollozar.

A loír llorar a Makar, Aksénov sintió sus ojos llenos de lágrimas.

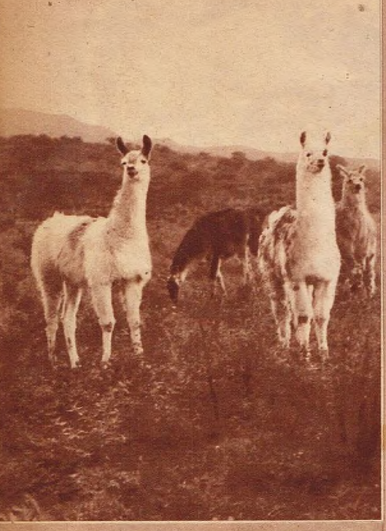
—¡Dios te perdonará! ¡Tal vez soy yo cien veces peor que tú!

Al decir esto sintió de pronto que una gran alegría inundaba su alma. Cesó en aquel momento de echar de menos su casa y su libertad y sólo se preocupó de su última hora. Makar Cemionovitch no atendió los ruegos de Aksénov y se declaró culpable del asesinato por el cual éste había sido condenado; pero cuando llegó la orden de poner en libertad al inocente, Dios le había recibido en su seno. ◈

CORDOBA PINTORESCA

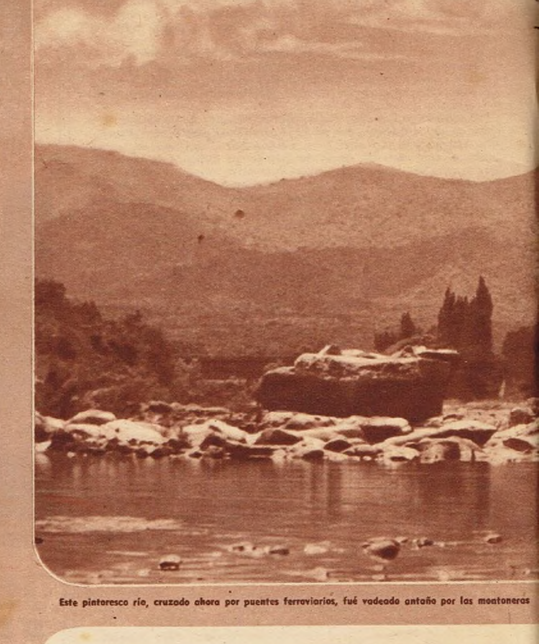
El Valle de Punilla,


Una bella perspectiva del pintoresco y sugerente valle de Punilla. En primer término se ve la cruz de la cima del Pan de Azúcar, a mil doscientos cincuenta y siete metros de altura.


Como en el altiplano de Bolivia, en las sierras de Córdoba sobrevive aún la llama, tradicional medio de locomoción y transporte de los indios comechingones que antaño habitaron el lugar.

Capilla Candonga, una de las reliquias históricas que llenan de sugestión el valle de Punilla y otras tantas regiones de Córdoba.




Este pintoresco río, cruzado ahora por puentes ferroviarios, fué vadeado antaño por las montoneras

UN REGALO DE FELIPE II ▪ LOS INDIOS COMECHINGONES COMPRAN TERRENO ▪ EL DIEZMO O MEDIA ANTA ▪ UN ENCUENTRO INESPERADO CON EL JEFE DE LA MONTONERA ▪ "PADRE, USTED DEBE LLEVAR PLATA EN ESAS ALFORJAS..."

Por Juan José Ortiz Barili

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Córdoba, marzo de 1942

Un obsequio de Felipe II

EL valle de Punilla — diminutivo de puna, a que debe su nombre, adjudicado por los conquistadores hispanos por la impresión de puna o soroche que experimentaban al subir los cerros circundantes — se extiende desde Carlos Paz, en las proximidades del lago San Roque (antes Quisquizacate), hasta Capilla del Monte.

tierra de mercedes reales

de "El Chacho", en su huída hacia la muerte. Al fondo se ve el cerro Pan de Azúcar, refugio de fugitivos, en otros tiempos.

Una flora vigorosa cubre casi totalmente las laderas y parte del feraz valle. Abundan la menta, peperina, tomillo, molle, palo santo y muchas plantas aromáticas y medicinales; gran variedad de cácteas y helechos. Aguas puras de manantiales y un clima ideal hacen grata la vida allí.

El 2 de septiembre de 1585 el teniente de gobernador don Pedro de Villalba, en nombre de S. M. el rey de España, Felipe II, daba posesión de estas tierras de Punilla, como mercedes reales en recompensa a servicios prestados, a D. Francisco Pérez de Aragón y Bartolomé Jaimes, con los primitivos y pintorescos protocolos que se estilaban entonces, y que, según historiadores — entre ellos el P. Pedro Grenón, de Córdoba —, consistían en tomar del brazo el dador o autoridad al que recibía las tierras y pasearlo por ellas, diciéndole:

—Tómala, es tuya.

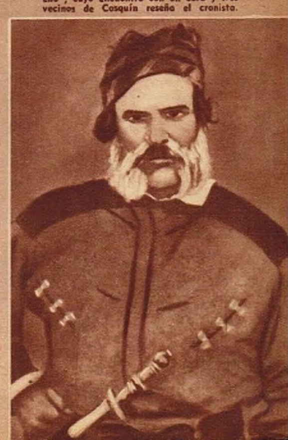
A lo que el agraciado contestaba dando las gracias y arrancando unas hierbas y piedras, que arrojaba a los cuatro vientos en señal de posesión. En el folklore calchaquí se dice que extendía un poncho y daba una vuelta, tendido en el suelo, para hacer más gráfica la posesión de la tierra.

La venta a los indios Comechingones

Luego de transcurrir algunas centurias, los terrenos de las mercedes reales de Punilla, una de cuyas fracciones poseían los P. P. betlemitas, fueron vendidos a los indios comechingones sumisos, que constituyeron la Comunidad Indígena de Cosquín, en la suma de 450 pesos plata sellada, libres de alcábala. Pagaron 160 pesos al contado y los 290 al plazo de un año, con la fianza de don Victorio Freytes.

Estos valles, además de las acechanzas de pumas y otras bestias, eran frecuentemen-

Vicente Angel Peñalozo, el famoso "Chacho", cuyo encuentro con un cura y tres vecinos de Cosquín reseña el cronista.



Paisaje típico del valle de Punilla, tierra de mercedes reales. Ante el humilde ranchito, a la sombra del viejo aguaribay, llegó, acaso más de una vez, en los tiempos coloniales,

4



El conocido lago San Roque está comprendido también en el valle de Punilla. Esta islita del mismo pertenece al antiguo río Quisquizacate.

te teatro de las depredaciones de indios hostiles, cuyas indómitas tribus poblaban las crestas de los cerros vecinos: Achala, Pan de azúcar y otros, que eran bastiones y seguro refugio de los salvajes.

El Diezmo o Media Anta

En aquellos tiempos, las pequeñas capillas y curatos, faltos de recursos, debían apelar, para su existencia, al diezmo, especie de media anta, o parte del producto de las cosechas, con que los agricultores contribuían al sostenimiento del culto religioso.

Si nos fuera dado mirar retrospectivamente, veríamos repetirse la escena, tanto en ranchitos humildes como en la casa del terrateniente del siglo XVII.

—¡Alabado sea Dios!—decía el recolector del diezmo al llegar.

—¡Por siempre!... — contestaban del interior de las viviendas, entre el ladrar de los perros.

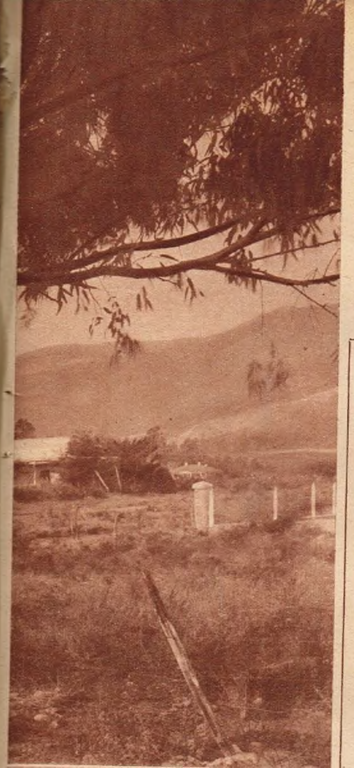
—¡El diezmo! — anunciaba el jinete.

—Con el mayor gusto. Baje, señor.

Y entonces, éste arrimaba despaciosamente su cabalgadura al palenque de algarrobo del patio y amarraba el "mancarrón del diezmo" (como se le llamaba jocosamente). Luego, pasto para el matungo; mate y asado, o la tradicional tortilla, eran generoso brindis al recién llegado, que le hacían exclamar:

—¡Ave María! ¡Qué esplendidez!

—¡Sin pecado concebida! ¡Sírvase, señor! — respondía el dueño de casa, invitando a comer.


el recaudador del diezmo, en su periódica recorrida.

Un encuentro con "El Chacho"

Refieren los antiguos que en 1863 los vecinos de Cosquín don Francisco Zapata y don Federico Cáceres se detuvieron en el camino a la Rioja a conversar con el cura, que iba a caballo desde aquel pueblo hasta Dolores, portando unas alforjas con objetos del culto. De pronto, entre una nube de polvo, se aproximaron y sofrenaron sus caballos varios hombres armados, entre ellos el famoso jefe montonero Vicente Angel Peñaloza, "El Chacho".

Eran restos de la montonera deshecha en Córdoba, que, huyendo, se dirigían, sin duda, a reorganizar, en los llanos de La Rioja, sus maltrechas fuerzas.

Adelantóse el citado jefe, y dijo arrogantemente, luego de un magro saludo, dirigiéndose al cura:

—Padre, usted debe llevar plata en esas alforjas. Y créame que me está haciendo falta mucha plata...

El cura, que temblaba, pudo articular:

—No, hijo mío... No llevo ni un real siquiera... Sólo los pobres objetos del culto...

—¡No me vaya a mentir! — dijo "El Chacho", sombrío.

—¡Ah! Y un poco de comida. Merienda de la que puedes disponer. ¡Mira, mira! — repetía el anciano cura, tembloroso, mostrando sus alforjas, mientras el encono y el despecho se transparentaban en la cara del cabecilla.

—Mi general — intervino, halagándole oportunamente, don Francisco Zapata, ante el mal aspecto que tomaban las cosas —, yo tengo cerca la majada. Si desea hacer carnear para su gente, disponga de ella.

Esto pareció conformar a "El Chacho", quien, después de mandar algunos hombres por varias ovejas, dió las gracias a Zapata y se puso en marcha. Iba hacia Chañar, donde Arredondo le tenía reservada la sorpresa, y hacia Olta, en cuya plaza, poco tiempo después, había de pender de una pica por espacio de ocho días, y por orden del mayor Irrazábal, la cabeza del famoso guerrillero. Pero antes debía desarrollar otras actividades. Entre ellas, un ataque a la estancia "Los Quimbaletes", contra cuya puerta descargaron sus trabucos los miembros de su partida, al no obtener el botín deseado. Salvóse milagrosamente su dueña, doña Manuela Núñez.

Esta casa, de gruesos muros de piedra, techos de mohosas tejas y tirantes de quebracho con ménsulas de algarrobo; algunas capillas y ruinas y algunos nogales añosos, que lograron resistir el embate de los años, recuerdan ahora, en el valle de Punilla, aquellos tiempos heroicos y constituyen reliquias robadas al arcano que envuelve hechos tan distantes que se esfuman en el olvido. ◈

EL CUENTO HUMORISTICO

La viuda

ILUSTRACION DE R. RAMAUGÉ



Todas las gentes de la pequeña ciudad, absolutamente todas las gentes, vivían impresionadas por el dolor inconsolable de aquella desgraciada viuda. Ricos y pobres, viejos y jóvenes, sanos y enfermos, no había un solo ser humano que no compadeciese a la viuda, que no admirase su extraordinario amor por el difunto.

Matilde era, pues, célebre, junto con su duelo histórico y su amor extraterrenal. Su fama había pasado de la localidad y se extendía por las provincias vecinas. Su pueblo sentía un especial orgullo de que allí existiese aquella pasión maravillosa. Las jóvenes que iban a casarse soñaban en amar como Matilde, y hasta imaginaban, quizá con una insignificancia de placer perverso, que el marido se les moría y ellas alcanzaban a fuerza de sufrir y de amar la misma gloria que Matilde. Más de una casada deseó la muerte de su cónyuge para llorarlo con aquellos extremos que hacían envidiar a Matilde. Y en cuanto a los hombres, no había uno solo que no anhelase una mujer como ella, capaz de querer con pasión tan excepcional y de sufrir por uno tan terriblemente.

Cuando en rueda de comadres se hablaba de alguna casada que había pecado o se divertía, jamás faltaba quien recordase a Matilde, exclamando: "¡Ella sí que sabe querer!". Y todas quedaban cabeceando con filosofía. La suerte de Pedro Yáñez, el sinvergüenza de Yáñez, fué envidiada por los hombres. ¡Ser recordado siempre, y después de una existencia tan divertida!

Matilde llevaba ya seis años de viudez. Vivía encerrada en su casa, vistiendo siempre de riguroso luto. Cuando alguien iba a verla se la encontraba fatalmente con el pañuelo en los ojos. Las novenas y las misas que Matilde mandara rezar por su marido en aquellos seis años fueron innumerables. Llegaba a la iglesia como una sombra trágica. Nadie le veía la cara, pues tapábasela con un pañuelo. Sus hombros eran sacudidos por la congoja y sus pasos vacilaban. Si alguna vez se le vió el rostro, apareció, a los ojos de los afligidos curiosos, demacrado, exangüe, "como el de un cadáver viviente", según la feliz expresión de uno de los poetas del pueblo.

El dolor de Matilde era tanto más grande y augusto cuanto que Pedro fué el mayor sinvergüenza de la localidad. Tuvo amores con todas las muchachas de los suburbios, dormía en su casa sólo por casualidad y tiró a la calle, en borracheras y mujeres, la fortuna de Matilde. Tres años antes de morir había abandonado a su mujer, instalándose con una perdida a cien metros de su hogar.

La pobre Matilde —una santa— no quiso pedir la separación de cuerpos. Creía que ese mínimo divorcio contrariaba a la religión y a la indisolubilidad matrimonial. Y aceptó, con resignación ejemplar, el sacrificio que le ofrecía Dios.

No hay para qué decir que Matilde tenía multitud de adoradores. No hablaban con ella, pero se valían de intermediarios, sobre todo de las sirvientas de la casa. Como éstas obtenían buenas comisiones, el ser sirvienta de Matilde fué el puesto más codiciado entre las muchachas pobres. Pero Matilde era insensible a aquellos requerimientos amorosos. Cierto que ninguno de sus pretendientes servía para algo, pero esto no disminuía la inalterable fidelidad de la muy santa mujer.

Sin embargo, comenzaba a susurrarse, pero sin que nadie creyera la calumnia, que Matilde había aceptado a uno de sus cortejantes. Hablábase de que una sirvienta llevaba y traía mensajes y cartitas y hasta de que el cortejante había ido a la casa misteriosamente. En las novenas y misas que ella mandara decir en las últimas semanas, alguien la encontró menos demacrada que otras veces, y su paso era, no ya vacilante, sino resuelto y aun con algo de saltarín. Pero todo esto eran

inconsolable

Por
MANUEL GALVEZ

calumnias. Matilde, la santa Matilde, la viuda histórica, la del duelo y el amor históricos, era absolutamente incapaz de semejante infidelidad a la memoria de su Pedro.

Todo el mundo admiraba aquel duelo, sí, menos una persona: el padre de Matilde. Don Antonio estaba harto de ser el padre de la infortunada viuda. Más de una vez habíale echado indirectas a su hija, pero como ella acentuara la tristeza de su rostro, él había callado, respetando aquel dolor augusto.

Pero un día ya no pudo más y habló claramente.

—Mira, Matilde; me estás reventando con tu luto histórico, con tu dolor exagerado y quiero creer que teatral. Esto ya no es vida para mí. Estoy condenado a andar con cara de entierro. Si me presentan a alguien, el presentado me pregunta si soy el padre de la viuda; y yo, naturalmente, debo ponerme triste. En el club no puedo reírme, porque me reprocharían esa risa, sufriendo tú como sufres. Pasaría por un padre desnaturalizado, por un monstruo.

Matilde permanecía en silencio.

—Y lo peor de todo es que ese duelo me parece absurdo. No comprendo que puedas querer tanto a un hombre que se gastó tu herencia materna, arruinándote, que se pasaba semanas enteras sin ir a su casa, que te hizo sufrir, que fué moralmente cruel contigo y que hasta te dejó por otra. No, no comprendo qué lo quieras con pasión tan grande.

Matilde exclamó:

—¿Yo quererlo a ese hombre? ¡Si lo odio!

Si el suelo se hubiera abierto para tragar a los dos, el padre se habría sorprendido menos.

—¿Cómo? ¿Y ese duelo histórico, y esos llantos, y esas misas?

—Todo eso lo hacía por odio. Mi marido aparecería más canalla ante el mundo cuanto mayor fuese mi cariño. ¿No es verdad? Si yo hubiese mostrado indiferencia o un afecto insignificante, la gente habría dicho: "Con razón la abandonó". Pero para haber dejado por otra a una mujer que lo quería con tanta pasión, era preciso ser un monstruo, el más infame de los hombres. Y esto quería yo: que el miserable de mi marido fuera considerado por todo el mundo como un infame monstruo.

El padre, con los labios unidos y estirados, cabeceaba asombradamente.

—Además —agregó Matilde, ahora sonriendo con picardía y gracia—, los hombres se enamoran fácilmente de las mujeres que han querido mucho a sus maridos. Y yo... a mí...; en fin, que es triste sentirse sola...

—Pero en esto has fracasado —saltó el padre, saliendo de su estupor—. Hasta ahora, por lo menos, creo que nada has conseguido...

—Pues te equivocas, papá. El luto histórico se acabará en estos días. Me caso el mes que viene.

RAUL MANTEOLA

CHARLAS DE DIVULGACION CIENTIFICA

Una visita al misterioso



"En pocos minutos salvan la distancia y el coche pasa raudo frente al rancho de donde sale la voz cantante..."

Libertad Lamarque y la velocidad

CAE la tarde. El sol se ha hundido ya detrás del horizonte, pero sus rayos calcinan todavía la atmósfera, cielo arriba, poniendo toques de bermellón en las nubes perezosas. Ella y él regresan de una excursión en automóvil. Marchan por una de esas carreteras de la provincia, de bruñido macadán, que más que caminos parecen avenidas, flanqueada por terrenos de labrantío — potreros, maizales, alguna que otra huerta, de amelgas alineadas, que al paso del vehículo dan la ilusión óptica de un abanico que se abre —. De pronto la calma se interrumpe. El espacio se llena con el sonido horrísono de una canción, que viene de la distancia, pero que atruena. Canta una radio lejana.

—¡Qué manera de chillar! — protesta ella, haciendo ademán de taparse los oídos —. ¿Para qué habrán puesto esa radio en tono tan agudo? Es un disco de Libertad Lamarque, no cabe duda. Pero la hacen cantar como si fuese Lily Pons...

El, atento al volante, sólo contesta con una sonrisa. El coche rueda a más de ochenta kilómetros, y a esa velocidad el conductor no puede distraerse. En pocos minutos salvan la distancia y pasan raudos frente al rancho de donde sale la voz cantante. La canción ha tomado, de improviso, el tono natural de tiple de la cancionista. Pero esto sólo dura unos segundos. Apenas el coche ha recorrido unos metros más, la voz baja de tono. Y sigue bajando de tal modo, que ella nuevamente cree oportuno protestar:

—Deben de estar jugando con esa radio. Ahora a la pobre Lamarque la hacen barítono. Escucha. Es como si cantara Carlitos Gardel...

Entonces él se cree obligado a dar una explicación.

—A lo mejor — insinúa — la culpa no es de la radio, sino de nosotros.

—¡Chistoso! — le interrumpe, fulminante, ella.

—Mejor dicho — prosigue él, inmutable —, la culpa es de la velocidad con que marchamos.

El "descubrimiento" de Pascal

—A ver si descubres una nueva ley de física... — le contesta ella con tono burlón.

—Me pasaría lo que a Blas Pascal.

—¿Y qué le pasó a Pascal?

El coche ha perdido velocidad. La aguja del velocímetro oscila ahora entre el 25 y el 30.

—Si me dieras un cigarrillo — le pide él —, te respondería.

—Yo también quiero un "rubio" — expresa ella.

Y cumplida la simple tarea de encender dos pitillos, que realiza ella con la gravedad de una ceremonia, junto con la primera bocanada de humo, retoma el tema, insistiendo en su pregunta:

—¿Y qué le pasó a Pascal?

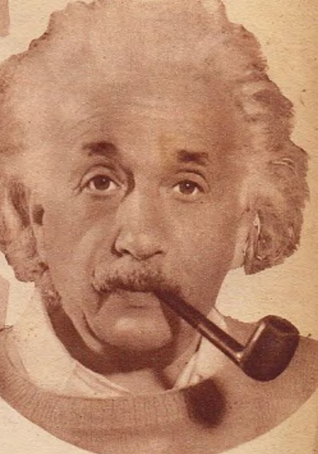
—Cuando aun era niño — cuenta él —, el inventor del cálculo de probabilidades cometió una falta. Una de esas travesuras cualesquiera sin mayor importancia. Pero sus padres, que eran gentes muy severas — vivían en el siglo XVII —, lo condenaron a una pe-

mundo de los sonidos

DE COMO LA VELOCIDAD INFLUYE EN EL SONIDO. - EL "DESCUBRIMIENTO" DE PASCAL Y FINSTEIN Y LA RELATIVIDAD. - LO QUE OCURRIRIA SI PUDIERAMOS MARCHAR A UNA VELOCIDAD MAYOR QUE LA QUE DESARROLLA EL SONIDO. - OTROS CURIOSOS E INTERESANTES ASPECTOS DE LOS FENOMENOS ACUSTICOS

Por
Luis Enrique Carrera

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Cuando Einstein llegó al gran público con sus teorías sobre la relatividad, la gente atribuyó al genial matemático cuanta paradoja se presenta en el mundo físico.

na dura: a pasarse una semana encerrado en su cuarto, sin ver a nadie, sin conversar con nadie, sin jugar con nadie. Pascal era un muchacho estudioso. Y lejos de echarse a llorar, tomó filosóficamente sus libros y sus cuadernos y se dedicó al trabajo. Cuando cumplió el castigo, asombró a sus padres. Había formulado todo un tratado de geometría. Y estaba ufano, porque había logrado descubrir cosas tan curiosas como que la suma de los ángulos de cualquier triángulo da siempre 180 grados; que en el espacio, en cualquier punto de la tierra, y aun del universo, no hay sitio más que para tres rectas perpendiculares entre sí, sin que sea posible añadir otra; que la suma del cuadrado de los catetos de un triángulo rectángulo equivale al cuadrado de la hipotenusa, y diez leyes más.

"Cuando el profesor se enteró del trabajo de Pascal, lo felicitó efusivamente. Pero se creyó en la obligación de agregarle:

"—Es una lástima que hayas nacido con veinte siglos de atraso."

—¿Por qué? — pregunta ella, avivada su curiosidad.

—Porque lo que el niño Pascal había descubierto, él solito, en el retiro de su encierro, había sido descripto unos tres siglos antes de nuestra era por otro geómetra no menos célebre: el griego Euclides.
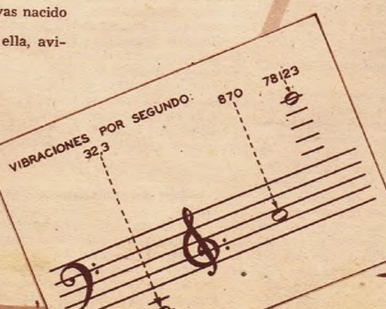
—De modo que Euclides — recapacita ella con sorna — había ya observado que la velocidad de un automóvil es capaz de influir sobre el tono de un receptor de radio colocado en un rancho del camino...

—Ni lo observó Euclides, ni yo he dicho eso, ni la velocidad tiene que ver con el receptor — aclara él —. Pero la verdad es que la velocidad influye sobre el sonido. Como todos los fenómenos de física, el sonido es relativo...

Einstein, sinónimo de relatividad

—Eso, con seguridad, lo descubrió Einstein.

—Precisamente, no. Hay una relatividad que se llama clásica, y cuyos principios se han ido acumulando a través de siglos de observación. Pero en los últimos años, cuando Einstein llegó al gran público con sus teorías revolucionarias, la gente dió en atribuir al genial matemático cuanta paradoja se presenta en el mundo físico. De tal modo, para ese gran público, relatividad ha llegado a ser, en cierto modo, sinónimo de Einstein. O, a la inversa, Einstein sinónimo de relatividad. Pero entre los principios de la relatividad clásica, que no se sabe quién los formuló, pero que, a ciencia cierta, son anteriores a Einstein, está el de la velocidad del sonido. El so-



Al tocar una cuerda tensa, vibra con una frecuencia determinada por su longitud. Si las vibraciones son de 32,3 por segundo, producirá una nota muy baja; el *do* dos líneas bajo la pauta, en clave de *fa*. Si llega a vibrar 870 veces por segundo, la nota emitida será el *la* normal, el del diapasón. Y si sus vibraciones llegan a tener una frecuencia de 78.123 por segundo, producirá la nota más alta o más aguda, o sea el *si* de la quinta línea sobre la pauta, en clave de *sol*.



"El coche ha perdido velocidad. La aguja del velocímetro oscila ahora entre el 25 y el 30. —Si me dieras un cigarrillo — le pide él —, te respondería de inmediato".

nido, o mejor dicho, la altura del sonido está condicionada por la velocidad, y, por lo tanto, no es igual para un observador detenido que para uno en movimiento.

Un ejemplo

—¿Cómo es eso? Explícamelo — pide, ya interesada, ella.

—Como tú sabes — accede él —, los sonidos o notas musicales tienen lo que se llama una frecuencia dada, o sea un número definido de vibraciones por segundo.

—Si no me aclaras eso, no voy a entenderte — insinúa, mimosa.

—Pues es muy simple. Cuando tú tocas una cuerda tensa, podrás observar que experimenta una cantidad de oscilaciones que, aunque pequeñísimas, son en gran parte perceptibles a simple vista. La cuerda oscila con movimientos levísimos que se parecen algo a los de un péndulo. El número de esas oscilaciones o vibraciones por segundo determina la altura o tono de la nota que la cuerda emite.

"La nota más baja del piano (y te hablo del piano para que entiendas con más facilidad), el *do* de la primera octava, que corresponde al *do* dos líneas bajo la pauta, en clave de *fa*, tiene una frecuencia de 32,3 vibraciones por segundo. El *la* normal, el del diapasón, el del segundo espacio de la pauta, en clave de *sol*, tiene una frecuencia de 870 vibraciones por segundo. Y, en cambio, el *si* de la quinta línea sobre la pauta, o sea el *si* de la octava del piano, llega a tener una frecuencia de 78.123 vibraciones por segundo.

"Ahora bien, en condiciones normales, el sonido recorre 333 metros por segundo. De este modo, el *la* natural de que hablamos — y concretémonos a esta sola nota, para simplificar — tiene una longitud de onda de 0,39 metros (333|870). Un oyente inmóvil escuchará esa nota, y cualquiera otra, con mayor o menor intensidad, según sea la distancia a que se halle del instrumento emisor, pero siempre con igual tono. Pero cuando, como en nuestro caso, nos estábamos acercando en automóvil al transmisor, cambiaron las condiciones físicas. Las 870 vibraciones de la nota del ejemplo permanecieron intactas. Pero tuvieron que dividirse en un espacio menor: la diferencia entre los 333 metros por segundo de la velocidad del sonido y los 22 metros por segundo, aproximadamente, con que nos acercábamos al receptor, a 80 kilómetros por hora. Y, en consecuencia, esa nota adquirió una longitud de onda menor. Se hizo más aguda. Fué como si la hubiéramos apretado entre el receptor y el coche."

Cuando pasa el tren

—Por eso chillaba... — no resiste ella a hacer el fácil chiste.

—A la inversa — prosigue él —, cuando nos alejamos del transmisor, las 870 vibraciones de la nota tuvieron que dividirse por la suma de los 333 metros de la velocidad del sonido, más los 22 metros con que nos alejábamos del receptor. En este caso, la nota adquirió una longitud de onda mayor. Su tono se hizo más bajo. La voz, según tu expresión, salió más ronca. Esto que observaste ahora lo habrás experimentado muchas veces. Por ejemplo, cuando pasa un

avión por el cielo, si la máquina se acerca, el rugido de sus motores es agudo. Pero apenas ha pasado sobre nuestras cabezas y tiende a alejarse, sin transición, ese rugido se hace grave.

—Ahora recuerdo — recapacita ella —. Hace años vivimos en un pueblecito, próximos a la estación. Cada vez que se acercaba un tren emitía un silbido muy agudo, que de pronto se tornaba grave, cambiando completamente de tono. Yo pensaba que era un silbato especial. Pero había reparado en que, cuando viajaba en tren, ese silbido era monótono. Una pitada siempre igual, sin diferencias de tono.

—Esto, por una razón muy sencilla: yendo en tren, tú te movías a una velocidad igual a la del silbato. Es como si ambos, el silbato y tú, hubieran estado inmóviles.

Si se pudiera marchar más rápidamente que el sonido

El coche pasa ahora entre una vaharada de horno, por callejuelas estrechas, atiborradas de chicos que corretean en la calzada y de mujeres que conversan asomadas a las puertas. Han entrado en poblado.

—Y si marchásemos a una velocidad extraordinaria — pregunta ella, al cabo de un rato —, ¿qué ocurriría?

—El fenómeno de acústica se agudizaría — responde él —. Hasta que llegaría un momento en que no escucharíamos nada, absolutamente nada. Al acercarnos a la fuente del sonido, porque el tono se haría tan agudo que quedaría fuera del límite de nuestra percepción auditiva. Y al alejarnos, porque lograríamos marchar más rápidos que el sonido y huiríamos virtualmente de él.

—¿Y qué velocidad habría que alcanzar para eso?

—Unos 1.225 kilómetros por hora, por lo menos. Piensa que el sonido, a 333 metros por segundo, corre a razón de 1.198 kilómetros por hora.

Aplicaciones prácticas

Ella hace un resumen mental. No le ha desagradado la lección de física aplicada. Pero, práctica, quisiera conocer la utilidad de tal conocimiento.

—Y a todo esto — pregunta —, ¿qué aplicación tiene esta ley?

—Muchas aplicaciones. Desde luego, con la base de ella se ha indeado un instrumento muy ingenioso: el radiogoniómetro. Este instrumento es el que permite a los aviadores volar a ciegas. Haya niebla o esté oscuro, el piloto puede, mediante señales convenidas que le envían las estaciones radiotelegráficas, marchar con seguridad y aterrizar con tanta limpieza como si el cielo estuviese despejado. También se lo utiliza para descubrir las estaciones radiotelefónicas clandestinas, que tanto abundan en tiempos, como el presente, de acción bélica.

—Y, a propósito, en la guerra, ¿tienen alguna aplicación?

—Por supuesto. En la guerra, como en la paz, guía a los aviadores. Por eso habrás leído que apenas se da en una ciudad la señal de alarma de ataque aéreo, dejan de funcionar las estaciones radiotelegráficas y hasta radiotelefónicas de la zona amenazada. Conocida la ubicación de esas estaciones, al piloto atacante no le sería difícil orientarse para hallar su objetivo.

La evocación del horror de la guerra pone un intervalo de silencio entre los dos. Para disiparlo, él añade:

—Aplicado a la luz, que tiene una constitución semejante a la del sonido, el principio sirve a la astronomía. Permite estudiar la distancia y la velocidad a que se mueven las estrellas lejanas.

Y como ella se interesa por el asunto, él explica:

—Este es ya otro tema. Tendría que empezar por explicarte el principio del prisma y del espectrógrafo. ¿Qué te parece si lo dejamos para otra ocasión? ❖

EL CUENTO HISTORICO

LA GUITARRERA DEL

I

ALVARA Monteagudo, con la pollera de lanilla roja recogida más arriba de las rodillas, saltó del bote que se balanceaba violentamente en la marejada y se encontró a bordo de la ballenera.

Los dos tripulantes de la "María Manuela" contemplaron con interés a la pasajera. Era una mujer alta, delgada, muy morena, de ojos magníficos. Se echó atrás el rebozo color sangre y miró con descaro a los dos hombres.

—¿Salimos en seguida? — preguntó con acento imperioso.

—Aura mismo, doña — respondió el más joven, y la parda vela de la ballenera se hinchó bajo el aletazo del viento que acariciaba, en la clara mañana de noviembre.

Alvara, sin preocuparse de sus compañeros de viaje, acomodó sus enseres en la proa de la embarcación: una maleta pequeña y una guitarra.



CERRITO

por
HECTOR PEDRO BLOMBERG

ILUSTRACIONES DE PAUL VALENTIN



Sentóse sobre la maleta, y con el rostro entre las manos y los codos en las rodillas, miró la ciudad de la cual se alejaba, una ciudad chata y cenicienta, las barrancas rojizas, la mole negra del fuerte, los sauzales de la ribera, los campanarios de San Francisco, de Santo Domingo, de la Merced, dorados por el sol mañanero.

La brisa despeinó sus cabellos renegridos, pero Alvara Monteagudo, absorta en su contemplación, parecía no advertirlo. La ciudad comenzaba a borrarse a lo lejos y la ballenera cobraba velocidad sobre las pardas ondas. El marinero joven, empuñando el timón, tenía los ojos fijos en la silenciosa pasajera.

El había oído hablar de aquella mujer en las pulperías del bajo de Buenos Aires. Sabía quién era: Alvara Monteagudo, la guitarrera, de la flor roja de la Federación en los cuarteles y los mercados. El rebozo de seda que llevaba caído negligentemente sobre sus hermosos hombros era un regalo de Manuelita Rosas; las arracadas de oro que adornaban sus orejas pequeñas habían pertenecido a la misma doña Encarnación Ezcurra, y habíanle sido obsequiadas por doña María Josefa en persona.

La pasajera, como si hubiera sentido sobre ella la mirada penetrante del hombre, se volvió bruscamente; el timonel de la "María Manuela" desvió los ojos.

Era hermosa, sí, aquella mujer de ojos como brasas y cabeza desmelenada.

¿Qué diablos iría a hacer a Montevideo?

Recordaba el timonel — que era criollo y se llamaba Eladio Santos —, que el día anterior, a la hora de ánimas, llegó un oficial de Rosas hasta el bajo, y le dió una orden: "En cuanto salga el sol, mañana, llevará una mujer a Montevideo, con la mayor reserva".

La orden iba acompañada de una onza de oro.

Y el sol apenas empezaba a subir por el cielo del este, cuando la misteriosa viajera apareció en el bajo desierto. Era ella, la de la orden superior. Eladio, que había comunicado a su peón, un entrerriano sesentón, la visita del oficial y la sigilosa travesía, la reconoció al instante.

Navegaban estuario adentro. La ciudad del Restaurador se borraba en el horizonte transparente.

Alvara Monteagudo se alisó los cabellos rebeldes y se colocó el rebozo. Volvió a caer en una meditación profunda. Eladio Santos, que seguíala mirando con fascinación extraña, advirtió que sacaba un papel de su seno y lo leía con atención.

—¿En qué andará la guitarrera? — se preguntó.

Cambió bruscamente el viento y se dedicó a la maniobra. La vela parduscа de la ballenera aleteó como una bandera, y Eladio Santos se olvidó de la mujer por un instante.

El había nacido en los bajos de Santa Catalina, en un rancho perdido entre los sauzales, y lo mismo que su padre, Hilario Santos, amaba el río, el gran río leonado, en cuyas riberas aprendió a caminar.

Hilario se había ahogado una noche, en la barra del Luján, y era él quien lo sucedía ahora en los caminos traicioneros del estuario.



Desde 1837 la ballenera de Eladio Santos transportaba cargamentos humanos de los bajos porteños hasta la Banda Oriental. Casi todos eran hombres y mujeres que huían de la ciudad del Restaurador. Florencio Varela y Valentín Alsina habían soñado el amargo sueño del exilio a bordo de la "María Manuela", una obscura y tormentosa noche de otoño. Durante años, especialmente allá por 1840, Eladio se familiarizó con los hombres de rostro sombrío y las mujeres llorosas que abandonaban la patria porteña huyendo del terror.

El nunca se comprometió. Si más de una vez las patrullas mazorqueras sospechaban del hijo de Hilario Santos, sus advertencias no pasaron de simples amenazas, porque el patrón de la "María Manuela" era una figura popular en las pulperías de la ribera.

Era necesario vivir. Eladio sólo se internaba en la ciudad cuando alguno, que deseaba embarcarse en secreto, lo llamaba en el misterio de las tinieblas para preparar la huída.

El sitio de Montevideo multiplicó sus actividades de navegante. Eladio escuchaba las conversaciones de sus pasajeros y su corazón estaba con aquellos jóvenes que iban a defender el refugio de los exilados. Hablaban en voz baja, como si temieran que el viento del río fuese a contar al oído del Restaurador sus planes heroicos y desesperados.

Ahora cruza las aguas leonadas y familiares con una pasajera solitaria. Y la pasajera era la famosa Alvara Monteagudo, que llevaba ensartados en la guitarra los corazones federales de la mayoría de los oficiales restauradores.

¡Alvara Monteagudo!

Recordó vagamente el marino una historia extraña, lúgubre, escuchada en las pulperías. La madre de Alvara, allá por el año veinte, dió muerte a su marido, y fué sentenciada al destierro en Bahía Blanca por toda la vida.

La pequeña Alvara vino al mundo en la cárcel del sur. Allí creció, y fué en 1833 cuando la uxoricida recibió el indulto y regresó a Buenos Aires. Abrió una pulpería en el barrio de San Nicolás, cerca de la casa de la Mazorca, y vivió allí hasta el año siguiente de la muerte de Quiroga.

Alvara contaba entonces quince años, y los clientes de la pulpería se extasiaban oyéndola tocar la guitarra.

Hasta el mismo Rosas quiso un día escuchar a la "payadora de San Nicolás", cuya fama corría por las parroquias, y un domingo, en el patio de doña María Josefa, el corazón del Restaurador, que, según él, sangraba por la muerte de la heroína, se conmovió al escuchar las medias cañas y los cielos federales de Alvara Monteagudo.

Por orden suya, Manuelita la cubrió de regalos. Doña María Josefa incorporó a la guitarrera a su legión femenina, y el destino de la muchacha quedó señalado.

Pocos meses después de aquel acontecimiento memorable de su existencia, Alvara vendió la pulpería a un mazorquero. Le fastidiaban las orgías ruidosas de aquellos hombres violentos que la cortejaban con odiosa familiaridad, pero que temían sus arranques de ira y su daguita de cabo de plata, sobre todo.

En los años que siguieron prestó servicios diversos a la Federación. Cuando Rosas se fué a Palermo, era ella, Alvara Monteagudo, quien amenizaba las tertulias del Restaurador con su guitarra famosa, mientras don Juan Manuel la contemplaba con mirada meditabunda y Manuelita aplaudía con regocijo infantil.

II

Chata y blanca, como acurrucada en la orilla, Montevideo surgió ante los ojos de Alvara Monteagudo. No había nadie en las toscas murallas. Más allá, por el lado del Cerrito, divisábanse las tropas del sitio.

—Ya estamos, doña — informó Eladio Santos.

Gimió el pequeño cabrestante y el ancla de la ballenera mordió la arena.

La pasajera, recogiendo su guitarra y su maleta, disponíase a saltar al agua, cuando Eladio la levantó en peso, sin decir una palabra, y la condujo hasta la orilla.

—Gracias, paisano... Adiós — dijo ella, y el patrón de la ballenera la miró con extraña turbación.

El y el entrerriano, que durante el viaje había demostrado una profunda indiferencia hacia la pasajera, la vieron alejarse lentamente por la playa.

—¿Qué diablos vendrá a hacer a Montevideo? — murmuró Eladio, y el entrerriano se encogió de hombros.

—Nada bueno, de fijo... — respondió con indiferencia.

—¿Sabes quién es?

El viejo siguió con la mirada la figura roja que se alejaba y volvió a encogerse de hombros.

—Es Alvara Monteagudo...

—¡Ah, ya!... La guitarrera, la hija de aquella Monteagudo que el año veinte...

—Sí — interrumpió Eladio. Y ambos guardaron silencio.

Esa tarde, al emprender el regreso, el patrón de la ballenera aun pensaba en la payadora de San Nicolás. En el crepúsculo montevideano, oyó una voz porteña, varonil y melancólica, que cantaba en el silencio del anochecer, más allá de las murallas:

Cielito, cielo y más cielo,
Cielo de la despedida;
¡Muera Rosas y seremos
Libres por toda la vida!

—¡Pobres unitarios! — murmuró Eladio Santos, aparejando su ballenera, mientras unos tiros aislados se oyeron en el campo de Oribe —. ¡Pobres unitarios!... ¿Qué vendrá a hacer entre ellos esta mujer?...

El viento del río se llevó la pregunta.

III

—¿Cómo te llamas?

El porteño la miraba con ardiente interés. Tendría unos veinticinco años, y vestía el uniforme de los oficiales del general Paz, porque había conquistado sus grados en Caaguazú.

Alvara, cuyos dedos largos y finos acariciaban las cuerdas de la guitarra, sin dejar de bordonear, clavó en él sus pupilas centelleantes. El hombre se estremeció ligeramente.

—¿Cómo te llamas? — volvió a preguntar.

—Alvara — respondió ella, sin apartar la mirada.

—Alvara... Alvarita... — murmuró el hombre —, ¿eres porteña?

—Más porteña que la Virgen de Luján — fué la altiva respuesta de la guitarrera, y unos soldados que la rodeaban aplaudieron ruidosamente.

Hacía más de un mes que frecuentaba las filas de los sitiados. Había trocado su rebozo color sangre por una mantilla celeste, y parecía más hermosa que nunca entre aquellos hombres barbudos y mal ataviados que defendían la heroica ciudad oriental contra las hienas de Rosas.

Un toque de clarín hizo incorporar bruscamente a los soldados. La guitarrera y el oficial quedaron solos.

—Alvara... Alvarita — repitió este último —, ¿dónde vives, Alvara?

Los dedos morenos corrieron sobre las cuerdas, y el hombre palideció bajo aquellos ojos de fuego.

—En Montevideo, en el Cordón... ¿Va a ir a visitarme?

La guitarra enmudeció. La voz de Alvara Monteagudo habíase vuelto acariciadora, sutil, y el oficial del general Paz, el teniente de Caaguazú, experimentó como un vértigo.

Veíala casi diariamente, desde tres semanas atrás.

Los cielitos apasionados de Ascasubi flotaban sobre las murallas, vibraban bajo el firmamento del Cerrito como un reclamo de amor y de combate, y llegaban hasta el rancho del capitán Rivadavia, porque el teniente de Caaguazú, el defensor de Montevideo, llevaba el nombre y la sangre del más ilustre de los argentinos.

—¿Irá usted a visitarme, capitán?

El joven cerró los ojos, sin responder. Miróle ella extrañamente, y la bordona gimió bajo su mano temblorosa.

—Iré, Alvara...

Caía la noche. Confusos y roncos rumores llegaban desde el campamento de Oribe en el crepúsculo. La figura erguida y arrogante de Alvara Monteagudo se recortaba como una visión en la penumbra.

—Hasta mañana, capitán...

Su mano pequeña y tibia oprimió la del oficial. Los rumores del campamento enemigo se apagaban por instantes.

—Hasta mañana...

El capitán se quedó solo. En el cielo obscurecido aparecían las primeras estrellas. "Eran las estrellas del destierro", pensó Rivadavia, y su pensamiento se volvió a Buenos Aires, ensangrentado y palpitante bajo las garras de Rosas, turbados sus insomnios terroríficos por los cantos federales, inerte y dolorida desde hacía tantos años...

Una voz familiar vibró a su espalda.

—¿Soñando como siempre, Rivadavia?

Un oficial rubio, de gran estatura, lo miró sonriendo.

—Pensando...

—Sí, ya sé lo que piensas... O mejor dicho, en qué piensas — dijo el oficial rubio, poniéndose serio.

—En Buenos Aires, en esta guerra, en la hora de la libertad — murmuró el capitán, turbándose.

El otro apoyó sus manos fraternales sobre los hombros de su camarada y lo miró fijamente. Sus palabras eran graves, melancólicas.

—No, Rivadavia. Tú, en este instante, estás pensando en una mujer de ojos negros que canta cielitos en las trincheras. Ten cuidado, Rivadavia. Un soldado de Arroyo Grande, un vencedor de Caaguazú, no debe dejarse sorber el seso por una mujer como la guitarrera del Cerrito, en estas horas en que nos jugamos el todo por el todo...

El grito ronco de un centinela interrumpió el breve y grave discurso. Iba a contestar el capitán, pero su compañero, girando bruscamente sobre sus talones, desapareció en la creciente obscuridad.

—La guitarrera del Cerrito... Así la llaman... Alvara... Alvarita.

Creyó oír el bordoneo de la vihuela encantada; le pareció que los ojos refulgentes lo contemplaban desde la sombra.

IV

Sola en la casita del Cordón, Alvara Monteagudo reflexionaba. Hacía tres días que no aparecía por el Cerrito, y nadie preguntó por ella.

Le extrañaba la ausencia del capitán. Varias veces interrogó a la negrilla Gaspara, su criadita.

—Nadie vino, mi ama, más que una mujer de color que vende cigarros en el campo de Oribe.

¿Se habría engañado?

Sin embargo, su viva inteligencia, su conocimiento de los hombres, su aguda intuición femenil, le decían que el capitán Rivadavia la amaba. Lo vió claramente aquella tarde, cuatro días antes, cuando le preguntó su nombre con turbado acento.

Y no había venido...

Desde la ventana de la casita contempló las calles polvorientas de Montevideo, bordeadas de sauces. Un paisano se aproximaba, sin prisa. Su poncho rojo parecía una mancha de sangre bajo el violento sol.

Pronto estuvo cerca. La negrilla Gaspara le salió al encuentro.

—¿Aquí vive una que llaman la guitarrera del Cerrito? — preguntó el paisano, enjugándose con la mano el sudor que corría por su frente. Era a fines de diciembre, y el sol calcinaba.

—Aquí nomás — respondió la negrilla, decepcionada porque aquel tosco gaucho no era el oficial que tan ansiosamente esperaba su ama desde tres días atrás.

—¿Está la guitarrera?

La negrilla lo hizo pasar. El paisano miró curiosamente a la mujer que tan gaucho apodo llevaba, y saludó con torpeza.

—Aquí le traigo un pliego del general Oribe — dijo, bajando la voz al pronunciar el famoso y execrado nombre del sitiador de Montevideo.

Leyó Alvara rápidamente y su semblante se ensombreció.

—Está bien. Puede retirarse.

El hombre se fué. La negrilla lo vió desaparecer entre los sauces: una mancha de sangre perdiéndose entre los ramajes.

Alvara leyó y releyó el pliego. Después cayó en una meditación profunda. Rosas estaba disgustado, le informaba Oribe, y esperaba que apresurase las cosas.

Subía el sol por el cielo oriental. Inmóvil, la antigua payadora de San Nicolás evocaba su última entrevista con el Restaurador, en uno de los corredores de Palermo; sus instrucciones precisas, terminantes, acentuadas por un puñado de onzas de oro y por una amenaza inequívoca.

El rostro pálido de Rivadavia surgía entre las líneas del pliego de Oribe. En toda su agitada juventud, ningún hombre la había mirado como la miró el oficial aquella tarde, a la sombra del Cerrito...

ACTUALIDADES



DEMOSTRACION. — Con objeto de despedirlo de la vida de soltero, sus amigos y compañeros de tareas de la Editorial Sopena Argentina agasajaron con un almuerzo, que transcurrió en un ambiente de camaradería, al joven Santos Zorzoli.

—¡Aquí está el señor oficial, mi amita!

La voz estridente de la negrilla la arrancó de sus pensamientos. El capitán Rivadavia estaba allí, en la puerta de su casa, erguido y juvenil, brillantes los obscuros ojos, la gorra en la diestra.

—Alvara... Alvarita...

Ocultó rápidamente el pliego entre sus ropas y salió a su encuentro.

—¡Señor capitán! Por fin ha querido honrar mi casa...

—Me fué imposible venir antes, Alvara... Razones de servicio. ¿Me perdonas?

Las manecitas cálidas de la guitarrera oprimieron la mano del soldado. La negrilla Gaspara se eclipsó, llena de júbilo, porque su ama estaría contenta ahora con su esperado oficial.

En el corazón del capitán ya no hallaba eco la canción de dolor y de sangre que los vientos y las ondas del río llevaban hasta las orientales riberas. Todo lo olvidaba en aquel instante en que él y Alvara Monteagudo se encontraban solos por segunda vez, lejos de las miradas de los soldados y de los compañeros de armas, en la tarde sofocante de verano.

Los sauces del barrio del Cordón se agitaban dulcemente bajo la brisa del estuario.

Rosas, la tiranía, la Mazorca, los mártires, la gloria de las campañas, su mismo nombre ilustre, todo se desvaneció en presencia de aquella mujer turbadora que se le aproximaba hasta confundir su aliento con el suyo.

Tendió hacia ella los brazos y sintió que un papel crujía entre las ropas de ella y rodaba por el piso de la habitación. Inclinóse a recogerlo y un grito ahogado se escapó de la garganta de la guitarrera.

Apartóse bruscamente. Alvara habíase apoderado del papel trágico y lo trituraba entre sus dedos largos y delgados.

Miráronse en silencio durante algunos segundos. En los oídos del capitán vibraron las palabras de su camarada, en aquel crepúsculo del Cerrito:

"Ten cuidado, Rivadavia... Un defensor de Montevideo no debe dejarse sorber el seso por una mujer que canta cielitos en las trincheras"...

Iba a hablar, pero los labios de la Monteagudo sellaron los suyos.

—Te quiero, Rivadavia... ¡Amor mío!

La brisa del río había cesado, y los sauces, inmóviles, parecían escuchar.

V

—No deberías volver a casa de esa mujer... Es un consejo de hermano.

—Ella vendrá aquí.

—Es distinto. Mientras toque la guitarra entre los soldados, no hay ningún mal, pero cuando empieza por llevar a su guarida a los oficiales más ilustres del ejército de la defensa...

Rivadavia frunció el ceño.

—Te prohibo que hables mal de Alvara, Bernardo.

—¿De la guitarrera del Cerrito? ¿Sabes su historia? Es muy interesante, sobre todo para un sobrino del primer presidente de las provincias Unidas, para un unitario como tú.

Los ojos turbados y sombríos del capitán se clavaron en su compañero.

—¿Qué quieres decir? — preguntó con voz ronca.

Un clarín próximo tocó lista mayor.

—Mañana te explicaré — fué la respuesta, y el llamado Bernardo se alejó rápidamente. Rivadavia encendió un cigarro negro y estuvo largo tiempo paseándose nerviosamente. Las palabras de su camarada le habían causado un malestar extraño, una angustiosa inquietud.

Esa noche no durmió. Fumaba sin cesar, con los ojos fijos en las estrellas deslumbrantes del firmamento estival. El grito monótono de los centinelas despertó ecos sonoros, interminables, en el campamento dormido, y allá, en el campo de los sitiadores, oíase el ladrido de los perros insomnes.

Después de cumplir el servicio de la mañana, dirigióse el preocupado militar al barrio del Cordón, casi desierto. Uno que otro negro vendedor ambulante transitaba por las calles polvorientas.

La negrilla Gaspara, jubilosa, lo hizo pasar en el acto, como siempre.

GRAFICAS



ENLACE. — Dió lugar a una lucida fiesta danzante, realizada después del acto religioso, el casamiento del señor Félix Simón Tizzano con la señorita Rosa Ercolano. La presente fotografía nos muestra un aspecto del referido acto.

Dentro, Alvara templaba su guitarra. El último cielito de Aniceto el Gallo temblaba en sus labios color sangre, y sus ojos magníficos, ardientes, estaban fijos en la línea azul del río distante.

La noche antes había recibido otro pliego de Oribe. El tremendo teniente de Rosas estaba al corriente de las visitas cada vez más frecuentes de Rivadavia, y la apuraba con vagas amenazas...

—¡Alvara!

Ella cayó en sus brazos soltando la guitarra.

El capitán besó los cabellos renegridos y sintió que el clamor de su sangre por aquella mujer lo enloquecía.

—¡Rivadavia!

Sí, era suyo, suyo. Experimentó en aquel instante febril la sensación de su victoria.

—¡Vámonos a Buenos Aires, Rivadavia! — suspiró apasionadamente —. Allí estaremos juntos siempre, siempre... Abandona esta guerra... ¡Vente conmigo!

El capitán apenas la oía.

El rumor de unos pasos resonantes los hizo apartarse bruscamente. Un hombre de aspecto grave y severo entró en la habitación, seguido por dos oficiales y varios soldados.

—¿Es a mí a quien busca, señor Andrés Lamas? — preguntó Alvara, y una palidez mortal cubrió su bello semblante.

—Si es usted Alvara Monteagudo, conocida por la guitarrera del Cerrito, sí — respondió el jefe de policía de Montevideo, y la antigua payadora de San Nicolás comprendió que estaba perdida.

—¿Qué significa esto, señor Lamas?

Rivadavia, lívido de ira, se adelantó hacia él. Lo miró tristemente el ilustre funcionario.

—Significa que acabo de evitar que un sobrino de don Bernardino Rivadavia caiga en las garras de don Juan Manuel de Rosas, haciendo traición a la causa unitaria por una miserable mujer — contestó sombríamente, y con un gesto enérgico prosiguió —: Debo cumplir mi deber, capitán...

Las pupilas de Alvara arrojaban llamas. El jefe de policía miró en torno suyo, y, sin vacilar, levantó la guitarra que yacía en el suelo y sacó de su caja un papel cuidadosamente doblado.

Sin decir una palabra, lo extendió al capitán. Leyó éste rápidamente y sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Aquel arrugado papel era el último pliego de Oribe...

—¿Comprende ahora, capitán Rivadavia?

Alvara miró el rostro cadavérico de éste y le pareció que algo se quebraba dentro de su apasionado corazón. Lo había perdido al gallardo capitán, al ilustre porteño que fué el único hombre que de veras amó.

Jadeante, llorosa, quiso hablar, quiso explicarlo todo. Lo había hecho por miedo a Rosas, que la amenazó con fusilarla si no le llevaba al sobrino deshonrado del gran unitario de 1826.

Pero el señor Lamas le impuso silencio. Cayó de rodillas, sollozando.

—Usted, mi capitán, queda con sus compañeros de armas. Que esto le sirva de ejemplo. Usted, Alvara Monteagudo, agente del tirano Rosas, vendrá conmigo.

Los dos soldados avanzaron hacia la guitarrera del Cerrito.

—¿Me va usted a fusilar, señor Lamas? — dijo con voz firme, secando sus lágrimas.

—Por ahora no, Alvara Monteagudo. Será usted una prisionera de guerra en Montevideo hasta que termine el sitio, hasta que caiga el tirano Rosas y el sol de la libertad ilumine el Río de la Plata. Al menor intento de fuga, será usted pasada por las armas. ¡En marcha!

Salió, acompañada por los soldados. Desde la puerta, volvióse hacia su amante:

—¡Adiós, Rivadavia!

El capitán la miró con ojos ardientes, desesperados.

—¡Adiós, Alvara!

La vió perderse entre los sauces del barrio del Cordón. Comprendió, en ese instante, que jamás volvería a ver a la guitarrera del Cerrito. ◈

Quinientos mil siriolibaneses trabajan

En busca de libertad

La colectividad siriolibanesa es como un bajel navegando siempre viento en popa. Su timonel, un hombre de acción que en el semblante lleva reflejado el dinamismo. Hablamos de don Moisés J. Azize, recio carácter, inteligencia firme y voluntad entera, presidente del Banco Siriolibanés. Con exquisita amabilidad accede a la interviú, sometiéndose gustoso a la curiosidad reporteril.

—¿Cuántos siriolibaneses hay en la Argentina? — le interrogamos.

—Entre 400.000 y 500.000; de éstos, 30.000 en Buenos Aires. Puede afirmarse que ni un solo pueblo existe en la República donde no haya compatriotas nuestros ocupados en las más diversas actividades.

—¿De cuándo data la inmigración siriolibanesa?

—De hace 60 años. Los siriolibaneses vinimos a América en busca de libertad, que no de dinero; al salir de nuestra patria no pensábamos en enriquecernos, sino en poder vivir libremente en alguna tierra ideal. Esa tierra ideal fué para nosotros América. Lo de ir a un punto u otro de la misma, no fué cosa nuestra, sino de la suerte. Mi propio caso es buen ejemplo. Yo salí de Siria cuando sólo contaba 12 años de edad y llegué a Buenos Aires por casualidad. Mi padre, antes de tomar una decisión en asunto importante, solía consultar el Evangelio. Lo abría al azar, leía un versículo cualquiera y, según entendiera que era o no favorable su interpretación, procedía. Sabiéndolo yo, y ansioso de escapar a la esclavitud de que los turcos nos hacían objeto, doblé el lomo del sagrado libro allí donde había versículos *favorables* a mis propósitos. Mi padre, antes de decidirse a au-

Los miembros de la colectividad siriolibanesa, cuyas múltiples actividades se reseñan en esta nota, desarrollan en Buenos Aires una activa vida social. Esta foto, tomada durante las últimas fiestas de Carnaval, y que animan las señoritas Sorensen y Popús, el doctor Sorensen y el señor Zicman, así lo demuestra.

Las señoritas Amelia Sarti y Lydia Tuma, que obtuvieron los primeros premios de Belleza y Disfraz, respectivamente, en el reciente baile de Carnaval celebrado en los salones del club, se felicitan por el éxito que obtuvieron.

Otra prueba gráfica de la animación desplegada en las reuniones sociales del club la constituye esta foto, para la cual posó gentilmente un atractivo grupo de hermosas señoritas, hijas de residentes siriolibaneses.

y progresan en nuestro país

Por **Jacinto Toryho**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFÍAS DE
MARIO BORELLI

torizar mi partida, me dijo: "Consultemos el Evangelio; ábrelo y leamos". Naturalmente, lo abrí por donde me convenía... Entonces leyó y dijo: "Parece propicio a tus deseos". Repitió la operación dos veces más; el Evangelio se abría siempre por el mismo sitio, y mi partida quedó aprobada. Salí de casa con el Brasil por meta de mi largo viaje; pero ya en Beirut, los agentes que me enviaban optaron por hacerlo a la Argentina, debido a que esto les proporcionaba mayor comisión. Y aquí llegué en brazos de la casualidad.

"Pues bien, mi caso — prosigue diciendo nuestro amable interlocutor —, con ligeras variantes, es el de todos mis compatriotas emigrados. Actualmente hay en América más sirios y libaneses que en Siria y Líbano. Los Estados Unidos tienen 1.000.000; Brasil, 800.000 y la Argentina, la cifra ya indicada.

Comercio e industria

—¿A qué género de actividades se dedican los siriolibaneses entre nosotros?

—En un principio se dedicaron al comercio menor. Empezaron con artículos de bisutería, baratijas, que adquirían en los comercios de españoles para revenderlos más tarde. Se dedicaron al comercio, no porque fueran comerciantes, cosa que en su patria jamás habían sido, sino porque aquél era el trabajo más asequible en un pueblo cuyo idioma ignoraban. Más tarde entraron en el comercio al por mayor. El vendedor ambulante logró establecerse con una pequeña tienda; luego ésta fué poco a poco ampliándose hasta colocarse en primer plano comercial en muchos sitios. Ejemplos: Tucumán y Córdoba. En ambas poblaciones, el 80 % del



Don Moisés Azize conversando con nuestro cronista en el curso de la entrevista, durante la cual hizo las interesentes declaraciones que se consignan en la presente nota.



En un rincón del Club Siriolibanés, posa ante la cámara un conjunto de máscaras que lucen trajes regionales, y que animó con su presencia los tradicionales bailes de media Cuaresma.

El señor Moisés Azize, presidente del club y figura prominente de la colectividad siriolibanesa, hace entrega de los respectivos premios a las ganadoras de los concursos de Belleza y de Disfraz, en un simpático acto.

En los amplios salones del club tuvo lugar, recientemente, esta simpática reunión que organizó un grupo de socias, con el objeto de agasajar a la señorita Inés Berlaris.

comercio total está en manos de mis compatriotas.

"Pero al margen del comercio, los siriolibaneses son también agricultores e industriales. Solamente en el perímetro de la capital federal tienen hoy día 300 fábricas de su propiedad, algunas de las cuales giran con capitales de 3.000.000 de pesos y planillas de 3.000 operarios. La característica de estas fábricas es que jamás en ninguna de ellas se ha registrado huelga ni conflicto alguno. Entre obreros y patronos existe una cordialidad de relaciones admirable.

"Los siriolibaneses llegaron aquí como emigrantes de lo más humilde. En la actualidad, el total de sus capitales invertidos en negocios asciende a 800.000.000 de pesos, poseyendo, además, 625.000.000 de pesos en bienes raíces. Según datos oficiales del gobierno de Tucumán, la colonia mayor de aquella provincia, superando a la española e italiana, es la siriolibanesa.

Capacidad de adaptación

—¿Se adaptan los siriolibaneses fácilmente a la vida argentina?

—La aptitud de adaptación de mis compatriotas es extraordinaria y su amor a la Argentina, inmenso. No hay que olvidar que, procediendo de un país en el que se vivía en condiciones de franca inferioridad, hallaron aquí lo que en su patria no tenían: libertad y trabajo remunerador. ¿Cómo no van a querer a esta tierra? Son, por carácter, muy respetuosos con las autoridades y la leyes, no dándose entre ellos ni criminales, ni ladrones, ni mendigos. Y no viven al margen de la población argentina, sino mezclados en un todo con ella. El porcentaje de sus matrimonios con mujeres criollas es muy superior al de los efectuados con mujeres de origen árabe. Nuestros hijos acuden a las Universidades junto con los demás, e inclusive ingresan en el Colegio Militar, donde son muy bien acogidos. La adaptación al medio de mis compatriotas se da hasta en el campo político. Recientemente leí en "La Nación" que de cinco nombramientos de jefes políticos efectuados en Santiago del Estero, cuatro de ellos habían recaído sobre siriolibaneses.

Cómo viven en Buenos Aires los siriolibaneses

—Por lo que hace a Buenos Aires, ¿sus compatriotas prefieren concentrarse en un barrio determinado o viven desparramados por la ciudad?

—Al principio vivían en un solo barrio, el de Reconquista, costumbre que subsistió hasta 1915. Luego han ido dispersándose por toda la capital, habilitando toda clase de negocios.

—¿Cómo están organizados entre ellos?

—Hay que hacer resaltar, en primer término, que la nuestra es una colectividad muy unida y amiga de vivir asociada. Como mínimo, tienen en el país unas 300 sociedades con más de 100 edificios propios.

"En el orden económico los representa el Banco Siriolibanés, que me honro en presidir. En la vida de relación, el Club Siriolibanés Honor y Patria, que también presido yo, y cuyo edificio se adquirió antes de ser constituída la entidad. Muchos socios pagaron como donación de ingreso la cantidad de 10.000 pesos. El club proporciona a sus asociados cursos de canto, baile, instrucción cívica, sanidad de aviación, primeros auxilios, arte coreográfico, español, francés, inglés, árabe, taquigrafía, dactilografía y cultura física. Toda clase de juegos está prohibida. Durante el año 1941 realizó ciento treinta y tres actos sociales: recepciones, banquetes, festivales, aparte de las conferencias de carácter cultural, a las que asistieran las más destacadas personalidades de la vida argentina.

Instituciones de la colectividad

"Tenemos también el Patronato Siriolibanés, asociación de beneficencia, la mayor de su género que mis paisanos poseen en el mundo. Tanto en el club como en el Patronato, el 70 % de sus socios son argentinos; hay entre ellos ministros, generales, senadores, diputados, escritores, artistas, etc.

"Nuestro club ofrece gratuitamente sus salones a todas las organizaciones de Buenos Aires para actos culturales, proporcionando, además, sede fija a otras entidades a las cuales protege, tales como el Instituto Hispano-Arabe, presidido por el Dr. Osvaldo Machado, y cuyo comité directivo está integrado por tres argentinos, tres españoles y tres árabes; el Círculo de Confraternidad Interamericana, que celebra en los salones del club, los días patrios de todos los pueblos de América, y efectúa intercambio de publicaciones, folklore, etc., a la vez que los familiariza con las costumbres, tradiciones e himnos nacionales respectivos; la Asociación Folklórica Guaraní y la Comisión Organizadora de la Filarmónica Metropolitana, que en el año próximo será una hermosa realidad.

"Dispone también nuestra colonia de su propio órgano periodístico, el "Diario Siriolibanés", en castellano y árabe, que fundé yo en enero de 1929, sin que desde entonces haya dejado de aparecer un solo día. He ahí a grandes rasgos la obra de los siriolibaneses en la Argentina, patria en la que hemos depositado todo nuestro afecto, realizada con ejemplar tesón. Todos nosotros estamos satisfechos de ella y animosos para engrandecerla". ◈



Vista de la fachada del edificio del club social de la colectividad siriolibanesa de Buenos Aires, centro de las actividades sociales de sus numerosos asociados.

EL CUENTO DE MISTERIO

EL SECRETO

por ***Leónidas Barletta***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACION DE FAIRHURST

El día en la montaña era frío y ventoso. Nubarrones color de plomo flotaban pesadamente. La blancura de la nieve hería las pupilas. Había rodado cuesta abajo unos cien metros. Estaba descalabrado. Me acerqué al refugio, entré y estaba preparando un fueguito, eligiendo la leña más seca, cuando se presentó un hombre alto, recio, de ojos aniñados y serios, a la vez.

Se quitó la gorra y saludó secamente. Sus cabellos eran rubios. Golpeó uno contra otro los tacos de sus botas y se sentó. Yo seguía amontonando leña, contento de tener con quién compartir aquel momento de descanso. El hombre miraba mi trabajo. Pensé: no vendría mal un poco de whisky.

Como si hubiese adivinado mi pensamiento, sacó de su bolsillo trasero una botella y me ofreció, diciendo:

—¿Quiere tomar un trago? Es seco.

Bebí un sorbo y le di las gracias. Era un licor fuerte y agradable. Dije a mi vez:

—No tengo nada que ofrecerle.

El fuego nos había acercado. Estábamos uno enfrente del otro y las llamas vivaces daban en el semblante taciturno de mi compañero extraños reflejos.

El temporal arreciaba y el ulular del viento hacía más grata aquella permanencia junto al fuego.

—Evidentemente — dije, por decir algo —, el fuego es la vida.

Me miró sin contestarme. No va a ser fácil conversar con este individuo, pensé.

—En Buenos Aires, en cambio, la gente estará asándose en las calles — insistí —. ¡Qué curiosa es la naturaleza!

Volvió a mirarme y por toda contestación sacó una pipa y una bolsita de tabaco.

No pude reprimir un gesto infantil de alegría.

—¿Fuma usted en pipa? Yo también. ¿Quiere servirse de mi tabaco? Es una mezcla que tiene muchos años de estudio. Nunca estaba satisfecho del tabaco que fumaba. Pero éste me parece bueno. El secreto de la pipa consiste en dejarla secar bien después de haberla usado. La pipa fría y húmeda le da un sabor desagradable al mejor tabaco. Bueno; la pipa tiene muchos secretos.

Me callé, cohibido por la mirada tranquila y severa de mi interlocutor.

—Sí — dije para disimular el desaire —, fumar en pipa es lo mejor del mundo.

Me dispuse entonces a guardar silencio un poco picado en mi amor propio. Encendí la pipa y me entretuve oyendo restallar la leña ardiendo en el hogar.

Entonces le oí decir pausadamente:

—Me gusta conversar con personas serias, sobre cosas serias.

—Hombre — le repliqué, sin tiempo para pensar con cuidado lo que decía —, yo no sé si soy la persona seria que a usted le conviene; pero hasta ahora no ha dicho usted nada que valiese la pena de escuchar poniendo cara de sufrimiento.

No hizo caso de mi ironía. Me di cuenta que me costaba trabajo fijar mis ojos en él. Prefería evitar los suyos y le hablaba escurriendo la vista por la cabaña o fijándola insistentemente en el fuego.

De pronto su voz se hizo más grave aun y dijo, lentamente:





—¿Sabe usted quién soy?

No contesté. Di unas chupadas nerviosas a la pipa. Empecé a tener miedo. Un miedo estúpido. Miedo, ¿de qué?

El hombre estaba sumergido en la penumbra y el fuego coloreaba apenas su rostro. Dijo con parsimonia:

—Soy el primer novio de Margarita Stanley.

Iba a contestarle, en broma: ¡Tanto gusto!; pero me contuve y dije, empezando en burla y terminando irritado:

—Nunca le he preguntado a mi mujer por el número de sus pretendientes, ni le autorizo a usted a que la llame por su nombre de soltera.

—Sí; le ha preguntado usted — replicó vivamente —, y por otra parte, no hay marido que no haya disfrutado de tan delicada confidencia; y, además, se ha particularizado usted conmigo. Y ha querido saber los pormenores de mi famosa ascensión a la montaña y se ha sentido usted dolorido al saber de su boca que ella me quería. Yo soy Federico. Veo que hace usted memoria. ¿No me imaginaba usted así? No he cambiadò nada. La montaña es como la frontera de la eternidad.

Afuera el viento había calmado. Y el silencio blando de la ladera nevada rodeaba el refugio. El hombre prosiguió:

—Nunca dos seres se quisieron como nos queríamos nosotros. ¡Cómo decirlo! No hay modo de expresarlo más que repitiendo: nos queríamos, nos queríamos. Después ocurrió aquello...

Me levanté, angustiado. Me pareció que sonreía levemente. Abrí la puerta del refugio y salí. Me acuerdo que corrí un centenar de metros y después, sofocado, respirando afanosamente un aire que parecía vidriado, hundiéndome en la nieve caminé y caminé hasta que alcancé a ver algunas casuchas de Llao-Llao.

Entonces sentí que me abandonaban las fuerzas y me dejé caer en la nieve.

Cuando abrí los ojos estaba de nuevo en el refugio, delante de un buen fuego.

Margarita me incitaba a beber un trago de café caliente tocándome los labios con el borde del jarro. Miré detenidamente a los que me rodeaban. Estaban el señor Holsen, el instructor de esquíes, el muchacho que traía los caballos de alquiler y mi esposa.

Me levanté tambaleándome y miré por todos los rincones. Pregunté con un hilo de voz:

—Cuando me trajeron aquí, ¿no había nadie?

Se miraron uno con otro y Margarita dijo:

—Nadie; aunque había un poco de fuego.

Con una entonación que a mí mismo me sorprendió, le dije:

—¿No estaba Federico?...

—¡Federico! — murmuró con un dejo perceptible de angustia —. ¿Qué Federico?...

Entonces hice señas con la mano de que no me hiciera caso. Un frío glacial me recorrió el cuerpo. Estaba seguro de que iba a contestarme:

—¿Estás loco? Federico, mi primer novio, murió hace muchos años; antes de que nos casásemos.

Presentí esta respuesta y preferí callarme y guardar para mí como un secreto este episodio, antes de saber que había pasado algunos minutos conversando con un muerto. ◆

BAJO EL SIGNO DE "MEJORAL"...

LOS GRANDES LABORATORIOS SYDNEY ROSS INICIAN EN LA ARGENTINA UNA NUEVA CRUZADA CONTRA EL DOLOR



El señor Juan A. Guevara, presidente de la Compañía Argentina Sydney Ross, cuyo prestigio respalda el nuevo producto de Ross, "Mejoral".

Don Esteban Adam, director de la Compañía Argentina Sydney Ross, ha declarado que "Mejoral" es el producto de cincuenta años de experiencia en la materia.

Sorprendido en plena actividad, el señor Walter Martínez, jefe de propaganda de los Laboratorios Ross, exterioriza el optimismo y la confianza que le merecen "Mejoral".

Acaba de ser lanzado a la venta, con el sugestivo nombre de "Mejoral", un producto cuya falta se hacía sentir desde hace tiempo en la farmacopea moderna. "Mejoral" llega, pues, con la oportunidad de todo lo esperado, a llenar un vacío en las filas de la terapéutica actual.

Apresurémonos a decir que no se trata de una improvisación más. La seriedad de la firma que respalda este producto tiene un nombre cuya sola enunciación es símbolo de garantía, afirmada a través de cincuenta años de constante lucha en pro de la salud pública. La Compañía Argentina Sydney Ross, en efecto, no necesita presentación, ni mucho menos elogios. El nombre Ross lo lleva implícito todo, en el orden altamente humanitario en que se desarrollan sus actividades, que lo han colocado a la cabeza de los laboratorios industriales de todo el país.

"Mejoral" no es tampoco un ensayo. No podría serlo, siendo un producto de Ross, cuya seriedad es garantía de legitimidad, y cuyo prestigio infunde confianza. "Mejoral" es, por el contrario, el resultado de muchos meses de fatigas y desinteresados esfuerzos, que para dar al público un analgésico de máxima calidad ha realizado un grupo de químicos, estudiosos y competentes, bajo la supervisión del presidente de la Compañía, el señor Juan A. Guevara, cuya capacidad técnica está abonada por cuarenta años de experiencia en la materia, y con el control del director, don Esteban Adam, vinculado a la firma Ross desde hace muchos años. También está colaborando eficazmente en los diversos aspectos de la campaña que tan altos beneficios llevará a los que sufren, el señor Walter Martínez, inteligente jefe de publicidad de la Compañía Argentina Ross.

"Jamás un producto — nos ha dicho, refiriéndose a "Mejoral", el señor Guevara — ha sido presentado a la consideración del público con mayor seriedad y garantía que "Mejoral". Por su parte, el director de Ross, señor Adam, ha asegurado: "Mejoral" es el producto de la depurada técnica moderna, y de los grandes adelantos que la ciencia ha realizado en el ramo de la farmacopea. Empeñamos nuestro prestigio de cincuenta años en su presentación."

De ahí, pues, que "Mejoral" esté llamado a ser en breve plazo el analgésico insustituible en todos los hogares, por sus virtudes y por su calidad. La gran firma Sydney Ross, y con ella los señores Juan A. Guevara, Esteban Adam y Walter Martínez, habrán tenido de ese modo la máxima recompensa de sus esfuerzos, en la íntima satisfacción de saber que han contribuído a una de las obras más simpáticas y humanitarias: la de combatir el dolor, y los ya famosos Laboratorios recogerán un laurel más, afianzándose definitivamente y por méritos propios, en el primer puesto de las firmas prestigiosas de toda Sudamérica. ◈

¡DEBE USTED PREPARARSE!





Fantasía sobre

por
EDUARDO MALLEA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

(La insigne novelista inglesa Virginia Woolf, autora de tantos libros extraños y poéticos, donde la realidad aparecía trocada en un juego de raras imágenes, murió hace este mes de marzo un año, en Londres, moralmente asesinada por la guerra, suicidándose en un río vecino a su casa de campo, en Sussex.)

DE LOS DIARIOS.

OBSERVÁNDOLA en la hermosa intensidad de su rostro, parecía tener dos miradas. Con una veía el universo circunstante, su ciudad, su isla, las aguas color ocre verdoso del Embankment, la rotonda imperial de Piccadilly Circus abriéndose en sangrientos labios como una vena para derramar la linfa verdeoscura en los tres parques, un rincón noble y desierto de Grosvenor Square, la lenta asamblea de neblinosas almas que la noche de noviembre aprieta en la planta de Big Ben, las calles que había recorrido Clarissa Dalloway en su fuga matinal, las frescas aceras de Hogarth Press sucias de residuos de frutas, la anchura mercantil de Oxford Street, el recato de Saint Jermyn y la desmesura de Regent, las florerías, las sombrererías, las camiserías, las cigarrerías, los restaurantes, los umbrales sembrados de aserrín como de trigo, la puerta abierta de par en par de Bradford's, el enjambre de las señoritas al mediodía —afanosas abejas— para tomar el ómnibus pintado con los avisos blancos del Cacao Rowntree, la punta de los árboles de Green Park invisiblemente comunicados con la fronda de Orpington, de Calais, de Oxford, de la tierra y joven Escocia, el parsimonioso paseo de los políticos por los alrededores de la National Gallery, el sueño feliz de los guardianes del museo, las atónitas filas de turistas apretujándose para escuchar al guía frente a las telas colgantes —los niños frente al *Bautismo* de Piero, las solteronas ante la *Susana Fourment* de Rubens, los cándidos ante la *Adoración* de Mabuse, las octogenarias ante *La vieja* de Rembrandt, los tristes ante la *Agonía en el jardín* de Mantegna, los místicos ante la *Agonía en el jardín* del Greco, los cursis ante la *Anunciación* de Rossetti, los tímidos ante la *Madona* de Borgognone, los elegidos ante el caballo, los perros y los ciervos del *San Eustaquio* de Pisanello—, la cara sororal de Vanessa Bell, las modestas pinturas a la tiza amarilla, roja, blanca, en el suelo que precede por pocos pasos al umbral del Savoy, el título de la última novela de Mr. Arnold Bennet en un escaparate, los gestos de Grace Field y Archie Pitt en el escenario del Victoria Palace, la horrenda arquitectura en los alrededores de Park Lane, el rostro atento y sonriente de Forster —el de *Passage to India*— en las reuniones de Bloomsbury, las carcajadas estridentes de la pálida Romola Weekson en el baile de lord Easterblast, la pechera del frac de sir Charles Dickens, el fresco del anochecer en los alrededores de Covent Garden olientes a rábano, lechuga y amapola, el relevo de la guardia frente al palacio de Saint James, el dulce desvanecerse veraniego del ceño metropolitano, las piedras arcaicas de las casuchas que sostienen, duro su lomo negro, el New Bridge. Con la otra mirada veía el mar.

Con la otra mirada Virginia Woolf veía el mar. Estaba llamada por él. Estaba, en cierto sentido, llamada por él desde antes de nacer; pero los niños son impíos e inatentos, y sólo se volvió a ese rumor cuando comenzaban a aburrirle los juegos infantiles con su hermana Vanessa en el jardín de lord Leslie, cuando entraba colorada y acalorada en la vieja casa y veía junto a su padre, ya célebre por la confección de un diccionario de celebridades, al señor Ruskin, con sus extrañas patillas, o al señor Meredith, que bebía tanto té, o al señor Thomas Hardy que, arquitecto retirado, construía sus novelas como ábsides. En esa época, al descubrir en los caracoles, en la playa de Brighton, algo más íntimo y secreto que su externo color, al hallar en los muchachos cierta incurable nostalgia, al oír estallar las risas chirriantes e insuficientes en las gargantas de sus compañeras de quince años, descubrió aquel remoto, insistente rumor: el llamado.

En realidad, este mundo era un incomprensible, incómodo y bastante absurdo apeadero del mar. Tierra fatua, almacén de fatuos dueños. Este mundo, en efecto, ¿qué es, donde todo parece pasar y nada pasa? Lo único cierto es el mar, el mar, que está detrás. El mar de Melville, el mar de Hugo. "El mar siempre recomenzado"... Leía, en el salón de su madre, vestida con trajes parecidos a los descriptos por Mrs. Gaskell, los libros trastornadores de Jane Austen y de Emily Brontë; en el fondo de los primeros, cantaba el mar; en el fondo de los segundos, rugía. ¡Quién describiera así los abismos humanos! ¡Ah, humanidad, siempre la misma! En torno a Virginia reían los jóvenes festejantes con la misma jovialidad estentórea de los compañeros de David Copperfield y se burlaban de los padres de las niñas, presuntos suegros, con la misma irrisión que provocaba, colérico, Mr. Barrett en los suspirantes de sus hijas.

Todo el mundo está cantado por el mar. Inglaterra cantada por el mar, Londres, los hombres... Aquel vasto movimiento de onda que empezaba como un jugueteo sobre la arena y luego se iba extendiendo y envolviendo al infinito conglomerado de existencias mortales, crecientes y descendientes como islas abandonadas en la soledad de sus oídos, pensamientos y amores. Pero todo esto, todo este mundo, estaba salido al mar, salido de cauce; solidificado y ensuciado por la tierra. El mar rodeaba y envolvía a este mundo, a esta isla, pero la isla se multiplicaba en leguas

Un aspecto nocturno del Támesis, el río cuyas tranquilas aguas reflejan las luminarias de la capital de Inglaterra. Al fondo puede verse el histórico Big-Ben.

Virginia Woolf

por su cuenta. Esta isla estaba constituída por la vulgaridad, la espesura de algunos, la tontería de otros, la miseria de éstos, la seca crueldad de aquéllos, la beodez espiritual de no pocos, la pasividad culpable de otros, la eterna crasa suspicacia y la desinteligencia deshonesta de los hombres los unos frente a los otros: toda esa limosna, terrena suciedad, sociedad. ¡Monóculos sobre ojos grisáceos, presuntuosas vestimentas sobre cuerpos equívocos, estuque y carmín sobre rostros totalmente blancuzcos de pasión y decencia!

Toda la fantasía de Virginia comenzó a evadirse poéticamente de esa isla turbia y a pintarse por dentro un sistema de encuentros pasionales de estado puro, con el rumor del mar por detrás.

Pero esto, esto que la despertaba a cada rato, que la traía protervamente a su contacto, esta horrorosa pasta sólida, esta social realidad, esta masa de petulancia y subterráneas enanas ambiciones, esto, esta isla, ¿vendría siempre a sustraerla de su otro mundo, de su región elegida, de su sueño? ¿No la dejaría nunca en paz? ¿No le permitiría escaparse de su presencia y olvidar definitivamente su apariencia?

Ya adulta, ya madura, su segunda mirada intensificó la penetración de la primera, dándole, como fondo, el ritmo recurrente de las mareas. Profundamente preocupada por los hallazgos que imponía a su mente ese desdoblamiento, llegó, en un momento dado, a un divorcio total del campo de la primera mirada, del campo del mundo inmediato, y así se fué hundiendo en una extrañeza que pronto fué total, con respecto a la vida de la isla que la rodeaba. No tenía entonces más que la segunda mirada. A esto le llamaron los realistas su fugaz acceso a la locura. No era, en verdad, más que el tránsito abisal de su alma de una región sin misterio a la región misteriosa en que estaba secretamente radicada su naturaleza. Cuando sobrevino de nuevo al mundo real — a la sazón enfatizaron los realistas la curación de la locura —, su idea de la realidad y del tiempo era ya conjunción de las dos visiones, hipóstasis definitiva. A saber: el tiempo, la realidad aparentemente presente, no es otra cosa que la representación o translación ideal del mismo movimiento que extiende y recoge las mareas en sus incesantes alejamiento y retorno. La conciencia de Clarisse Dalloway, las mutaciones de Orlando, asumen los cambios infinitos e infinitamente misteriosos y constantes que impone la ley natural al mar corpóreo. La realidad, esas dos cosas: olas y años. Las olas, moviéndose como años, y los años, moviéndose como olas.



Virginia Woolf.

Sí; en realidad, de esta isla no valen más que los secretos depósitos, las extrañas e imperceptibles reservas que ese otro mundo, el mar, el mar eterno, lo naturalmente puro, tiene depositadas en su cenagoso terreno. ¡Qué extraños almacenes impalpables tiene el mar guardados en la tierra! ¡Cuánto cuesta buscarlos por detrás de las apariencias, de los monóculos, el estuco, el carmín, la crueldad, la hipocresía, las conversaciones, las petulancias, las gorduras, el cinismo! A fuerza de buscarlos, Virginia adelgazó, palideció, con su extraño rostro de muerta, sus ojos casi fijos, su óseo semblante marino, delicado y demudado. ¡Aquellos ojos y aquellos pómulos, raptados por la segunda visión, vueltos ya casi del todo al rumor del mar! ¡Aquellas manos extrañamente no terrenas y aquella intranquilidad, movilidad, anhelo, inquietud con que su espíritu buscaba las imágenes misteriosas encajadas en la eternidad! Y alrededor, las voces inglesas, el *slang*, el *cockney*, los simples modismos que habían usado el obispo de Worcester — llamado Werferth — y Ana Bolena, y Agnes Paston, y Samuel Pepys, y Sterne, y miss Barrett, y lord Nelson, las frases deliciosamente familiares, las interpretaciones, las exclamaciones, los "preposterous!", los "indeed!", los "darling!", los "by Jove!", todo envuelto en la bruma y el olor a té.

Trató de recrear este mundo mediante los principios del mar puro, poético y metafísico, variante e inmutable en sus furiosos desmelenamientos y terribles calmas. Todo fué en sus libros de la pasta de las olas, que es igual a la de los años. Infinitos sistemas rigurosos y secretos presidieron la armonía de aquella prosa llena de un contenido complejo de entrecruzamientos humanos, de idas y venidas aparentemente, racionalmente inexplicables. Así la parte ininterrumpida y eterna de las criaturas, sus pleamares y bajantes, igualmente memorables, sus intemporales debilidades y fortalezas y gritos, aparecieron en sus libros extrañamente espumados al sesgo de la vida de Londres, mientras Virginia oía llegar hasta sus ventanas de Bloomsbury los ecos delicados de la música oceánica.

Esta música fué para ella lo que León Chestov sostenía que era la segunda vista para Dostoiewski en su lucha contra las evidencias: un instrumento capaz de abrir contactos sobrenaturales y de llevar al espíritu hacia las zonas más alejadas de lo que se llama realidad, y al mismo tiempo más portentosamente *reales* en su misteriosa trascendencia. Todo escritor que merezca el nombre de grande, describe un mundo frente al que va más allá del común de las gentes al presentirlo en sus relaciones secretas, pero ante el que es igual a ese común por no poder alcanzar con la razón, a través del lago físico, más que su asombroso flanco pálido de montaña envuelta en nieblas.



Pero, para ella, no había montaña, sino mar: el ancho mar que brilla y se entenebrece en *Las Olas*. El mar de edades y generaciones mecido por Dios. Los gritos marinos de náufragos y las carcajadas de felices nadadores. Virginia Woolf escuchaba este eco y, entrecerrando los ojos, tejía con ese fondo la dulce prosa lunar de sus novelas, móviles y cíclicas en sus ondulaciones como los oscuros y profundos ritmos oceánicos. Un justo juego íntimo de compensaciones proporcionaba en forma asombrosa las partes interiores de esos relatos delicadamente inmateriales y flotantes en su cronológica cuenca.

La estupenda tejedora tenía la constancia de esos ciclos demasiado permanentes en su gravitante regencia sobre el ordenado tumulto de las olas. Ella ponía bajo la superficie de su prosa, so pretexto de hombres y mujeres, un sólido delirio de criaturas abisales. Cierta insuperable tristeza latía en el eterno retorno de estos seres vulnerablemente humanos y temporalmente mundanos. De esta tristeza ella hilaba su casta poesía.

Observándola en la hermosa intensidad de su rostro, parecía tener dos miradas. Con una veía el desastre, la borrasca de infamia, la muerte de toda reflexiva conciencia, el asesinato de la lástima, los niños degollados por un fragmento de bomba, los hombres férreos por fuera mas sollozantes por dentro, el enloquecimiento de las mujeres, la perplejidad de los cándidos, la caída final de los gozos, el terror echado a propagarse vertiginoso como aceite hirviendo, el mundo desatado en su briosa carrera demencial, crispado, horrible, quebrado en gimientes gritos, la milagrosa aguja de Whitechapel abatida en un segundo...

Pero con la otra mirada veía el mar.

El agua eterna e infinita, eterna e infinitamente pura, a la que al fin había de unirse, una tarde de marzo, caído su bastón sobre la orilla, gracias a la cortesía mortal de un pequeño río cuyo nombre no había aparecido aún en sus novelas, que tenía encanto, que era inglés, que se llamaba Ouse. ◈

Eduardo Mallea

Fuera de

La primera actuación de Elsa O'Connor en el teatro constituyó su primera anécdota. Pero a ella se la contaron tiempo después... Aquí aparece la citada intérprete en una escena de "La vida de Carlos Gardel".

—¿CUALES han sido, en síntesis, las actividades artísticas desarrolladas por usted en el año 1941, y cuáles sus proyectos para la temporada que comienza?

A esta pregunta, contestada ya en números anteriores por diversas figuras del ambiente artístico local, responden hoy tres actrices de tanto relieve como Mecha Ortiz, Paulina Singerman y Elsa O'Connor, y dos actores tan conocidos como Marcos Caplán y Esteban Serrador.

Cada uno de ellos aprovecha asimismo la oportunidad para relatar una anécdota. Con lo que la encuesta, además de constituir un balance de nuestras actividades teatrales, es una amena contribución a la historia biográfica de sus cultores.

Mecha Ortiz aprendió el italiano en... 20 minutos

Mecha Ortiz, consagrada como una de las figuras más cotizadas del teatro y el cine nacionales, nos dice:

—El año pasado fué un año de intensa actividad para mí. Entre otras obras me tocó representar: "El hombre que yo quiera", de Bernard, en el cual hube de componer un tipo de mujer moderna que vive un momento de intensa emoción pasional. Luego, además, "La Festa", de Sem Benelli, que fué la nota lírica de mi temporada en el teatro. He citado estas dos obras por considerarlas de actualidad; dos trabajos muy interesantes en materia de expresión teatral.

—¿Y en el cine?

—En el cine tuve oportunidad de actuar en dos films: "Joven, viuda y estanciera", obra nacional muy simpática, muy nuestra, y "Ultimo refugio"...

—¿Y para la temporada que comienza?...

—En este año, mi trabajo comenzará en primer término por una película, "Vidas marcadas", film que tiene la originalidad de basarse en un argumento hecho por un autor que también es director de cine; me refiero a Arturo S. Mom...

—¿También en radio la oiremos este año?...

—También en radio. Encarnaré heroínas célebres de la literatura universal, el teatro y la pantalla. Mi labor comenzará con "La loba", el último gran éxito



"¿Una anécdota? Esa es una cuestión difícil de contestar cuando se es joven", dice Paulina. Pero, no obstante, ella la contesta, como el lector observará en la presente nota.

Marcos Caplán, a quien vemos aquí demostrando gráficamente una de las opiniones que dió a la cronista, tuvo en cierta ocasión que esperar durante media hora a Marcos Caplán...

escena

PIRANDELLO, PROFESOR DE IDIOMAS DE MECHA OR[illegible]. - LOS DIFICILES COM[illegible] DE ESTEBAN SER[illegible] PAULINA SIN[illegible]RMAN TAMPOCO T[illegible]E ANECDO[illegible]TAS. - MAR[illegible]S CAPLAN [illegible] HOMBRE QUE SE ESPER[illegible] A SI [illegible]ISMO. - ELSA O'[illegible]NOR, LA ACTRIZ QUE [illegible]TO A LOS NUEVE MESES

Por Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE MARIO BORELLI

Esteban Serrador tuvo en el cine nacional unos comienzos muy "difíciles", en un todo de acuerdo con sus presentimientos. En esta fotografía aparece junto a Rosita Moreno.

de Bette Davis. Debo decir que el radioteatro me interesa y que creo que en él se puede realizar verdadera labor artística...

Cuando preguntamos a Mecha Ortiz cuál es la anécdota de su vida teatral que recuerda con mayor preferencia, nos contesta:

—Pirandello había llegado a Buenos Aires invitado por el doctor Enrique T. Susini, para poner en escena "Cuando se es alguien". Recuerdo que cuando me presentaron al insigne director siciliano, experimenté una gran emoción. Traté de que todo se redujera a un saludo muy breve, porque temía no entenderle cuando me hablara en italiano. Pero Luis Pirandello, con la amabilidad y la galantería que lo caracterizaban, quiso explicarme la modalidad y el espíritu del personaje que yo debía encarnar. Me habló largo rato, más de veinte minutos, dándome minuciosos detalles.

"Y mi gran asombro fué al final de sus palabras: me di cuenta de que había comprendido todo con una claridad y una precisión admirables... Aquel día aprendí, pues, el italiano... Gracias a ese milagro, y desde que él se produjo, disfruto el placer de leer las obras del maestro en su idioma original..."

Un debut con heridos...

Esteban Serrador, actor cinematográfico hoy prestigioso, tuvo, sin embargo, comienzos *difíciles*, como luego veremos. Por lo que respecta a su reciente actuación en 1941, afirma:

—Ese año no actué ni en teatro ni en radio. Mi labor se limitó a la filmación de "Si yo fuera rica" y "La hora de las sorpresas", estrenadas en 1941, y "Una novia en apuros", que se estrenó hace pocos días.

—¿Seguirá trabajando para la pantalla en la presente temporada?...

—Tengo contrato para hacer dos películas este año. Ninguna de estas dos películas tiene aún título conocido. Sólo sé que una de ellas será

Mecha Ortiz no sabía una palabra de italiano. Pero llegó Pirandello y en veinte minutos aprendió ella la lengua del Dante. Como se la ve aquí, apareció en el film "Joven, viuda y estanciera".



La prin
constit
taron
térpr

Else O'Connor se dedica a la lectura, en su casa, durante un momento de descanso.



Esteban Serrador ensayando una escena con una figura femenina de la compañía.



Marcos Caplán, en un pasaje de "Melodías porteñas, con Rosita Contreras.

dirigida por Arancibia y supervisada por Zavalía...

—¿Y en materia de teatro?...

—Por lo que toca al teatro, terminé de intervenir en "6º piso", con Aída Alberdi. Durante el mes de mayo formaré una compañía con Gloria Guzmán y Enrique Serrano...

Dijimos al principio que Esteban Serrador tuvo en cine comienzos difíciles. Ello se refería a la siguiente anécdota que el actor nos cuenta, regocijado aún al recordarla:

—Mi primera película fué "Dama de compañía". Jamás había aceptado actuar en cine porque le tenía miedo a trabajar ante la cámara. Finalmente vencieron mi resistencia y opté por aceptar el tomar parte en esa película.

"Como prólogo y confirmación de mis temores, me citaron para las seis de la mañana, y tuve que estar maquillado y sin filmar hasta las doce de la noche. Recién a esa hora pude filmar mi escena, que consistía en bajar por la planchada de un vapor... Pero aquí vino lo bueno: en la mitad de la filmación se rompió la planchada, y yo, con extras y demás artistas, fuí a dar con mis huesos en el suelo, resultando algunos heridos y contusos entre los extras... Como ven, mis comienzos en el cine no fueron fáciles..."

La expresión típica de Paulina Singerman se concentra en su mirada.



Una de las últimas fotos de Mecha Ortiz, tomada entre dos escenas.

El anecdotario de Paulina

La espiritual actriz Paulina Singerman, que nos tiene acostumbrados a sus ágiles interpretaciones de jovencitas alegres y frívolas, es, en la vida real, una persona muy ocupada.

—¡Este año no actué en radio por falta de tiempo! —nos dice —. En teatro debuté el 1941 con la comedia "Me casé con un ángel" y estrené luego: "La mejor del colegio", pieza nacional de Malfatti e Insausti. Terminada mi actuación en el teatro, he filmado, bajo la dirección de Manuel Romero, la película "Mi amor eres tú".

"Recorrí también el país con mi compañía, ofreciendo en varios teatros del interior las obras del repertorio estrenadas en Buenos Aires.

"—En la actualidad — continúa diciéndonos la actriz — estoy filmando, bajo la dirección de Hugo Christensen, la última película de mi contrato. A mediados del año he de reiniciar mis actividades teatrales. Tengo también importantes ofertas para nuevas películas durante este año...

—¿Dentro de su actuación teatral, no tiene usted algún recuerdo que sobresalga del resto de su experiencia?

—¿Una anécdota?... — dice Paulina —; ésta es una cuestión difícil de contestar cuando se es joven. Todos los pasajes y episodios de la vida de la juventud son de grato recuerdo. Unos, por lo que se ha soñado; otros, por lo que se ha luchado, y algunos, por la alegría que nos proporcionaron los pequeños triunfos obtenidos...

"Sería injusto dar preferencia a cualquiera de ellos... ¿Anécdotas? Una vez más me veo frente a ese problema sin solución para mí. En cada ocasión que he debido contar una anécdota de mi vida, he sufrido las mismas tribulaciones que hoy me perturban. ¿Seré muy joven aun y será por eso por lo que mi anecdotario todavía no ha comenzado? ¿O seré tan insignificante que las cosas que me ocurren no merecen el honor de ser llamadas anécdotas?..."

Al dejar a Paulina Singerman, nos vamos con la certeza de que la juventud, la laboriosa juventud de Paulina, es la única y la mejor de sus anécdotas...

Cuando Marcos Caplán esperó a Marcos Caplán

Marcos Caplán, el conocido actor que durante la temporada pasada tanto éxito obtuvo en su desempeño en las tablas y en su actuación radial y cinematográfica, es sorprendido por nosotros en la sala de un teatro porteño donde se efectúan refacciones para el próximo debut de la compañía.

Marcos Caplán está entregado a la tarea de arrancar un gigantesco clavo que se halla clavado en un listón. Ante nuestra mirada de interrogación, se adelanta a decirnos:

—Ya lo ven, antes de empezar la temporada que pronto comenzará, conviene sacar los "clavos" que quedaron de la pasada. ¡Y en eso ando!...

—Sin embargo, no creemos que 1941 haya sido tan malo para usted...

—Bromas aparte; no lo ha sido. La temporada de revistas en que me tocó actuar tuvo nueve meses de ininterrumpido éxito. "Los *gangsters* del colectivo" fué, por ejemplo, una acertada completa...

—¿Y de cine?...

—De cine: 1941 fué para mí

un año de trabajo en que realicé mi papel en "La hora de las sorpresas", con Rosita Moreno... En radio, el personaje de "Cantalupo" equivalió a un año y medio de éxito...

—¿No lo tentaron los viajes, como a otros artistas?...

—Sí. El año pasado viajé a Mar del Plata, al Uruguay y en colectivo, que es cuando se hace más kilómetraje y se tienen más emociones...

—¿Qué espera del año 1942?...

—Espero que este nuevo año renueve los éxitos del anterior, y que los supere. Espero que sea el "ídem" de 1941...

—¿Qué más?...

—Aparte de mi temporada teatral, donde habré de trabajar en una revista cuyo nombre todavía no conozco, y en un personaje que ignoro, también es posible que actúe en cine. Estoy en relaciones con dos productoras; pero todavía no sé por cuál voy a optar. Como ya he hecho diez películas, espero que este año completaré la docena... En radio, trataré de continuar mi labor con todo empeño. Para la audición de "Ricoltore" intervengo actualmente en la audición de "Pan Rayado y Milanesa, dos muchachos sin cabeza".

—¿Y durante el año pasado no tuvo algún acontecimiento especial?...

—Sí. Cambié los aros del motor de mi automóvil...

—¿Qué anécdota podría recordar usted de su vida teatral?...

—Pues verán: un día tuve que tomar parte en un festival de beneficencia para "El Consejo del Niño". Estaba organizado por damas de la mejor sociedad del Uruguay.

"Llegada la hora, me dirigí al teatro. La sala estaba llena de público. En el escenario estaba la comisión de damas. Yo llegué y esperé que indicaran el momento de comenzar mi actuación. Pasaron diez minutos y nadie daba la orden de empezar la función; pasó un cuarto de hora, ¡y nada! Pasó media hora, y el público ya demostraba su impaciencia...

"Entonces me dirigí a la comisión de damas y dije:

"—¿No les parece que ya sería hora de empezar? ¿A quién están esperando?...

"—¡Esperamos a Caplán, que no viene!...

"Indignado yo mismo por aquel acto de desconsideración, exclamé:

"—¡Este Caplán, siempre el mismo! ¡También es ocurrencia fiarse de la puntualidad de Caplán!...

"Pero entonces, como un relámpago, descubrí que Caplán era yo. Y que aquella tarde — sin duda para vengar todos sus atrasos — Caplán se había hecho esperar a sí mismo..."

Elsa O'Connor debutó a los 9 meses...

—En cine — recuerda Elsa O'Connor, resumiendo su actuación en 1941 —, filmé "La casa de los cuervos" y "Yo conocí a esa mujer". En teatro actué durante toda la temporada con el maestro Canaro en "La historia del tango". También realicé una corta temporada en Rosario y en esta capital con Mario Danesi.

—¿Sus proyectos para 1942?...

—Mis proyectos se reducen en este año al cine y a la radio. No haré [...] que me lo impiden mis com[...]diales.

"En cuanto al cine, tengo un [...] más amplio y espero de él las [...] satisfacciones que me ha propor[...] el teatro. Filmo en la actualidad [...] viejo Buenos Aires" y tengo en p[...]tiva dos películas más. Una de ell[...] titulará "El capitán Veneno".

—Y de su larga actuación en ta[...] películas, ¿no le ha quedado ningú[...] cuerdo especial?...

—Mis recuerdos se remontan [...] más allá de mi actuación en el ci[...] que tengo la ocasión, voy a aprove[...] para rectificar un dato biográfico [...] general se dice que yo debuté en [...]tro a los 14 años. Esto no es exacto...

—¿No?...

—No lo es. Yo debuté en el teatro a los 9 meses de edad. Tuve que hacer una pasada de un extremo al otro del escenario, en una escena de "La cara de Dios", de Arniches. Según mi madre y los componentes de la compañía, lo hice muy airosamente. Tanto que me gané una ovación al terminar el compromiso escénico sentándome en el suelo.

"Tengo que advertir que a los nueve meses yo caminaba ya, aunque balanceándome un poco..." ◈



COSAS RARAS, CURIOSAS ILUSTRATIVAS,

Lo pr... const... toron...

ES USTED UN PAPÁ MODELO

Hoy vamos a hacer ejercicios en un terreno delicado: la bañadera. Esta produce grandes gritos en los chicos, no sé por qué. Si el agua está muy caliente, el chico se quema y grita; si está fría, grita también, ¡y uno no sabe qué hacer! Porque resulta imposible engañar a los bebés; y es inútil que se les hable: no comprenden nada. Así que ya saben ustedes, futuros papás: hay que dejar que griten. La bañadera no debe estar muy llena de agua, porque los bebés no saben nadar. Al echarlos al agua, no hay que hacerlo con fuerza, para que uno no se salpique todo; y siempre se debe procurar que no quede con la cabeza para abajo; el agua se le cuela por la nariz, el chico quiere gritar, abre la boca, traga agua, trata de respirar, no puede, y, claro, después de todo esto no tiene más remedio que ahogarse. Y lo peor de todo es que luego la culpa es de uno, ¿se dan cuenta? Pero, por suerte, es fácil evitar esto; no hay más que mirar bien y no equivocarse con respecto a la posición de las piernas y la cabeza; ésta debe estar siempre para arriba: ¡siempre! Luego hay que lavarlo entero, procurando no pasarle por la cara un cepillo demasiado grueso, que se la podría borrar. Para alejar todo peligro, es mejor usar sólo las manos. Al fin, se saca de la bañadera y se seca. Lo demás, y que es de suma importancia, lo sabrán los lectores que lean mi lección del próximo número.

PROFESOR PAÑALES.

LAS CASAS ANDANDO

Estaba tendido, a las dos de la madrugada, un borracho en medio de la plaza, y un amigo suyo, que lo vió en tal estado, le dijo:

—Hombre, ¿qué haces?, ¿por qué no entras en tu casa?

—Eso es lo que voy a hacer, precisamente; pero como la plaza da vueltas, estoy esperando que pase mi puerta para entrar.

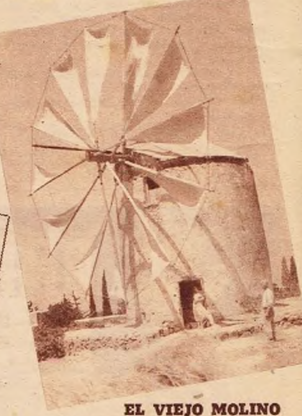
AVISPAS Y DINOSAURIOS



Hace ochenta millones de años (80.000.000) era la época en que los dinosaurios se paseaban, un poco cansados y ya tocando al fin de su evolución biológica, por los terrenos de la Patagonia y por los que están al sudoeste de Utah, Estados Unidos. Pero entonces las avispas ya existían, ya vivían en sociedad (la primera sociedad que se conoce), y ya picaban a los pobrecitos dinosaurios. En el Instituto Smithsoniano, de la Unión, se conserva un avispero de estos. Tal hecho demuestra también que en aquel tiempo florecían ya las plantas fanerógamas, no sólo los helechos. Lo que no podemos todavía saber es cómo eran las flores en que libaban dichas avispas.

LA LUNA CAIDA

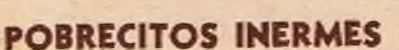
Hay un astrónomo que afirma que en remotísimos tiempos, justamente cuando de noche no era tan necesaria la oscuridad como ahora, nuestro planeta tenía dos lunas y tal vez más. Una de ellas cayó sobre la Tierra, y hoy la tenemos convertida en el continente africano; de modo que Africa no es otra cosa que una luna que se cayó. Parece que si un astro cualquiera pasara demasiado cerca de nuestra actual luna, o la alejaría de nosotros o la haría precipitarse sobre la Tierra, como probablemente ocurrió con la que hoy se llama Africa. Pero no hay que asustarse; todavía está lejos ese astro cualquiera.



EL VIEJO MOLINO

¡Gira, gira... viejo molino a vela, en la costa del Mediterráneo! Has visto muchas guerras fraguarse y desarrollarse a tu pie, pero como ésta, ninguna. Es posible que la granada del avión moderno te alcance y te convierta en polvo. Y tú le temes, porque sabes que si mueres hoy no renacerás más. Estás viviendo a fuerza de guapeza; ya eres anacrónico; exótico de este planeta; objeto fotográfico, figuras en las leyendas y en el carnet de los turistas; resto fuerte y viviente que nos traes un poco del perfume de la Edad Media..., quizá te ampare la mano de Dios.




—No hagas caso de esos retratos, querido. Ellos no significan ya nada para mí.



POBRECITOS INERMES

Estos son, puede decirse, perfectos representantes del más elevado Orden de los Primates de la Era Cuaternaria del planeta Tierra. Obsérveselos. Son seres sumamente raros. Tienen una piel fina que no los defiende de nada; si hay espinas, se pinchan; si hace frío, tiemblan; si sale el sol, se queman; si un animal los corre, los alcanza; y cuando les duele algo, lloran. Sin embargo, como descubrió Martín Fierro, son los únicos que lloran y son los que se comen a todos. ¡Lo que puede la inteligencia de la persona!, ¿no?

SANGRE FRIA

Sacha Guitry era objeto de persecución por parte de un banquero que quería llevarlo a comer a su casa. Una tarde, el banquero penetró en el palco de Sacha Guitry, con un paraguas bajo el brazo, para invitarlo de nuevo.

Cansado, aceptó el artista, y resolvieron que sería el miércoles próximo.

En cuanto la puerta se cerró tras el banquero, Sacha Guitry se volvió hacia su secretario y le dijo:

—Escriba inmediatamente una carta de excusas para decirle a este imbécil que yo no podré ir a su casa el miércoles...

En ese instante se da cuenta de que el banquero está allí presente y lo está oyendo desde hace un momento; había olvidado su paragüas.

—Porque el miércoles — continúa el gran comediante — comeré en lo de este señor.

NI RITMO

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS



SANGRE DIPLOMATICA

Se sabe que no todos los hombres tenemos sangre de idéntica composición, y ésta ha sido clasificada en varios grupos. Parece ahora que cada grupo corresponde a un temperamento determinado. Son los japoneses los que han puesto los puntos sobre las íes en este raro asunto, y de sus estudios se desprenden consecuencias sorprendentes. Han descubierto que los hombres que se mantienen impasibles y conservan claras sus facultades mentales en cualquier circunstancia, y los que se han destacado como grandes diplomáticos, pertenecen a un grupo sanguíneo de clasificación que ha habido que denominar O. Ahora en el Japón se estudia la sangre de los hombres antes de darles cargos diplomáticos: deben tener "sangre diplomática".



UN LECTOR CONSECUENTE

He aquí la obra de un gran lector de nuestra revista. El señor R. D. Bufi Pera ha ido comprando todos los números de LEOPLÁN desde que apareció el primer número, los ha encuadernado de tres en tres, los ha colocado en una biblioteca especial y... No, no se crea que luego se echó a dormir sobre sus laureles. Pues luego se puso a componer una novela, enteramente escrita con los títulos de las obras aparecidas en LEOPLÁN, con lo que el señor Bufi Pera ha realizado la tarea literaria más extraordinaria y ardua del mundo.

EPIGRAMA

A Blas preguntó Eleuterio:
—¿Qué cosa es homeopatía?
Y Blas contestó muy serio:
—Yo creo que es otra vía
De marchar al cementerio.

C.

DEL CABELLO

El cabello del hombre, que crece constantemente, es hueco y tubular. En el lacio, el tubo es de sección cilíndrica; mientras que en el ondulado o crespo, es de sección oval.

DE HORACIO QUIROGA:

Pensar bien, es fácil; lo difícil es poner en el papel lo que se piensa.

DIPLOMACIA

Se encontraba Zenón en cierta asamblea de hombres, cuando reparó en uno muy compuesto y lleno de perfumes. Entonces preguntó con mucha gracia:

—¿Quién de vosotros huele aquí a mujer?

VIDRIO ELASTICO

La fabricación del vidrio elástico fué un secreto de la antigüedad que se hundió en el misterio hace más de dos mil años. Pero parece que hoy ha sido nuevamente encontrado. De Estados Unidos nos llegan toda clase de objetos de vidrio flexible, que, a decir verdad, más parecen de gutapercha que de vidrio. Si es verdad que son de vidrio las carteras y los zapatos que los estadounidenses nos venden como de tal, pronto se acabarán los vasos y copas y frascos duros y quebradizos que tenemos. Será curioso el espectáculo de la caída de un escaparate lleno de botellas, todas saltando como pelotas.



NO SE PONEN DE ACUERDO

Estas chicas están estudiando rítmica. Hasta hoy no han conseguido ponerse de acuerdo; no logran moverse las tres simultáneamente; cuando una hace una cosa, a la otra se le ocurre moverse para el lado opuesto; y cuando una se levanta, la otra se sienta. Lo único que no pueden dejar de hacer juntas, es hablar y protestar; lo hacen con una simultaneidad perfecta. Parecen esposas modernas y sin embargo son solteras. Ya han gastado mucha plata en profesores de rítmica. Pero es inútil, no cambian. Son mujeres.



EL ARTE DE EC... MO

¡Qué sorpresa!, ¿no? Mire usted, lector aprendiz, cuántos cig...rillos me salen de repente de la boca, habiendo metido en ella nada más que tres, como recordar. si no quiere hacerme quedar mal. Seguramente ahora estará usted deseando conocer el truco de semejante multiplicación de cigarrillos, para ponerlo inmediatamente en práctica, todos los días, a fin de evitarse la enojosa molestia de comprarlos. Se lo diré en seguida; la cosa es sumamente fácil; sólo requiere una atención inteligente; y como hoy no hay quien no sepa que es inteligente... Bueno; ¿ha leído usted la Biblia? Entonces léala, y estúdiese el párrafo que habla de la multiplicación de los panes. Una vez que sepa bien eso, ya está; no tiene más que aplicar el mismo procedimiento a los cigarrillos. Tan fácil es lo uno como lo otro; el secreto está en saber multiplicar. Algunos dicen que para ello basta haber cursado el segundo grado primario; yo, en cambio, creo que hay que leer la Biblia y estudiar mis lecciones. Observe el resultado en la foto, y se convencerá. Se despide de usted, lector, hasta otra ocasión,

PROFESOR TOSCANINI.



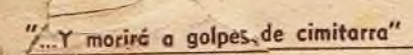
DEL FOLKLORE ESPAÑOL

El Tribunal de Aguas

DESDE QUE EL ROBO DE AGUA SE PAGABA CON LA VIDA, EXISTE EN VALENCIA UN EXTRAÑO TRIBUNAL, INTEGRADO POR HUERTANOS, QUE DIRIME CON CARACTER INAPELABLE LOS CONFLICTOS SURGIDOS DE LAS ACTIVIDADES DEL RIEGO EN AQUELLA FERAZ VEGA

Por **Vicente Asensio**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



"...Y morirá a golpes de cimitarra"

El Tribunal de Aguas de Valencia es único en el mundo. Formado por gente del pueblo, sin que en él intervenga ninguna autoridad civil o militar, sus fallos son inapelables y, a pesar de no disponer de la fuerza armada para hacer respetar sus decisiones, no se tienen noticias de que éstas hayan sido resistidas en ninguna ocasión.

Cuando don Jaime I, el "Conquistador", se apoderó, en el siglo XIII, de Valencia, los árabes que poblaban las vegas contaban ya con este Tribunal de Aguas. El vencedor confirmó su funcionamiento, y desde aquella lejana época hasta el presente ha venido administrando justicia sin interrupción.

En el archivo de este extraordinario Tribunal se conservan documentos interesantísimos, y entre los manuscritos existen algunas leyes árabes que se refieren a los múltiples casos en que le toca intervenir. Las penas al infractor estaban a tono con las costumbres de aquellos tiempos. Como un ejemplo, puede citarse la sanción que correspondía al que en la actualidad se

El alguacil, toda una institución del Tribunal de Aguas. Durante los juicios permanece junto a un mástil rematado por un gancho, símbolo de la autoridad del extraño y tradicional organismo.

El robo de aguas en la vega valenciana es muy fácil. Basta abrir una compuerta para que el curso del líquido elemento se desvíe de las acequias madres hacia el lugar elegido. Pero hay muchos guardias que vigilan y un tribunal que pena tales delitos.

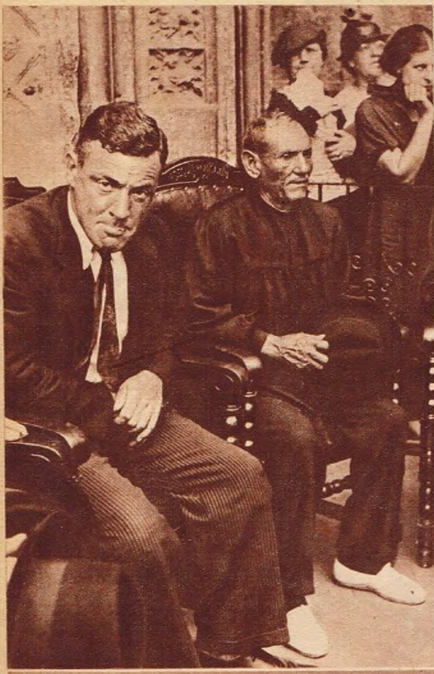
de Valencia



Una foto documental. En ella aparecen junto a la puerta de los Apóstoles de la catedral valenciana, llamada así por las imágenes de los doce apóstoles que la decoran, los siete miembros del Tribunal de Aguas, sesionando.

En una puerta de la catedral valenciana, y públicamente, se reúne todos los jueves el Tribunal de Aguas. Los huertanos someten a él los conflictos derivados de las actividades del riego, y sus fallos son inapelables.





La vega valenciana está surcada por siete grandes acequias, de las cuales parten otras muchas más pequeñas, que llevan el agua a los distintos huertos. Cada acequia tiene un juez en el tribunal. En la fotografía aparecen dos de ellos.



En la misma forma pública en que es acusado, el huertano se defiende ante el Tribunal de Aguas. Pero el fallo del organismo en cuestión es inapelable, y no hay poder en toda España capaz de revocar una sentencia emanada del mismo.

conoce con la denominación de "ladrón de aguas". Dice así:

"El hombre que roba un curso de agua, desviándola del canal, amparado por la obscuridad, deberá morir a golpes de cimitarra".

El robo de agua se siguió pagando con la vida durante casi dos siglos después. El ladrón moría indefectiblemente a tiros de escopeta en medio de un camino y aun en su propia barraca. Hoy, claro está, no existe este modo de hacer justicia.

"S'obri el tribunal"

La vega valenciana, que divide el río Turia, está cruzada por siete acequias madres por las que fluye el caudal de agua que se ha de distribuir a través de otras más pequeñas a todo el campo. Para la mejor distribución de ese caudal, como asimismo para la vigilancia y conservación de las acequias, el Tribunal cuenta con un regular número de "atandadores" y "guardias de acequias". Estos son los encargados de velar por el fiel cumplimiento de las horas de riego asignadas a cada huertano por el "atandador" y citar a juicio a los infractores.

El Tribunal se reúne todos los jueves junto a la puerta de los Apóstoles de la catedral. Un poco antes de las 11 de la mañana, el alguacil procede a acotar un sector de la acera de dicha puerta con una verja de hierro. Dentro de este círculo coloca los siete sillones de damasco, correspondientes a los siete jueces que representan a las grandes acequias, y que el pueblo designa con los nombres de éstas. Cuando están reunidos, los jueces proceden a descubrirse, y entonces el de mayor edad alza la voz para declarar abierta la sesión con las palabras de ritual:

—S'obri el tribunal.

En pleno juicio

En seguida se adelanta el "atandador" y señala a uno o varios de los que han sido citados a juicio. Se introducen éstos en el pequeño círculo, y, antes de que el "atandador" formule la denuncia, el alguacil les recoge los cayados o varas a los comparecientes, pues son considerados como armas y no son compatibles con el respeto que se debe al Tribunal. Hecho esto, el anciano ordena al "atandador":

—Parle vosté.

Comienza el juicio, durante el cual el "procesado" se defiende como mejor puede, pero siempre dentro del respeto debido a los siete jueces, que escuchan los alegatos en actitud digna e inconmovible. Al que se desmanda se le impone una multa que ha de pagar en el acto.

Una vez que han escuchado a las dos partes, los jueces hablan y deliberan a la vista del público, que espera el fallo silenciosamente. El condenado acata el veredicto sin oponer resistencia, paga el importe de la multa cuando la condena se reduce a eso, o se aleja, lamentándose de su mala suerte, en el caso de que esa condena se refiera a la



El arreglo y conservación de las acequias de que consta el sistema de regadío de la feraz vega valenciana requiere una constante y escrupulosa atención. De esa misión se encargan los "guardias de acequias" y los "atandadores".

pérdida de uno o más turnos de riego. Al terminar la sesión, se hace sonar con gran ceremonia una campanilla, y la concurrencia se dispersa.

Fallo inapelable

Conocí a un hombre de la huerta murciana que se había afincado en la vega del Turia. Incurrió en una falta y fué citado ante el Tribunal de Aguas, cuya autoridad no quería reconocer. No obstante, se presentó y, como era natural, fué condenado a la pérdida de dos turnos de riego. Pensó en resistir el fallo, y sus palabras violentas le valieron una multa en efectivo, que hubo de pagar, avergonzado por las miradas serias de reconvención que le dirigían los demás huertanos.

Dispuesto a apelar a todos los medios para esquivar la pena que amenazaba a sus campos, recurrió a un abogado, quien, después de escucharlo atentamente, le dijo:

"—Bien se ve que no es usted valenciano. Acate el fallo. Váyase a su casa y no intente nada, porque será tiempo perdido. *¿O es que quiere usted que le quiten el agua para siempre?* No hay en toda España autoridad con fuerza suficiente para revocar ese fallo. Se lo aseguro".

Y fué así como aquel murciano comenzó a respetar al Tribunal de Aguas, institución única en el mundo, que funciona desde inmemoriales tiempos en la bella tierra valenciana. ◈

EL CUENTO PARAGUAYO

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

UNA NOCHE EN



Asunción, marzo de 1942

Se hablaba de *poras* y fantasmas, de aparecidos y ánimas en pena. Salieron a relucir relatos más o menos verosímiles, y el teniente Gerardo Garcés, que formaba parte de la peña, relató lo siguiente:

"Terminada la guerra, fuí destinado con mi regimiento al pueblo de Ibirá-ró, donde casi tuvimos que organizarlo de nuevo, pues en las últimas acciones en que tomamos parte, había sido bastante castigado por el fuego del enemigo.

Trabajamos mucho en la reorganización, pero con fruto, pues bien pronto, con los conscriptos perfectamente instruídos, pudimos presentar nuestra unidad como una de las mejor preparadas para lo que ocurriese.

Y ya entonces pudimos dedicarnos a la sociabilidad, como decía un compañero dado a las frases efectistas; pero sin perjuicio de seguir atendiendo cuidadosamente a la buena preparación del regimiento.

Con ocasión de las fiestas patronales de un pueblo distante del de nuestro acantonamiento unas cuatro leguas, se nos invitó por las autoridades de aquella localidad, para ir allá.

Aceptamos la invitación, y el día de la fiesta nos presentamos en dicho pueblo unos cuantos oficiales, con nuestro comandante a la cabeza. Fuimos muy agasajados, y en el baile organizado por la Municipalidad nos portamos como unos bravos.

Como suele ocurrir en casos tales, la fiesta tuvo consecuencias para más de un oficial. Cuando regresábamos a nuestra guarnición, uno llevaba clavado en el corazón los ojazos de una morocha, otro recordaba con deleite la voz melosa de una rubia, a éste le parecía que jamás había visto muchacha más encantadora que aquella con quien había bailado varias piezas, y a un cuarto se le había fijado en la memoria la figura gentil e interesante de la hija de un cierto y acaudalado estanciero.

Dos de ellos no lo pudieron remediar, y se casaron con las que habían conseguido adueñarse de su corazón, y los restantes, si no llegaron a un final tan serio, fué porque en otra fiesta a la que también fuimos invitados vieron otras beldades que les parecieron más dignas de merecer sus anhelos y suspiros que las primeras.

Yo no he de decir en cuál de los dos casos me encontré, pero sí que no fuí de los que volvieron de la fiesta con el corazón tan desalquilado como a la ida. Tan fué así que, dos o tres veces por semana, cuando las necesidades del servicio lo permitían, iba a ver a la que, en la fiesta pueblerina, me había sorbido el seso.

Salía de Ibyrá-ró poco después de anochecido, y cuando regresaba, después de un par de horas de pelar la pava con mi adorado tormento, era ya cerca de la medianoche.

Por picadas y senderos hacía yo el recorrido de las cuatro leguas, al galope de mi buen caballo, sin que nunca me hubiera ocurrido en el camino cosa al-

CAAGÜI JHÚ

Por
Avelino Rodríguez Elías

ILUSTRACIONES DE
RAUL VALENCIA





guna, hasta una noche que jamás podré llegar a olvidar.

Regresaba yo de junto a mi amada, cuando al abocar una senda que corre por el Caagûí Jhú, un bosque que debe su nombre a lo tupido y obscuro que es, el caballo dió un resoplido y se paró en seco. Era aquél un camino bien conocido para él, y me extrañó aquel acto de resistencia del animal.

Miré atentamente a mi alrededor, por si había algún peligro a la vista, y no observé nada. La obscuridad era impenetrable. Pero, indudablemente, el caballo presentía algo.

No queriendo dejarle salirse con la suya, piqué espuelas, y con un par de fuertes latigazos traté de hacerle avanzar.

—No siga adelante, mi teniente — dijo ante mí una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra.

Miré otra vez, pero con más insistencia, y tampoco vi nada más que la sombra obscura del tupido bosque.

De nuevo intenté obligar al caballo a reanudar la marcha. Se resistió, encabritándose, y por segunda vez habló la sombra misteriosa:

—No siga adelante, mi teniente.

Entonces me pareció que aquella voz no era del todo desconocida para mí. Una voz que me había sido familiar.

—¿Quién puede impedírmelo? — pregunté malhumorado, y al mismo tiempo intrigado por saber de dónde procedía aquella voz.

—Yo se lo ruego por su propio bien, mi teniente — habló de nuevo la voz, en un tono tan claro, que en seguida la reconocí. Era la voz de mi asistente Cantalicio Azcuénaga.

Pero Cantalicio Azcuénaga no existía. En uno de los últimos combates del Chaco había pagado su tributo a la patria, muriendo como los héroes.

Era un buen muchacho. Yo le había cobrado afecto, por lo listo, cariñoso y servicial, y cuando rodó mortalmente herido hasta el fondo de la trinchera, no pude apartarme de su lado hasta que exhaló el último suspiro.

Abrasado por la sed — la sed de los heridos —, me dirigía unas miradas suplicantes, que yo comprendí en seguida. Cada gota de agua era un tesoro en aquellos momentos, y yo le cedí la poca que ya quedaba en mi caramayola.

Apliqué el recipiente a sus labios amoratados, bebió con avidez, y al terminar dijo con voz apagada:

—Gracias, mi teniente... Nunca... lo olvidaré...

Y expiró. Si yo mismo no lo hubiera visto enterrar, creería que Cantalicio en persona estaba allí, rogándome que no entrase en el Bosque Negro. Pero eso no podía ser. Aquello era una ilusión de mis sentidos... ¿o era el fantasma de mi asistente?

En la guerra no temblé nunca. Mi grado de teniente, ganado sobre el campo de batalla, y la Cruz del Chaco, que, en los días de gala, luzco sobre mi uniforme, dicen bien claramente que no soy un cobarde. Y sin embargo en aquel momento temblé.

Sudor frío corría por mi frente cuando otra vez la voz se dejó oír, para suplicarme:

—Por favor, mi teniente, no siga adelante.

Entonces mi asistente, o mejor dicho, el fantasma de mi asistente, en medio de un remolino de viento, se alzó ante mí. El caballo temblaba nerviosísimo y parecía querer iniciar un movimiento de retroceso. Y yo, clavado en la silla, fijaba los ojos en la aparición, dudando de si estaba despierto o soñando.

Un muerto se levantaba de la tumba para pedirme que no siguiera adelante. ¿Qué significaba aquello?

Y si no había de continuar por aquel camino, ¿qué era lo que debía hacer?

¿Quedar fijo allí hasta que amaneciese? ¿Volverme al pueblo de mi enamorada? ¿Buscar otra senda? Yo no conocía más que aquella picada.

Respondiendo a estas preguntas que yo me hacía, el fantasma habló otra vez, como si las hubiese escuchado, para decirme:

—Yo le guiaré por otro camino.

—¿Y por qué no puedo seguir éste? — me aventuré a preguntar.

—No se lo puedo decir aún — respondió la aparición —. Pero, por favor, dése vuelta, y yo le guiaré, mi teniente.

Aun no sé cómo obedecí. Lo que puedo asegurar es que en ello no intervino para nada mi voluntad. Ni tampoco tuve que mover las riendas. El caballo, por sí mismo, y ya entonces sin dar muestra alguna de temor, volvió grupas y empezó a galopar, como si quisiera ganar el tiempo que habíamos empleado en aquella escena.

Pero no íbamos solos. A mi izquierda, con la mano apoyada en el arzón, iba el fantasma, no corriendo, sino volando. Y digo volando, porque a mí me pareció que no ponía los pies en el suelo.

Por un camino para mí completamente desconocido llegamos a la otra linde del Caagûí Jhú, y allí nos detuvimos, sin saber yo tampoco por qué. Entonces el fantasma volvió a dirigirme la palabra:

—Déjeme la pistola por un momento, mi teniente.

Iba a responder "¿para qué?", pero la voz no me salió de la garganta. Obedecí y le entregué el arma. Y al dársela, me fijé bien en que la aparición vestía el mismo uniforme verde oliva de nuestra tropa. Y, caso curioso, en el pecho tenía una herida que manaba sangre fresca. La misma herida de que había muerto Cantalicio Azcuénaga, mi asistente.

Pasaron unos segundos, sonaron dos tiros, y casi instantáneamente apareció otra vez el fantasma junto al caballo.

—Gracias, mi teniente — dijo al devolverme el arma. Y después de dirigirme una mirada como aquella con que, suplicante, me pedía agua en el fondo de la trinchera, desapareció.

A la mañana siguiente — terminó Gerardo Garcés su relato — fué hallado muerto en el Bosque Negro un puma de gran tamaño, con dos balazos en la cabeza."

—¿Y no se supo quién dió muerte a la fiera? — preguntó uno de los oyentes.

—No — respondió el oficial.

Siguió a esto un silencio por sobre el cual flotaban la duda de los unos y la incredulidad de los otros. Yo lo rompí por fin, preguntando a Garcés:

—¿Recuerda usted la fecha de eso?

—Ya lo creo — respondió —: el 15 de abril de 1936.

Anoté cuidadosamente la fecha en mi memoria, y al otro día, tan pronto llegué a la redacción, pedí la colección del diario en que trabajo, para hojearla. Allí estaba la noticia de que en el Caagûí Jhú, en la fecha citada por el oficial, había sido encontrado muerto un puma cebado que asolaba la comarca, con dos balazos en la cabeza y sin que se supiera quién fué el cazador que le dió muerte. ◈

NOTAS

Caagûí-Jhú: Bosque Negro.
Ibyrá-ró: Palo amargo.
Puma cebado: Tigre que ha probado la carne humana y ya la prefiere en adelante a toda otra.

LA SECTA RELIGIOSA QUE "SALVO"

Por
Jack W. Smith

(DERECHOS ADQUIRIDOS)



Se diría que Norteamérica es una fecunda cuna de sectas religiosas, y la aparición de una nueva ya no asombra a nadie. Pero la última de éstas ha producido gran revuelo en Chicago, y California, donde sus adeptos son numerosísimos y donde la intervención de las autoridades provocó la ventilación de hechos extraordinarios, dando lugar a un juicio de resultados incomprensibles.

Se trata del famoso movimiento llamado *"Yo soy"*, cuyas actividades, un tanto turbias al principio y completamente misteriosas después, se hicieron públicas hace un año, a raíz de la muerte de su fundador y "Padre del culto", Guy Ballard.

Las autoridades, entonces, se vieron obligadas a intervenir. El fiscal Ralph Lazarus obtuvo una copia del último discurso pronunciado en la convención de la sociedad "Yo soy", y dispuso la detención de diez inculpados.

Estos eran, además de la señora de Ballard y su hijo Donald, personas conocidas, como Charles Sindelar y su esposa, y Franz van der Noya, holandés.

La movida discusión que tuvo lugar entre el fiscal Ralph Lazarus y los acusados Donald Ballard y Franz van der Noya, durante el juicio, produjo el desconcierto y el desacuerdo entre los jurados, y luego entre el pueblo de California.

—No son pruebas de actividades dolosas — dijo el joven Ballard — las demostraciones de que nuestro fundador Guy Ballard

La señora de Ballard, que asegura ser la reencarnación de Juana de Arco, conversa con su hijo Donald, en el juicio.

EL CANAL DE PANAMA

ACABA DE TENER UN EXTRAÑO DESENLACE EL PROCESO SEGUIDO CONTRA LOS DIRIGENTES DE "YO SOY", FAMOSA SECTA CUYOS JEFES DICEN HABER DESTRUIDO, POR MEDIO DE SU PODER MENTAL, UNA ESCUADRILLA DE SUBMARINOS QUE INTENTABA TORPEDEAR EL CANAL DE PANAMA Y OTRA DE AEROPLANOS QUE VENIA A SOMETER A AMERICA A UN TERRIBLE BOMBARDEO



El "padre" Guy Ballard, creador de la secta "Yo soy".

haya realizado grandes hechos por medio de influjos psíquicos.

—No se trata de esos "grandes hechos" —contestó el fiscal —, sino de los "pequeños hechos" efectuados por medio del correo: el embaucamiento con fines de lucro; la explotación de la credulidad ingenua para realizar la estafa en gran escala...

—Tal "estafa" deja de existir desde el momento que "Yo soy" demuestra ser el organismo más eficaz de Estados Unidos para asegurar su defensa nacional...

—Que el acusado afirme tal cosa no demuestra nada...

—¡Sí, lo demuestra! — replicó un poco alterado Donal Ballard —. Porque yo estoy hablando inspirado por el esclarecido espíritu de nuestro fundador, Ballard, y un espíritu no miente. Hemos destruído una flota de submarinos enemigos que se dirigía a torpedear el canal de Panamá...

—¿Cuál es la prueba de ello?

—Muy sencilla y evidente: si no la hubiéramos destruído..., el canal de Panamá ya no existiría...

—¡...!

—Sí, señores; y hemos desintegrado y dispersado una escuadrilla de bombarderos del "eje" que se dirigía a América para reducirla a escombros...

—¿Puede usted relatar cómo obró la sociedad "Yo soy" para lograr tal proeza?

—Muy fácil. Nuestro "padre" Ballard se enteró, mediante influjos psíquicos, de que dicha escuadrilla de bombarderos se encontraba ya en el aire, sobre el Atlántico, cerca de nuestras costas; reunió entonces a los miembros activos de la sociedad y les pidió que concentraran su poder mental para destruir los aviones. Estos, que eran cerca de mil, cayeron todos al mar, y nuestro jefe Ballard, luego de cerrar los ojos y permanecer en silencio durante varios minutos, declaró que sus deseos se habían cumplido.

—¿Puede usted explicar por qué medios o cómo actúa la fuerza del pensamiento sobre los aviones?

—Sí, señor; el enemigo ha sido destruído por medio de las octavas del pensamiento...

—¿Y esas octavas...?

—¡Ah! ¡Para los no iniciados todo esto es misterio! Sin embargo, hemos llegado a descubrir el secreto para desarrollar el poder mental hasta el punto de prolongar la vida indefinidamente. Sabemos esto porque a ese punto llegó nuestro padre Ballard...

—Pero — interrumpió el fiscal —, Guy Ballard ha muerto...

—No, señor, no ha muerto — intervino el acusado Franz van der Noya —. Todo el mundo sabe que cuando se le creyó muerto, su pretendida viuda lo expuso al público durante tres días, al cabo de los cuales desapareció. ¿Y saben adónde se fué? Al monte Teton, en cuerpo y alma. Ballard había cambiado, tiempo antes, su personalidad con la de san Germán, filósofo del siglo IV, y era inmortal, como sigue siéndolo en el monte Teton. Poco después de la aventura de los submarinos y los aviones, Ballard, ayudado por la fuerza mental de los otros miembros de "Yo soy", logró dispersar una gran banda de espías organizados en todas partes de América. Y nuestro último acto ha sido el descubrimiento de una mina de diamantes monstruosos en tamaño; cada una de estas piedras preciosas pesa de 5 a 8 libras. Todo esto es verdad, pues la señora de Ballard es una reencarnación de Cristo, de Juana de Arco, de Cleopatra, de Lota, rey del Rayo, y de Pequeña Dinamita, personalidad no definida, y ayudó a Ballard contra los espías...

—Sin embargo — repuso el fiscal —, no puede negarse que "Yo soy" es perjudicial para nuestra sociedad, pues los maridos de las adeptas a "Yo soy" piden el divorcio porque sus mujeres se niegan a continuar su vida en común con ellos, so pretexto de purificarse, y a las esposas de los socios les ocurre lo mismo.

—No podría jamás basarse una condena en un esfuerzo por la purificación del alma y el cuerpo de este mundo que se está hundiendo en el vicio y el lujo.

—El buen pretexto — contestó el fiscal — no es un atenuante para la gravedad de la estafa de que son objeto los miles de adherentes que pagan su cuota mensual, creyendo que "Yo soy" va a salvar al mundo con medios mágicos.

Y la discusión se prolongó, hasta el punto de que los acusados llamaron en su auxilio al filósofo san Germán; pero éste no compareció en el tribunal.

A pesar de todo, el jurado, luego de deliberar en completo desacuerdo durante cuatro días, absolvió de culpa y cargo a los diez dirigentes de "Yo soy". Y así es cómo esta rara secta religiosa continúa hoy su campaña de proselitismo en el país de los rascacielos. ◈

La pálida estrella de



La rueca y el timón

En aquel tiempo, Isabel, "la grande", tocaba las cimas excelsas de la gloria humana y de la soledad íntima. Castilla había hecho suyos los territorios mahometanos hasta el estrecho de Gibraltar. Y la soberana del traje blanco vivía en el palacio moro de la Alhambra. Coronábanse casi veinte años de incesante labor debida al tesón combativo de la reina. Como símbolo del gobierno de una mujer, España era célebre por sus tejidos. Y las otras naciones adquirían en la Península terciopelos andaluces, alfombras de Valencia. Mientras, Isabel, puesta su voluntad en la rueca y en el timón, disponía la grandeza económica de sus Estados, apretando los lizos dentro del telar con la exigencia de las recaudaciones. Eran los días en que la vencedora reina gobernaba dieciocho millones de almas, como la señora de un gran hogar. Vestida de blanco recorría aún, como en los comienzos de su reinado, los rincones más distantes del país, en un peregrinaje de averiguaciones que la mantenía unida a su pueblo. Y como el ama minuciosa de una casa grande, era exigente y severa con los impuestos. Porque había comprobado el desorden del Tesoro. llevó a la política económica una especie de concepto ascético. El mismo que inspiró sus tocados sencillos, monacales. Y en las manos blancas de una mujer sosteníase la doble grandeza, guerrera y administrativa, de un Estado.

El "pobre Colón"

El hombre maduro, el navegante de hábito de monje, se acercó a la reina victoriosa, reputando mezquino el triunfo sobre Granada en comparación con las conquistas que él prometía. Por debajo de la vida simple y vulgar del vendedor de mapas sacudía su vuelo un espíritu contagiado de locuras místicas y heroicas, despreciables para los hombres rudos de la época, empedernidos en la prosa y atentos a los hechos precisos.

Empeñado en llegar a las Indias, "el pobre Colón", como lo llamaban en el puerto, evocaba febrilmente a Cipango, la isla de oro. El delirio de su fantasía y las exigencias de su ambición — quería ser nombrado almirante de los mares que descubriese y gobernador de las tierras incógnitas — hallaron un eco simpático en la reina. Porque también ella había logrado vivir la realidad de un ensueño fantástico. Así fué cómo el lienzo de las carabelas de España sacudió la niebla del misterioso mar, despejando el camino...

Isabel la Católica, la grande, tocaba las cimas excelsas de la gloria humana y de la soledad...

los hermanos Pinzón

Los hermanos Pinzón.—Martín Alonso, el capitán de "La Pinta".

por ***María Alicia Domínguez***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

"—¿Desde cuándo, señora, gozan en la Península de vuestro favor los aventureros extranjeros?" — preguntó don Fernando a su esposa, cuando ella concedió su venia para el viaje extraordinario. Recordaba el consorte la poca gloria que, como aragonés, le había tocado en Castilla.

Esa misma pregunta pudieron hacerse los Pinzones cuando el celaje de la intriga veló su estrella. Hay a veces una indudable predestinación en los nombres. Con el desinterés de un ave, prestaron estos marinos el coraje de sus alas a la empresa descubridora. Pertenecían a una familia de navegantes ricos y expertos. Habían nacido en Palos y su arraigo y pericia contaban allí con el respeto de la población... Martín Alonso era, de los tres hermanos, el más rico e influyente. "Uno de los hombres más entendidos de su época en las cosas del mar" — se dijo más tarde. Había hecho dos viajes a Roma con el objeto de profundizar el estudio de las tierras descubiertas al oeste del mar océano. Sus amistosas pláticas con los cosmógrafos del Vaticano, y la copia de cartas marítimas que allí obtuvo, le permitieron cimentar el propósito de un viaje al país de las especias y del oro.

Este hombre endurecido por las intemperies, buen conocedor del mar y de sus rutas, era capaz del equilibrio necesario entre el ensueño y las matemáticas, entre la embriaguez de la fantasía y los acicates de la acción.

Así debió entenderlo el marino genovés cuando lo admitió en sus conferencias de la Rábida, junto a Juan Pérez, Antonio Marchena y García Hernández.

La noble pericia del marino andaluz sostuvo el ensueño del almirante, quien, según testimonio de Alonso, le dijo: "Señor Martín Alonso: realicemos este viaje y si Dios nos hace descubrir la



Este cuadro de la época evoca el desembarco de Cristóbal Colón en la isla de San Salvador.

tierra, yo os prometo, por la corona real, repartirla con vos como con un hermano".

Pero esta promesa no fué cumplida. Aunque el viaje resultara apoyado económicamente por Martín Alonso; aunque él tripulase *La Pinta* y su hermano Vicente Yáñez *La Niña*. Aunque otros tres miembros de la familia, Diego, Bartolomé y Arias viniesen en las naves, y el gallardo marino andaluz fuese a bordo la brújula que señaló la ruta sur, la enérgica mano que sofocara la insubordinación del pasaje atemorizado. Sin embargo, murió sin gloria, sacrificado a un destino aciago, víctima de la calumnia que le atribuyó el propósito de separarse de la expedición para llegar antes a España y reclamar para sí, íntegramente, la gloria del hecho insigne. Es verdad que *La Pinta*, más velera, se perdió en "el mar desconocido", pero también es cierto que Martín Alonso no tenía por qué aspirar con vileza a algo que de por sí compartía gloriosamente con el almirante como socio y colaborador. Si hubiese resuelto traicionarlo, pudo llevarlo a cabo con la energía propia de su carácter y el apoyo de los tripulantes, que veneraban en él a un marino y a un señor. Y, además, no hubiese dejado de arrastrar consigo a Vicente Yáñez, su hermano predilecto.

"Colón tuvo la idea; Pinzón puso los medios" — decía Cánovas del Castillo en un discurso que pronunciara en 1892.

Sí. Colón tuvo la gloria; Pinzón tuvo la cruz, inseparable de todo hecho singular.

Vicente Yáñez Pinzón

La devoción de Vicente por el mayorazgo determinó su voluntario aislamiento en la epopeya, aunque colaboró como su subordinado en la reducción del motín que estallara en la *Santa María* y del que da noticias el diario del almirante, con elogios para Martín Alonso: "porque esforzaba e ponía corazón así a él (a Colón) como a los otros para ir adelante".

Al separarse *La Pinta* de la expedición, Vicente Yáñez continuó en las aguas del almirante, y cuando éste perdió su navío en los arrecifes de la isla Española, lo recogió en *La Niña*, salvando los efectos y ofreciéndole todas las posibilidades de restablecer el prestigio de su autoridad. Pero el "Diario", donde con tanta fuerza surge la imaginación copiosa del almirante, no da fe de este hecho noble; no cita al hombre fiel que le proporcionara la nave de su comando para el retorno victorioso. ¿Es que la actitud inexplicable de Martín Alonso provocó en el jefe supremo de la expedición un disgusto que alcanzó a su hermano? ¡Quién sabe!

Supónese que Vicente Yáñez quedó prisionero de los portugueses en Santa María de las Azores, donde debieron recalar a causa del tiempo, y donde el capitán de la isla hizo prisioneros a varios españoles e intentó la detención del almirante. Porque no se menciona a Vicente Yáñez en el arribo a Lisboa, ni en la llegada a Palos de la carabela *La Niña* el 15 de marzo de 1493.

En las horas del repique glorioso, en el momento cenital de las palmas, no se recuerda a los hermanos Pinzón. Martín Alonso está en la Rábida, enfermo de muerte, desencantado de los hombres, de cara al verdadero "mar tenebroso". Y en los viajes posteriores de Colón a las Indias, no acompañan a éste ni Vicente, ni Francisco Martín, ni los hijos de Martín Alonso.

¡Cuántas cédulas reales suscribió en aquellos tiempos la mano de Isabel, en Barcelona! ¡Cuántos epítetos en ellas para el almirante glorioso de los mares desconocidos! ¡Cuántas alabanzas para el descubridor de las islas Indicas del mar océano! Para los capitanes de *La Pinta* y *La Niña*, un olvido absoluto. Ese desconocimiento en que entran por mucho la ignorancia y la eterna ingratitud de los poderosos. La fortuna, la pericia, las personas de los hermanos heroicos habían sido una ofrenda estéril.

Otra vez al mar

Pero el ejercicio de una vocación dominante suele ser el íntimo premio del que la profesa; por eso, a la muerte de su hermano, Vicente Yáñez se lanzó de lleno en la gran aventura marítima de su destino. Y apercibió por su cuenta y riesgo varias expediciones, de las que dan cuenta Oviedo, Las Casas y Pedro Mártir de Anglería. En diciembre de 1499 salieron de Palos cuatro carabelas, al mando de Vicente Yáñez la capitana y dos de ellas al de sus sobrinos Arias Pérez Pinzón y Diego Hernández. "Las naves iban proveídas a costa de Pinzón" — escribe Las Casas.

Hicieron rumbo guiados por la estrella del Norte. Pronto bautizaron la primera playa en que recalaron con el nombre de Rostro Hermoso, el 20 de enero de 1500. Estaban en el paralelo 8º de latitud meridional, correspondiente a la costa del Brasil, en la parte saliente del cabo bautizada con el nombre de Santa María de la Consolación (después San Agustín). Vicente Yáñez bajó a tierra con los escribanos de las naves y tomó posesión de las tierras para la corona de Castilla. Le cupo la gloria de haber sido el primer navegante que atravesó la línea ecuatorial del océano del Poniente, dejándose llevar por la gran corriente del Ecuador al reino del Brasil, descubierto por él así como el famoso río de las Amazonas. Fué muy comentado su regreso, porque trajo piedras ricas y exhibió a la hembra del canguro, cuyos hijuelos murieron en la travesía.

Declina la estrella

La pálida estrella de los Pinzones declinó después de esta hazaña. Porque todos sus caudales quedaron comprometidos en el pleito que les pusieron los mercaderes, quienes llegaron hasta enajenarles la posesión de un esclavo intérprete. Cuando vió el marino agotada su fortuna e imposibles sus empresas, no vaciló en ofrecer al rey su persona. Por ese entonces Castilla recabó su ciencia, llamándolo junto a Solís, La Cosa y Américo Vespucio.

Como resultado del viaje de Solís y Pinzón expidióse una Real Cédula el 9 de abril de 1510, según la cual se concedía al insigne marino 100 indios en la isla de Puerto Rico, obligándolo a vivir allí. Ningún documento da fe acerca de si cumplió o no este destino. Ni se conoce el lugar de su muerte.

¿Dónde acabó sus días el nauta famoso? Probablemente en alguna otra aventura de su itinerario infatigable. Tal vez muriera de "flecha con hierba", cayendo en un pedazo de la tierra vasta que había conquistado con tanta pena y sin ninguna gloria. Como un héroe legendario.

En la real provisión del 23 de septiembre de 1519, que concede escudo de armas a los descendientes de los Pinzones (documento Nº 9), se consigna como de mayor importancia que los de Martín Alonso los servicios prestados a la corona por Vicente Yáñez. Hijo atrevido del peligro, comandó las naves que cruzaron por primera vez el océano al sur de la equinoccial.

Como buen marino, dejó que sus hechos hablaran por él, sin pintarlos con la vehemencia con que los descubridores contaban sus lástimas, dando pavoroso relieve a la hazaña de los viajes, para obtener prebendas y mercedes como recompensa. Vicente Yáñez, lo mismo que Martín Alonso, fué un verdadero hombre del mar, un señor de alta posición y de fortuna, al que probablemente repugnaban la intriga y el reclamo que usaron muchos de sus subordinados para lograr los cuarteles y escudos con que se fundaron nuevos títulos en Castilla.

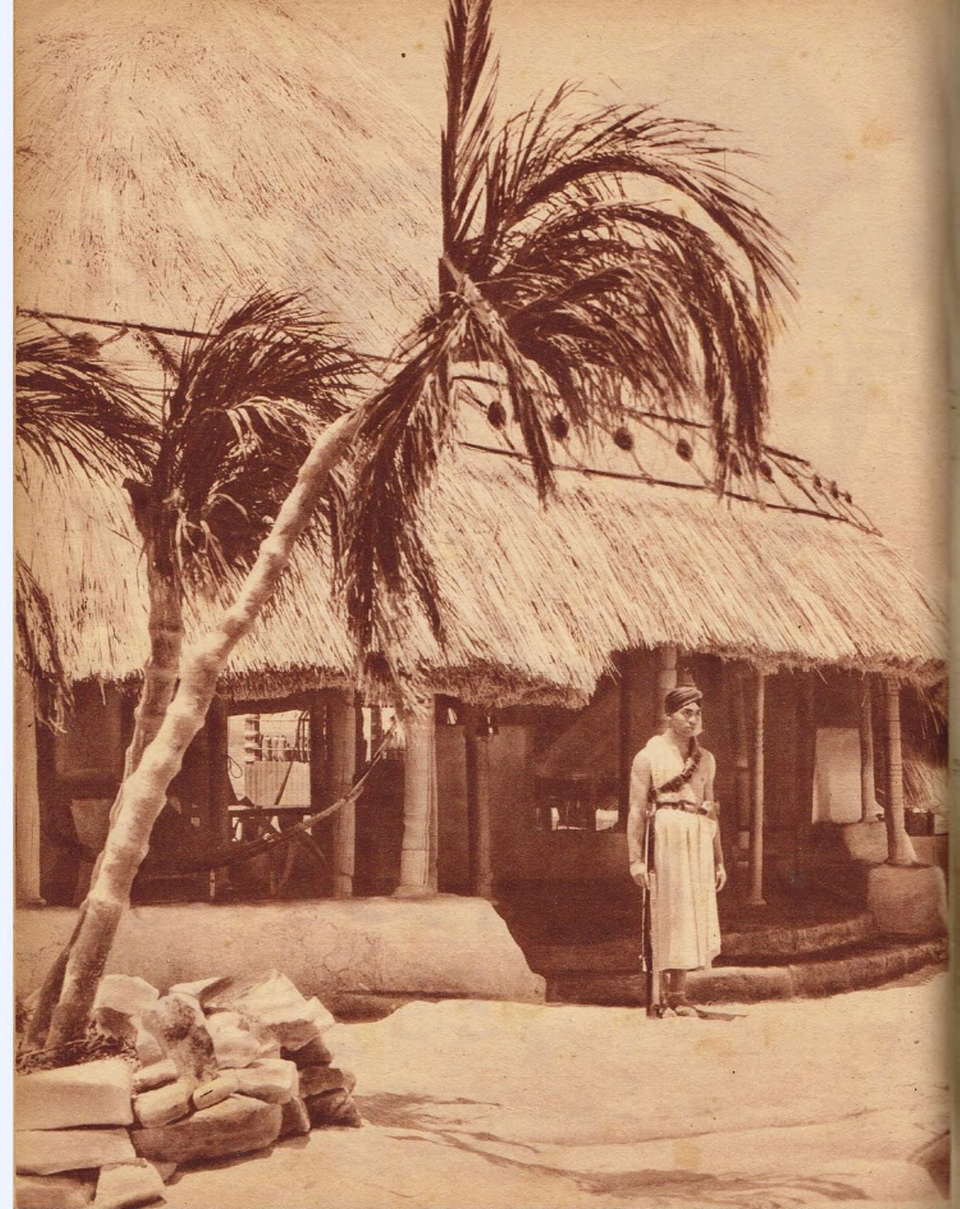
Y probablemente, sin las incidencias del famoso pleito, iniciado por otros, no conoceríamos, contadas por él, ninguna de las proezas con que su arrojo ensanchó los horizontes de Castilla. ◈

CUANDO MUERE EL DIA

Fotografías de la película de Walter Wanger, cedidas gentilmente por Artistas Unidos.

LA FAMOSA NOVELA DE *Barrie Lyndon*

Traducida especialmente para "Leoplán", por Rolando W. Varela.



CAPITULO I



UINIENTAS millas hacia el oeste, y en las cercanías de Lochitung, dos hombres estaban casi enloquecidos por la soledad, encerrados en puestos de avanzada, rodeados de alambradas de púas, y espiándose mutuamente — como un cazador espía a la presa — a través de las miras telescópicas de sus fusiles de guerra.

A una distancia de doscientas sesenta millas de allí, en Moyella, el comisionado local estaba exhausto. Durante veinte horas al día hallábase inquieto y preocupado, con el rostro crispado y paseándose de un lado a otro en su tienda, como una fiera enjaulada.

Aquí, en Manieka, Alan Dewey colocó una botella de *scotch* entre dos vasos, protegiéndolos con una mano cuando un lagarto se aproximó curioseando con su cabeza chata y sus ojos saltones, salpicando barro y hojas secas de palmera al sacudir su cola como un látigo. Mientras esperaba que el lagarto se alejara, Dewey echó una mirada a un retrato que aparecía en la tapa de una revista que tenía fecha de dos meses atrás.

—¡Has hecho bien, chica! —murmuró.

Y, al hacerlo, leía el sugestivo epígrafe que figuraba bajo el retrato: "Ex bailarina se casa con un millonario".

Fuera, un *gong* dió el toque corto y melancólico que indicaba un cambio de guardia y, al mismo tiempo, que faltaban quince minutos para las cinco. Apenas sesenta minutos para la hora en que todo se va hundiendo en las tinieblas, cuando muere el día.

El lagarto se detuvo un instante inmóvil; Dewey sacudióse el barro de la mano y luego escanció *scotch* en sus vasos.

El hombre llevaba pantalones blancos de cordero, sandalias de la región y un saco arrugado. Podría tener treinta y seis años; su cabello estaba encanecido en las sienes principalmente; su rostro era tostado y enérgico, ojos oscuros y parecía tener buen talante. Había llegado a Manieka atravesando el Congo y pasando por las fértiles llanuras de caza de la salvaje Uganda. Andaba en busca de un veneno para ratas, y pensaba encontrarlo en Africa, la tierra que estaba llena de plantas venenosas y de raíces tóxicas. Era su idea producir un veneno tan poderoso que las matara por millares, y de este modo hacerse millonario.

Buscar un veneno era una buena excusa, a falta de otra mejor, para dejar el mundo atrás, muy lejos, casi como olvidado, donde uno desearía en realidad que estuviera... Tan remoto y tan lejano, que casi no significase ya nada.

El lagarto movió su larga cola y desapareció por un agujero en la pared.

Dewey era un neoyorquino nato, un hombre extraño para encontrarse con él en aquellas latitudes de un mundo casi salvaje, en un puesto militar pequeño y aislado.

El río Dawa corría a una milla de allí, hacia el norte, dibujando la frontera de Abisinia. Media milla hacia el este, un pequeño sendero había sido delineado a través de la selva, y marcaba los límites de la Somalia italiana. El puesto de avanzada estaba en Kenya, en un punto donde los tres territorios se encontraban.

—¿Has visto esto? —preguntó Dewey de pronto, volviéndose hacia un hombre que estaba echado de bruces, indolentemente, sobre la mesa—; linda muchacha, ¿verdad?

—No está mal —murmuró Herbie Coombes, echando una mirada distraída a la fotografía, sin demostrar mayor interés—; no está mal...

Y con un gesto de indiferencia concentró nuevamente la atención

Zía había logrado aproximarse a la choza sin ser vista, a causa de la conversación que sostenían los hombres, y pasando entre los guardias...



Crawford se dirigió hacia la casa de Turner. Cuando llegó bajo el alero, los últimos soldados áskaris atravesaban el puente.

en el mapa que había estado estudiando. Algunas rutas para las solitarias caravanas de camellos lo cruzaban en diversos sentidos; pequeños círculos marcaban la situación de las aldeas nativas. Varias marcas verdes indicaban dónde podría ser hallado un pozo de agua después de la estación de las lluvias, mientras que cruces azules mostraban la ubicación de los pozos de agua permanentes.

Coombes era corpulento, de poderosa musculatura y de maneras fáciles. Llevaba un pantalón corto, color caqui, y calzaba zuecos que sostenía con una tira de cuero enrollada a sus tobillos. Sus ojos eran pardos y de mirar alegre y bondadoso. Se hallaba a cargo de los veinte policías áskaris del puesto avanzado.

Pertenecía a las calles londinenses, pues en Londres había nacido veintisiete años atrás, y hubiera sido ideal como tipo clásico del policía *cockney*. Pero le gustaba la vida en Manieka, a pesar de todo, porque sus superiores no podían darle órdenes..., excepto por el telégrafo o la radio.

Irguió de pronto la cabeza, como si se le hubiera ocurrido una idea repentina, y exclamó:

—¡Si algo le sucede a Bill, lo pagarán caro esos nativos!

—Ya lo sé — respondió Dewey.

—Los *shiftas* llegarán cualquier noche arrastrándose hasta nuestras alambradas; y luego... se acabará todo para nosotros — murmuró Coombes como hablando consigo mismo.

—Ya lo sé — murmuró otra vez Dewey, pensativo.

Luego levantóse y llevó los vasos hasta un recipiente de piel de cabra que colgaba del techo, en un rincón, y chorreaba agua.

La habitación tenía paredes de barro, formadas por ramas entrelazadas sobre las cuales se había arrojado barro a modo de reboque; al secarse, éste formaba una costra dura y rojiza. En el suelo había algunas alfombras de color, que las hormigas casi habían devorado por completo, acribillándolas de agujeros. El cuarto estaba desaliñado... Una lámpara de mano, toallas, un quepis, una cartuchera, un cuero de cocodrilo colocado contra la pared, donde el reboque había caído... Veíanse también algunos baúles de cinc, un escritorio, un armario hecho con los cajones de las vituallas, y cuatro sillas, tan viejas, que habían sido remendadas con piel de cabra.

Dewey llenó los vasos con agua y miró a través de la galería. Cerca, alzábase la amenazadora barrera de alambres de púa que formaba un cuadrado de ciento cincuenta yardas de cada lado alrededor del puesto, allí donde las altas rocas formaban un profundo foso natural. Era

una mácula en la inmensidad de las quemantes arenas y de la selva inhospitalaria, donde latía la vida nativa, salvaje y hostil. Aquí, la guerra que se entablara en Europa y que se había extendido por el norte del continente negro, era completamente ignorada. La razón podría parecer oscura a quien no perteneciera a aquel ambiente, pero era por completo obvia para los que allí vivían.

El representante italiano, que vivía en un puesto fortificado del otro lado del río, gobernaba una franja de territorio que no era ni Abisinia ni Kenya. Los italianos reclamaban tierras a lo largo del río, pero esa petición no había sido atendida, y las actuales fronteras no fueron nunca establecidas oficialmente y demarcadas río abajo, a causa de que el territorio reclamado incluía las tierras de los *shiftas*. Apoderarse de ellas significaba dificultades sin cuento; una guerra costosa, larga y sórdida, cuyo provecho, finalmente, podría ser tan sólo unos cientos de millas cuadradas cubiertas de arena y de matorrales.

Por aceptación mutua, los italianos tenían jurisdicción en la franja reclamada, hasta que las fronteras se fijaran definitivamente, y, a despecho de la guerra, no habíanse recibido en aquellas soledades órdenes en contra. Todo parecía olvidado bajo la atención de grandes acontecimientos por venir.

De esta parte, la izquierda del puesto de Manieka era virtualmente una frontera neutral, en cuyo flanco derecho estaba la Somalia italiana; una vasta y casi desierta área, con pocos signos de vida, sin ningún valor estratégico y que casi no tenía existencia, por el poco interés que las autoridades se tomaban en ella.

Más tarde, quizá después de las lluvias, la guerra llegaría a Manieka y las cosas podrían cambiar; pero, por el momento, la vida era así, y tal había sido siempre. Las hostilidades estaban tan distantes y las noticias eran tan escasas, que allí cada cual se ocupaba de sus propios asuntos.

Dewey, mirando a lo lejos, vió la pequeña casa de Herbie Coombes, y un poco más distante, la de Crawford. Cada una de ellas era un exacto duplicado de la otra: un cuarto, una galería con una cama y, en la parte trasera, una cocina. Era, precisamente, Bill Crawford quien diez días antes habíase internado en territorio desconocido, y su vuelta hallábase retardada ya en cuatro días. Bill era el comisionado local a cargo de ese puesto avanzado.

—Deberíamos haber sabido ya algo de Bill... No me agrada este silencio, sobre todo ahora que los *shiftas* llevan fusiles y se atreven a cruzar la frontera — dijo Coombes.

—No se gana nada con preocuparse — contestó Dewey; levantó un vaso, y se lo ofreció a su compañero, exclamando —: ¡Feliz cumpleaños, Herbie!

—Gracias... Es el segundo que cumplo aquí... Bueno, hay muchos sitios peores — dijo Coombes echando a un lado el mapa.

Ambos bebieron, mientras afuera resonaba el característico ruido de las campanas de los camellos. Los nativos estaban acarreando agua del río y los animales iban y venían golpeando las arenas con sus anchas y pesadas pezuñas. De cuando en cuando dirigían sus miradas hacia las grandes llanuras de la Somalia, al otro lado de las alambradas y del foso, donde sus dueños nativos vivían en sucias chozas de barro, paja y remiendos de latas de gasolina, pieles de cabra y hojas de palmera.

Cerca de esas chozas había media docena de almacenes pertenecientes a los comerciantes.

Coombes y Bill Crawford representaban la administración civil en el puesto. La guarnición de defensa estaba a cargo del teniente Rodney Turner, que en ese momento llegaba, justamente, con su típico aire de militar inglés. Tenía a su mando un destacamento del 7º Cuerpo de Fusileros Africanos de Su Majestad, que consistía en veinticuatro áskaris. Se trataba de tropas nativas que habían sido cuidadosamente elegidas en diferentes tribus, con el objeto de impedirles que pudieran confabularse ni originar disturbios.

Turner había servido en el Cuerpo de Fusileros del Royal Welsh, y había sido promovido por servicios en la K. A. R. Tenía una nariz pequeña y fuertes mandíbulas, y su mirada era fría y dura como el acero. La mirada de un perfecto soldado. Había sido educado para el ejército desde su niñez, y su uniforme caqui era elegante, limpio y correcto. Así también era él.

—He estado fuera de las alambradas..., allá en las chozas. A la vuelta, he pasado por el cuarto del telégrafo. Están tramando algo en el Cuartel General — dijo mientras entraba.

—¿Acerca de Bill?

—Así parece — contestó Turner sacándose el salacot y dejándose caer en una silla. Luego, volviéndose hacia Dewey, dijo insinuante: —¡Qué bien me vendría un trago, Alan!...

—He estado mirando en el mapa — explicó Coombes —; si no vuelve para el alba, ¿qué les parece si tomo media docena de nativos y salgo en su busca?

—¿Crees que puede haber hallado dificultades? — preguntó Dewey mientras llenaba el vaso de Turner.

—Dificultades..., u otra cosa — contestó este último.

Después, tomó su vaso y mirando de frente a Dewey, continuó:

—Creo que vamos a tener disturbios aquí; ¿no te parece que de-

berías irte? De todos modos, me parece que no te interesas mucho por tu famoso veneno para las ratas.

—¡Oh!, estoy trabajando en él —contestó Dewey con aire incierto, mientras su amigo bebía ávidamente a grandes tragos.

—¿Pero no comprendes que estaremos absolutamente aislados del mundo cuando comiencen las lluvias? —insistió Turner mientras lo señalaba con el vaso ya medio vacío—. Mira hacia el sur..., por allí hay más de doscientas millas de arena y de matorrales entre nosotros y el próximo puesto, en Wajir.

—Y sólo un pozo de agua en todo el camino... —murmuró Coombes con acento expresivo.

—Hacia el oeste, Moyella está todavía más lejos, y allí no hay más que un par de blancos —continuó Turner—; en la otra dirección, no hallarás nada más que arena a través de la Somalia, hasta llegar al mar. Sólo aquí hay agua en abundancia, a causa de las rocas.

—A cualquier parte que te dirijas no hay nada más que M. M. S. A. —dijo Coombes

Y cuando Dewey lo interrogó con la mirada, explicó:

—Millas y millas de sangrienta Africa.

—Y si los *shiftas* deciden hacernos una visita, entonces apuesto mil contra uno que nadie sabrá más nada de nosotros... Bill ya te advirtió de ello, ¿no es así? —agregó Turner.

Dewey asintió con la cabeza. Los *shiftas* eran los nativos salvajes del territorio inexplorado hacia la parte norte del río, que se habían unido, escapando de las tribus *habash*, a quienes los italianos trataron de dominar, confinándolos en las colinas. Durante largo tiempo los *shiftas* habían crecido en poder arrasando las aldeas, dispersando el ganado y los camellos... Matando... y robando mujeres. Pero ahora se sabía que estaban armados con fusiles, y que el peligro era grande y real. En aquella zona, únicamente el oro podía comprar un rifle. Los *habash*, al unirse a los *shiftas*, llevaban el oro de las colinas, pero ¿cómo o de dónde compraban ellos los fusiles? Nadie lo sabía. Y era precisamente con el fin de averiguarlo por lo que Crawford había partido en *safari*.

—En cuanto empiecen las lluvias, no podrás moverte de aquí... Tampoco podrá llegarnos ninguna ayuda —insistió Turner.

—No deseamos que te marches —murmuró Coombes—; pero creo que es lo mejor que puedes hacer.

—Te extrañaríamos mucho, pero debes saber la verdad —dijo Turner.

Comenzó a llenar su vaso y Coombes empujó el suyo hacia él por sobre la mesa, mientras Dewey echaba una mirada melancólica afuera, por el panorama desolado del puesto. Podía ver desde allí la pequeña choza donde vivía y, a un lado, una gran caja de madera que contenía una docena de ratas con las cuales experimentaba. Algunas hojas de palmera defendían del sol a los roedores.

Las extrañas y grandes formaciones rocosas de aquel lugar, constituían profundas cavernas naturales, muy apropiadas para la defensa del puesto militar. Su mirada se detuvo luego en las chozas de los áskaris y saltando en seguida por encima de la barricada fué a caer en una casa que estaba del otro lado de las alambradas, cerca del paso natural. Sus espesas paredes de barro habían sido blanqueadas con cal y, bajo el sol, lucían extrañamente en aquel lugar. Amplias ventanas y una puerta en arco daban la sensación de un ambiente fresco y agradable en el interior. Dewey detuvo allí su inspección ocular y dijo:

—Gracias por el aviso, Roddy, pero prefiero quedarme.

—Supongo que en tu decisión no tiene nada que ver la damisela de la casa blanca... —murmuró Turner sonriendo, mientras seguía la dirección de su mirada.

—Ella ha puesto sus ojos en Bill —dijo Coombes sonriendo.

—No sacará nada de él; tiene sangre nativa en sus venas —murmuró Turner en tono cortante.

—¿Sangre nativa en sus venas?, ¿Zía? ¡No es posible! —exclamó Dewey.

—Sé bien quién es ella —contestó Turner a media voz.



"Nada de asuntos oficiales, querido amigo. Estamos aquí reunidos para asistir a una fiesta", dijo Pallini a Crawford.

Y de pronto, un súbito silencio se hizo entre los tres. El rostro de Turner se puso tenso, y al darse cuenta de ello, Coombes dijo:

—Es mejor no hablar de Zía.

—Por lo que toca a Bill, Zía es de la misma casta que Chorny y el resto de los mercaderes —dijo Turner bruscamente, y luego agregó—: su padre era Abu Khali, un mercader árabe.

—¡No era el padre de ella! —contestó rápidamente Dewey.

—Entonces, ¿por qué le dejó el mejor comercio y las caravanas más grandes de toda Africa?

—Eso es lo que desearía saber —murmuró Alan Dewey.

—Y, además, viste como las nativas...

—Sí, pero sólo aquí.

—Roddy..., Zía es la mujer más rica desde el Cairo hasta Zanzíbar —dijo Coombes en tono contemporizador.

—¡Lo mismo da!

—No daría lo mismo conmigo —murmuró Coombes.

—Si no es blanca, ¿cómo pudo educarse en el convento, en Lamú?

—¡Sabe muchas cosas que no ha aprendido precisamente en un convento! —exclamó Turner.

—Bueno, quizá es por eso por lo que me gusta tanto —dijo Dewey, sonriendo apenas.

—Y yo quiero trasladarla a Lamú.

—¿Por qué?

—Porque cuando hay una mujer de esa clase en un puesto como éste... —comenzó a decir agriamente Turner.

—¿Una mujer de qué clase? —preguntó Dewey desafiante.

—¡Eh!, vamos, muchachos... ¡Alto ahí! —exclamó Coombes, golpeando en la mesa con su vaso. Luego los miró un instante a cada uno, por turno, y continuó—: No sigan por ese camino, porque se van a descarriar. No se puede jugar con los nervios en un clima como éste.

Durante unos segundos, Turner y Dewey se miraron en silencio; luego el soldado habló:

—Perdóname, Alan —dijo con acento tranquilo.

—Perdóname —murmuró Dewey sonriendo—; de todos modos, ¿de qué vale discutir? Ella tiene mucho dinero, y yo estoy en la miseria. Para mí se terminó todo...

Pasóse los dedos largos y fuertes por sus cabellos grises y continuó:

—Vine aquí porque deseaba alejarme de alguien, y porque esperaba encontrar un veneno para las ratas... Bueno, las ratas no tienen nada que temer..., y, por mi parte, no deseo regresar; así que... me quedo.

Hizo un gesto como si no deseara hablar más del asunto, y estirando el brazo tomó su vaso.

Los otros lo miraron y en ese momento llegó desde afuera un sonoro repiqueteo. Era el sonido de una barra de hierro golpeada con un trozo de riel llevado allí desde un lugar situado a quinientas millas del puesto, con el único objeto de ser utilizado para marcar la marcha de las horas lentas y pesadas en Manieka. Cinco breves golpes sonoros y otro sordo, indicaban que eran las cinco y media. A ese ruido, siguió la vibrante llamada de un clarín.

—Cambio de guardia...; creo que deben ir a sus puestos y ver que todo esté en orden —dijo Coombes. Luego, dirigiéndose a Dewey, continuó—: Bueno, muchacho, me alegro que hayas decidido quedarte.

Y alzando el vaso lo vació de un trago. En el momento en que lo dejaba sobre la mesa, vió a un hombre que se aproximaba por la galería. Llevaba unos pantalones amplios, cubiertos de fango; tenía el torso desnudo y de su cuello pendían varios amuletos. Usaba barba en punta y de sus orejas colgaban largos aros. El hombre se detuvo fuera de la habitación.

—Ahí está Chorny —dijo Coombes, y echó una intencionada mirada a la cartuchera y al cinto de balas que el recién llegado llevaba a la cintura.

—Que espere —gruñó Turner; añadiendo por lo bajo—: ése es el hombre para Zía. Entre los dos acapararían todo el comercio en muchas leguas a la redonda.

—Volveré en seguida —dijo Coombes saliendo de la habitación y haciendo una seña a Chorny con la cabeza al pasar cerca de él.

Este último saludó con una reverencia y luego llamó a Turner.

—Señor...

Era muy propio de él llamar de esa manera. No usaba nunca el cortés saludo nativo *bodi*, como era costumbre para todo hombre al anunciar su presencia, porque Chorny considerábase superior a los demás mercaderes, y no quería admitir su origen nativo. Decía que había nacido en Odesa, de padre ruso y de madre turca; pero a despecho de sus protestas, esas largas piernas como cañas, y su cabello, proclamaban su origen africano.

Sus ojos eran redondos y de mirar duro, y su nariz estaba vuelta hacia arriba con amplias ventanas, como si hubieran sido forjadas en un molde. Comerciaba en pieles de cabra, exportándolas para fabricar cuero, y solamente un hombre de su calaña podría progresar en un negocio en el que la mayoría de los otros mercaderes fracasaban.

Deliberadamente, Turner lo hacía esperar mientras conversaba con Dewey, a quien decía, levantando su vaso:

—Bebo a tu salud, ya que has decidido quedarte. ¡Por ti!

—Gracias, Roddy.

Ambos bebieron y Turner volvióse entonces mirando al mercader por sobre el hombro y preguntó:

—¿Qué desea, Chorny?

—El señor comisionado del distrito, Crawford, ¿no ha vuelto aún? —preguntó éste aproximándose por la galería.

—Demasiado sabe usted que no está de vuelta; ¿qué desea?

Chorny echó una mirada por el cuarto antes de contestar, como si buscara algo, y sus ojos tenían algo de animal salvaje: estaban alerta y con un brillo de temor.

—Hay *habari* entre los nativos —dijo.

—*¿Habari?*... ¿Noticias? —preguntó Turner, irguiéndose rápidamente en su silla, y con acento cortante—: ¿Es acerca de Crawford?

—Es... *habari*. Telégrafo nativo —dijo Chorny con acento evasivo y sonriendo, mientras miraba a Dewey—; es una cosa maravillosa. En las costas del oeste los nativos utilizan tambores para enviar las noticias; aquí no usan nada... Nadie sabe cómo vienen ni cómo van; pero las noticias de los nativos siempre son verídicas.

Hablaba con deliberada lentitud, porque sabía que Turner estaba pendiente de sus palabras, y le agradaba hacerlo esperar.

Ningún nativo había revelado jamás el secreto del *habari*, ni bajo la codicia, ni bajo el temor, ni bajo el tormento. Quizá fueran incapaces de hacerlo. *Habari* era... *habari*, y nada más. Algo inexplicable; pero cierto, real. Era raro que un nativo dijera tales cosas a un blanco, aun cuando las noticias se propalaban rápidamente entre ellos; a menudo los áskaris del puesto y los nativos de la aldea vecina, del otro lado de las alambradas, sabían las noticias mucho antes de que éstas llegaran a Manieka por la vía normal del telégrafo o de las caravanas.

—He oído hablar a los nativos en mi almacén... Ha habido una escaramuza y muchos muertos —dijo Chorny.

—¿Dónde?

—En una aldea *gurreb*, más allá de Ramu.

—Eso queda en la dirección en que partió Bill —exclamó Dewey.

—El *habari* dice que fueron muertos a tiros —agregó Chorny.

—Lo cual significa que los *shiftas* han vuelto a las andadas —dijo Turner.

—Un áskari ha sido muerto de un tiro y también Crawford —dijo Chorny.

—¡Qué!

Turner se aproximó hasta casi tocar al mercader, pero en ese instante una sombra se movió en la galería. Chorny se apartó.

—¡Zía! —exclamó Dewey con voz apagada.

Habíase aproximado a la choza sin ser vista, a causa de la conversación que sostenían los hombres, y pasando entre los guardias se presentó de pronto.

—Yo también tengo *habari* —dijo la recién llegada, con una voz profunda y melodiosa.

Zía no se equivocaba nunca cuando llevaba noticias de los nativos. A veces, de alguna manera, las recibía directamente, y esa era la razón por la cual Turner hallábase convencido de que era nativa, y de que sangre nativa corría por sus venas.

Su rostro era hermoso y con rasgos que denotaban inteligencia; sus ojos, oscuros y alargados. Tenía un encanto que se hacía aún más atractivo y más poderoso por los vestidos y adornos que llevaba. Una larga vestidura de tela roja, que se anudaba en sus tobillos y que, modelando su cuerpo, cubría uno de sus hombros dejando el otro al descubierto al pasar por debajo del brazo correspondiente. La tela insinuaba el pecho erecto y juvenil; en su cuello lucía un collar y en la muñeca un brazalete de oro, labrado para ella por un joyero de Zanzíbar. Tenía también un anillo que le diera Abu Khali; era de oro con un gran diamante engarzado al aire.

La piel de la muchacha era morena, pero no quemada por el sol. Su cabello negro, suave y lustroso, estaba peinado a la moda europea. No llevaba medias y calzaba un par de sandalias de la Somalia, con tacones decorados hechos de corcho e incrustaciones de oro.

Tal era Zía, bella, rica y misteriosa, que hablaba inglés con facilidad y cuya voz era dulce y agradable. Había sido educada en Lamú, con maestros especialmente contratados por Abu Khali.

—Bill está herido en un brazo, pero la herida es de poca importancia... Vuelve ahora por la ruta de las caravanas —dijo la muchacha, cruzándose con Chorny al entrar en el cuarto.

Turner la miró un instante y luego dirigióse rápidamente hacia la galería, echando una mirada en dirección a la ruta que indicara la muchacha, más allá del foso, en medio de los matorrales salvajes y espinosos que apuntaban en todas direcciones sus agudas puntas plateadas; avanzadas de la selva que llegaban hasta el río.

—No veo a nadie —dijo.

—Espera y lo verás —respondió Zía.

Sonrió a Dewey mientras se dirigía a la mesa. Ella gustaba de Alan, y le agradaba oír hablar de Nueva York y escuchar noticias de todo el mundo, lejos de Africa. Le agradaba oír hablar de las calles iluminadas, de los subterráneos, de los restaurantes y de los teatros.

—He traído un regalo para Herbie —dijo—; más tarde cambiaré de vestido a fin de estar lista para la fiesta.

Dewey la observaba mientras ella hacía esfuerzos por desanudar el pequeño hilo de seda que ataba el paquete colocado sobre la mesa.

Chorny también miraba a Zía, quien, como los nudos se le resistieran, deslizó una mano en su vestido y extrajo un puñal de hoja delgada y brillante, con empuñadura de plata. La hoja estaba afilada como una navaja, y cortó el hilo al tocarlo apenas.

—¿Siempre llevas eso contigo? —le preguntó Dewey.

—¿Esto? —preguntó ella mirando el puñal—; por supuesto.

—Las damas no llevan puñales, Zía.

—No olvides que aquí no hay damas. Solamente mujeres y ganado —dijo ella sonriendo fríamente.

Desenvolvió el paquete y sacó una alforja de piel de avestruz. Era amplia y estaba bien terminada.

—La adquirí en Mombasa, de un hombre que escribía oraciones del Corán. ¿Crees que le agradará a Herbie? —preguntó.

Dewey tocó la piel con la punta de los dedos y la sintió suave y elástica. Asintió con la cabeza a la pregunta de Zía, en el mismo instante en que Turner los llamaba a todos desde la galería.

—¡Algo ocurre allá afuera!

Dewey se unió a él, y Zía avanzó algunos pasos para mirar. Algo se movía y ondulaba contra la verde muralla de la selva, en dirección al río. Aquí y allá brillaba una chispa de luz que el sol arrancaba al metal.

—¡Ven! —exclamó Zía con acento de triunfo.

—¡Son fusiles! —exclamó Turner— ¡Es Bill!

Y echó a correr.

Dewey lo siguió, dirigiéndose a una abertura en la cerca de alambre, a través de la cual estaba tendido un puente por sobre el foso.

Zía los miró alejarse y, luego, volvió hacia la mesa donde, por un momento, estuvo ocupada en envolver cuidadosamente la alforja. Después ocultó el paquete bajo unas revistas viejas que había en un rincón. Y fué entonces cuando, al darse vuelta para regresar a la galería, vió que Chorny se interponía en su camino.

La luz del sol, pasando a través de una ventana, iluminó su cabeza, destacando, en un juego de luces y sombras, su rostro de rasgos mongólicos, y la sonrisa breve que afloró en ese instante a sus labios dejando al descubierto los dientes sucios y carcomidos.

Zía odiaba a Chorny. Había sido criada en un ambiente donde el odio era en verdad odio, y donde éste tomaba las más rudas expresiones. Comprendió en seguida lo que pensaba el mercader; porque cada año Chorny compraba una viuda somalí por cien monedas, y ese año no había comprado aún una mujer.

—¡Fuera de mi camino! —exclamó la muchacha con acento de ira.

—¿Por qué no ser amigos? ¿Por qué no ayudarnos uno al otro? —preguntó Chorny con acento untuoso.

—¡Fuera de mi camino! —repitió ella.

Las viudas siempre se le resistían. Luchaban y forcejeaban, y sus ojos centelleaban como los de Zía en ese momento. Pero él sabía cómo manejar a tales mujeres.

No se movió de donde estaba. Estiró un brazo tratando de alcanzarla. Zía miró la mano del hombre y vió sus uñas sucias y rotas; sintió el contacto de los dedos, un contacto frío y sucio que parecía pegarse a su brazo. Y esto la hizo estremecer.

Su propia mano se deslizó entonces entre sus ropas, y el cuchillo brilló un instante mientras Chorny daba un salto hacia atrás. Solamente su rapidez lo salvó, porque la muchacha había tirado a matar, y la hoja desgarró la camisa haciendo un corte limpio y largo. Habría muerto si se hubiera descuidado.

Al llegar a la galería el hombre recobró su aplomo.

—Mantente siempre lejos de mí, Chorny, y no te atrevas a tocarme jamás —dijo Zía.

El, sin contestar, se quedó mirándola mientras pasaba sus dedos por el tajo de la camisa, en tanto que las ventanas de su nariz se abrían y se cerraban como las de un animal salvaje. Sus labios estaban plegados en una mueca que quería ser sonrisa.

Zía volvió lentamente el cuchillo a su vaina, y luego, atravesando la galería, salió afuera, permaneciendo allí, a plena luz del sol, mirando hacia donde Turner y Dewey se habían alejado corriendo. Los áskaris se llamaban los unos a los otros en el puesto; algunos se dirigían hacia la entrada, mientras Coombes iba tras ellos gritándoles órdenes.

Allá, a lo lejos, donde la senda salía de la espesura, y se marcaba el polvo, aparecieron siete áskaris marchando en formación, con sus fusiles al hombro y a paso de parada. Calzaban unas especies de sandalias hechas con neumáticos viejos de automóviles; vestían uniformes caqui con cartucheras y equipo completo. Cuatro de ellos marchaban delante y los otros tres detrás de una pequeña camilla conducida por ocho nativos *gurreb*, cada uno de los cuales llevaba dos o tres lanzas.

Al frente de la pequeña tropa iba el comisionado del distrito, Bill Crawford, cubierto por el barro rojo de Kenya; una venda manchada rodeaba su antebrazo izquierdo.

Zía aguardó hasta que pudo verlo con claridad, y entonces olvidó completamente a Chorny. Crawford movía su brazo vendado, lo cual significaba que la herida no era importante y, al comprenderlo así, ella sonrió con satisfacción. De pronto se deslizó hacia una esquina de la choza, caminando rápidamente en dirección al edificio pintado de blanco que estaba del otro lado de las alambradas.



Estaba acodada en la mesa, con la mirada perdida en la lejanía, y pensaba. Frente a ella había esparcidas algunas flores blancas.



Pollini, sonriendo a Kuypen, tomó con ambas manos sendos tarros de conservas de frutas. Eran obsequios para Coombes.

Chorny la miró alejarse; luego entró en la galería y se sentó en el borde de la cama de Turner. De su bolsillo sacó una espina de tres pulgadas de longitud; tenía una punta aguda y una base bulbosa, y había sido cortada, con seguridad, de un matorral.

Los nativos no usaban jamás esas espinas, creyendo que traían mala suerte para la tribu. Pero los *shiftas*, no teniendo tribu, y no teniendo ley, hacían uso de ellas a modo de escarbadientes, ignorando la superstición de los nativos. Tan sólo un *shifta* osaría hacer eso.

Chorny, un comerciante que pretendía ser blanco, miraba aproximarse a Bill Crawford mientras comenzaba a limpiarse los dientes con la aguda y sucia espina.

* * *

Bill Crawford había marchado treinta millas, ese día, por la senda de las caravanas que conducía a Ramu. Porque se aproximaban al puesto, sus áskaris marchaban en formación, llevando los fusiles al hombro; sentíanse un tanto orgullosos, desde que eran guerreros que volvían de una refriega. La mitad de ellos estaban heridos y Kipsang yacía moribundo en la camilla.

Los nativos llamaban a Bill *bwana mkubwa*, lo cual, más o menos, significaba "excelente señor". Era alto y fuerte, y en su mandíbula había algo potente y amenazador; algo que estaba latente allí, refrenado y suavizado por la escuela militar en que se criara, y por el roce social adquirido en la universidad inglesa.

Tenía las cualidades que, bajo el impulso de un gran propósito, podían hacerlo un dinámico y magnético director de hombres. Y esas cualidades podrían llevarlo muy lejos..., a menos que el extraño y poderoso embrujo de la tierra africana lo atara allí para siempre.

Vigoroso y alerta, avanzaba con su uniforme cubierto de barro rojo y costras de sangre pegadas a las correas de su equipo de *safari*. Todo estaba manchado, desde sus anteojos de campaña y el compás, hasta la cartuchera y el salacot.

—¿Qué demonios ha sucedido? —preguntó Turner al reunirse con él.

—Hemos tenido un encuentro con los *shiftas*. Eran unos sesenta; asaltaron una aldea *gurreh*, robaron trescientas cabezas de ganado, mataron cinco hombres e hirieron a ocho —contestó Crawford sin aminorar el paso y hablando con rapidez, porque sus nervios se hallaban agotados por la fatiga.

—¡Gran Dios! —exclamó Turner.

—Los perseguimos hasta el otro lado del río, pero me descuidé en mi afán de alcanzarlos y entonces nos tendieron una emboscada. Luchamos cuerpo a cuerpo, y alguien me hirió en el brazo. Pero matamos ocho y herimos a quince.

—¡Buen trabajo! ¡Cómo hubiera deseado estar allí! —exclamó Turner.

—Yo también lo hubiera deseado —dijo Crawford haciendo una mueca—. Pero, de todos modos, les hemos ajustado las cuentas. Los áskaris arremetieron contra ellos como veteranos.

Hizo una seña con la mano indicando a los soldados que lo seguían y, luego, al ver llegar a Coombes, agregó:

—Herbie, temo que uno de tus hombres no sobreviva. Es Kipsang.

Coombes se dirigió a la camilla mientras Crawford hacía una seña amistosa a Dewey, y luego se volvía hacia Turner.

—Roddy, deseo enviar un parte telegráfico ahora mismo. Y deseo también hablar con el representante italiano —dijo.

—Vendrá esta noche para asistir a la fiesta del cumpleaños de Herbie.

Los *shiftas* habían huído hacia el territorio gobernado por el representante italiano. Como Crawford habíase internado en él al perseguirlos, la cortesía militar exigía que lo pusiera al tanto del asunto.

Mientras hablaban iban marchando en dirección al puesto: Coombes al lado de la camilla, amoldando su paso al de los camilleros. Los áskaris vestían uniformes bajo las túnicas cruzadas a través de sus pechos, y de pies a cabeza estaban cubiertos de polvo rojizo.

—*Bwana!* —murmuró Kipsang, tratando de alcanzar la mano de su jefe, en tanto que sonreía.

Los áskaris querían a Herbie Coombes más que a ningún otro hombre blanco. Herbie le dirigió unas palabras de aliento en dialecto *swahili*.

—Había un *shifta* detrás de una roca —murmuró entonces Kipsang.

—Pero tú lo mataste —dijo Coombes; y sonrió.

—*Ee-yah!*, sí..., con mi bayoneta —contestó Kipsang, y luego agregó con orgullo:

—Tres balas no pudieron detenerme, *bwana*.

—¿Tres? —preguntó Coombes; porque nada en el rostro del áskari, a no ser su extremada palidez, denotaba la pérdida de sangre.

—¡Soy un *masai!* —murmuró Kipsang orgullosamente—; tres veces disparó su fusil contra mí, pero aquel *shifta* murió.

Coombes había entrenado a esos áskaris en los ataques a la bayoneta y comprendió lo que había sucedido. Kipsang había visto al hombre y arremetido contra él. Coombes les había inculcado la idea de que una vez iniciada la carga, nada debería detenerlos hasta que la hoja del fusil se hundiera en el cuerpo del enemigo. Y así, ese magnífico áskari, uno de los pocos reclutas de la tribu *masai*, los más grandes guerreros del Africa..., ese hombre yacía allí, debilitado por la pérdida de sangre de tres heridas de bala.

Otros áskaris llegaron corriendo en ese momento desde el puesto y se hicieron cargo de la camilla, relevando a los cansados conductores. Rápidamente condujeron a Kipsang a la choza que hacía de hospital, donde un nativo vestido de blanco preparaba ya instrumentos y vendas. Hacía una hora que estaba enterado de que todo eso iba a ser necesario.

No había ningún médico en el puesto, y Coombes procuró hacer lo que pudo mientras Crawford se dirigía hacia la casa de Turner. Cuando llegó bajo el alero, los últimos soldados atravesaban el puente tendido por sobre el foso.

Chorny lo vió llegar y se alejó de la galería sin ser visto, llevando aún la espina entre sus dientes.

Crawford dirigióse rectamente hacia la mesa, despojándose de su equipo de campaña antes de tomar un formulario y un lápiz, para enviar su mensaje. Pequeñas partículas de polvo ensangrentado cayeron sobre el papel cuando comenzó a escribir:

"Fuerte Meru.—Trasmitir al comandante en jefe: Unos sesenta *shiftas*, muchos de ellos armados con fusiles..."

Turner envió un mensajero hacia la choza del telégrafo con órdenes de establecer contacto con el fuerte Meru, situado a unas cuatrocientas millas al sur, y hecho esto, alcanzó una botella del recipiente lleno de agua que colgaba del techo en un rincón. Comprobó que estaba convenientemente fría y llenó un gran vaso con su contenido.

—¿Cerveza? —preguntó Crawford, un tanto asombrado.

—La última botella... La guardábamos para ti —respondió Turner.

Crawford bebió despacio, saboreando la bebida fresca. En ese momento se presentó un áskari en la galería, llevando un fusil y una cartuchera llena de balas. Se cuadró, saludando con el movimiento preciso y lento de las tropas nativas.

—Este fusil pertenece al *shifta* que hirió a Kipsang. ¡Fijate qué clase de armas llevan esos salvajes! —dijo Crawford.

Turner examinó el arma. No había visto nunca una de tipo igual, y por la marca comprendió que se trataba de un Wallicher-Benn, de las fábricas Skoda. Era un arma bien construída y finamente terminada. El caño estaba sucio y el correaje descuidado, pero se veía en seguida que se trataba de un fusil moderno, preciso, eficiente y seguro.

Resultaba extraño encontrar tal arma en manos de un nativo africano. Los *shiftas* usaban lanzas y no fusiles. Pero con su poderosa vista, hecha al medio en que vivían, se convertían pronto en sus manos en armas terriblemente peligrosas.

Turner abrió el cerrojo y echó hacia atrás la barra. Aun el menos entendido podía comprender, al examinar el interior de la recámara, que el fusil era nuevo.

—¿De dónde habrán sacado esto los *shiftas?* —preguntó, como hablando consigo mismo.

—¡Eso es lo que deseo saber! —exclamó Crawford mientras escribía las últimas palabras de su mensaje:

"... me refiero al representante italiano. Enviaré luego más noticias. *Crawford*."

Se balanceó luego hacia atrás en su silla, mientras Turner volvía a colocar el cerrojo del arma y echaba un vistazo a la culata y a la correa, tratando de descubrir la marca de fábrica.

—Alguien está vendiendo estas armas a los *shiftas* para hacerse rico, Bill —murmuró luego.

—Creo que deben venir de alguna parte de Abisinia, y por eso deseo hablar con el representante italiano —contestó Crawford.

Echóse hacia adelante en su silla y continuó:

—Y hay alguien más a quien deseo ver también...: Abdi Hammud.

—Lo conozco —dijo Turner—. "El gran somalí", le llaman.

—Estaba en el puesto un par de días antes de que iniciáramos el *safari*, y he visto que, por lo general, desaparece cuando tenemos algún encuentro con los *shiftas* —dijo Crawford.

—Le diré a Herbie que eche un vistazo por las chozas de los nativos, a ver si se encuentra allí.

—Y a propósito: Hammud usa espinas..., espinas de los matorrales, como los *shiftas* —agregó Crawford.

—Bueno; Hammud debería estar con ellos —murmuró Turner.

—En fin, ya veremos...; ordena que transmitan el mensaje, Roddy, mientras yo me saco estas ropas llenas de polvo.

Recogió su equipo, en tanto que Turner tomaba el formulario de sobre la mesa, y ambos se dirigieron hacia la galería.

—¿Quién viene a la fiesta, además del representante italiano?

—Creo que traerá con él a Jan Kuypen, el ingeniero, o algo por el estilo. ¿Lo recuerdas?

—¡Ah, sí; el holandés! ¡Buen muchacho! —dijo Crawford.

Turner leyó el mensaje, y cuando levantó nuevamente la cabeza, Crawford tenía su herida al descubierto.

—¿Fué una bala? —preguntó Turner.

—No; un lanzazo. No es nada, Roddy...; ¿vendrá Zía a la fiesta?

—Sí; y probablemente estrenará un traje especialmente hecho para esta ocasión.

Crawford sonrió, mirando en dirección a la casa blanca.

—No quiero nada en esa dirección —dijo luego y, en seguida, escrutando el cielo, comentó—: se acercan las lluvias.

—Sí, no tardarán mucho en llegar... Bueno, llevaré este mensaje —dijo a su vez Turner.

En el momento en que se alejaba llegó Dewey, que venía de la casa de Crawford.



Cuando Zía llegó a Nairobi, acompañada por sus servidores y con una larga caravana de camellos...

—Tu criado tiene el baño listo, Bill — dijo al entrar en la choza.

—Gracias — contestó éste, y luego agregó —: acabo de enterarme que has decidido quedarte hasta después de las lluvias, Alan.

—Así es — contestó el aludido.

—Bueno; de todos modos tendrías que quedarte ahora. Ya es tarde para partir. ¡Mira el cielo!... Los nativos dicen que tendremos la primera lluvia esta noche; quizá en el momento en que todo comienza a obscurecerse, cuando muere el día.

CAPITULO II

En los días anteriores las nubes habíanse amontonado en el horizonte como blancas bolas de algodón. Finalmente se habían agrupado formando las peculiares formaciones a través de las cuales se dejaban ver pequeñas manchas de cielo azul. Pero ahora, desde el sur al este, espesos nubarrones de un negro intenso rodaban tumultuosos por el cielo, avanzando rápidamente sobre el pequeño puesto militar que se levantaba solitario en aquella meseta de rocas.

La lluvia, cuando llega, lo hace en una cortina tupidísima, con violencia inusitada. Para aquellas tierras que parecían áridas y resecas significaba un inmediato reverdecimiento de los zarzales. El agua llenaría los pozos, dejando la tierra empapada y humeante. Los matorrales crecerían en forma tan lujuriante que nadie podría ya pasar a través de ellos, y las caravanas de camellos se verían impedidas de transitar, porque las rutas se borrarían del terreno. Unicamente los nativos, que conocían a ciegas la región, podrían iniciar un *safari*, y en verdad, muy pronto lo harían.

En el aire había una sensación de inquietud y de expectativa, como si todos, la naturaleza y los hombres, esperaran las nubes y lo que ellas traerían.

Dewey se reclinó contra un poste de la galería, miró el cielo y sonrió. Hallábase satisfecho y tranquilo, porque había encontrado allí un refugio apacible y casi desierto. Lo que pudiera suceder durante la época de las lluvias no le preocupaba ni poco ni mucho. Eso podría ser un buen lugar para encontrar el fin de todas las cosas.

Allí podría ser enterrado y olvidado, ya que, después de todo, estar allí era casi lo mismo que estar muerto. Por lo menos, estaba ya muerto para su verdadero mundo, para sus amigos. Pero mientras su cuerpo tuviera vida, podría intervenir en las refriegas contra los nativos, aspirar el aire salvaje y misterioso de Africa, el continente negro, y, sobre todo, mirar a Zía, contemplarla, pensar en ella y, a veces, hablar con ella.

En la habitación próxima, el criado de Turner hacía los preparativos para la fiesta que iba a comenzar a la hora del crepúsculo, cuando muere el día. Movíase de un lado a otro silenciosamente, arrastrando sus pies desnudos. Vestía unos pantalones de Turner, sujetos a la cintura por un cinturón de cuero, del que pendía un largo cuchillo. No tenía nada más, excepto el complicado turbante sobre su cabeza. Puso en la mesa algunos vasos y colocó botellas de *scotch* y ginebra, cigarrillos y una pequeña fuente de pan tostado, sobre cuyos trozos había cuadrados de queso, sardinas y aceitunas, todo lo cual había sido traído desde Nairobi y cuidadosamente guardado para una ocasión como ésa.

En ese momento Dewey dirigióse hacia su choza, que tenía una puerta casi tan grande como toda una de las paredes. En una mesa, justamente cerca de la puerta, había una jarra, en la cual una cantidad de hojas machacadas se humedecían en su propio jugo. Veíanse, también allí, algunos tubos de ensayo. Había utilizado dos o tres cajones, que contuvieran antes las provisiones del puesto, para montar sus pocos y simples aparatos de química: mecheros, un par de tubos graduados, retortas, probetas y unas cuantas botellas con ácidos.

Su cama estaba en medio de la choza, cubierta por un gran mosquitero que colgaba del techo, y en las sombras frescas del cuarto se asemejaba a un blanco fantasma. Un par de cajas estaban dentro de cajones de agua mineral, y una cantidad de utensilios personales colgaban de las paredes o yacían entre las cajas, fuera del alcance de las peludas arañas que, cuando muere el día, corren por el piso arenoso.

Dewey revolvió el contenido de la jarra con una varilla de vidrio. Luego colocó cerca una jarra más grande; dispuso sobre su boca un trozo de muselina, que tenía una sospechosa semejanza con la tela del mosquitero, se puso unos guantes de goma y vertió el contenido de la primera jarra en la segunda, a través del tul. Era un líquido verdoso y espeso. Mientras trabajaba, leía unas anotaciones en una libreta que estaba abierta a su lado, y se hallaba en esa tarea cuando Coombes pasó por delante de la puerta echando una mirada hacia el interior. Se detuvo un instante y quedóse contemplando a su amigo. Tenía la natural curiosidad de un verdadero *cockney*, y una gran dosis de respeto por todo lo que tuviera apariencia de cosa científica.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó, entrando en la choza.



—Estoy destilando hojas de *phytelephas macrocarpa* — contestó Dewey, y en seguida se explicó:

—Hojas de las palmeras que crecen cerca del río.

—Tus ratas no tomarán eso.

—Ni yo se lo pediré. Voy a hacer una pasta con pan, anís y este líquido, y se la daré a comer — dijo Dewey mientras levantaba el trozo de mosquitero y lo exprimía con la mano derecha.

—¿Surtirá efecto?

—No sé. Estoy experimentando aún. Esto no es más que un paso hacia la fórmula que deseo.

—¿Y qué harás cuando la consigas?

—Puedo dedicarme a vender el veneno o puedo ceder la fórmula por una cantidad de dinero determinada — contestó Dewey —; pero primero tengo que descubrir el veneno.

—Bonita manera de vivir — murmuró Coombes.

Quedóse observando a Dewey un instante más y luego agregó:

—El áskari está muy mal; creo que morirá esta misma noche.

—Lo siento — dijo Dewey echándole una rápida mirada, y un tanto sorprendido por el tono de Coombes —; ¿puedo serte útil en algo?

—No; el ordenanza está haciendo todo lo posible, pero uno no puede evitar sentirse impresionado cuando muere uno de esos áskaris. Kipsang es un buen hombre.

Dióse vuelta para salir de la habitación y de pronto se detuvo.

—¡Hola!; ¡aquí tenemos a Abdi Hammud! — dijo.

Dewey volvióse a su vez y vió al hombre



que llegaba custodiado por dos policías áskaris, coloridas y llamativas figuras de los soldados de Manieka. Ambos actuaban de alguaciles bajo las órdenes de Crawford y de Herbie Coombes.

Los dos nativos eran altos, y cada uno de ellos llevaba un *shuka* blanco; un trozo de tela arrollado a la cintura y echado por sobre un hombro. La tela era de un blanco deslumbrante y contrastaba con el color oscuro de los hombres y los rojos turbantes que tenían sobre sus cabezas. Marchaban llevando el paso, erguidos y con mucha dignidad, por-

Olvidándose de todo cuanto la rodeaba, cruzóse de brazos y quedó un instante ensimismada, perdida en sus pensamientos.


Se oyó una descarga cerrada. Luego, un jefe nativo leyó una oración en dialecto *swahili*. Era el adiós a Kipsang

Hammud era un hombre grande, acromegálico, cuya inteligencia estaba en razón inversa de su gran fuerza. Tenía tremendas espaldas y un rostro salvaje, cuyo signo más saliente era una gran mandíbula cuadrada. Sus enormes ojos negros miraban con temor y astucia a los dos guardianes.

Era, en conjunto, una enorme y terrorífica figura, y todos los nativos le temían. Nadie tenía más fuerza que él, y decíase que podía matar un buey con un solo golpe de sus grandes puños. Caminaba hundiendo los pies en la arena bajo su propio peso.

Dewey vió al hombre y se fijó especialmente en el cuchillo que llevaba en la cintura: tenía un pesado mango de plata en el cual se enrollaban muchas vueltas de alambre, y en el mango, dos piedras cuyo uso no pudo imaginar.

Había algo raro, extraño, en el enorme somali. Algo repelente que prevenía contra él.

Bill quiere ve a este hombre — dijo Coombes.

Y volviéndose, siguió al grupo que se dirigía a la choza de Crawford.

* * *

La choza de Crawford era igual a la de Turner, pero un poco más grande, y las paredes eran sólidas hasta el techo. Tenía un aspecto ordenado, y algunas fotografías, puestas en sendos marcos, colgaban de las paredes; una de ellas era del colegio Magdalena, de Oxford; otras dos mostraban grupos escolares, y había también una pequeña y amarillenta que mostraba a un hombre blanco entre un grupo de nativos. Su rostro apenas se distinguía bajo el salacot.

A Crawford habíale costado mucho trabajo conseguir esa fotografía de Graham Fletcher, el primer hombre blanco que llegara a Manieka. Había sido asesinado más de veinte años atrás, adquiriendo con el tiempo una reputación legendaria, basada en algunos atributos personales, por los que Crawford sentía gran admiración.

En el cuarto había también una mesa en la cual trabajaba Crawford por las noches en los asuntos oficiales. Veíanse asimismo un par de baúles de cinc, una especie de armario hecho con tablas pertenecientes a los cajones de los suministros del puesto y algunas latas de gasolina cuidadosamente estiradas y aplastadas. El cuarto no tenía mucho más que tres sillas viejas y las escasas prendas personales que colgaban de las paredes.

Crawford se había bañado, cambiado de ropa y reemplazado la venda de su brazo herido por un cuadrado de tela adhesiva, y en ese momento estaba limpiando la navaja después de haberse afeitado. Era algo típico en él que considerara de suma importancia bañarse y afeitarse antes de prestar atención a ningún otro asunto, y su punto de vista en tal materia estaba claramente reflejado en la apariencia de su criado nativo, un *kikuyu* llamado Ibrahim.

El criado de Turner llevaba unos viejos pantalones cortos, un fez, y andaba descalzo. El criado de Coombes era un rapaz que robaba todo lo que creía que su amo no iba a echar de menos, pero que era leal a su manera.

que eran hombres elegidos serios, fuertes e íntegros. Además, eran del sur y se consideraban a sí mismos como mejor nacidos que los somalis a quienes vigilaban.

Abdi Hammud también llevaba un *shuka*, pero éste estaba manchado de barro y de sangre. Calzaba sandalias somalis y tenía dos lanzas; no las lanzas ordinarias de hoja ancha hechas por los herreros locales, sino armas de hoja larga, perfectamente construídas por un renombrado herrero que vivía en Wajir y que pedía veinte monedas por cada lanza que fabricaba. Unicamente un hombre rico podía usar esas lanzas hechas en Wajir, tan finamente terminadas.

Ibrahim, por su parte, vestía un *kanza* blanco — una larga camisa, con mangas, que le llegaba hasta los tobillos —; llevaba puesto también una especie de chaleco verde sin botones, finamente bordado con hilos de oro, un fez blanco, redondo, y calzaba sandalias. Lucía tan limpio y apuesto como cualquier criado de Nairobi, y era honesto y completamente fiel.

Disgustado a causa de que Crawford no lo había llevado con él al *safari*, no había comido en los dos últimos días, porque su *bwana* no regresaba. Y ahora, su rostro, alargado y aplastado como el de un mono, mostraba una amplia mueca que quería ser sonrisa, mientras

recogía el equipo de Crawford; todo, excepto el cinturón con el revólver. Dejó eso en el piso donde se hallaba.

—*Bwana mkubwa* — dijo tocando la cartuchera con el pie.

Crawford sacó el revólver y entonces Ibrahim tomó el cinturón llevándolo con el resto del equipo para limpiarlo.

Crawford descargó el arma; puso las balas en su bolsillo y el revólver bajo la almohada de su cama, en la galería, en el momento en que Coombes llegaba.

—Tenemos a Abdi Hammud, Bill — dijo el recién llegado.

Crawford vió al hombre que aguardaba un poco más lejos, a la entrada de la galería, frente a la puerta de la casa.

—Gracias, Herbie — dijo —; trae aquel fusil, ¿quieres?; luego hablaré con él.

Coombes se alejó. Crawford peinó sus cabellos cepillándolos cuidadosamente; examinó una vez más su rostro para ver si estaba bien afeitado y luego apartó la mesa hacia un rincón del cuarto; puso las sillas a un lado de modo que el piso quedara libre, y entonces colocó una de éstas en el espacio abierto dando frente a la galería. Había terminado de preparar la escena cuando Coombes regresó con el fusil Wallicher-Benn y la cartuchera.

—Ahora tráelo aquí, Herbie.

Sentóse en la silla que había dispuesto frente a la galería, mientras Coombes hacía señas a los policías que custodiaban a Hammud. El hombre clavó sus lanzas en la arena y, murmurando algo entre dientes, sacóse las sandalias; luego avanzó hacia la galería hasta hallarse frente a Crawford.

—*Nawad*, Abdi Hammud — dijo Crawford pausadamente, saludando al gigante en dialecto somali.

—*Nawad* — gruñó Hammud.

—¿Hay paz en tu casa? — preguntó Crawford cortésmente.

—Hay paz en mi casa.

—¿Hay muertos en tu casa, Hammud? — preguntó Crawford con tono aun cortés.

—¡No en mi casa, *bwana mkubwa!* — contestó Hammud haciendo girar sus pequeños ojos de cerdo y mirándolo con desconfianza.

—¡Pero hay muertos *shiftas* más allá de Ramu!

—Los *shiftas* no son hombres de mi casa.

La voz de Hammud tenía un acento de desafío. Crawford lo contempló durante un largo minuto y entonces el gigante sacó algo de un costado de su boca, con la lengua, y comenzó a masticar. En el silencio reinante, los policías nativos estaban inmóviles como moldeados en piedra, y Coombes no se apartaba de su lugar.

—¿Por qué has venido a Manieka? — preguntó Crawford finalmente.

—Compré ganado a un hombre. He venido a pagar.

Nuevamente se hizo el silencio. Crawford trató de interpretar la mirada de Hammud, pero éste no miraba hacia él. Continuó mascando sin moverse de donde estaba.

—Hammud, ¿conoces la ley por la cual un hombre que lleva un fusil puede ser ejecutado? — preguntó Crawford.

—¡Tengo lanzas, nada más! ¡No fusil!

—Deseo que le comuniques esa ley al hombre que vende fusiles a los *shiftas.*

—¡No conozco a ese hombre! ¡No conozco a los *shiftas!* — exclamó Hammud con violencia.

—¿Pero conoces el fusil? — preguntó Crawford, señalando el arma que estaba sobre la mesa.

Hammud miró en la dirección que indicaba el blanco y luego echóse hacia atrás asombrado y alarmado, mientras volvía a mirar a Crawford.

—Lo encontramos junto a un *shifta* muerto en una escaramuza, más allá de Ramu... Tú estabas allí antes de la excursión de los *shiftas.*

—¡No! ¡No!; yo no fuí a Ramu. ¡No conozco a los *shiftas!* — exclamó Hammud alzando sus grandes puños por encima de la cabeza y bajándolos luego bruscamente en señal de negación.

De pronto, sin transición, montó en cólera. Era una criatura primitiva y rabiaba a causa de que se veía cazado en una trampa y sentía miedo. En dialecto somali negó que conociera a los *shiftas*, o al fusil, o al hombre que vendía fusiles, y negó también haber estado nunca cerca de Ramu.

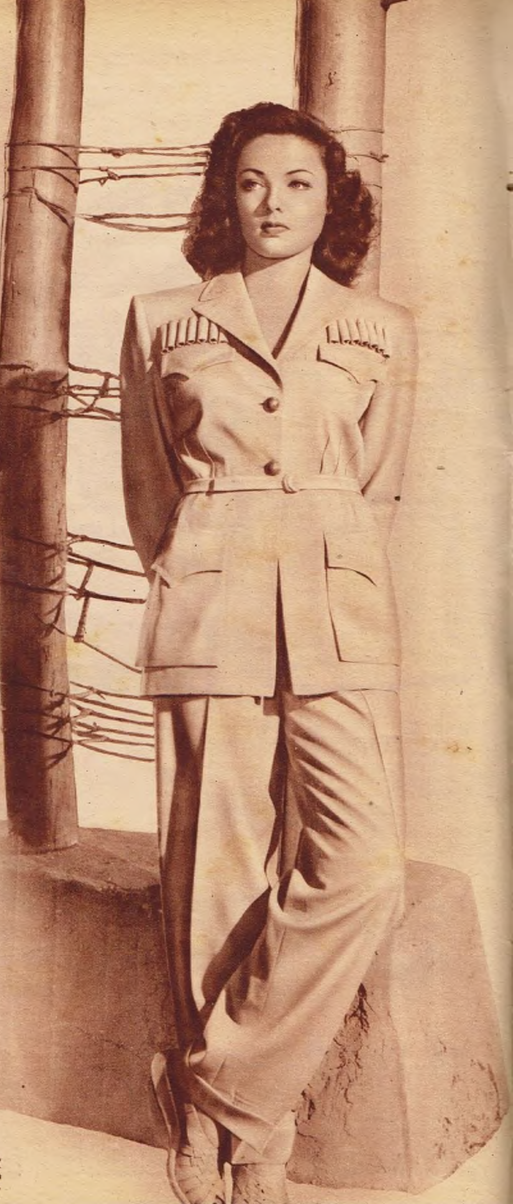
—¡Jefe cuelga *shifta!* ¡Jefe quiere colgar a mí! — exclamó. Y luego, señalando a Crawford, agregó:

—*Abba wussa!*

—¡Basta ya! — exclamó Crawford levantándose de su silla —. ¡Amoose!

Uno de los policías nativos tomó el brazo de Hammud, pero fué arrojado lejos.

Hammud hizo frente a Crawford y, porque no le temía, sus labios se curvaron al pronunciar



Zía estaba también allí. Sola, recostada contra uno de los postes de las alambradas, asistía en silencio a la fúnebre ceremonia.

el peor insulto conocido en lengua nativa: *Garba dinka wussa!*

Era un insulto mortal. Y un hombre menos sereno que Crawford le hubiera golpeado. Herbie Coombes levantó su látigo, pero detuvo la mano cuando Crawford hizo una seña a los policías. Ambos se arrojaron entonces sobre Hammud y lo arrastraron fuera de la galería. Pero una vez allí, el gigante se retorció con violencia libertándose de los dos hombres. Miró a Crawford y escupió en la arena.

—¡Habrá un muerto en tu casa, *bwana mkubwa!* —gritó.

Luego recogió sus lanzas y sus sandalias y se alejó corriendo. Crawford lo miró alejarse, sin moverse un ápice de su sitio.

—¿Por qué montó en cólera de esa manera? —preguntó Coombes.

—Reconoció el fusil. Seguramente tiene algo que ver con el contrabando de armas; temía que estuviéramos en antecedentes del asunto.

—¿Por qué no lo hiciste encarcelar?

—Sabremos mucho más si lo dejamos en libertad. Pon a uno de los hombres tras él —dijo Crawford.

Echó luego una mirada hacia donde habían estado clavadas las lanzas de Hammud y se dirigió hacia allí.

—¿Ves esto? —preguntó señalando una mancha húmeda en la arena—; estaba masticando su escarbadientes.

Coombes vió una espina blanca con una base bulbosa y la punta rota. Las marcas de los dientes de Hammud estaban por todas partes en la dura superficie.

—Bueno, ya sabes lo que eso significa. Y has oído la amenaza que profirió: "habrá un muerto en tu casa" —dijo Coombes.

—No son más que eso: amenazas —contestó Crawford, mirando cómo Abdi Hammud se perdía a lo lejos entre los matorrales.

—Es una amenaza peligrosa, Bill, y ya sabes que no hay más que un hombre en tu casa. ¡Y eres tú!

—Ya lo sé —respondió Crawford con calma.

Una hora después Crawford y Coombes fueron a visitar a Zía, para invitarla a la fiesta.

* * *

Una gran peña, acarreada desde las distantes colinas, había sido colocada como un hito en el punto donde se encontraban Abisinia, Kenya y la Somalia italiana. Tenía grabados muchos caracteres árabes, y un hombre estaba enterrado bajo ella. Pero muy pocos conocían ese detalle.

La piedra estaba colocada cerca de un recodo del río Dawa, próxima a la ruta que unía a la Manieka con el fuerte del representante italiano. No lejos de allí, dos pequeñas chozas sin puertas daban a un lugar despejado entre altas palmeras y matorrales espinosos. En el centro había un asta que llevaba una bandera con los colores italianos. El viento y la arena habían desgarrado la bandera hasta no dejar de ella más que algunos jirones descoloridos.

Tres áskaris italianos, vistiendo uniformes caqui, estaban allí, llevando las camisas fuera de los pantalones, que sujetaban con fajas rojas. Tenían rojos turbantes con escarapelas metálicas y estaban en posición de "firme", porque el representante italiano se acercaba, viniendo desde el lado del río.

Un *sergente*, parado ante los tres soldados, saludó al *capitano* Lelio Pallini, que pasaba en ese momento. Este levantó una mano con pereza y siguió adelante, balanceando en la otra una botella de Chianti metida en su característica envoltura de paja. Iba en camino del puesto para asistir a la fiesta del cumpleaños de Herbie. Bajo, erguido, de mediana edad, vestía uniforme, pero sin gracia alguna; parecía más bien un hombre disfrazado, porque Pallini no era lo que se dice un verdadero soldado.

Habría sido muy feliz de poder ser propietario de un almacén de comestibles... o, mejor aun, de un negocio de vinos, en una pequeña ciudad donde las gentes amaran la vida. Le agradaba mostrarse en uniforme, pero no gustaba de la vida de soldado. Amaba la alegría y le gustaban las gentes y las fiestas. Un par de copas lo habían entonado para la que se aproximaba, y ahora apresuraba el paso mientras dibujaba una amplia sonrisa en su rostro tostado, en el cual su sonrojada nariz —así como sus manos regordetas—, mostraban cuán copiosamente acostumbraba a comer.

Detrás de él avanzaba Jan Kuypen, que vestía un fresco traje blanco y una camisa de color. Este era también de mediana edad; un hombre sonriente y bonachón, que llevaba a su vez una cesta con varias latas de frutas en conserva, tarros de mermelada y otras golosinas que, con el Chianti, constituían los regalos para Herbie.

Kuypen servíase del fuerte para vigilar desde allí los depósitos de minerales de las colinas Habash. Los italianos estaban siempre esperanzados en que hallarían minas de oro, o quizá petróleo, o diamantes.

Seguía tras de los pasos de Pallini sin hablar, a causa de que el tiempo estaba caluroso y pesado, y ambos habían caminado ya más de una milla.

Al alejarse de la frontera, las palmeras y los matorrales comenzaban a escasear.

—¿Por qué tanto apuro, Pallini? —preguntó Kuypen en tono de queja.

—Amigo mío, Zía concurrirá a la fiesta de Herbie —contestó Pallini, como si eso lo justificara todo. Y luego continuó—: desearía que viviera de nuestro lado de la frontera. Las cosas serían diferentes, entonces.

—¡Ya lo creo! —contestó Kuypen apurando el paso—, me parece que la tienen un poco olvidada nuestros amigos.

—¿Olvidada?; mucho peor que eso, amigo... ¡La única mujer blanca en cuatrocientas millas a la redonda! —exclamó Pallini dándose vuelta mientras caminaba y gesticulando con excitación.

—¿Es blanca, realmente?

—¡Bah!... ¿Qué importa eso si es hermosa? —contestó Pallini.

Hubo una pausa mientras ambos hombres se afanaban caminando pesadamente sobre la arena, y después Pallini continuó hablando:

—Bill está ausente, Kuypen; quizá la convenzamos para que nos visite.

—Entonces nos pelearíamos por ella —contestó Kuypen.

—Querido amigo, ella no es de esa clase de mujeres —dijo Pallini mirando a su acompañante por sobre el hombro.

—¿No?

—Se lo aseguro —dijo Pallini en tono categórico.

La senda por donde ambos caminaban desembocaba ahora en una huella de camellos, que corría en medio de matorrales espinosos, y ambos apresuraron el paso hasta que pasaron por la pequeña entrada, a través de las alambradas de púas que rodeaban el puesto, y atravesaron el puente. El representante comenzó a gritar:

—Hodi..., hodi..., hodi!...

La llamada tuvo un efecto inmediato. Dewey salió de la cabaña de los huéspedes, y Turner apareció en la galería de su casa, teniendo a Crawford tras él. Todos apreciaban a Pallini; era excitable, muy hablador, pero un amigo sincero. Profirió una exclamación de sorpresa al ver a Crawford, y apresuró el paso hacia él.



—¡Querido amigo!; ¿ya de vuelta?

Luego ambos se estrecharon las manos, mientras Turner saludaba con una sonrisa.

—¡Me alegro tanto de haber venido!... Y he traído a Kuypen conmigo.

Estrechó la mano que le tendía Turner, luego hizo lo mismo con Dewey, y dijo:

—Usted no vió a Kuypen en la última fiesta ¿verdad?...; es que estaba borracho... ¡Oh, oh, muy borracho!

—¿Todavía anda investigando por las colinas? —preguntóle Crawford mientras saludaba al ingeniero.

—Hay oro allí, y petróleo y diamantes —murmuró Kuypen—; pero tuve que dejar todo y venirme, por la proximidad de las lluvias.



Crawford y Coombes, después de la ceremonia, fueron a visitar a Zia para conversar sobre el misterioso *habari*.

—Míster Dewey, déle la mano al amigo Kuypen —dijo Pallini—; un "queso" holandés huele siempre, pero esta noche lo pondremos tan borracho que hasta cantará.

Sonrió mientras palmeaba la espalda de Kuypen, y luego balanceó de un lado a otro la botella de Chianti mientras se dirigía hacia la casa.

—¿Dónde está Herbie? —preguntó—; tenemos regalos para él.

—Ha ido al hospital... Hay un áskari herido —contestó Crawford.

—Déme un trago de ginebra y cuénteme lo sucedido...; ¿tuvieron un encuentro con los *shiftas*, otra vez?

—Sí, y quiero hablar con usted acerca de eso.

El tono con que Crawford había pronunciado las últimas palabras hizo que Pallini lo mirara, para exclamar en seguida:

—¡Nada de asuntos oficiales, querido amigo!; estamos aquí para asistir a una fiesta.

—Es sólo cuestión de un minuto o dos —aseguró Crawford.

—Bueno..., si le parece... —contestó Pallini tomando un vaso que Turner había llenado—. Pero primero beberemos, ¿verdad?

Pallini bebió a la salud de todos los presentes, y luego dejóse caer en una silla.

—Amigo Kuypen, discúlpenos un instante mientras tratamos un asunto oficial antes de comenzar la fiesta —dijo, y luego continuó, dirigiéndose a Crawford—: Veamos, ¿de qué se trata?

—Representante, esos *shiftas* venían del lado de su dominio —comenzó a decir Crawford.

—Debería usted haberlos detenido.

—No tenemos tropas suficientes para ello...; y lo que deseo saber es esto: ¿enviará usted una patrulla suficientemente numerosa como para perseguir a los *shiftas* hasta más allá de la frontera?

—¡Una patrulla! —exclamó Pallini irguiéndose—. Lo siento, pero no es posible.

—Pallini, esos *shiftas* llevan armas de fuego.

—Las habrán conseguido en su territorio; no hay otra alternativa.

—¡Imposible!; hay cientos de millas de desierto entre nosotros y la costa.

—Lo sé, pero no pueden conseguirlas por ninguna otra vía; ni por el Congo, ni a través del Sudán, ni desde la Somalia, ni tampoco a través de mi distrito. ¿Cómo cree usted que pueda haber contrabando de este lado de la frontera?

Sonrió de pronto, como si se le hubiera ocurrido una idea repentina, y preguntó:

—¿Teme usted que puedan atacar el puesto durante la época de las lluvias?

Levantó su vaso y poniéndose de pie dijo:

—Si los atacan, vengan a mi fuerte. Tengo cuatro ametralladoras y una compañía de áskaris. Estarán a salvo conmigo.

Encogióse luego de hombros y se llevó el vaso a los labios. Crawford no insistió más. Conocía a Pallini.

—Estoy siempre dispuesto a ayudarlo, pero hasta que mi Comisario me lo ordene, no quiero saber nada con incursiones al territorio de los *shiftas*. ¡Oh, no!..., tendría que ir yo con la patrulla. Esto termina nuestro asunto oficial, ¿no es así?

Y Pallini sonrió amigablemente.

—Sí, gracias, Pallini.

—Entonces bebamos otra vez y olvidemos este asunto.

Tendió su vaso a Turner y de pronto, al ver llegar a Coombes por la galería, exclamó, tendiéndole la botella de Chianti:

—Un pequeño presente para su fiesta..., con mis mejores votos.

—Gracias —contestó Coombes.

—Y yo espero que le agradarán estas salsas —dijo, a su vez, Kuypen.

Pallini, sonriendo a este último, tomó con ambas manos sendos tarros de conservas de frutas.

—Gracias —contestó nuevamente Coombes. Sentía un poco de timidez al verse tan obsequiado, y además había algo en su mente que lo preocupaba.

—¡Y ahora beberemos a su salud! —exclamó Pallini.

—Discúlpeme un instante, Pallini —dijo Coombes acercándose a Crawford, y dirigiéndose a éste continuó:

—Bill, creo que perderemos a Kipsang.

—¿Es el áskari herido? —preguntó Pallini.

—Se ha dado vuelta de cara a la pared —díjole Coombes a modo de contestación.

—Eso es malo, lo siento —dijo Pallini. Y agregó—: esos nativos siempre saben cuando van a morir.

—Está llamando a *bwana mkubwa*, Bill. ¿No podrías ir un momento? —dijo Coombes.

—Por supuesto —contestó Crawford caminando en dirección a la galería; y dirigiéndose a Pallini, dijo:

—¿Nos disculpa usted un instante?

En el cuarto se hizo entonces un gran silencio. Turner estaba llenando un vaso y Coombes lo tomó. Miró el líquido por un instante y después lo apuró de un trago.

—No lo tome tan a pecho, Herbie, no es más que un nativo —dijo Pallini.

—Y, además, estamos en servicio ahora —agregó Turner.

—No amarguemos la fiesta.

—Tienen razón... ¡Lléname el vaso, Roddy! —dijo Coombes.

—¡Así me gusta!; y ahora cantemos todos — dijo Pallini.

—¿Dónde está Zía? — preguntó Kuypen.

—Vendrá de un momento a otro — dijo Dewey.

En ese instante ella llegaba por la galería. Como Pallini y Kuypen, que habían llevado impermeable, ella estaba preparada para el caso de que lloviera, y llevaba una larga capa que colgaba airosamente de sus hombros. Bajo la capa vestía un traje de baile que podía haber lucido con orgullo en la fiesta más elegante de la sociedad neoyorquina.

—¿Les gusta? — preguntó mientras se quitaba la capa, deteniéndose en la galería y sonriendo a todos.

Decíase que cuando llegó a Nairobi y a Mombasa, acompañada por sus servidores y con una larga caravana de camellos, Zía llevaba en sus baúles vestidos importados de Londres y de París, que eran la envidia de todas las mujeres del lugar. Coombes sabía que ella no se había puesto ese vestido en su honor, sino por Bill Crawford, y que había sido para sorprender a este último por lo que se había ocultado, dirigiéndose hacia su casa cuando él llegó.

Levantó un poco la larga pollera para mostrar sus zapatos plateados de baile. En aquel cuarto perdido en medio de la selva africana, entre aquellas cuatro paredes de barro, palmeras y zarzales; en un ambiente en el que sólo había algunas sillas destartaladas, en un piso de barro, parecía enteramente un ser llegado de otro mundo.

Por un largo minuto todos permanecieron en silencio.

—¡Exquisito! — exclamó Pallini a media voz.

—¡Encantador! — dijo a su vez Kuypen.

—Está usted completamente deseable — dijo Coombes.

—¡Brindemos por Zía! — exclamó Dewey levantando su vaso.

—¡Que sea un hermoso brindis! — exclamó Pallini.

—¡Pues, ahí va!... ¡Por Zía, cuyo rostro detendría la marcha del tiempo. Es tan hermosa que éste, al pasar, se detendría un instante para hacerle una reverencia!

—¡Muy bien dicho! — exclamó Pallini levantando su vaso — ¡Por Zía, la mujer más hermosa de Africa!

Ella sonrió mientras todos bebían, pero había algo tenso en su risa. Luego, olvidándose de cuanto la rodeaba, cruzóse de brazos y quedó un instante ensimismada, perdida quién sabe en qué íntimos pensamientos. Pero sólo fué un instante.

—He aquí un regalo para ti, Herbie — dijo entrando al cuarto y ofreciéndole la alforja — ¡Muchas felicidades en este cumpleaños!

El le dió las gracias y mostró el regalo a los demás, mientras Dewey llenaba las copas con *cocktails* recién preparados. Uno de ellos lo llenó solamente hasta la tercera parte, porque eso era todo lo que Zía bebía siempre.

—No, ¡llénalo todo! — dijo ella —; llénalo hasta arriba..., porque esta puede ser nuestra última fiesta...

—No comprendo — dijo Pallini un tanto asombrado.

—Hay *habari* — contestó ella —; algunos de los nativos están preparándose para dejar la aldea.

—¡Zía!; ¿qué significa esto? — dijo Turner acercándose a ella.

—*¿Habari?*, ¡bah!; esas no son más que charlas de los nativos — dijo Kuypen, pero su voz denotaba que sabía perfectamente lo que era *habari*.

—Las lluvias se aproximan y el *habari* dice que muchos, muchos hombres morirán aquí, en Manieka, durante las lluvias — dijo la joven.

—¡Mil rayos! — murmuró Coombes en el momento en que Crawford aparecía en la galería.

—¡Herbie, Kipsang ha muerto! — y el tono de la voz de Crawford igualó en tensión al repentino silencio que se había hecho en torno de aquellos seres.

Se detuvo mirando a Zía. Los ojos de ésta encontraron los suyos. Sonrióle e hizo un movimiento hacia él; pero se detuvo de pronto porque afuera sonó el límpido tañido del hierro que marcaba las horas. Inmediatamente después, siguió la nota vibrante y metálica del clarín.

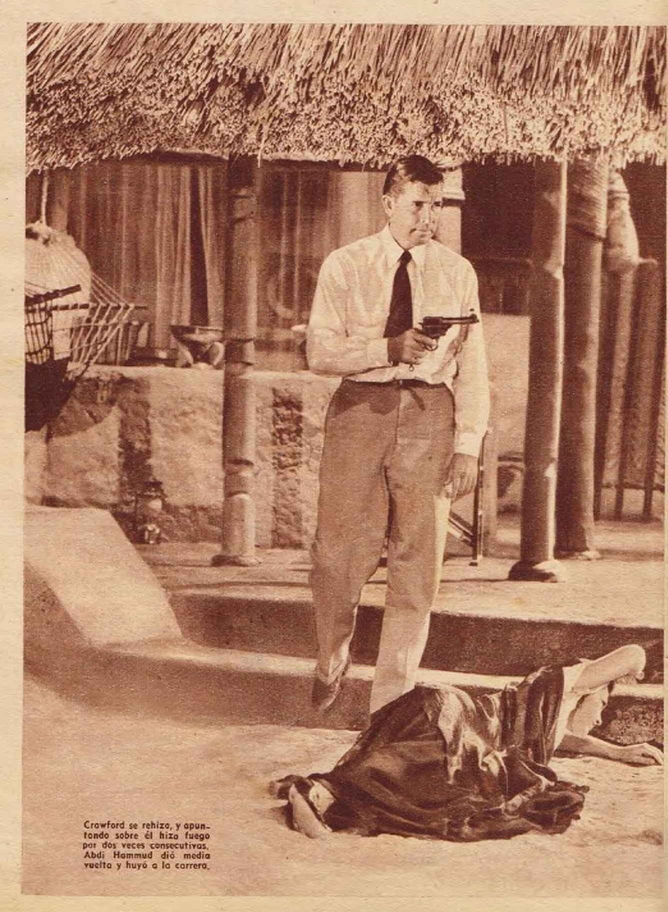
—¡Hora de retreta! — dijo Crawford, poniéndose firme.

Kuypen, Pallini, Turner..., todos lo imitaron. Dewey permaneció inmóvil cerca de la mesa. Coombes deslizó sus manos a los costados del cuerpo y quedó erguido y mudo. En el puesto, en la guardia, un poco más lejos y en la aldea nativa todo pareció quedar de pronto en suspenso ante el toque de retreta.

—Qué lento corre el tiempo, ¿verdad? — preguntó Turner, sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí..., sobre todo para Kipsang — respondió Crawford, pensativo.

Zía escrutó los rostros de los hombres que la rodeaban. Su mirada



Crawford se rehizo, y apuntando sobre él hizo fuego por dos veces consecutivas. Abdi Hammud dió media vuelta y huyó a la carrera.

se detuvo en Crawford, y nuevamente se encontró con la de él en el momento en que el clarín daba un nuevo toque de silencio. Era un sonido claro y vibrante; pero, de pronto, las notas parecieron como apagarse y diluírse en medio de otro sonido sordo y continuado que estalló de golpe y fué creciendo en intensidad.

Era la lluvia.

La lluvia, que caía, por fin, en una espesa cortina, golpeando contra los techos, salpicando contra la arena reseca y contra las paredes de barro endurecido, chorreando por las piedras y deslizándose rápidamente en pequeños torrentes entre las matas y las rocas. El aire, de súbito, se tornó fresco y húmedo.

—¡Ah..., la lluvia! —murmuró Pallini con voz ronca.

CAPITULO III

Era una hora después de medianoche. La tormenta de lluvia habíase transformado en una ininterrumpida cortina de agua, suave y monó-

tona. Los áskaris estaban cavando la fosa para Kipsang en un rincón del puesto. Los rayos de luz de las lámparas de tormenta chocaban contra sus espaldas mojadas, reflejándose en la noche, mientras ellos se movían atareados, casi como al compás de las palabras improvisadas por el sargento Magabul, como un canto que ponía ritmo en cada palada de arena.

—*La lluvia cae..., la tierra está húmeda.*

Así decía Magabul, mientras las palas se hundían en la tierra mojada, y los hombres respondían:

—*Kipsang... masai!*

La voz de Magabul se alzó una vez más:

—*Cavamos en la oscuridad... El agujero de la fosa se ahonda.*

Y los hombres murmuraban con sordo acento:

—*Kipsang... masai!*

En la casa de Turner la fiesta terminaba. Y Pallini se despedía:

—¡Adiós..., diós..., iós!...

El y su amigo se alejaban balanceando una lámpara que se sacudía, marcando un círculo de luz alrededor de sus pies. Pallini estaba completamente borracho y no prestaba atención a Kuypen, que caminaba detrás de él con mucha dificultad. Al llegar al pasaje en las alambradas de púas, junto al puente, la lámpara marcó un gran arco de luz cuando Pallini la alzó y se dió vuelta.

—¡Si los *shiftas* los atacan vengan al fuerte, Crawford!... ¡Tendremos otra fiesta! —gritó.

La luz comenzó a alejarse y desapareció por último tras los matorrales, mientras el canto de los nativos se oía aún en la oscuridad.

—*Usó su bayoneta... ¡Un shifta ha muerto!*

Magabul llevaba la entonación y los áskaris le contestaban, mientras movían las palas:

—*Kipsang... masai!*

La voz del sargento se hizo casi un susurro cuando pronunció las siguientes palabras:

—*Han llegado las lluvias..., muchos hombres morirán.*

Los nativos contestaron en el mismo tono:

—*Kipsang..., Kipsang..., Kipsang!... ¡Guerrero masai!*

En las chozas cercanas, donde no alumbraba ninguna luz, las mujeres oprimían sus espaldas contra los muros, húmedos de lluvia, golpeando las manos contra la tierra, y canturreaban suavemente, respondiendo a los hombres:

—*Ee-yah!... Kipsang..., Kipsang..., Kipsang! ¡Guerrero masaiii!*

Coombes, algo más que borracho, apoyóse contra la balaustrada de la galería y se quedó mirando a los áskaris.

—Escucha, Roddy; escucha a esos nativos. Siempre cantan así mientras trabajan.

—Vamos, Herbie; es hora de acostarse. La fiesta ha terminado —dijo Turner, tomándolo de un brazo.

—Deseo saber lo que dicen —murmuró Coombes, resistiéndose, pero Turner lo arrastró bajo la lluvia a través del patio del puesto, mientras Dewey se deslizaba en las sombras de la galería y caminaba a su vez con paso incierto por la arena.

—Buenas noches, Zía... Buenas noches, Bill —dijo.

Sus ojos estaban nublados por el *scotch* que había bebido, y continuó caminando mientras hablaba solo.

—Fué una hermosa fiesta. ¡Una muy hermosa fiesta!

Se encaminó hacia la choza de los huéspedes, donde el agua, al caer, había formado un canal a través del umbral. Se quitó las ropas, deslizóse bajo el mosquitero y se quedó dormido inmediatamente.

Había sido, en verdad, una hermosa fiesta; todos cantaron y rieron alegremente. Pero Turner había tenido cuidado de permanecer sobrio, mientras que Crawford bebió muy poco y Zía casi nada. Por su parte, Pallini y Kuypen se habían puesto alegres; Dewey quedó en estado de burlarse de sus propias penas y Coombes había ido a sentarse en el borde de su cama, apretándose la cabeza entre las manos, completamente mareado por los vapores del *scotch*.

Pero la fiesta había terminado, y el canto de los áskaris bajo la lluvia y la voz monótona de las mujeres que canturreaban volvía las cosas a la realidad del presente.

—¡Diablos!, eso crispa los nervios —dijo Crawford, escuchando con atención.

Sabía que los hombres estaban haciendo un trabajo fatigoso y que las mujeres cumplían un antiguo rito, pero todo eso le parecía terrible.

—Callarán cuando terminen de cavar la fosa —dijo Zía. Y agregó—: ¿Me acompañarás hasta mi casa, Bill?

Arrebujóse en su capa y ambos atravesaron el puesto, pasaron entre los alambres de púas y se dirigieron hacia la casa de Zía, que destacaba su blancura como un fantasma en la noche. Allí una lámpara de tormenta ardía tras el arco de la puerta, arrojando su luz a través de los vidrios de colores.

—Ven, pasa un momento —dijo ella, tocándole ligeramente en el brazo.

—Debo volver; quiero hablar con Roddy.

—¡Qué agradable sería ahora una taza de café caliente! —murmuró ella.

Y había un tono de excitación en su voz, y su respiración se hizo rápida y entrecortada. Levantó el rostro y le sonrió. Sus ojos brillaban.

—Ven, pasa un momento —repitió.

No había cortinas en las amplias ventanas de la casa de Zía. Placas de arcilla roja formaban extrañas manchas en el color claro de las paredes, y sobre ellas se destacaban dos grandes pieles de mono. Veíanse algunos taburetes de madera, unas mesas bajas y un confortable diván, sobre el cual dormía la muchacha. Había traído todas esas cosas de Lamu, y en aquel ambiente ponían el toque y la atmósfera de una casa árabe. Un algo aromático y suave se captaba en el ambiente.

Zía quitóse la capa, y su cuerpo enfundado en el ceñido traje de baile se destacó extrañamente contra aquel marco casi salvaje que la encerraba, envolviendo al hombre en la fascinación de sus encantos.

Dirigióse hacia un colador bajo el cual ardía una llama. Había allí café y azúcar.

—Nunca habías estado en mi casa —murmuró ella.

Y entonces Crawford percibió claramente el temblor de su voz.

—No —dijo, y quedóse contemplándola.

—¿Azúcar, Bill?

El asintió con la cabeza y ella pasó la taza. Era una taza gruesa pintada de verde, traída de los mercados de Gedda, en las costas del mar Rojo.

—Siéntate, Bill.

—No; debo irme en seguida —dijo él, y permaneció de pie.

Ella no prestó atención al café que se había servido a sí misma. Quedóse mirándolo fijamente como lo había hecho durante toda la fiesta. Estaba en verdad hermosa y tenía un algo de juventud y de vida bajo los destellos de la lámpara; algo cálido que atraía y enervaba se desprendía de aquel cuerpo esbelto y moreno.

Crawford la temía, y ella, sabiéndolo, se le aproximó y hablóle con voz profunda:

—Bill, ¿no has conocido nunca a Abu Khali?

El quedó sorprendido con lo inesperado de la pregunta y pensó inmediatamente que el mercader era, sin duda, el padre de ella. Con voz lenta preguntó:

—¿El árabe que te dejó todos esos almacenes?

—Era muy inteligente, Bill —dijo ella.

—Los árabes lo son por lo general.

Crawford bebió un trago de café mientras miraba los oscuros ojos de la muchacha, y de pronto deseó no haber entrado a esa casa. Hacía mucho tiempo que no veía una mujer blanca. Y, en aquella soledad, aun la mujer más insignificante podría tener un gran atractivo. Y Zía estaba lejos de ser insignificante.

Era hermosa, y la cadencia femenina de su voz, el delicado perfume de su cuerpo, sus ojos grandes y profundos y su mirada de mujer enamorada tenían una fascinación tan peligrosa como agradable. Crawford tenía que hacer grandes esfuerzos para recordar que se trataba de una nativa, de la hija de un mercader árabe, con la cual él no podía tener relaciones.

Ella parecía estudiarlo mientras todos esos pensamientos obraban en su mente. El bebió aún otro trago de café y aguardó a que ella hablara.

—Hay algo que Abu Khali me dijo muchas veces —dijo por fin Zía, y movió su cabeza de un lado a otro, sonriendo—: "elige un hombre de corazón, y en ese corazón encontrarás todo un mundo".

La directa insinuación de esas palabras asombró a Crawford, aunque el tono en que ella las pronunciara era el de una conversación común. Pero, de pronto, preguntóle:

—¿Tienes tú un corazón grande, Bill?

—No sé —contestó él evasivamente, clavando su mirada en la taza de café.

—Abu Khali era como tú en algunas cosas —dijo ella—. Pero él no tenía tiempo para nadie más que para mí y, sin embargo, tú ni me miras.

—No digas eso —dijo él, mirándola.

Con deliberada lentitud dejó ella la taza a un lado, y luego volvióse para mirarlo de frente:

—¿Por qué tienes miedo de mí, Bill? —preguntó con suavidad.

—¡Oh, no digas tonterías!

—¿Es una tontería?

Su voz era muy suave y sus labios sonreían. Su cabeza estaba echada hacia atrás; sus ojos, sombreados y misteriosos, lo miraban intensamente.

—Entonces, ¿no me temes? —susurró.

Hubo un momento de tensa expectación. Ella estaba muy cerca... El alzó sus manos y pareció de pronto que iba a estrecharla entre sus brazos; pero, en el último instante, recobróse y dió un paso atrás. Miró indeciso a un lado y a otro, y murmuró:

—Mi café está frío.

Por un instante brilló una llama de desafío en los ojos de Zía; pero la llama se fué extinguiendo lentamente, y al cabo, sonriendo de nuevo, ella dijo:

—Te serviré más.

Y en su voz había, esta vez, un tono de burla.

—No, gracias —contestó él.

—¡Oh, hay mucho! —dijo ella, gozándose en el embarazo del militar.

—Es lo mismo; debo irme.

—Sí, por supuesto.

—Debo irme; tengo que ver a Roddy —continuó diciendo Bill,

mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—Entonces, buenas noches, Bill — contestó Zía, sin hacer ya ningún esfuerzo por detenerle.

—Gracias por el café — dijo Crawford, encaminándose hacia la puerta.

Comprendía que su actitud era descortés, pero estaba ansioso por alejarse.

—Buenas noches, Zía.

Cuando llegó a la puerta ella lo llamó, pero su tono era serio esta vez:

—¡Oh, Bill! Bill, ¿tendrás cuidado con Abdi Hammud, verdad?

—¿Hammud?... ¡Oh, sí, por supuesto!

—Todos saben ya que él ha dicho que habrá un muerto en tu casa.

—Lo estamos vigilando.

—Ten cuidado; es muy astuto.

—Está bien; me cuidaré... Buenas noches, Zía.

Crawford se perdió en la noche y ella quedóse de pie en la puerta. La frialdad de la lluvia la envolvió en una ráfaga de aire húmedo, mientras estaba escuchando el ruido de sus pasos sobre la arena.

De pronto, la voz del sargento Magabul alzóse nuevamente en la noche:

—*Han llegado las lluvias..., muchos hombres morirán.*

—*Kipsang... masai!* — respondían los áskaris.

Y las mujeres cantaban golpeando sus manos contra la arena:

—*Ee-yah! Kipsang... Kipsang..., Kipsang!... ¡Guerrero masai!*

* * *

Turner estaba recostado sobre la mesa cuando Crawford llegó a la casa. El teniente había extendido en ella un largo y detallado plano del puesto. Levantó la vista cuando Crawford entró, tomando una toalla que colgaba de la pared, para secarse el agua que corría por su rostro y por sus brazos.

—Zía no te detuvo mucho tiempo — dijo Turner.

—No... ¿Tienes el plan de defensa?

—Aquí está — dijo Turner, señalando el plano; y luego agregó con curiosidad —: Tenía el presentimiento de que Zía iba a detenerte toda la noche. Ha estado deseándolo hace mucho tiempo.

Crawford no contestó. Arrojó la toalla a un rincón e hizo girar el plano, inclinándose sobre él.

—Es muy hermosa, pero debes tener cuidado. No olvides que tiene sangre nativa en sus venas — dijo Turner.

Crawford lo miró un instante, y luego volvió la cabeza en dirección a la casa de Zía.

—Creo que tienes razón — contestó.

Y había un acento de desesperación en su voz.

—Estos malditos áskaris me crispan los nervios — exclamó de pronto Turner, tomando un cigarrillo —. ¿Has oído lo que cantaba Magabul acerca de los hombres que morirán en la época de las lluvias?

—Es posible que muchos mueran si los *shiftas* nos atacan. Si han conseguido fusiles, no hay duda que nos darán mucho que hacer — dijo Crawford con acento tranquilo.

—Y probablemente habrán desarrollado un plan para terminar con nosotros — contestó Turner fríamente.

—Luego se lanzarían por todo el distrito como una manada de lobos. Este es un asunto muy serio, Roddy. Tendremos mucho que hacer dentro de poco. No podemos permitir que lo saqueen todo.

Irguióse y miró hacia afuera a través de la galería, donde las gotas de lluvia brillaban bajo la luz de una lámpara de tormenta. Su pensamiento estaba por entero concentrado en los *shiftas*.

—¡Todo lo que hemos hecho se derrumbará!... Y hemos trabajado aquí cinco años, tratando de dar impulso al comercio y de hacer de esto algo más que un desierto — murmuró.

—Para beneficio de un grupo de nativos medio salvajes — dijo a su vez Turner con desprecio.

—No; es por algo más que todo eso — dijo Crawford mirándolo de frente —. Es por ayudar a la civilización. Es lo que Graham Fletcher hubiera comenzado a hacer veinte años atrás si no lo hubieran asesinado.

—Ya lo sé — dijo Turner con desgano.

—Hemos acabado con las guerras entre las tribus y con las venganzas. Hemos logrado que cada aldea tenga su pozo de agua, y si los jefes de la administración me autorizaran, ya verían ellos lo que puede la irrigación.

Había entusiasmo en su voz, porque estaba hablando de su trabajo.

—Hasta la arena es aquí fértil, Roddy. ¿No has notado cómo huele la tierra después de las lluvias?

De pronto se detuvo y miró a Turner.

—Pero de qué vale hablar contigo... — dijo.

—Sé lo que te propones, Bill — dijo Turner a su vez.

—Pero... qué te importa, ¿verdad? Después de todo tú eres un soldado.

—Bueno; pero los soldados tenemos una misión perfectamente definida — dijo Turner con acento suave.

—Sí... Algún día volverás con los Fusileros, y tocarán para ti una

marcha y harán un desfile en tu honor. Esa es tu carrera.

—El Africa se te ha metido en las venas, Bill. Esa es la diferencia entre tú y yo.

—Es cierto. Es curioso cómo este país salvaje puede atraerlo a uno. Perdóname si he dicho algo desagradable, Roddy.

—No has dicho nada de eso —respondió Turner, sonriendo.

Y ambos se inclinaron sobre el plano.

Cada soldado K. A. R., invariablemente, al llegar a Manieka desarrollaba nuevos planes para el puesto, planes que, invariablemente también, quedaban en el papel.

El esquema de Turner comprendía reductos construídos con bolsas de arena, un poco más adentro de las defensas de alambres de púas. Había ocho de ellos, incluyendo uno mayor para proteger la única ametralladora que poseían. Los otros reductos estaban diseñados para contener cada uno siete u ocho áskaris.

Aparte de ello, era necesario fortificar las grutas interiores de la meseta rocosa.

—La idea es hacer los reductos tan grandes como sea posible —dijo Crawford—; si asaltan el puesto y rompen la defensa, nos retiraremos a la siguiente. Pondremos la "Maxim" hacia el ángulo noroeste. Porque allí están las tierras más altas y la arena es seca en la dirección de la comarca de los *shiftas*. Su ataque vendrá probablemente por ese lado.

—Nos atacarán a pesar de las lluvias; y si lo hacen, sólo nos restará resistir hasta que sea posible. No serviría de nada tratar de huir —dijo Turner.

—Tienes razón, no serviría de nada —respondió Crawford—; en cuanto saliéramos del puesto nos rodearían y moriríamos todos. Bueno..., es necesario empezar a construir esos reductos mañana mismo. Después del desayuno hablaremos con Herbie del asunto.

Dirigióse a la galería y miró afuera, a la oscuridad de la noche, mientras Turner se colocaba a su lado.

—Pondremos el puesto en condiciones de resistir, Bill —le dijo.

—Sí, pero ambos sabemos perfectamente bien cómo acabará todo. No hay escape posible, Roddy.

Ambos permanecieron en silencio, mirando la lluvia y las alambradas que centelleaban de cuando en cuando a la luz de un relámpago. El foso parecía un gran tajo negro, interrumpido por una cicatriz blanca: el puente.

En un rincón, los áskaris recogían sus herramientas. Las voces de las mujeres habían cesado ya. Los hombres tomaron las lámparas y se alejaron en silencio.

—Para uno, por lo menos, todo ha terminado ya —murmuró Crawford.

—He dado algunas órdenes para mañana —dijo Turner con orgullo—; enterraremos a Kipsang media hora después del toque de diana.



de torm...
de los vidr...
—Ven, pasa...
—Debo ...

—Roddy, hagamos un gran desfile, ¿quieres?

—En eso había pensado, Bill; un desfile de gala, con los hombres uniformados.

Había algo en su voz que hizo que Crawford lo mirara, y entonces Turner agregó sonriente:

—Creo que los áskaris comprenderán que la ceremonia podría haber sido hecha para cualquiera de ellos; por eso el desfile será tan brillante como sea posible.

—Eso es —murmuró Crawford.

Y se alejó bajo la lluvia. Su saludo llegó desde lejos:

—Buenas noches, Roddy.

Al pasar frente a la choza de Dewey, vió a éste, a la luz de una lámpara, tirado de bruces sobre su cama y durmiendo profundamente.

* * *

Herbie Coombes estaba parado al lado de una choza que tenía una cruz roja pintada sobre la puerta. El sol brillaba a través de un claro entre las nubes, y el aire era fresco y agradable.

Coombes vestía uniforme completo; sus botas, sus correas, estaban cuidadosamente lustradas, y el metal, reluciente. Su ordenanza habíase levantado dos horas antes del amanecer, trabajando para limpiar y cepillar el mejor uniforme de su *bwana*.

Los áskaris habíanse levantado también muy temprano para limpiar sus equipos. Tenían un desfile a la hora de la diana, por lo que el sargento Magabul y el sargento Kumakwa, de la K. A. R., debían adiestrarlos en la ceremonia de dar sepultura con honores a un soldado.

Los ocho policías nativos habían llevado una bandera, y aquellos hombres impresionaban favorablemente, vestidos con sus blancos *shukas* y sus turbantes rojos. Detrás de ellos estaba el sargento Magabul con los áskaris uniformados de azul, túnica y pantalón corto. Más atrás el sargento Kumakwa, un hombre alto, robusto y con aspecto de verdadero soldado, se hallaba al frente de un grupo de áskaris del K. A. R., vestidos con uniforme caqui.

—¡Fusileros! ¡De frente..., march! —ordenó Coombes.

El sargento inició la marcha moviéndose como una máquina.

—¡Escolta! ¡De frente..., march! —ordenó a su vez Turner.

Ambas columnas se encontraron en un ángulo del puesto e iniciaron la marcha a paso de parada.

—¡Presenten... armas! —ordenó Turner.

La maniobra se cumplió con perfecta precisión. El cortejo avanzó lentamente y con solemnidad en aquel lugar árido, entre algunas chozas de barro, donde no había nadie del mundo que pudiera contemplar la ceremonia.

Crawford aguardaba al lado de la tumba. Los nativos de la aldea contemplaban la escena con los ojos muy abiertos por el asombro, desde el otro lado de las alambradas de púas. Esa ceremonia



Estaba recostada sobre el diván, en actitud meditativa... Zía pensaba algo de mucha importancia...

de los soldados negros tenía algo de impresionante. Los mercaderes habían salido de los almacenes, Chorny entre ellos, y permanecían aparte en un pequeño grupo. Zía estaba también, sola, recostada contra unos postes de las alambradas y llevando un ramo de flores silvestres.

Las mujeres áskaris estaban un poco más lejos y permanecían en silencio, llevando cada una de ellas un pequeño trozo de madera achatada.

No se sentía el más leve ruido, excepto el golpe seco de las sandalias sobre la arena mojada. Los áskaris se movían acompasadamente como soldados veteranos, y al llegar a la tumba, Crawford dijo lo poco que había que decir. El féretro fué bajado a la fosa por medio de cuerdas, envuelto en los colores de la bandera. Luego, un jefe nativo leyó una oración en dialecto *swahili*. Dos clarines estaban firmes a los pies de la sepultura, y Turner les hizo una seña.

Las notas de "El último puesto avanzado" se oyeron netas y claras en el aire. Su sonido metálico y vibrante rompió la quietud del momento y Coombes miró el puñado de cenizas que Crawford había arrojado sobre el féretro y que formaba una mancha gris sobre la bandera que envolvía al hombre a quien tres balas no habían podido detener. Los clarines callaron. Turner ordenó:

—¡Fusileros! ¡Preparen armas!

Oyóse el ruido seco de los cerrojos, mientras los hombres cargaban las armas con balas de guerra.

—¡Listos!... ¡Fuego!

Los rayos del sol se reflejaron en los cañones bruñidos de los fusiles. El humo de la primera descarga de saludo se perdía ya en el aire cuando Dewey asomóse a su choza, atraído por el estampido. Se detuvo un instante, observando la escena, cuando sonó la segunda descarga. Luego, dándose vuelta, volvió a su cama donde se dispuso a dormir.

—¡Preparen!... ¡Listos!... ¡Fuego! —ordenó Turner.

Dewey vió una vez más la blanca nube de humo alzarse y expandirse en el aire.

—Están enterrando a un hombre, eso es todo —murmuró con indiferencia.

Vió a los áskaris que se alejaban. Vió a Zía arrojar las flores en la tumba y luego alejarse a su vez, y vió a las mujeres nativas acercarse a la tumba, y comenzar una vez más su monótono canto mientras empezaban a llenar la fosa de arena valiéndose de los pequeños trozos de madera que empuñaban.

—Ee-yah-h-h!... ¡Oh, Kipsang... Kipsang... Kipsang! ¡Guerrero masaiiii!...

Entonaron su canto una y otra vez hasta que Dewey, incapaz de dormir, saltó de su cama y comenzó a pasearse alrededor de la choza. Echó una mirada a sus aparatos de química, a las cajas, a la camilla que yacía en tierra, a las paredes de barro y a las ratas.

Miró todas esas cosas como un hombre que, de pronto, se ha liberado de algo interior y ve claramente dónde se encuentra y lo que él mismo es.

—¡Qué lugar para morir! ¡Oh, Dios, qué lugar para venir a morir! —murmuró.

Después de la ceremonia, Crawford y Coombes visitaron a Zía con la que hablaron sobre el misterioso *habari*.

Luego la lluvia comenzó a caer una vez más.

* * *

Llovió suavemente durante más de treinta horas, después de lo cual, un mediodía, brilló de nuevo el sol, arrancando espesas nubes de vapor de la arena, de los techos y de las paredes. La tierra toda parecía cantar un himno de vida mientras el sol lo bañaba todo con sus rayos y el agua corría por los senderos.

Zía estaba sentada a la mesa, en su casa, cerca de una amplia ventana al lado de tres enormes libros de contabilidad. Detúvose un instante para contemplar las gotas de agua que aun caían del techo; gotas grandes y brillantes que reflejaban la luz del sol por un momento, antes de caer y perderse entre las arenas.

Cerca de la mesa estaba parado Pindi, el dependiente de Goan, que se hallaba a cargo de su almacén de Manieka. Era un nativo de la India y llevaba un traje blanco, zapatos negros, y usaba anteojos. Era un hombre tranquilo, de cierta edad, que había servido mucho tiempo a las órdenes de Abu Khali y que vivía su propia vida, sin tener relaciones con quienes lo rodeaban.

En el piso, cerca de la puerta, se hallaba sentado un muchacho nativo, esperando para llevar los libros de vuelta al almacén. Mientras aguardaba, se entretenía jugando con un pequeño lagarto, dejándolo que escapara hasta una grieta en la pared y tomándolo a último momento por la cola, empujándolo hacia atrás antes de que hubiera tenido tiempo de escapar.

—Toma esto —dijo Zía alargando una pila de cuentas hacia Pindi—; las pagarán en Nairobi. Eso es todo.

—*Memsaab* —murmuró Pindi mientras hacía una pequeña inclinación y llamaba al muchacho golpeando las manos.

El lagarto escapó por la grieta, y el muchacho levantóse de prisa acercándose a la mesa. Tomó los libros colocándolos sobre la cabeza y se encaminó hacia afuera, mientras Pindi recogía los papeles.

—*Memsaab*..., hay mucho que atender en Lamu y en Mombasa, y también en Tanga y más allá, en Enteble.

El negocio de Abu Khali se extendía muy hacia el sur, hasta el territorio Tanganika, y a través de Uganda. Era difícil contrrolarlo todo desde Manieka, y Zía estaba enterada de que los hombres que dirigían cada uno de sus almacenes le robaban.

—No debería quedarse aquí mucho tiempo —murmuró Pindi.

—No puedo partir hasta después de las lluvias.

—Perdón..., pero se trata de los *shiftas*... Podría usted partir en camello.

—Está bien, Pindi, eso es todo.

—*Memsaab*...

Y Pindi inclinóse una vez más y salió.

Ella lo miró alejarse, pensativa. No le agradaba descuidar sus negocios. Pero había ido a Manieka por una razón definida y completamente personal. Cuando las lluvias hubieran pasado, sus propósitos se habrían cumplido o habrían fracasado. Luego podría ocuparse de sus almacenes.

Movióse hacia el diván y tomó un vestido que había allí. Era casi la hora en que Crawford y los otros se reunirían al caer la tarde, cuando muere el día. Y Zía intentaba convertir la reunión en una especie de fiesta mundana.

Llevó el vestido hasta un tocador construído en un ángulo de la habitación. Allí, sobre una pequeña mesa, había un gran espejo rodeado de mosaicos incrustados de pedrerías. Miróse un instante en él y luego llamó:

—¡Miriami!

—¡Voy, *memsaab!*

—Una muchacha somalí apareció en la puerta. Sonreía con indolencia. Como vestido llevaba una pollera de seda a grandes fajas de colores. Tenía aros y brazaletes y una pequeña pulsera de aluminio en su tobillo izquierdo, que la destacaba como una belleza local.

—Medias, Miriami —dijo Zía brevemente.

La muchacha fué hasta un rincón del cuarto, y luego se detuvo mirando cómo Zía se componía el rostro. Tenía dificultades para aprender los secretos del arte de la belleza de Zía, quien, a su vez, había aprendido tales secretos en un establecimiento de belleza en Nairobi, cuyas clientes eran todas hijas y esposas de oficiales blancos. Pero Zía utilizaba pocos cosméticos para realzar su belleza. Sus largas y onduladas pestañas casi no necesitaban del *rimmel;* apenas si el *rouge* podría acentuar la curva de sus labios rojos, y su piel tenía la tersura natural que ninguna crema o polvo de tocador podrían reemplazar.

—¿Se pinta para bailar, *memsaab?* —preguntóle.

—No.

—Yo sólo me pinto para bailar —dijo Miriami, quien, cuando se pintaba, poníase grandes manchas amarillas en la frente, en los brazos y en las mejillas, con el polvo rojizo de Kenya.

—Mucha pintura, mucho borracha... Luego un hombre te lleva con él, quizá —dijo Miriami.

—Los blancos no hacemos eso —díjole Zía.

—¿Entonces, por qué se pinta? —preguntó Miriami con curiosidad.

—Basta de charla —exclamó Zía.

—Me pinté para el último baile... Tengo un hombre —dijo Miriami.

—¿Un marido?

—Sí, marido —respondió Miriami con orgullo—; pero ya no le intereso a él. Me compró barato... Dos vacas y cinco cabras.

—No sabía que tuvieras marido —dijo Zía mientras se calzaba los zapatos.

—Es muy rico ahora; tiene cuatro nuevas mujeres... Siempre quiere una mujer donde va... Mal hombre, Hammud.

—¿Qué has dicho?... ¿Has dicho Hammud?... —preguntó Zía.

Miriami asintió con la cabeza mientras Zía preguntaba nuevamente con asombro:

—¿Quieres decir que te has casado con Abdi Hammud, el somalí de las lanzas?

Miriami asintió nuevamente con la cabeza y Zía volvió a preguntar:

—¿Dime, Miriami, sabes algo de él?

—Dice que habrá un muerto en la casa de *bwana mkubwa* —contestó Miriami.

—No; quiero decir si es un *shifta*.

La expresión de Miriami cambió súbitamente. Dió un paso atrás y sacudió la cabeza.

—No diré nada de Hammud. Es malo y tiene un gran cuchillo.

De pronto, algo llamó su atención y, mirando a través de la ventana, dijo:

—Viene *bwana*.

Y se deslizó hacia la cocina.

Zía miró, a su vez, por la ventana, y vió a Dewey que se aproximaba. Su camisa y sus pantalones estaban manchados, y llevaba un ramo de flores amarillas.

—¡Pasa! —le dijo Zía.

—Bueno; si me invitas... Tomé estas flores del otro lado del río.

Y le ofreció las flores.

—Estaba cansado de mirar caer la lluvia, sin hacer nada, y decidí salir.

Sonriendo agradecida, Zía tomó las flores, pero, de pronto, las arrojó lejos.

—¡Esto es *masika!* —exclamó, y luego llamó—: ¡Miriami!

—¿Qué sucede? —preguntó Dewey asombrado.

—Es pasto húmedo de la estación —dijo ella arrojándole una toalla—; sácate el jugo de las manos, tienes suficiente como para matar un camello.

—¡Caramba, no lo sabía! ¡Lo siento!

—¡Oh!, no es nada —dijo ella sonriendo, mientras Miriami recogía las flores y las arrojaba fuera.

—Gracias por las flores, de todos modos —agregó—; no estés mucho tiempo con esas ropas mojadas. Podría hacerte mal... Pero, sírvete tú mismo lo que gustes.

El se encaminó entonces hacia una botella de whisky y otra de ginebra que estaban sobre una mesa, junto a un gran botellón de vino. Zía los había dispuesto allí en la esperanza de que Crawford y los otros la visitaran esa tarde.

Mientras Dewey se servía el whisky, ella lo contempló pensando en la causa por la cual Dewey le había llevado las flores.

—¿Has visto las bolsas de arena que han colocado alrededor del puesto? —comenzó a decir él—. Bill se ha adelantado a los *shiftas* esta vez... Hay *habari* acerca de unos toros negros.

—¿Toros negros? —preguntó ella.

—Sí; y tenemos noticias de que son tres... ¿Qué significa eso?

—Cuando los *shiftas* planean un gran ataque, siempre envían tres toros negros con anticipación. Creen que eso les dará buena suerte en la lucha.

—¡Conque esas tenemos! —dijo él llenando su vaso por segunda vez.

—Los *shiftas* tocan grandes tambores para dirigirlos... El asunto es serio.

—Deberías irte de aquí; puede ser peligroso —dijo Dewey.

—Sí, será peligroso —dijo ella mirándolo con ojos relampagueantes—. Si los *shiftas* vienen tomarán todas las chozas y matarán todo ser viviente; pero no me iré.

CAPITULO IV

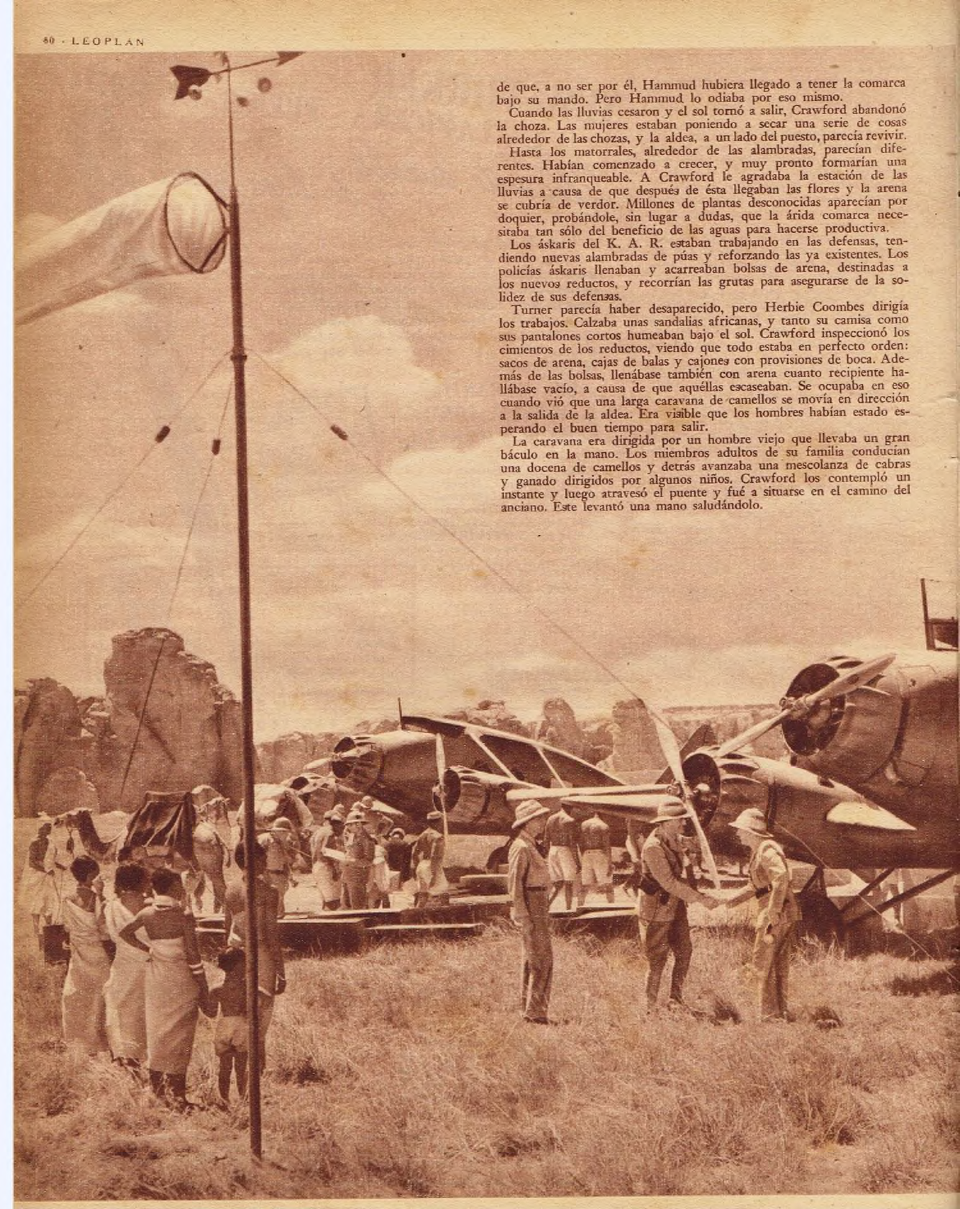
En el puesto de Manieka había una gran choza central, desde la que Crawford dirigía las operaciones de su distrito. Sus paredes estaban formadas de troncos de palmeras atadas con cuerdas y un gran techo de paja.

El lugar estaba lleno de cajas, y sobre la mesa había muchos papeles con membrete oficial. Entre éstos veíanse algunas reliquias que los nativos habían regalado al jefe del distrito: un gran sable abisinio, una piel de cocodrilo que había motivado un asesinato, una silla de montar de camello, dos o tres lanzas y una cimitarra con vaina de plata tomada a un ladrón *mereham.*

Crawford trabajaba allí mientras la lluvia caía sobre el techo y se deslizaba sobre el piso. Había enviado un mensaje complementando el anterior y dando detalles precisos acerca del *safari* y de las características del fusil Wallicher-Benn. Después de eso había comenzado a hacer el informe anual, que siempre redactaba durante la época de las lluvias. Era un extenso y detallado documento que invariablemente era leído con mucha atención en Nairobi.

Apenas había visto a Zía desde la noche de la fiesta, pero ella había enviado a Pindi varias veces, para pedirle que transmitiera algunos mensajes por el telégrafo.

Nada había ocurrido concerniente a Abdi Hammud, excepto que los policías dieron por perdido todo rastro de él. Uno de ellos volvió con noticias de los tres toros negros. Crawford olvidó por completo la amenaza del *shifta,* sin darle importancia al hecho



de que, a no ser por él, Hammud hubiera llegado a tener la comarca bajo su mando. Pero Hammud lo odiaba por eso mismo.

Cuando las lluvias cesaron y el sol tornó a salir, Crawford abandonó la choza. Las mujeres estaban poniendo a secar una serie de cosas alrededor de las chozas, y la aldea, a un lado del puesto, parecía revivir.

Hasta los matorrales, alrededor de las alambradas, parecían diferentes. Habían comenzado a crecer, y muy pronto formarían una espesura infranqueable. A Crawford le agradaba la estación de las lluvias a causa de que después de ésta llegaban las flores y la arena se cubría de verdor. Millones de plantas desconocidas aparecían por doquier, probándole, sin lugar a dudas, que la árida comarca necesitaba tan sólo del beneficio de las aguas para hacerse productiva.

Los áskaris del K. A. R. estaban trabajando en las defensas, tendiendo nuevas alambradas de púas y reforzando las ya existentes. Los policías áskaris llenaban y acarreaban bolsas de arena, destinadas a los nuevos reductos, y recorrían las grutas para asegurarse de la solidez de sus defensas.

Turner parecía haber desaparecido, pero Herbie Coombes dirigía los trabajos. Calzaba unas sandalias africanas, y tanto su camisa como sus pantalones cortos humeaban bajo el sol. Crawford inspeccionó los cimientos de los reductos, viendo que todo estaba en perfecto orden: sacos de arena, cajas de balas y cajones con provisiones de boca. Además de las bolsas, llenábase también con arena cuanto recipiente hallábase vacío, a causa de que aquéllas escaseaban. Se ocupaba en eso cuando vió que una larga caravana de camellos se movía en dirección a la salida de la aldea. Era visible que los hombres habían estado esperando el buen tiempo para salir.

La caravana era dirigida por un hombre viejo que llevaba un gran báculo en la mano. Los miembros adultos de su familia conducían una docena de camellos y detrás avanzaba una mescolanza de cabras y ganado dirigidos por algunos niños. Crawford los contempló un instante y luego atravesó el puente y fué a situarse en el camino del anciano. Este levantó una mano saludándolo.

—*Jambo, bwana mkubwa!* — dijo.
—¿Vas de viaje, Matta Asman? —preguntóle Crawford.
—El *habari* es malo — contestó el anciano —; los toros negros vendrán.
—Es posible que no vengan hacia aquí.
—Entonces, ¿por qué *mkubwa* se prepara? — preguntó Asman señalando las nuevas defensas —. Si me quedo, los *shiftas* me robarán todo cuanto tengo... ¡Que haya paz en tu casa, *bwana mkubwa!*
Y levantó una mano en señal de saludo.
—¡Que haya paz en tu casa, Matta Asman! — contestó Crawford gravemente.
—*Kwa heri!*
La caravana siguió su marcha.
Todos los que marchaban con los camellos levantaban las manos en señal de saludo, al pasar frente a Crawford.
—*Kwa heri* — decían.
Y los niños, que guiaban las cabras, repetían también al pasar:
—*Kwa heri, bwana mkubwa!*
Crawford contemplaba la caravana que se dirigía hacia el sur. No era el mejor tiempo para iniciar un *safari*, porque partían al caer la tarde, lo cual mostraba que el anciano se hallaba temeroso.
Coombes llamó a Crawford cuando éste volvió al puesto.
—¿Es el viejo Matta Asman quien se ha ido? — preguntó; y como Crawford asintiera con la cabeza, dijo por lo bajo:
—Mal signo, Bill.
Ambos miraron la caravana que se perdía ya entre los matorrales. Y Coombes agregó:
—Roddy acaba de ir a la choza del telégrafo; están recibiendo un mensaje.
—¿Del Cuartel General?
—Sí — contestó Coombes. Y luego, como recordando algo, preguntó:
—Bill, ¿qué podemos hacer con esas bombas aéreas?
—Vamos a echarles un vistazo — contestó Crawford.
Y ambos se dirigieron hacia una pequeña construcción situada a



Años atrás, aviones de bombardeo habían llegado al puerto trayendo bombas aéreas.

alguna distancia de las barricadas, justamente al terminar una de las galerías subterráneas. En la parte superior había una puerta sujeta por barras de hierro enmohecido. La puerta estaba rota y hundida en algunas partes.

—Las hormigas han andado por aquí — dijo Coombes.

La construcción contenía en su interior un centenar de bombas aéreas, traídas años atrás al puesto por aviones de bombardeo. Era una reserva para el caso de que se produjeran disturbios en la frontera. Pero desde aquel tiempo la puerta no había sido vuelta a abrir. Y ninguna referencia oficial había sido hecha acerca de tales bombas, aunque, de cuando en cuando, los aviones hicieran una incursión por allí. Parecía como si hubieran sido completamente olvidadas. Podrían ser peligrosas si los *shiftas* irrumpían en las grutas bajo las rocas, y Coombes había sugerido que se trasladaran a otro lugar más seguro. El y Crawford abrieron la puerta con gran dificultad, y entraron en la construcción. Había allí unos veinte cajones cuidadosamente alineados.

—Las hormigas han andado también por aquí — dijo Crawford cuando una de las tapas de los cajones se deshizo en sus manos.

En el interior de cada cajón había cinco bombas, cada una de las cuales se hallaba convenientemente alojada en un compartimiento especial. Eran rechonchas, pintadas de negro, con pequeñas aletas giratorias y una punta aguda del otro lado. Crawford tomó una.

—¡No la dejes caer! ¡Son bombas de percusión! — exclamó Coombes.

—Sí, pero no tienen el percutor — dijo Crawford yendo hasta la puerta y examinando la punta de la bomba.

—¿Supongo que será imposible utilizarlas, eh? ¿No podríamos arrojarlas de alguna manera? — dijo Coombes tomando la bomba que le tendía Crawford, y sopesándola en la mano.

—Debe pesar unas veinte libras — dijo este último —; no podrías arrojarla suficientemente lejos como para que la explosión no te hiciera volar en pedazos.

Coombes trató de hacer girar la punta de la bomba, y entonces Crawford exclamó:

—¡No muevas ese tornillo, Herbie!; dispón el percutor en posición de funcionar.

—No me agradan estas cosas... Creo que sería mejor llevarlas a un lugar más seguro, por las dudas.

Volvieron la bomba a su lugar y luego salieron de la construcción cerrando la puerta de un golpe. El polvo y algunos trozos de madera se desprendieron por el golpe. En ese momento llegaba Turner con el mensaje transmitido desde el Cuartel General. Era tan extenso que habían sido necesarios tres formularios para copiarlo.

—Vamos a cenar antes de ver esto — dijo Crawford.

Y dirigiéndose a Turner, preguntó:

—¿Contiene algo especial?

—Se han quejado oficialmente al Comisario italiano, a causa de los *shiftas* — dijo Turner.

—Entonces éste se habrá quejado a su vez a Pallini — dijo Crawford.

—No le agradará esto — comentó Coombes —; pero los *shiftas* están en su territorio.

Crawford comenzó a leer el mensaje mientras caminaban. Decía que no sería posible enviar refuerzos hasta después de la época de las lluvias, y contestaba sus preguntas acerca del fusil Wallicher-Benn.

Ninguna arma de ese tipo era conocida en Africa. Sin embargo, había sido empleada por los árabes en Palestina, y era creencia que los mismos árabes las poseían también en el Yemen, ignorándose que se hubieran enviado hacia Nairobi.

Ibrahim había preparado ya algunos refrescos en la galería de la casa de Crawford, al lado de un viejo fonógrafo que estaba sobre una pila de revistas.

Turner llenó los vasos y luego se dejó caer en la cama que se hallaba próxima. Coombes acercó una silla y ambos prestaron atención, mientras Crawford leía el mensaje en voz alta.

—Bueno, no dice nada nuevo, después de todo — comentó Coombes.

—¿Dónde está el Yemen? — preguntó Turner.

—Cerca del mar Rojo — contestó Crawford —; y los árabes pueden traer aquí fácilmente sus fusiles... Los desembarcarían en la costa de la Somalia.

—Pero entonces tendrían que atravesar todo el territorio para llegar a la comarca de los *shiftas* — dijo Coombes con aire de duda.

—Eso no resultaría difícil; la Somalia está casi desierta — dijo Crawford.

Y volvió a leer la última parte del mensaje:

"Es nuestra creencia que alguien debe comprar los fusiles a los árabes, y pasarlos de contrabando desde la costa hasta el territorio de los *shiftas*."

—Iré yo mismo al Cuartel General a conversar sobre esto — murmuró levantando la vista.

—¡Caramba!, ¡cómo no pensamos eso antes! — exclamó Turner.

—Antes no sabíamos que los árabes tuvieran esa clase de fusiles... Pero ahora todo parece muy simple — dijo Crawford.

Un áskari marcó el tiempo como de costumbre, y de inmediato sonó un clarín en momentos en que Crawford extendía un mapa sobre la mesa para señalar la posible ruta por donde llegaban los fusiles: desde el mar Rojo y por el cabo Guardafui. Podían ser desembarcados en cualquier punto de la costa entre Mogadicio y Lamu.

—Esto puede estar sucediendo desde hace mucho tiempo — dijo.

—¡Quién sabe cuántos fusiles tendrán ahora los *shiftas!*

—¡Quién sabe si no están esperando más!... De no ser así, ya nos hubieran atacado antes de las lluvias — replicó Crawford.

—Pero no podrán desembarcar más fusiles en la época de las lluvias.

—Desde luego que no; pero las lluvias los ayudarían a pasarlos a través de nuestro distrito, porque entonces no viajan las caravanas y pasarían sin ser vistos.

—Entonces quizá lo estén haciendo ahora — exclamó Coombes.

—Quizá..., y por si acaso enviaré algunos de los policías a investigar mañana mismo. Podemos enviarlos hacia el sur y hacia el oeste, y mandar con ellos a algunos mensajeros. Si ven algo sospechoso podrán enviarnos así un mensaje inmediatamente — dijo Crawford.

—Enviaré algunos mensajeros esta misma noche — dijo Coombes.

—Miren, ahí viene Pallini — exclamó Turner, poniéndose de pie.

Todos se volvieron, viendo al representante italiano que atravesaba el puente sobre el foso de las alambradas de púas. Llevaba el salacot sobre la nuca y agitaba los brazos mientras apresuraba el paso. Tras él iba Kuypen.

—Creo que debe estar ya enterado de la queja de nuestro Cuartel General a su Comisario... Prepárale un vaso, Herbie — dijo Crawford.

Avanzó luego hacia la galería e hizo un amistoso saludo a Pallini, pero no recibió respuesta. El representante italiano se acercó hasta casi tocar a Crawford, y luego exclamó:

—¡Muy bien! ¡Hacerme esto a mí!

Y le tendió un radiograma.

—Se ha quejado usted a mi Comisario — explicó en seguida.

—¡Oh, no! — contestó Crawford.

—¡Oh, sí! —replicó Pallini en el instante en que Kuypen llegaba —. Ustedes se han quejado, y ahora he recibido órdenes de efectuar un *safari* por la comarca de los *shiftas*.

—Personalmente — comentó Kuypen.

—¡Hacerme esto a mí!

Y Pallini rechazó el vaso que le ofrecía Coombes.

Detúvose un instante para recobrar la respiración; su frente y todo su rostro se hallaban empapados de sudor; conocíase que había llegado corriendo.

—Lo siento, Pallini; he hablado de usted en mi mensaje, pero eso es todo.

—¿De modo que no se quejaron al Comisario?

—Le aseguro que no.

Pallini se quedó contemplándolo durante un instante y luego, de pronto, sacó del bolsillo un gran pañuelo de colores.

—He aprendido a no dudar nunca de la palabra de un inglés — dijo llevándose el pañuelo a la frente; discúlpeme, Crawford... ¿Quiere usted ofrecerme otra vez ese vaso?

Las últimas palabras las pronunció dirigiéndose a Coombes. Este le tendió el vaso, alcanzando otro a Kuypen, mientras Pallini continuaba diciendo:

—¿Sabe usted lo que sucederá si hago ese *safari?*... Los *shiftas* me matarán.

—Pero, de todos modos, ha decidido obedecer las órdenes — comentó Kuypen.

—¡Oh, no tan pronto, amigo!; ¡no tan pronto!

—Hemos tenido una pequeña conferencia — murmuró Kuypen.

—Y llegamos a la conclusión de que necesitamos un cañón para partir — explicó Pallini.

—¡Pero no pueden recibir ninguna pieza de artillería hasta que terminen las lluvias! — exclamó Turner.

—Ya lo sé... — dijo Pallini con una sonrisa de picardía —, y cuando llegue mi cañón quizá podamos ir juntos contra los *shiftas*.

* * *

Muy temprano, a la mañana siguiente, ocho policías nativos estaban alineados frente a la casa de Crawford. Cada uno de ellos tenía a su lado un corredor descalzo, que llevaba en la mano una lanza.

Crawford podía haber enviado a los hombres mucho antes del amanecer, pero había estado lloviendo toda la noche, y era mejor que éstos no partieran hasta que no hubiera cesado la lluvia. Extrañóle que todos esos hombres, desde los policías hasta los corredores, no lo miraran de frente. Todos escuchaban sus instrucciones, pero con los ojos bajos.

—Vigilen a los mercaderes con mercancías ocultas; vigilen a las caravanas que cambian de lugar; vigilen a los hombres que no viven en nuestras *manyattas;* procuren traer noticias de los *shiftas*.

Mientras hablaba, echó una mirada a Coombes, quien vestía uniforme completo, pues siempre se mostraba muy cuidadoso en su aspecto personal cuando sus hombres tenían que recibir órdenes.

—Cuando tengan noticias, envíen los corredores al *bwana mkubwa* — dijo Coombes —; ¿comprenden?

—*Ndio* — contestó uno de los hombres, y los otros repitieron:

—*Ndio, bwana.*

—¡Sodu! — llamó Crawford, y uno de los hombres avanzó un paso.

— Ve en la dirección de Hurre Mulka.

El hombre saludó, echóse el fusil al hombro, dió media vuelta y se alejó seguido de su corredor.

—¡Wakambi!, ve hacia el sur, por la ruta de Buna... ¡Mbela!, ve hacia El Wak.

Uno a uno, los hombres se alejaron seguidos por sus respectivos corredores... Ninguno de ellos miraba rectamente al rostro de Crawford. Cuando el último hubo partido, éste entregó el mapa a Coombes.

—Herbie, ¿no has notado nada de particular en ellos?

—¿Algo curioso? — preguntó Coombes —; bueno..., supongo que estaban un poco disgustados, pero me imagino que sería porque no deseaban ser enviados al campo con este tiempo. Dentro de poco comenzará a llover nuevamente y esos nativos odian la lluvia.

—Bueno; quizá esté equivocado —dijo Crawford dirigiéndose hacia la choza central.

Esta se hallaba rodeada por una barricada de cuatro pies de altura, llena de arena entre los espacios vacíos. Era la choza del telégrafo y del equipo de radiotelefonía de circunstancias. Una combinación de almacén general, donde se guardaban las provisiones y los equipos. Al pasar vió a las mujeres nativas sentadas a la puerta de sus chozas. Ellas tampoco le miraron.

Le esperaban allí media docena de jefes locales que habían llegado de sus aldeas para pagar las contribuciones. En otra época, muchos más jefes habrían llegado ya, y después de las lluvias Crawford hubiera hecho un *safari* por todo el distrito para recoger las contribuciones de los *manyattas* más distantes.

Los jefes eran todos ancianos, y saludaron a Crawford cuando éste entró. Había pocas formalidades que cambiar, y cuando el último jefe hubo entregado lo que debía, todos se despidieron saliendo de la choza. El último de ellos detúvose un instante en la puerta; y de pronto exclamó:

—*Bwana mkubwa*..., cuida bien tu casa en la noche... *kwa heri!*

Dióse vuelta y fué a reunirse con los otros que se hallaban ya lejos.

Crawford quedóse pensativo. Sabía que si había guerra, las mujeres nativas se alejarían una milla o dos, para volver en busca de sus hombres cuando todo hubiera acabado. Las sombras inundaban ya la choza y Crawford levantóse para encender una lámpara. En ese momento vió aparecer a Zía en la puerta.

El rostro de la muchacha tenía una expresión ansiosa.

—¡Hola! — dijo él y sonrió.

Ella no devolvió su saludo. Acercóse a la mesa esquivando los cajones y, cuando estuvo cerca, le dijo:

—¡Bill, hay más *habari!*

—¿De veras? — preguntó él.

—No estoy segura de qué se trata.

En el tono de su voz el militar comprendió que la muchacha se hallaba alarmada.

Sabía que muchas veces Zía recibía *habari* por sí misma. Sin saber cómo o por qué, se hallaba temerosa por algún detalle del *habari*. Los nativos hablaban siempre entre ellos comentando las noticias.

—He tratado de arrancarle el secreto a Miriami, pero ella tiene miedo de hablar — dijo Zía, y de pronto exclamó —: ¡el *habari* se refiere a ti!

—¡Ah!... ¡Hé ahí por qué los policías esquivaban mi mirada!

—¡Bill, ten cuidado! — murmuró ella, mirándolo largamente.

El estaba intrigado, pero no alarmado.

—Se trata de algo que vendrá en la noche — dijo ella, y agregó —: lo he sabido recién al caer la tarde.

Era entonces la última hora del crepúsculo, cuando todo se acalla, cuando muere el día.

CAPITULO V

Dos lámparas de seguridad colgaban de un poste clavado en la arena a unos veinte pasos al frente de la cabaña de Crawford. Habían sido colocadas allí con el objeto de atraer los insectos, de modo tal que la cena pudiera ser relativamente tranquila en la galería. Ibrahim se hallaba en ese momento recogiendo los últimos platos.

Coombes y Turner encendieron sendos cigarrillos, mientras Crawford vertía el café en los pocillos y Dewey se recostaba en su silla mirando hacia las chozas de los nativos. Había una tensión inusitada en el ambiente, que todos sentían.

—¡Qué tranquilo está esto! — murmuró Dewey.

—Tienes razón; no se mueve ni una hoja — dijo Coombes.

—Y no hay una sola luz en las chozas — comentó a su vez Turner.

Por lo general, sentíase el ruido de las charlas y de las risas de los áskaris en las chozas. Y del otro lado de las alambradas, la aldea se animaba, a veces, con repentinas explosiones de alegría. Las fogatas ardían junto a las chozas. Pero esa noche ni siquiera se veía el fuego necesario para cocer la comida.

—Es curioso — comentó Crawford, dejando su taza de café sobre la mesa y avanzando por la galería. De pronto inclinóse hacia la derecha y gritó —: ¡Quién vive!

Una sombra salió de la oscuridad y se presentó ante él.

—*Effendi* — murmuró el sargento Magabul.

—¿Qué deseas?



"Lo siento, Zia, pero nosotros no podemos hacer nada", dijo Dewey. Chorny se había quedado un tanto atrás.

—*Bwana mkubwa:* Abdi Hammud viene a hacer un muerto en tu casa —contestó el sargento señalando hacia más allá del foso y de las alambradas—; viene a matar con un fusil desde la oscuridad.

El hombre saludó y desapareció entre las tinieblas.

—¿Qué piensan ustedes de esto? —preguntó Crawford volviéndose hacia los demás.

—Bueno... Parece que Hammud está armado con un fusil —murmuró Coombes.

—Es mejor que procuremos detenerlo antes de que haga alguna locura —dijo a su vez Turner.

—¡Retira esas lámparas! —ordenó Coombes al criado de Crawford.

—¡Espera un momento! —dijo éste.

—¡Hammud puede estar cerca!

—¡Bah, no dan mucha luz! —dijo Crawford fríamente, y de pronto exclamó:

—¡El *habari* se refería, sin duda, a esto!

—Ya sabía yo que algo sucedía —comentó Coombes.

Magabul había desaparecido ya. El puesto estaba sumido en profundo silencio. Crawford levantó la cabeza y pareció husmear el aire como tratando de captar ese algo, tenso e indefinido, que se cernía sobre el ambiente. Ese algo misterioso y amenazador que llegaba desde la selva.

Sabía que "eso" se condensaba sobre su cabeza.

Miró por sobre las alambradas de púas, que brillaban a la luz opaca de la luna, hacia la negrura de los matorrales, y dijo pensativo:

—Quizá Hammud ha sido pagado por los *shiftas* para eliminarme.

—Esos nativos son muy rencorosos —dijo Turner.

—No se queden ahí discutiendo bajo la luz... ¡Está oculto entre los matorrales y tiene un fusil! —exclamó Coombes.

—¡Vamos a enviar algunos soldados para rodearlo! —exclamó a su vez Dewey.

—No; parecería entonces que tengo miedo de él, y los nativos no deben pensar eso de nosotros, bajo ningún punto de vista —dijo Crawford en un tono que no admitía réplica.

El militar sabía que cada nativo, en el puesto de la aldea, estaba esperando su reacción y la forma cómo actuaría frente a Hammud, y de ahí el completo silencio de esa noche. Todos temían a Hammud, y Crawford comprendía que de su comportamiento dependía el aprecio y la obediencia futura de los nativos. Dióse vuelta y se dirigió a la casa, mientras Coombes seguía tras él hablándole con impaciencia:

—Bueno; no podemos quedarnos de brazos cruzados durante toda la noche. ¿Qué piensas hacer, Bill?

—Me sentaré a la mesa, aquí, y haré un perfecto blanco para él —dijo Crawford mientras llegaba a la galería.

—¡No harás esa locura! —exclamó Coombes.

—Esperaré el reflejo del caño del fusil y esquivaré la bala.

—¡Pues tendrás que esquivarla con mucha rapidez! —exclamó Dewey en tono de duda.

—No temas; seré rápido, y, además, estos salvajes no apuntan bien en la oscuridad.

—Bill, no hay necesidad de correr semejante riesgo. Ten en cuenta que puede ser un buen tirador.

—Tú estarás en el reducto con la ametralladora, Roddy... En cuanto dispare, descárgale media cinta de balas —exclamó Crawford tranquilamente.

—¡Oh, ahora te comprendo! —dijo Turner con voz suave.

—Herbie, tú te ocultarás cerca de las alambradas, con media docena de nativos. En cuanto Roddy termine de disparar irás tras él.

—Después que yo dispare no habrá necesidad de nada más —exclamó Roddy con una sonrisa que no prometía nada bueno para Hammud.

—Ten en cuenta que Hammud disparará a matar —dijo Turner.

—Ya lo sé —respondió Crawford, y luego agregó—: Dewey, tú estarás a mi lado en la oscuridad. Tendré una lámpara sobre la mesa para que pueda verme con claridad, y deseo que vigiles junto a mí para el caso que no pueda apartarme con rapidez.

—Escucha, Bill; no hay necesidad de... —protestó Coombes.

—¡Cállate, Herbie!; sé un buen soldado y obedece mis órdenes, ¿quieres?

Crawford sabía perfectamente lo que se proponía hacer y lo que


Poderoso atractivo
Una mujer sin perfume es como una flor sin aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su aroma se le presiente —y ese aroma se recuerda, como se recuerda su imagen.
Posea Vd. el poderoso atractivo que presta a toda mujer el sugestivo aroma de Loción Chipre de Preal.
En farmacias, tiendas y perfumerías.
Camauër y Cía. - Inclán 2839/47
Soc. de Resp. Ltda.
Buenos Aires.
LOCION CHIPRE de PREAL
extracto CHIPRE de PREAL
EXTRACTO Y LOCION
Chipre de PREAL
(El perfume femenino por excelencia)



Los encontraron en el camino, entre las rocas, junto al foso. Zía pidió, amenazó y rogó, pero aquéllos se mantuvieron firmes e inflexibles.

estaba haciendo. Enviar hombres tras Hammud y arrestarlo sería muy fácil, pero no le daría ninguna gloria ante los nativos. Pero devolver celada por celada, darle al feroz somalí la oportunidad de matarlo, y luego devolverle su acción con creces... Eso sería algo que no habría de ser jamás olvidado en la aldea, y que, de *habari* en *habari*, atravesaría media Africa. Quizá, también, podría detener por algunos días la invasión de los *shiftas*.

Entonces, todos comenzaron a hacer sus preparativos, sin apresurarse y con mucho cuidado.

Turner fué hasta la ametralladora, la montó, y la dispuso en dirección a los matorrales, poniendo el máximo de atención en cada detalle. Coombes reunió algunos áskaris, los más valientes y los que le merecían mayor confianza. En la casa, en medio de la oscuridad, Crawford y Dewey levantaron una especie de barricada, con varios troncos, en un rincón del cuarto, y tras ella colocaron un botiquín, vendas, algodón y varios recipientes con agua.

Crawford colocó su revólver cargado sobre la mesa, con el caño en dirección a la galería.

Cuando Ibrahim llegó diciendo que Coombes y Turner estaban preparados, Dewey tomó las lámparas que colgaban del techo de la galería. Apagó una, dió la otra a Crawford y, luego, fué a reunirse con Ibrahim tras la barricada del rincón.

Crawford sentóse a la mesa, disponiendo la lámpara de manera que el brillo no le diera en los ojos. De forma que pudiera mirar sin inconveniente hacia las alambradas de púas, cuyos reflejos se veían apenas en la obscuridad. Tomó una pluma simulando escribir en una carilla de papel, trabajando como lo hacía muchas noches y, de cuando en cuando, tomaba una de las carillas y la ponía a un lado, como si ya estuviera escrita. Su cabeza estaba levemente inclinada, pero su vista no se apartaba un instante de los matorrales.

Ningún ruido se oía en el puesto, pero cada nativo estaba pendiente de lo que iba a ocurrir. En la aldea, pequeños grupos de hombres se acurrucaban, sobre sus talones, en silencio y alerta; las mujeres espiaban a través de las ventanas de sus chozas. Cerca de las alambradas de púas, a pocos pasos de la entrada, Coombes estaba echado en tierra, boca abajo, con su revólver listo en la mano derecha. Con él se hallaba el sargento Magabul y media docena de hombres, el fusil en la mano, la bayoneta calada.

En el reducto a medio terminar, Turner balanceaba levemente, de derecha a izquierda, el negro cañón de su ametralladora. Su índice derecho daba tormento al gatillo. A su izquierda, el sargento Kumakwa sostenía la cinta de las balas, conteniendo el aliento, y escuchando a cada instante mientras un áskari miraba, el oído atento, por un hueco entre las bolsas de arena.

El tiempo transcurría con desesperante lentitud. Nada sucedía.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar así, Dewey? — preguntó Crawford sonriendo apenas, mientras cambiaba una carilla en blanco por otra.

—¡Quién sabe!... — murmuró Dewey.

—Quisiera que llegara de una vez.

Crawford inclinóse nuevamente sobre la mesa, y así transcurrió una media hora. De pronto, el soldado soltó su pluma y apoderándose del revólver clavó su vista en los matorrales. Dewey se puso tenso en su rincón.

—¡Hay alguien detrás de nosotros! — susurró Crawford sin moverse.

—¿Quién será?

Crawford continuó mirando hacia adelante. Dewey se volvió lentamente, aproximándose con cautela hacia la puerta trasera del cuarto. En eso la cortina se movió y, antes de que Dewey pudiera hacer un solo movimiento, una sombra se deslizó en el cuarto.

—*Memsaab*... — murmuró Ibrahim desde su rincón.

Era Zía. Su rostro estaba pálido como la cera.

—¡Soy yo, Bill! — murmuró con acento sofocado.

—¡Gran Dios! — exclamó Dewey irguiéndose.

—¡Quédate donde estás, Dewey, o ahuyentarás la caza! — exclamó Crawford con acritud y, luego, sin moverse, preguntó:

—¡Zía!; ¿cómo has llegado hasta aquí?

—¡Hammud no ha venido solo; tiene varios hombres con él! — exclamó ella con desmayada voz.

—¡Zía!, ¿no comprendes que pueden matarte? —murmuró él volviendo el rostro a pesar suyo.

Dewey exclamó en voz baja y con violencia:

—¡No muevas la cabeza, Bill!; ¡no quites los ojos de los matorrales!

Instantáneamente Crawford volvió a su posición primitiva escrutando con atención las peligrosas tinieblas, que parecían ir a golpearle el rostro.

Zía se puso de rodillas y se movió lentamente en dirección a la galería.

—¡Eh, ven aquí! —exclamó Dewey.

—Estoy bien aquí, y deseo hablar con Bill —dijo ella.

Se aplastó en el piso, mientras Crawford, después de dirigirle una rápida mirada, simuló escribir nuevamente.

—Bill, Hammud tiene dos hombres con él, y los dos son *shiftas* —dijo—; acabo de recibir *habari* por Miriami, y deseaba prevenirte.

—Gracias, Zía; pero, ¡por lo que más quieras!, no te quedes aquí.

—¡Vigila los matorrales! —exclamó Dewey, y luego dirigiéndose a Zía:

—¡Zía, vete de aquí!

—Zía, yo... —comenzó a decir con lentitud Bill Crawford.

Pero en ese mismo instante, un terrible estampido abrió una larga brecha sonora en el silencio de la noche, y entre los matorrales una lengua de fuego, corta y roja, iluminó por un segundo el escenario salvaje. Bill manoteó el revólver y se hizo a un lado con toda rapidez mientras derribaba la lámpara de un golpe. La llama chisporroteó extinguiéndose en seguida, en el mismo momento en que un furioso repiqueteo estallaba y rebotaba contra la mesa y contra las paredes de la habitación. En los matorrales y en las zarzas, del otro lado de las alambradas, las llamas bailaban una furiosa danza de luces y sombras.

—¡Tienen una ametralladora! —exclamó Dewey asombrado.

El tableteo del arma llegaba desde un punto situado entre las alambradas y las chozas de la aldea, y antes de que se hubiera extinguido el eco de la primera andanada, la *Maxim* de Turner entró en acción horadando las tinieblas y enviando a los matorrales su letal mensaje de plomo y de fuego.

En la oscuridad Coombes guitaba como alocado:

—¡Mátalos..., mátalos!... ¡Dales a esos perros, Roddy!

La lluvia de balas lo destrozaba todo en el cuarto; agujereó la mesa, salpicó en el piso, acribilló las paredes de barro y comenzaba ya a alcanzar el rincón donde se hallaban acurrucados los cuatro, cuando, de pronto, enmudeció.

Pero la ametralladora de Turner continuó haciendo fuego. Cuidadosamente, centímetro a centímetro, barrió el lugar de donde partían los disparos de Hammud, entre los matorrales.

—¡Roddy lo ha matado! —exclamó Crawford poniéndose de pie.

Dewey y Zía se irguieron a su vez.

Crawford corrió hasta la puerta, apartó la mesa de un golpe y saltó la balaustrada de la galería, seguido por Zía. Turner dejó entonces, y sólo entonces, de hacer fuego. Y la voz de Roddy se oyó en el silencio.

—¿Estás herido, Bill?

—¡Estoy bien! ¡Ven aquí!

Pero, en ese instante, a la derecha de las chozas, Hammud apareció corriendo vertiginosamente. Atravesó el puente como una exhalación y, dirigiéndose sobre el grupo, apuntó a Zía con la ametralladora que llevaba en la mano. Pero la ráfaga de balas salió alta y fué a azotar el techo de la choza. Entonces Crawford se rehizo, y apuntándole con el revólver, hizo fuego sobre él por dos veces consecutivas. Hammud dió media vuelta y huyó a la carrera. Zía, que había caído en tierra, se levantó vacilante.

Crawford comenzó a correr, seguido por Dewey, mientras Coombes se erguía frente a las alambradas de púas.

—¡El cerdo tenía una ametralladora! - exclamó este último.

—¡Extiende tus hombres en abanico, Herbie! —exclamó Crawford sin dejar de correr—; ¡tenemos que cazarlos a todos!

Zía se detuvo en la galería. Dewey había vuelto atrás llevando una lámpara y, a su luz, pudo ver que el brazo derecho de la muchacha pendía inerte.

—¡Te ha herido!

—Sí —contestó ella.

Y miró su mano por entre cuyos dedos corría un hilo de sangre que bajaba desde el hombro.

—¡Ibrahim, trae agua! —gritó Dewey tocándole suavemente el hombro y preguntándole:

—¿Duele?

—No mucho —contestó ella. Y, luego, mirando hacia la oscuridad:

—Bill me ha olvidado.

Y se rió con una risa amarga y tensa, que dibujó una mueca de dolor en su boca.

* * *

Más allá de las alambradas, la oscuridad estaba perforada por los haces de luz de las lámparas, en el lugar donde Coombes y Crawford

buscaban entre los matorrales, y los áskaris formaban un ancho círculo alrededor. Turner avanzaba a grandes pasos, golpeando las zarzas con la culata de su fusil. A unas cien yardas de distancia el sargento Magabul profirió de pronto un grito.

Un nativo yacía en tierra, un hombre de piel oscura, de cabellos ensortijados, y que vestía un *shuka* de color pardo.

—¡Es uno de los hombres de Hammud! — exclamó Coombes.

—Debe ser el que manejaba la ametralladora — exclamó Crawford removiendo con el pie una serie de cápsulas vacías que había alrededor del cadáver.

—¿De dónde habrá sacado Hammud una ametralladora? — preguntó Turner.

—¡Eso es lo que deseo saber! — respondió Crawford—. ¡Magabul, busca su rastro!

—Habrá tratado de huir hacia el río —dijo Coombes.

—Tú ve hacia la izquierda con tres áskaris y después vuelve hacia el lado del río — dijo Crawford con voz autoritaria. Y luego a Turner:

—¡Ven, Roddy!

Pero al dar un paso, sus pies chocaron con algo que yacía oculto entre las matas. Alzó su lámpara y vió allí otro *shifta*.

Su cabeza estaba completamente destrozada.

—¡Y van dos! — exclamó Crawford.

En ese momento Magabul lo llamó, pues había descubierto pisadas en la arena.

—¡Abdi Hammud! — murmuró al acercarse Crawford.

—Se dirige hacia el río... ¡Y lleva la ametralladora!

Coombes se alejaba ya con sus tres áskaris, excitados por la caza del hombre, y sus lámparas describían caprichosos giros en la oscuridad, arrancando chispas de luz de las zarzas, cuyas espinas parecían de plata.

Magabul, Crawford y Turner apresuraban el paso siguiendo el rastro de Hammud.

Este torcía hacia la derecha, internándose en un bañado cerca del río.

—¡No podemos perderlo ahora! —exclamó Turner con voz tensa, en la que había un dejo de ira, pues el tableteo de la ametralladora resonaba aún en sus oídos.

—Si logra atravesar el río perderemos su rastro — dijo Crawford.

Del otro lado del río en efecto, la jungla se cerraba haciéndose impenetrable.

Entre su lujuriante verdor vivían sólo los monos y las fieras.

Una vez que Hammud se internara entre las rocas, sería imposible hallarlo.

Como si estuvieran de acuerdo, todos alzaron sus lámparas hacia el cielo, iluminando las copas de las palmeras cercanas. Una bandada de monos huyó dando alaridos que resonaron en la selva, mientras Crawford seguía adelante, y tras él marchaban Roddy y Magabul.

Al salir del bañado vieron, a lo lejos, las luces de Coombes y de sus hombres hacia el lado opuesto. Allí se iniciaba el sendero por donde transitaban los camellos y el ganado, cortado por los canales de agua que iban a dar al río. De pronto sintieron un ruido de ramas rotas y el chapotear de unos pies en el agua.

—¡Es él! —exclamó Turner.

Volvió el haz de luz de su lámpara hacia la derecha e iluminó a Hammud que, inclinado hacia adelante, huía llevando la ametralladora a sus espaldas.

—¡Alto, Hammud! — gritó Crawford.

El hombre dió vuelta la cabeza para mirar, y apresuró la carrera.

—¡Preparen..., listos! —exclamó Turner, haciendo un gesto hacia los áskaris.

Oyóse el ruido seco de los cerrojos, al abrirse y cerrarse en las recámaras de los fusiles.

Hammud chapoteaba en el agua, tratando de huir, pero el peso de la ametralladora lo detenía. Con un brazo sostenía el arma mientras que con el otro braceaba con fuerza para mantener el equilibrio.

—Le daré una última oportunidad —dijo Crawford, que se detuvo, irguiéndose cuan alto era.

—¡No lo dejen escapar! —gritó Coombes a lo lejos.

—¡Hammud! ¡Detente o hago fuego!

Pero el gigante somalí continuó huyendo desesperadamente.

—¡Está bien!... Es tuyo, Roddy.

—¡Listos!... ¡Fuego!

Los fusiles dejaron oír su voz metálica y, a lo lejos, en la linde del bosque, Hammud pareció tropezar con algo. Trastabilló, dió unos pasos vacilante, chapoteó en el agua y luego continuó la huída.

—¡Preparen... Listos... Fuego!

Hammud dió media vuelta sobre sí mismo. Cayó de rodillas, medio hundido en el agua, mientras la ametralladora escapaba de sus manos. Irguióse luego un instante haciendo frente a sus enemigos y después se desplomó de cara al suelo.

Crawford dió un paso adelante, y sus narices se dilataron aspirando el olor de la pólvora. Al avanzar los hombres, los haces de luz de las lámparas se cerraron hacia el punto donde cayera Hammud.

—Bueno... ¡Se acabó! — murmuró Crawford.

Y luego, dirigiéndose a Turner, dijo:

—Recoge la ametralladora, Roddy.

Dos áskaris llevaban el arma, mientras la patrulla regresaba al puesto. Allí todo era quietud y silencio cuando llegaron, pero los nativos los esperaban agrupados frente a las alambradas de púas y contemplaron asombrados la partida. Señalaban la ametralladora con la mano y murmuraban palabras en voz baja. Hiciéronse a un lado en respetuoso silencio cuando Herbie Coombes apareció con el resto de los hombres, llevando los cuerpos de Hammud y de los dos *shiftas* muertos. Los áskaris los conducían como llevan los cazadores las piezas de caza cobradas, con los cuatro miembros atados, y pendiendo de gruesas ramas. Magabul los dirigió hacia el centro de la aldea, pero esta vez no ordenó a los hombres que cavaran una fosa. Los nativos de la aldea lo harían con gusto.

Mientras las palas se hundían en la arena, el cielo comenzó a descargar sus cataratas de agua, y las noticias volaban por sobre los matorrales. El *habari*, ese extraño y misterioso mensaje de los nativos, llegaba una hora después al Lochitung, quinientas millas al oeste; atravesaba después los arenales del desierto y alcanzaba el lago Rodolfo.

Por el lado opuesto alcanzaba a Isiolo y seguía aún más lejos hasta Buna Wells. En todas las aldeas los nativos sabían que Abdi Hammud había tratado de matar a *Bwana Mkubwa*, y que luego hubo de huir como un chacal en la noche, y que *Bwana Mkubwa* había seguido su rastro hasta matarlo.

Cada hora, nuevos detalles eran agregados a las noticias, que llegaban más y más lejos: en los cuarteles de los soldados nativos, en Nairobi; en los sucios cafés de River Street, los concurrentes comentaban las nuevas diciendo que *Bwana Mkubwa*, en las tierras del norte, había matado a un gigante somalí y que el hombre había quedado muerto, tendido en el fango.

En la casa de Crawford, las balas no habían respetado nada. Las paredes estaban acribilladas y los muebles casi deshechos.

—No comprendo cómo pudo errarme —murmuró Crawford mirando la silla donde había estado sentado.

—Los primeros disparos de una ametralladora son siempre altos — dijo Turner—; y tú debes haberte agachado con mucha rapidez. Además, no olvides que esos salvajes apenas si sabrían manejarla.

—De todos modos me han destruído la casa —dijo Crawford echando una mirada en torno.

Todos comenzaron a moverse en el cuarto, buscando y señalando las marcas de las balas, y haciendo comentarios risueños. Sus voces tenían aún el temblor de los momentos vividos, porque sus nervios se hallaban sobreexcitados. Trataban de olvidar a las tres figuras que se balanceaban rítmicamente sobre las ramas, cuando los áscaris los conducían a la aldea. Y a veces les parecía ver aún la mirada de espanto de Hammud al verse atacado, a la luz de las lámparas,

Habían comprobado ya que la ametralladora llevaba la misma marca que el fusil tomado antes al *shifta:* Wallicher-Benn. Una cinta de balas con su tercera parte vacía y chorreando agua, colgaba de la máquina mortífera; no tenía marca ninguna y los hombres estaban examinándola una vez más, cuando apareció Dewey.

—¡Caramba! ; me había olvidado completamente de ti... ¿Dónde está Zía? — exclamó Crawford.

—Está bien... Pero creo que la ha rozado una bala —contestó Dewey.

—¿Está herida? — preguntó Crawford con asombro.

—No es nada grave —dijo Dewey. Y como Crawford se dispusiera a salir, lo tomó de un brazo, diciéndole:

—No vayas, Bill.

—¡Pero, hombre! Si está herida.

—Es sólo un rasguño en el hombro... Está durmiendo ahora.

—¿Cómo fué herida? —preguntó a su vez Turner.

—Llegó un momento antes que Hammud comenzara a disparar — contestó Crawford. Y luego volviéndose hacia Dewey:

—¿Estás seguro de que se encuentra bien?

—¡Sí, hombre!... No es nada... Nada más que un corte de un par de pulgadas.

—Bueno, si no es más que eso, no hay por qué preocuparse — dijo Turner mirando a Bill y sonriendo.

Crawford dióse cuenta de que los tres estaban contemplándolo y sonreían. No deseaba demostrarles que sentía algo por la muchacha, y decidió ir a verla más tarde.

Y mientras los demás volvieron a examinar el fusil, Dewey alcanzó una botella de *scotch* y vasos. Turner comprobó que las municiones del puesto eran de diferente calibre que las de la ametralladora.

—Mañana dispararemos las balas que quedan, y luego habrá que desarmar este juguete. Los *shiftas* pueden volver a apoderarse de él — dijo.

—¿Crees que tendrán más? —preguntó Dewey.

—¡Pronto lo sabremos! —exclamó Coombes con acento significativo.

—Lo dudo. Pero de todos modos deberíamos averiguar cómo han

podido conseguir una ametralladora esos salvajes —dijo Turner.

—Bueno... Se nos viene encima una verdadera guerra —dijo Crawford con voz pausada—; esto puede no haber sido más que un experimento.

Y tratando de hacer más claras sus palabras, continuó:

—Sabemos ahora que los árabes de Palestina han suministrado los fusiles Wallicher-Benn con el sólo propósito de crear dificultades por aquí.

—Tienes razón, y por el mismo conducto les habrá llegado la ametralladora —dijo Coombes.

—Los árabes habrán adquirido varias ametralladoras, e inmediatamente los *shiftas* también quisieron alguna —dijo Turner.

—Los *shiftas* no son tan inteligentes como los árabes. Y deben ser muy pocos los que saben manejar un arma de esta clase —comentó Crawford.

—De cualquier modo, debemos estar alerta —dijo Coombes.

Aun cuando el puesto de Manieka estaba muy apartado, y la guerra apenas lo afectaba, era un hecho seguro que si los *shiftas* lo tomaban por asalto y vencían a su guarnición, el suceso podría tener muy amplia repercusión. Un par de batallones del K. A. R. estaría ocupado luego durante muchas semanas en tranquilizar el distrito y necesariamente deberían ser enviados desde Nairobi. Otros dos batallones serían necesarios entonces para ser enviados a la guarnición de Nairobi en substitución de las tropas retiradas de allí, y así sucesivamente de fuerte en fuerte.

—Esta desorganización momentánea llamará la atención en el Cuartel General —dijo Crawford.

—¿Quieres decir que no hay contrabando de armas? —preguntó Coombes.

—¡Oh, sí, hay contrabando!; pero el único punto que nos interesa a nosotros es detenerlo en el momento en que las armas son vendidas a los *shiftas*. Lo demás corre por cuenta del Cuartel General.

Y como si recordara algo, exclamó acto seguido:

—¡Debo enviar un informe ahora mismo!

La lluvia seguía cayendo como una espesa cortina. Los hombres y las cosas parecían agobiarse bajo el monótono ruido del agua, mil veces repetido contra la arena, contra los techos y contra todo.

—Déjalo para mañana; está lloviendo y en el Cuartel General no esperarán seguramente tu llamado —dijo Turner.

—Si se están comunicando con algún otro fuerte, posiblemente escuchen nuestra señal —dijo Crawford empujando la silla en la que había estado sentado, y levantándose.

Dirigióse luego a un rincón y tomando un impermeable del suelo, continuó:

—Voy a tratar de comunicarme con ellos ahora mismo.

Su mirada tropezó de pronto con la de Turner, que lo observaba intrigado, lo mismo que Dewey. Comprendió que ambos pensaban que no era precisamente el mensaje lo que le hacía salir de la choza con esa lluvia. Echóse el impermeable sobre la cabeza y salió a la galería.

—Volveré dentro de un momento —dijo.

La lluvia lo tomó de costado, cayendo sobre él, empapándole el rostro y las manos, y deslizándose por las aberturas del impermeable. Crawford cruzó frente a las chozas de los áskaris, en cuyas puertas colgaban, balanceándose, las lámparas de seguridad, mientras los nativos comentaban una y otra vez la muerte de Hammud.

Todos quedaron en silencio cuando él se detuvo a la puerta de una choza y pidió un telegrafista. Un hombre se levantó de un salto, descalzo y vistiendo un *kekoy* de vistosos colores, enrollado alrededor de su pecho. Siguió a Crawford hasta la choza del telégrafo y una vez dentro encendió la lámpara que pendía del techo. Luego estableció el contacto y se inclinó atento sobre el transmisor. El agua corría por su reluciente piel mientras comenzó a enviar señales hacia Meru. Todos los mensajes debían ser retransmitidos desde allí, en vista de que el transmisor de Manieka era de poco poder.

Crawford sentóse sobre un cajón y comenzó a dictar su informe. "Fuerte Meru...; envíese al Cuartel General..."

Escribía en tanto que el áskari llamaba, escuchaba y llamaba otra vez, a intervalos regulares. En el silencio que se hacía mientras el áskari trataba de captar las señales de Meru, un reloj que colgada de la pared dejaba oír su rítmico tic-tac, que se confundía a veces con el monótono golpear de la lluvia contra el postigo de una ventana.

—Continúe llamando durante media hora —ordenó Crawford, dejando el informe, ya redactado, sobre un cajón—; si no contestan, transmita esto por la mañana.

—*Ndio, bwana mkubwa* —respondió el hombre.

El transmisor continuó enviando chispazos al aire mientras Crawford, echándose nuevamente el impermeable sobre la cabeza, caminaba otra vez bajo la lluvia dirigiéndose hacia la casa de Zía.

Ninguna luz brillaba allí. El vaciló un instante al llegar junto a la puerta, y luego contorneó la casa para acercarse a una ventana. Al llegar a ella apoyó ambas manos en el alféizar y llamó a la muchacha.

—¡Zía!...

No obtuvo respuesta, y entonces llamó otra vez.

—¡Zía!... ¿Estás bien?

—¿Eres tú, Bill? —contestó ella apareciendo de pronto junto a la ventana.

Echóse algo sobre los hombros, mientras él, con una mirada, descubría el blanco vendaje puesto sobre la herida.

—Dewey me dijo que te habían herido — murmuró.
—No es nada, Bill.
—¿Estás segura de que no es nada?
—¡Oh, sí, Bill! — contestó ella con una sonrisa, y luego agregó:
—Me había quedado dormida.
—Siento haberte despertado — murmuró él, un tanto confuso.
—Te agradezco mucho que hayas venido a verme, Bill. — Y luego de un instante agregó —: Buenas noches, Bill.
—Buenas noches — dijo él sacando sus manos del alféizar.
La lluvia corría por sus manos y por sus brazos.
El rostro de la muchacha se desvaneció en la oscuridad de la habitación. El dióse vuelta y se alejó, a pasos lentos bajo la lluvia, vagamente inquieto y descontento consigo mismo. Cuando volvió la cabeza para mirar hacia la casa blanca, vió que Zía había encendido la lámpara. La puerta y las ventanas recortaban nítidamente sus cuadrados de luz en la oscuridad de la noche sin estrellas.
En la habitación, Zía estaba recostada sobre el diván, con las manos tras de la nuca y mirando distraídamente la lámpara que pendía del techo. Pensaba...
Cuando todas las otras luces del puesto se hubieron extinguido, y en la casa de Crawford se hizo la oscuridad, la muchacha permanecía aún mirando fijamente la lámpara y sus reflejos en el techo del cuarto.

CAPITULO VI

A la mañana siguiente, cuando la lluvia hubo cesado, Coombes se dirigió hacia los matorrales donde se habían desarrollado los violentos y dramáticos acontecimientos de la noche anterior, para buscar alguna posible cinta de balas de la ametralladora del *shifta*, que éste hubiera perdido en su huída. Pero parecía que Hammud había creído que una sola cinta en el arma bastaría para sus propósitos. Más tarde descargaron las balas sobrantes contra una lata de kerosene, comprobando así que la ametralladora era de una precisión asombrosa, y luego Coombes volvió a su tarea en la construcción de los reductos.

Estaban escalonados de tal manera, que cada uno de ellos podía defender los que lo flanqueaban, y además, el fuego de todos ellos se concentraba admirablemente sobre las alambradas de púa. Si los *shiftas* efectuaban un asalto nocturno, como era casi seguro que sucedería, Crawford tenía la intención de prender fuego a las chozas de los áskaris, con el objeto de iluminar la escena y poder utilizar con éxito la única ametralladora de que disponían. El fuego no duraría más de media hora, pero en ese lapso la lucha habría terminado, ya que él sabía perfectamente que cualquiera que fuese el resultado, no se prolongaría mucho. Los *shiftas* atacarían a la manera de los nativos, poniendo todo su empuje y su furor en el primer ataque.

Crawford estuvo discutiendo ese punto de la defensa con Turner, durante la tarde, mientras se hallaban descansando, sentados en la galería, desarmando la ametralladora Wallicher-Benn.

El ambiente estaba todavía húmedo por las lluvias caídas, y ambos traspiraban copiosamente aun cuando no vestían más que pantalones cortos y zapatos. Del otro lado de las alambradas, los zarzales revivían, tornándose verdes, y por doquier surgían las matas de pasto nuevo, poniendo parches de verdor en las arenas antes resecas y áridas, como si la naturaleza hubiera conjurado en ellas un hálito de vida.

—Podríamos encargar a Dewey de prender fuego a las chozas. Es una tarea a propósito para él, que no es militar y que, sin embargo, ya sabemos que está ansioso por ayudarnos.

Desde el lugar donde se hallaban sentados podían ver a Dewey, en el interior de su choza, destilando las hojas frescas de algunas hierbas que Ibrahim recogiera para él esa mañana.

—No parece que adelante mucho con su veneno para las ratas — comentó Crawford.

—Tampoco tiene mucho interés... ¡Es un individuo curioso! Creo que está enamorado de Zía o, por lo menos, que gusta mucho de ella.
Crawford no contestó, y entonces Turner preguntóle:
—¿Cómo estaba Zía anoche?
—Estaba bien, ya — dijo Crawford.
Y luego, mirando de frente a su compañero, agregó:
—Tenía que ir a verla, Roddy. No podía ser descortés con ella.
—Supongo que sí... Pero es una mujer tan sutil...
—No, no creo que lo sea...
—¿No? Entonces, si piensas así ya estás perdido, Bill... Ten cuidado con ella...
Y Turner esbozó una sonrisa indefinida.
Ninguno de los dos volvió ya a hablar. Ambos trabajaron pacientemente para desarmar la ametralladora, mientras las oleadas de calor que llegaban desde el patio del puesto los envolvían en un sudario húmedo y ardiente. Hallábase Crawford envolviendo las piezas del arma en un trapo blanco, manchado de grasa, cuando oyeron la voz de Coombes. Era una voz ronca y pesada, que rompió la tranquilidad del instante.
—¡Bill!... Ahí viene un corredor de los que enviamos con los po-


Zía no opuso resistencia, y poco después se colocó al frente de la minúscula caravana. Pero estaba destinada a no partir.

licías... Dice que han descubierto una caravana de camellos en la vieja ruta de Kassaba —gritó.

El nativo apareció tras él, al trote, con la camisa de algodón pegada al pecho y chorreando sudor de pies a cabeza.

—¿En la vieja ruta de Kassaba? —preguntó Bill con asombro.

Coombes entró en la choza y, yendo hacia un rincón, tomó un mapa del distrito, que se hallaba allí. Crawford y Turner entraron, a su vez, cuando el primero desenrollaba el mapa sobre la mesa.

—Aquí tienes —dijo señalando con el índice el pequeño hilo negro que marcaba el camino que llegaba desde Kassaba, en la costa.

La ruta serpenteaba a través de la Somalia, hacia el interior, pasando un poco más abajo de Manieka. Luego se internaba en el territorio de los *shiftas*, para ir a perderse en las colinas de Habash.

Esa ruta de las caravanas de camellos de Kassaba tenía una antigüedad de cientos de años. Los cazadores árabes de esclavos la habían utilizado antes de que comenzaran a embarcar su mercadería humana en las afueras de Suakin, más allá de Puerto Sudán. Graham Fletcher la había recorrido en otros tiempos, pero por pura curiosidad, porque mucho antes de que él hubiera nacido, esa ruta había dejado de ser utilizada y estaba a la sazón casi olvidada. Ningún mercader la recorría ya, y los nativos no transitaban por ella porque estaban en la creencia de que se hallaba maldita a causa del antiguo tráfico de esclavos.

Pero alguien viajaba ahora por esa ruta olvidada.

—¡Apuesto a que se trata del contrabando de armas! —exclamó Coombes.

—Las han estado pasando por esa antigua ruta —dijo a su vez Crawford.

—Tal como habíamos imaginado. Los árabes desembarcan las armas en Kassaba, y luego las pasan de contrabando hasta el territorio de los *shiftas* por ese camino —dijo Turner, mientras recorría la ruta con su índice.

—Bueno, los policías han tenido éxito, y nosotros sabemos ya a qué atenernos —dijo Crawford; y luego de un instante preguntó:

—¿Qué clase de camellos son, Herbie?

El aludido miró al mensajero que, de pie y apoyado con una mano en la balaustrada de la galería, se balanceaba suavemente hacia atrás y hacia adelante, para conservar el equilibrio. Había corrido cerca de cincuenta millas y sabía por experiencia que si se sentaba o si se acostaba en el suelo, ya no se movería más por muchas horas, y, por lo tanto, hacía esfuerzos por mantenerse erguido.




Crawford dió una vuelta por el puesto, recorriendo las grutas para asegurarse de que todo estaba en orden. Cinco minutos después...

—Descubrieron un rastro del día anterior, y todo lo que pudieron averiguar por él es que la caravana se componía solamente de diez camellos — dijo Coombes.

—Creo que deberíamos cerciorarnos de la carga que lleva esa caravana. ¿No les parece a ustedes?

—¿Quieres que salga en su seguimiento y los traiga aquí? — preguntó Coombes.

—Llévate a Magabul y a tres hombres más... ¡Parte ahora mismo! — exclamó de pronto Crawford —, no pueden ir muy ligero, y si apuras la marcha, podrás cortarles el paso al sur de Ramu.

—Si continúan por la ruta les daré alcance — dijo Coombes saliendo del cuarto a la carrera.

Turner fué tras él, pisándole los talones, mientras Crawford daba al corredor un trago de agua fresca del cuero que colgaba en un rincón. El hombre se humedeció el rostro y las manos antes de beber, y luego murmuró palabras de agradecimiento cuando Crawford puso algunas monedas en su mano. El soldado no estaba de acuerdo con la costumbre de que no hay que mostrar bondad con los nativos. Esa era una de las razones por la cual le llamaban *bwana mkubwa*.

El mensajero se alejó lentamente, y balanceando su cuerpo, hacia la aldea de los nativos, y treinta minutos más tarde el sargento Magabul se presentaba ante Crawford, al frente de tres nativos, listo para emprender *safari*. Todos tenían su equipo completo de campaña, con pesados sacos a sus espaldas y sendas cantimploras de agua.

Coombes había vestido su uniforme, proveyéndose de cantimplora, compás, binóculos y revólver, además de las raciones reglamentarias para salir a campaña. Turner lo inspeccionó cuidadosamente para cerciorarse de que no olvidaba nada, en tanto que, afuera, Crawford daba órdenes al sargento y a sus hombres. Había elegido a Magabul para acompañar a Coombes, porque el áskari conocía la comarca palmo a palmo, además de ser un gran rastreador.

—¡Listos, Bill! — dijo Coombes apareciendo en la puerta de la choza.

Sonreía contento y satisfecho, porque le gustaban aquellas aventuras y hacía ya tiempo que no tenían ninguna distracción, aparte de la refriega con Hammud la noche anterior.

—No te internes en el territorio de los *shiftas* — le previno Crawford —. Esperamos verte de vuelta dentro de cuatro días.

—Estaré de vuelta para entonces.

Se puso al frente de sus hombres e inició la marcha dirigiéndose al puente tendido a la entrada de las alambradas de púa. Al internarse en la ruta que lo llevaría directamente hacia el sur de Ramu, al cabo de un día de marcha, Coombes dióse vuelta y saludando con la mano a sus camaradas, gritó:

—¡Bill!, aun queda un poco de Chianti... ¡Bébanlo a mi salud!

—¿Y las latas de conservas? — preguntóle, riendo, Turner.

—¡Las llevo aquí en la mochila! ¡Díganle a Pallini que me han sido muy útiles!

Luego giró sobre sus talones, alcanzó a sus hombres y todos se perdieron a la distancia, confundiéndose con el verdor que salpicaba el campo, caminando lentamente bajo el bochornoso calor de la tarde.

—No hemos sabido nada de Pallini desde que vino a quejarse el otro día — dijo Crawford, pensativo, mientras miraba alejarse a la pequeña compañía.

—Probablemente tendrá una buena razón para no dejarse ver — contestó Turner.

Y en esto tenía razón.

Esa tarde, Crawford telegrafió pidiendo un aeroplano. Deseaba trasladarse personalmente al Cuartel General para conversar sobre la situación reinante. A la mañana siguiente, muy temprano, oyóse sobre las chozas el ruido característico del motor de un avión y, a poco, éste planeó sobre el campo. Los blancos siguieron tras él, seguidos por un áskari que llevaba un corto equipaje.

Ese mismo día, en las últimas horas de la tarde, Crawford estaba de vuelta en el puesto avanzado.

* * *

El fuerte de Pallini estaba situado a una milla, más o menos, del otro lado del río. No había ninguna aldea nativa en las proximidades, y el lugar estaba construído como una verdadera fortaleza, rodeado de una maciza barricada de piedras y bolsas de arena.

La casa de Pallini alzábase un tanto apartada de las otras construcciones. Las paredes de barro eran gruesas y muy resistentes, y el techo estaba construído de tal manera que podía servir para colocar en él una ametralladora, perfectamente protegida; y esa disposición daba a las habitaciones de abajo una frescura muy necesaria en aquel ambiente tórrido.

Como muchas otras personas que han vivido algún tiempo en el trópico, Pallini entendía que la comodidad era indispensable para poder soportar todas las penurias derivadas de aquellas soledades. Habíase tomado muchas molestias a fin de hacer transportar hasta allí una cama muy confortable y algunas sillas de cuero, así como también un par de mesas, varios otros muebles y una pequeña heladera que funcionaba a gas-oil. Tenía, además, muchos libros y una respetable provisión de buen tabaco. Sus vinos, no muchos en cantidad, pero selectos en calidad, se hallaban dispuestos en una ingeniosa construcción que se hundía profundamente en tierra en un ángulo de la

DECIDASE HOY MISMO POR LA ENCICLOPEDIA SOPENA

(EN DOS TOMOS)

La ENCICLOPEDIA SOPENA es el consultor perfecto. No hay otro Diccionario manual que pueda aventajarle en riqueza, autoridad y comodidad para su manejo.

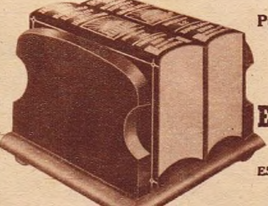
No hay obra más completa ni más práctica para aclarar una duda, contestar una consulta o satisfacer una curiosidad.

Sus 8.000.000 de palabras permiten afirmar que es la mayor suma de datos contenida en el menor volumen.

CONTIENE:

206.000 artículos con todas las voces del idioma, numerosos americanismos, tecnicismos y neologismos.

50.000 biografías.
100.000 nombres geográficos e históricos.
20.500 grabados, 94 mapas y 39 láminas en colores.



Puede adquirirse en cómodas mensualidades a sola firma.

Solicite detalles y condiciones, remitiendo este cupón a la

Editorial Sopena Argentina

Sociedad de Resp. Limitada

ESMERALDA 116 **U. T. 33-0063**

Buenos Aires

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
Esmeralda 116 - Buenos Aires

Sírvanse enviarme, sin compromiso, prospecto y condiciones de adquisición de la ENCICLOPEDIA SOPENA (2 tomos).

Nombre..

Calle..

Población........................ L. 188

habitación, de modo tal que siempre estaban frescos. La provisión del día se enfriaba, luego, convenientemente en la heladera. Sobre la cama, y entre las dos ventanas, había un nicho excavado en la pared. Allí se veía una imagen de la Virgen, con dos velas constantemente encendidas a los costados.

La tarde que Coombes inició el *safari*, Pallini estaba echado sobre la cama, traspirando copiosamente porque se hallaba enfundado en su uniforme. Llevaba altas y brillantes botas, con espuelas de plata, y su cinturón estaba sobre el respaldo de una silla próxima. Con las manos enclavijadas por detrás de la cabeza, miraba hacia el techo con expresión indecisa. Veíase que se hallaba preocupado.

—Son esos malditos telegrafistas nativos... ¡Siempre comentan entre ellos cada mensaje que me envían desde el Cuartel General! —



Salió afuera, permaneciendo allí, a plena luz del sol, mirando en dirección hacia donde Dewey y Turner se habían alejado corriendo.

exclamó dirigiéndose a Kuypen que se hallaba a su lado.
Kuypen no contestó. Llevaba la camisa fuera de los pantalones cortos, porque sentíase así más fresco, y mientras se enjugaba el sudor del cuello con un gran pañuelo de colores, miraba a través de la ventana, hacia el patio del fuerte, donde un grupo de áskaris se movía a las órdenes de un gigantesco *sergente*.

La indumentaria de los hombres era impecable, y el sargento estaba inspeccionándolos para convencerse de que cada detalle de las armas y de los hombres estaba en perfecto orden.

—¡Hablan demasiado esos telegrafistas! —exclamó Pallini. Y luego agregó—: ¡Y ese sargento es peor que todos ellos!

—Ya lo creo —dijo Kuypen.

Cada soldado del fuerte sabía que Pallini había recibido órdenes de iniciar una incursión por el territorio de los *shiftas*, y para esos hombres, lo mismo que para los áskaris del puesto de Crawford, los *shiftas* eran los enemigos naturales contra quienes estaban siempre ansiosos por entrar en acción.

Pallini había comunicado al Comisario que sus hombres no estaban equipados para una acción de tal naturaleza, y que el desastre sería inevitable a menos que estuvieran apoyados por dos baterías de artillería ligera. Sabiendo todo esto, por conducto de los telegrafistas que habían enviado el mensaje, el sargento había hecho formar a sus hombres como para probarle que el equipo de los áskaris estaba en perfectas condiciones, y que podrían iniciar en cualquier momento una acción ofensiva contra los *shiftas*, sin la ayuda de la artillería. Para Era un hombre formidable, transferido al fuerte de Pallini de la parada mensual de rutina para la inspección de las fuerzas del fuerte.

—¡Ahí viene! —dijo de pronto Kuypen.

Llegóse hasta la mesa, echó ginebra en un vaso, y comenzaba a llenarlo de agua cuando el sargento apareció en la puerta.

Era un hombre formidable, transferido al fuerte de Pallini, de la banda de irregulares que se utilizaba para dar batidas por todo el territorio enemigo. Se trataba de un excelente soldado, hecho a la vida activa, y que odiaba la ociosidad a que se veía forzado desde su incorporación al fuerte. Cuadróse e hizo el saludo militar.

—*Bwana capitano*, estamos listos —dijo.

Pallini apoyó perezosamente los pies en el suelo y estiró el brazo para tomar su vaso de ginebra. Lo bebió lentamente, colocóse el cinturón y se estiró el uniforme. Hizo una seña a Kuypen, mientras se dirigía a la puerta, y, una vez allí, irguióse de hombres y se su-



Se preparó una pequeña caravana con provisiones para el caso de una retirada. Dewey y Zia la ocultaron entre las grutas.


Comenzaron a contornear la roca para llegar a la puerta de la choza. Temían una emboscada de los *shiftas*, pero...

mergió en la luz plena del sol. Kuypen lo siguió, mirándolo con un dejo de ansiedad.

El sargento dió la voz de atención a sus hombres, quienes adoptaron la posición de "firmes" mientras Pallini pasaba ante ellos, asombrándose interiormente del aspecto marcial que presentaban. Pensó que con seguridad el sargento habría hecho una visita al puesto de Crawford y copiado el aire militar de sus soldados.

El equipo era perfecto en cada detalle, desde las raciones hasta las armas. Una fila más atrás de los soldados se hallaban las cuatro ametralladoras, montadas sobre camellos en monturas especiales para su transporte. Pallini lo inspeccionó todo y cuando volvió sobre sus pasos, el sargento se le aproximó y dijo:

—*Bwana capitano*, esperamos sus órdenes para iniciar el *safari*.

—Y yo espero que me envíen los cañones.

—*Bwana capitano*, los cañones no podrán llegar hasta después de las lluvias.

—Ya lo sé.

—*Bwana capitano*, todos los hombres estamos listos para ir contra los *shiftas* — dijo una vez más el sargento.

Y en esta ocasión su tono tenía una nota de ansiedad.

—Pero yo no estoy preparado. ¡Rompan filas!

Dirigióse luego hacia la casa, seguido siempre por Kuypen, y ya en su interior, espió por la ventana, sintiéndose algo culpable, para ver cómo el sargento hacía romper filas a sus disciplinados áskaris.

—Lo siento...; sé que ha trabajado mucho para poner a los hombres en condiciones, pero es demasiado impulsivo. No estaríamos seguros sin un par de cañones.

—No estaríamos seguros de ninguna manera. Me alegro que no se haya dejado usted convencer.

—Estuve firme con él — aseguró Pallini.

Ambos levantaron sus vasos y bebieron, y en ese mismo instante, lejos de allí, bajo un sol de fuego, Coombes y sus hombres se movían penosamente en busca de la antigua ruta de los esclavos, que se internaba en territorio de los *shiftas*.

A veces, la huella de la ruta de Kassaba era visible desde larga distancia; pero cuando soplaba el terrible viento del desierto, o después de la época de las lluvias, su rastro era apenas perceptible. Cuando Coombes y sus áskaris llegaron hasta ella, mucho más al sur de Ramu, la caravana de camellos que era su objetivo había pasado ya, pero dejando una huella claramente perceptible.

Los hombres fueron tras ella.

La ruta de Kassaba atravesaba una comarca completamente desierta y desolada.

En muchas millas a la redonda no había el menor signo de vida; ninguna aldea se levantaba en su camino, y para llegar hasta ella Coombes había tenido que atravesar tierras vírgenes, cortando camino por entre los matorrales, al sur de Ramu.

Parecíale sentir la presencia de algo extraño en aquella desolada comarca, y decíase a sí mismo que las historias de las antiguas caravanas de esclavos estaban trabajando en su imaginación. En verdad, el paisaje era tétrico y deprimía el ánimo. Sin embargo, había algo de cierto en todo aquello. Algo que parecía decir que ni los ardientes rayos del sol africano, ni las torrentosas lluvias, ni aun el tiempo, podrían borrar jamás de aquellas tierras de maldición el sello de soledad, de tristeza y de desesperación que las huellas de miles de esclavos negros, que arrastraron otrora por esa ruta su baldón y su miseria cargados de cadenas, habían impreso durante años, desde los mercados negreros hasta el puerto de embarque, en Kassaba.

Más tarde nublóse el cielo y la lluvia comenzó a caer una vez más, empapando a los hombres que recibían con deleite la fresca y húmeda caricia. Varias veces ya, en el transcurso de los tres días que llevaban de marcha, habíanse mojado y secado. Era la última hora de la tarde, cuando muere el día, y una vez más, el rastro los llevó hacia un lugar despejado, en cuya superficie se extendía una capa de arena fina. Allí se veían claramente las huellas dejadas por los camellos, y Coombes examinó cuidadosamente el rastro junto con Magabul. El barro que bordeaba algunas impresiones estaba aún húmedo, porque el sol no había alcanzado a secarlo.

—Eso significa que no han de estar lejos —dijo Coombes.

Tomó la cantimplora y echó un largo trago mientras Magabul se movía al lado de las huellas, tratando de descifrarlas. Detrás de Coombes los tres áskaris permanecían inmóviles apoyados en sus fusiles, sin decir una palabra. Parecían ser simples espectadores.

—Los camellos están cansados, *bwana* —dijo, finalmente, Magabul.

—Entonces se detendrán al caer la tarde... ¿A qué distancia estamos del territorio de los *shiftas?*

—A medio día de marcha, *bwana.*

—Bueno... Vamos tras ellos.

Y Coombes se disponía a continuar la marcha mientras atornillaba cuidadosamente la boca de su cantimplora, cuando, en ese instante, un áskari dió un grito de alerta señalando hacia adelante con un brazo rígidamente extendido.

Coombes se irguió permaneciendo en tensa expectativa y Magabul lo imitó.

El rastro de los camellos se perdía entre los matorrales verdes, y una milla más lejos veíase el borde oscuro de las copas de dos árboles. Marcaban el lugar donde se recogían las aguas de la lluvia, en pozos suficientemente profundos como para contenerlas durante la estación seca. Entre esos árboles alzábase una débil columna de humo azul, recta, hacia el cielo, a causa de que no corría el menor soplo de aire.

—¡Son ellos! —exclamó Coombes.

—Se han detenido para abastecerse de agua — dijo Magabul—; los *shiftas* comen cuando muere el día.

—Es una coincidencia que nos favorece —dijo Coombes.

Sacó el revólver de la cartuchera, examinó la carga y lo volvió a guardar; mientras, Magabul inspeccionaba los fusiles de sus áskaris. Y luego todos echaron a andar por las húmedas arenas.

Coombes iba a la cabeza y Magabul lo seguía, dirigiéndose hacia el punto donde se elevaba la columna de humo.

Hicieron alto cuando Coombes pudo distinguir los dos árboles, con el gran pozo de agua cerca de ellos. Contó diez camellos, que en ese momento tomaban agua ávidamente. Sus cargas habían sido echadas a tierra y las sillas también. Una docena de nativos estaban en cuclillas, cerca del fuego, con sus lanzas clavadas en la arena, a su frente. Los hombres comían arroz y masticaban carne de cabra, tomándola directamente de la gran olla en que se cocinaba.

La mayoría de ellos eran nativos de la costa. Vestían viejos pantalones y camisas sucias, y algunos tenían sombreros de grandes alas. Parecían estar cansados por el viaje y tanto sus cuerpos como sus ropas estaban envueltos en una capa de arena roja. El que parecía ser el jefe llevaba un turbante, camisa de vivos colores y pantalón corto; su rostro resultóle vagamente conocido a Coombes, quien se había ocultado tras de un matorral para observar a los hombres con tranquilidad.

Al cabo de unos minutos hizo una seña a Magabul. Este envió dos de sus áskaris, uno a cada flanco, y luego los cinco comenzaron a deslizarse tratando de no hacer ruido. Sin embargo, algunas ramas rotas pusieron sobre aviso a los camelleros que inmediatamente saltaron sobre sus pies tratando de alcanzar las lanzas. Coombes y sus hombres corrieron entonces hacia ellos.

—¡Quietos! —exclamó Coombes.

Y los hombres se quedaron inmóviles, pues la orden estaba apoyada por las bocas negras de los fusiles de sus áskaris.

Alerta, con la mano diestra sobre la culata del revólver, avanzó hacia el jefe de los camelleros. El hombre era un poco bajo para ser de raza somalí; tenía labios gruesos y ojos oscuros, que en ese momento miraban con temor. Pasóse la lengua por los labios resecos y trató de observar los alrededores, mirando de reojo.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó Coombes, dirigiéndose a Magabul.

—Es Barissa..., en un tiempo trabajó para Chorny —contestó fríamente el sargento.

—¡Ah!...; ahora lo recuerdo. ¿Trabajas todavía para Chorny, Barissa?

El nativo no contestó, y Coombes dijo entonces con impaciencia:

—Háblale tú, Magabul. Deseo saber qué carga llevan en los camellos.

Magabul tomó rudamente al hombre por la camisa y comenzó a hacerle preguntas en un dialecto que era una mezcla de *swahili* y somalí. Coombes se apartó para examinar la carga de los camellos. Consistía principalmente en pieles de cabra, que estaban fuertemente atadas con numerosas cuerdas a las monturas de los animales. Trató de desatar los nudos de una de las cargas, cuando vió que Magabul ordenaba a uno de los áskaris que subiera a un árbol.

Coombes aprobó la medida.

Una vez desatadas las cuerdas, Coombes arrojó la carga al suelo y cortó la piel de cabra con su cuchillo. En el interior había una serie de paquetes envueltos en telas sucias. Comprendió en seguida, por su forma, lo que iba a descubrir en esos paquetes, y cuando rasgó la tela apareció el caño pulido y brillante de un fusil Vallicher-Benn.

Había seis fusiles en el paquete, y en cada carga se veían tres paquetes, con algunos más, de menor tamaño, que contenían cajas de balas. Echando un vistazo a las cargas, vió que todas presentaban la misma apariencia, excepto una. Dirigióse hacia ella y vió que contenía una serie de recipientes con alcohol de patata, cuya bebida pro-

ducía unos efectos aun más terribles que el vodka. Había también allí algunos cinturones cartucheras. Echóse el salacot hacia la nuca, y se quedó pensando.

—Mira esto, Magabul — dijo.

—¿Para los *shiftas?* — preguntó intrigado el sargento, abriendo mucho los ojos.

—Sí, pero los *shiftas* no lo recibirán nunca.

—*Bwana*, están aguardando aquí para encontrarse con los *shiftas* — dijo Magabul.

Pero Coombes no lo escuchaba. De pronto, había caído como un rayo sobre la verdad.

—Fusiles, balas y alcohol, ¿eh? — murmuró.

Y al mismo tiempo calculaba que quizá habría en toda la carga unas veinte cajas de municiones y alrededor de cien fusiles. Pensó luego que los recipientes con alcohol bastarían para dar a los *shiftas* una vanguardia que atropellara aullando y saltando contra las alambradas de púa, sin intimidarse al sentir sus cuerpos lacerados.

—Vamos a poner todo esto en los camellos y volveremos hacia Manieka, Magabul.

El sargento saludó y disponíase a cumplir la orden cuando el áskari situado sobre el árbol gritó, mientras se deslizaba a tierra:

—*Bwana! Bwana!*; ¡muchos *shiftas!*

Coombes sintió que el corazón le daba un vuelco, y se dió vuelta asombrado. El áskari corría ya hacia él e instantáneamente Barissa y sus hombres levantáronse de un salto echando a correr. Tras ellos corrieron los áskaris que cargaban apresuradamente sus fusiles.

—¡Alto! — exclamó Coombes. Y luego dijo, dirigiéndose a Magabul —: Es mejor dejarlos ir. Si hacemos fuego, los *shiftas* descubrirán nuestra posición.

Los camelleros desaparecieron entre los matorrales, y en seguida comenzaron a proferir grandes voces para llamar la atención de los *shiftas*. Coombes comprendió entonces que éstos deberían hallarse muy cerca; pero durante unos segundos permaneció irresoluto, sin saber qué actitud adoptar. No había tiempo para cargar los camellos. Quedarse allí y luchar, significaba correr el peligro de ser rodeados. En media hora más la oscuridad sería completa, y entonces una carga de los *shiftas* acabaría con ellos. Por otra parte, le parecía a Coombes una traición dejar los fusiles y el alcohol en manos de los *shiftas*. Sabía que era necesario adoptar rápidamente una decisión.

Su respiración se hizo entrecortada y su boca comenzó a secarse al comprender el aprieto en que se hallaba. Pero pronto recobró el dominio de sí mismo, y entró en acción.

—¡Rápido, apilen todas las cargas junto a la hoguera! — gritó —; ¡les daremos fuego! Ayudado por Magabul y por los áskaris, comenzó a separar las cargas de las sillas de montar, con rápidos golpes de su cuchillo. Los áskaris las transportaban arrojándolas al fuego. Las llamas hicieron pronto presa en las pieles de cabra, y poco después Coombes arrojaba los recipientes con alcohol, y el fuego tomó un incremento terrible.

—¡Magnífico! — exclamó Coombes. Y luego dirigiéndose a Magabul —: ¡Ahora, prepárense!; ¡rápido!, ¡rápido!

Con el apresuramiento que les daba la certeza de que los *shiftas* corrían ya hacia ellos, los áskaris se apresuraron a llenar las cantimploras de agua, aguardando luego la orden del jefe para partir. Este acercóse al fuego y arrojó un último paquete. Eran las balas.

Luego corrió hacia sus hombres.

—¡Adelante! — exclamó.

Y todos echaron a correr.

—¡Adelante, no se detengan! ¡Si nos alcanzan estamos perdidos! — gritó Coombes, mientras miraba hacia atrás.

Magabul se colocó a la cabeza de los fugitivos, tomando por la antigua senda de Kassaba. Y todos se concentraron enteramente en la carrera, cuyo premio era la vida. Coombes miraba continuamente por sobre su hombro, hacia donde el humo se elevaba en el aire entre los árboles. Sabía que los *shiftas* no tardarían en perseguirlos, ávidos de sangre como eran, pero probablemente se detendrían primero para reemplazar su provisión de agua en el pozo.

—Si continuamos la marcha les haremos perder el rastro al caer la tarde — dijo Coombes; y dirigiéndose a Magabul, gritó —: ¡Apártate del sendero en cuanto puedas; por aquí nos seguirán fácilmente!

Magabul miraba con atención los matorrales para orientarse. Durante cinco largos minutos continuó por la antigua senda de los esclavos. Luego torció hacia la izquierda, mientras en el aire estallaba una serie de explosiones intermitentes.

—Son las balas que arrojé al fuego — exclamó Coombes, sonriendo triunfalmente —. ¡No las tendrán por esta vez!

El eco distante de las balas al estallar se hizo de pronto un continuo repiqueteo. Parecía el rápido fuego de una división de fusileros, y Coombes se imaginaba a las balas volando en todas direcciones. Quizá alguna de ellas alcanzara a los *shiftas*.

—¡Los hemos vencido, Magabul!... ¡Adelante!...

* * *

Mientras Herbie Coombes y su partida corrían desesperadamente entre los matorrales, hundiéndose más y más entre las sombras del anochecer que caían sobre ellos, Crawford se apoyaba contra la pared de barro de la choza del telégrafo, en Manieka. Turner estaba junto a él, y ambos leían la primera parte de un largo y urgente mensaje que había llegado del Cuartel General.

Aparentemente, la aventura de Abdi Hammud con una ametralladora había despertado la actividad oficial en Nairobi y deseaban más informaciones. Pero si Hammud muerto había creado una tensa expectativa en el Cuartel General, de rechazo también había excitado los ánimos en el puesto avanzado del desierto.

La primera confirmación de esto la tuvo Crawford cuando Zía llegó corriendo hacia él. El vendaje de la herida que le hicieran en la refriega con Hammud estaba sostenido por el collar que habitualmente llevaba al cuello. La noche anterior había estado pensando mucho acerca de sí misma y de Bill Crawford, llegando a asombrosas conclusiones.

Respondió brevemente al saludo del militar, y cuando éste le preguntó por su herida, respondióle que estaba ya bien. Luego dijo:

—Bill: Chorny quiere comprar a Miriami.

—¿Comprar qué? — preguntó él asombrado.

—Ya sabes que Miriami es una de las viudas de Hammud — respondió Zía.

—¿Quieres decir que la está comprando para que sea su mujer? — preguntó Turner.

—Sí; compra una mujer cada año — respondió Zía. Y luego continuó —: No lo consentirás, ¿verdad, Bill?... Están ahora en el almacén discutiendo el precio.

Crawford la miró un instante en silencio, y luego le preguntó:

—¿Están los jefes allí?

Y cuando ella asintió con la cabeza, continuó:

—Bueno..., si es una viuda somali, puede ser comprada y vendida. Deberías saber eso.

—Pero Miriami odia a Chorny y, además, yo no quiero perder a mi criada... ¡Apúrate, Bill!; una vez que el dinero haya cambiado de mano será demasiado tarde.

—Si los jefes de la aldea han intervenido, yo no puedo hacer nada — murmuró él.

Creía, y también lo creían en el Cuartel General, que los nativos tenían derecho a resolver sus propios asuntos, y vivir sus propias vidas. Sus costumbres venían de muy antiguo y, aun cuando pudieran parecer extrañas, se ajustaban perfectamente a esos hombres también extraños.

A lo que parecía, Miriami, viuda ahora, estaba siendo vendida nuevamente a un hombre que la deseaba por esposa, de acuerdo a las costumbres locales, y eso era algo que sucedía de continuo. El hecho de que Zía la tuviera como criada no significaba nada. Si los jefes estaban satisfechos con la transacción, Crawford no tenía autoridad ninguna, excepto que deseara imponerla por la fuerza. Y esa no era, precisamente, la idea de Bill; sobre todo en tales momentos.

—Esa es cuestión de los jefes, Zía... Lo siento mucho, pero no puedo intervenir.

—¿Quieres decir que no harás nada? — preguntó ella con cierto asombro.

—Quiero decir que no puedo romper una tradición local e ir contra las leyes de este distrito... Te digo que lo siento mucho, Zía.

Por un instante ella quedóse contemplándolo y sus labios se curvaron en una extraña sonrisa. Estaba convencida de que una palabra de Bill hubiera arreglado el asunto en el acto, y tomaba la decisión del soldado como si fuera dirigida contra ella. Era esa una reacción puramente femenina, que no tenía nada que ver con la razón y el buen juicio.

—¡Está bien, Bill! — exclamó con acento de enojo.

El la miró mientras se alejaba, cruzándose con el telegrafista que llegaba con un nuevo mensaje. Turner echó una mirada al papel.

—Desean el número de serie del fusil — dijo.

Crawford no contestó. Estaba con sus pensamientos en Zía, que en ese momento se perdía de vista detrás de una cabaña.

—Es curioso cómo una mujer puede hacernos sentir incómodos en el cumplimiento del deber, ¿verdad, Bill? — dijo Turner.

—No comprende; pero no puedo ir e imponer mi voluntad solamente para hacerle un favor — murmuró Crawford —. Chorny está probablemente comprando a Miriami para vengarse de Zía.

—Es mejor no intervenir en estos asuntos — comentó Turner.

—Lo sé; pero, de todos modos, lo siento por Zía, y por Miriami también — dijo Crawford.

Y estiró la mano para tomar el mensaje mirando todavía hacia adelante, hacia la cabaña tras de la cual la muchacha se había ocultado a su vista.

Zía estaba en ese momento en un gran almacén lleno de cajones y de cueros, alumbrado por un par de lámparas de aceite. En un lado había un amplio mostrador de madera; tras él se hallaban unos cajones, a modo de estantes, con telas de colores llamativos, paquetes de té, de fruta seca, de jabón, etcétera. De las paredes colgaban sillas de camellos, campanas, utensilios para cocinar, lámparas, cuerdas, lanzas y camas de campaña. En un rincón veíanse numerosos sacos de cereales y dátiles.

Chorny hallábase recostado sobre el mostrador, frente a un viejo solami y dos jefes de la aldea. El somali era gordo y sucio, y estaba descalzo. En las comisuras de sus labios, el jugo de las hojas que masticaba constantemente había marcado dos sucias huellas de color oscuro. Tenía a Miriami de un brazo, mientras discutía con el mercader. La muchacha miraba a Chorny entre temerosa y resentida. Había llegado allí, llevada del brazo por su padre. Fué al pasar frente a la tienda de Abu Khali cuando Zía la había visto, comprendiendo lo que iba a suceder.

—¡Doy cien monedas! — exclamó Chorny.

—¡Doscientas monedas, cinco camellos y veinte cabras! — dijo el somali.

—¡Cien monedas! — exclamó Chorny sonriendo, seguro de sí mismo.

Hubo entonces un instante de silencio. Chor-

ny jamás pagaba más de cien monedas por una viuda somalí; es decir, unos veinte dólares. Pero como Miriami era sumamente atractiva, el viejo creía que esta vez sus pretensiones podrían aumentarse.

De pronto ella se soltó, corriendo hacia la puerta. El viejo saltó tras ella con toda rapidez, volviéndola hacia donde estaba Chorny.

—¡Doscientas monedas y cinco camellos!... ¡Ninguna cabra! —gritó en el momento en que llegaba Zía.

Los jefes la saludaron sonrientes. Ella acercóse al viejo somalí, y le gritó:

—¡No puedes vender a Miriami!

—Es una viuda, ahora —respondió el viejo.

—¡Si es dinero lo que deseas, la compraré yo!

—La venden para esposa, *memsaab;* no para esclava —dijo uno de los jefes.

Chorny miraba a Zía sonriendo como solía él hacerlo cuando se sabía dueño de la situación.

—¡Cien monedas! —exclamó.

—¡Doscientas monedas! —dijo el viejo.

—Ella no quiere ser la mujer de Chorny —dijo Zía, mientras miraba a Miriami.

Esta podía ser sucia y perezosa, pero había sido una buena criada para ella.

—Las viudas se venden como el ganado, *memsaab* —le contestó uno de los jefes.

—Uno vende y otro compra —dijo el otro jefe, gravemente—; nosotros vigilamos que la venta sea legal, *memsaab.*

El viejo, que era el padre de Miriami, había vendido ésta a Hammud. Y ahora que el gigante *shifta* había muerto la vendía nuevamente... Las viudas podían ser compradas y vendidas.

—¡Chorny, Miriami trabaja para mí! —exclamó Zía de pronto.

—Unicamente hasta la luna nueva —contestó Chorny, sonriendo. Y luego agregó una vez más:

—¡Cien monedas!

—¡Doscientas!

Chorny tomó un pequeño saco del mostrador y, arrojándolo frente al viejo, dijo:

—¡Cien monedas!... ¡Bas!...

Había hecho su oferta por última vez, y el viejo lo sabía. Vaciló un instante y luego aceptó:

—*Ee-yah!*

Y empujó a Miriami hacia el comprador.

Esta escapó de las manos de Chorny, huyendo hacia la puerta. El mercader no hizo ningún esfuerzo para seguirla; tomó el saco y, abriéndolo, volcó las monedas sobre el mostrador. Los jefes se pusieron de pie para vigilar que el pago se hiciera en debida forma. Luego, Chorny habló una vez más.

—Volveré para la luna nueva —dijo.

—Esto no puede quedar así. Iremos a ver al comisario —exclamó Zía.

—¡Vamos! —contestó Chorny sonriendo, seguro del triunfo.

Pero adonde se encaminó Zía fué a la choza de Alan Dewey. Ella —mujer al fin— estaba segura de que él la... apreciaba. Era su última carta. Dewey escuchó la queja de Zía, mientras Chorny se quedaba un tanto atrás.

—Lo siento, Zía, pero nosotros no podemos hacer nada —dijo con pesadumbre—. Sin embargo, iremos a ver a los jefes. Quizá consientan en cederte a Miriami.

Los jefes habían salido ya de la choza, y los encontraron en el camino, entre las rocas, junto al foso. Zía pidió, amenazó y rogó; pero aquéllos se mantuvieron inflexibles.

Entonces Zía, dando media vuelta y sin saludar a Dewey, fué hasta donde se hallaba Miriami, acurrucada en la arena, detrás de una cabaña. La muchacha temblaba.

—No quiero ser mujer de Chorny —murmuró.

Tomóse de los pies de Zía y luego la siguió hacia su casa, iluminada ahora por el sol que se elevaba en el horizonte.

—Luna nueva viene, el hombre me lleva —dijo Miriami.

Y como en ese momento Zía, al hacer un movimiento, dejara al descubierto el mango del pequeño puñal que siempre llevaba consigo, continuó:

—Me llevará..., no quiero ser su mujer... *¿Memsaah,* me da cuchillo?

—¡No!

—*Ee-yah!*... De alguna manera habrá un muerto en casa de Chorny —murmuró Miriami.

CAPITULO VII

Herbie Coombes apareció entre los matorrales, frente a una pequeña aldea que parecía desierta y silenciosa, bajo la cortina de agua que caía lentamente.

—*Hodi!* —gritó.

Luego continuó avanzando, ya que nadie había respondido a su llamado, y cuando se encontró ante una choza, dióse cuenta de que el lugar se hallaba completamente desierto.

—¡Han huído de los *shiftas!* —murmuró Magabul, acercándose a él, seguido de los tres áskaris.

Todas las chozas tenían muros de barro y techos de hojas de pal-

mera, por las cuales corría y goteaba la lluvia desde el amanecer.

Coombes se dirigió hacia una piel de cabra que colgaba de un muro y había sido llenada por el agua que goteaba del techo. Magabul examinó unas pisadas que se hallaban al pie de ese muro, y luego dijo en voz baja:

—*Bwana*... ¡Barissa!

Y señaló con la mano las impresiones de las pisadas.

—¿Habrá llegado hasta aquí? —preguntó Coombes sorprendido—; deberíamos haberle metido una bala en la cabeza.

Lavóse el rostro y los brazos con agua fresca de la piel de cabra, y luego se quedó contemplando a Magabul y los áskaris. Su uniforme chorreaba agua y estaba salpicado de barro, y en su semblante corrían las gotas de sudor mezcladas con las de la lluvia.

—¿Cuánto nos falta aún? —preguntó.

—Un día, *bwana* —contestó Magabul.

—Veinte millas entonces, ¿eh? —preguntó Coombes, como hablando consigo mismo.

Habían escapado de los *shiftas* durante la noche, cuarenta y ocho horas antes, y desde entonces no habían descubierto ningún indicio que indicara que los *shiftas* los perseguían. Esto intrigaba a Coombes, sabedor del instinto vengativo de aquellos salvajes. Habían seguido desde entonces la ruta de camellos de Ramu, encontrando en ella el rastro de Barissa. Evidentemente, el somalí se dirigía también a Manieka, y Coombes pensó que quizá trataría de comunicarse con Chorny para contarle lo ocurrido. El hombre había trabajado anteriormente para el mercader, y no sería imposible que Chorny lo empleara en el contrabando de armas.

Coombes refrescóse una vez más el rostro y luego se secó las manos restregándolas contra la camisa. De pronto se dió cuenta de que los cuatro hombres lo contemplaban con ansiedad.

—¿*Bwana*, partimos ahora? —preguntó Magabul.

Coombes recordó que desde el amanecer los áskaris habían tratado de apresurar la marcha. Como no hiciera ningún movimiento ni contestara, el sargento habló otra vez:

—*Bwana*, los toros negros corren... ¡Hay *habari!* —dijo bruscamente.

—Ustedes siempre están hablando del *habari* por una u otra razón —dijo Coombes, molesto. Y luego agregó:

—Primero comeremos.

Dirigióse hacia una de las chozas, y de repente recordó algo que lo hizo volverse y preguntar al sargento:

—¿Toros negros, has dicho?

—Tenemos *habari* desde el amanecer, *bwana* —contestó Magabul.

Mientras hablaba, uno de los áskaris emitió un sordo ruido con la garganta y luego los cuatro nativos permanecieron en tensa expectativa, aspirando el aire y escuchando. Coombes se quedó contemplándolos, no sin cierto asombro, a causa de que el *habari* había sido siempre un misterio para los blancos. Pensó que quizá estuvieran recibiendo algún mensaje en ese instante. Ninguno de ellos había desaparecido de su vista desde el amanecer y, sin embargo, el *habari* llegaba hasta ellos o, por lo menos, así lo afirmaban los nativos. Esperó un instante hasta que los hombres parecieron volver a la realidad del momento.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó impaciente.

—¡*Bwana*, los tambores empujan a los toros negros! —respondió Magabul, señalando hacia los matorrales en dirección al territorio de los *shiftas*.

Coombes escuchó a su vez. Al principio no pudo oír más que el ruido monótono de la lluvia; las gotas golpeando contra la tierra; los pequeños torrentes de agua deslizándose entre la arena húmeda; luego, muy distantes, oyó los tambores.

Una vez que sus oídos captaron el sonido, dióse cuenta de que los tambores eran golpeados en una forma irregular, de manera que el sonido llegaba como a borbotones, subiendo y bajando, pero sin cesar nunca.

—¡Lejos..., muy lejos, tambores, *bwana!* —murmuró Magabul.

—Después del río, *bwana* —agregó uno de los áskaris.

—¿Quieres decir que están de este lado del río? —preguntó Coombes.

—Lo sabemos desde el amanecer, *bwana* —dijo Magabul suavemente.

—Entonces, ¿por qué demonios no me lo avisaron antes? —exclamó Coombes con enojo —. ¡Malditos nativos, nunca le comunicarán un *habari* a los blancos si pueden evitarlo!

Hizo un violento gesto con la mano y luego, de pronto, exclamó:

—¡Ahora comprendo por qué no nos perseguían! ¡Van a atacar el puesto!

Dióse vuelta mirando hacia los matorrales, en dirección al río, aguzando el oído para tratar de percibir el batir de los tambores a través del ruido monótono de la lluvia. Luego consultó las nubes y comprendió que el viento soplaba del lado del puesto.

—Crawford no los oirá hasta que los tenga encima —murmuró a media voz. Y en seguida agregó:

—¡Magabul! ¡Tenemos que avisarle a *bwana mkubwa!* ¡Necesito un mensajero!

—No hay ningún hombre aquí... No hay corredores. La aldea está desierta.

Coombes escuchó una vez más; sentíase como desamparado, sin saber qué resolución tomar, cuando se le ocurrió una idea, y volviéndose hacia Magabul preguntóle:

—Si pueden ustedes recibir *habari*, pueden también enviarlo, ¿no es así?

Los nativos lo miraron con rostro inexpresivo. Y él entonces estalló con violencia:

—¡Envíen *habari!*, ¿quieren? ¡Digan que los toros negros corren delante de los tambores! ¡Digan que detengan a Barissa! ¡Y que se apresten para recibir a los *shiftas!* ¡Envíen *habari!*; ¡malditos sean!

Magabul y los tres áskaris parecían sordos y mudos. No había la menor expresión en sus semblantes, que parecían haberse petrificado. Cuatro pares de ojos contemplaban al hombre blanco como hipnotizados.

—¡No sé nada de eso que ustedes llaman *habari*, pero hagan algo para salvar a *bwana mkubwa!*...

Pero los hombres parecían sordos a todo efecto de oratoria.

De pronto, Coombes comenzó a quitarse el uniforme, comenzando por las correas. Tiró el salacot, la camisa, el cinturón y la cartuchera, arrojando todo en manos de Magabul, mientras exclamaba:

—¡Ten esto!... Fuí un buen corredor en el colegio, y si ustedes no quieren ir, iré yo mismo.

Arrojó uno tras otro en las manos de Magabul los binóculos, el compás y la cantimplora.

—Son veinte millas y es ya casi la hora del crepúsculo —murmuró—; pero debo hacerlas.

Luego, dirigiéndose a los hombres, ordenó:

—Diríjanse hacia el puesto lo más pronto que puedan.

Tuvo después un instante de vacilación y, luego, como decidiéndose, tomó nuevamente el cinturón con la cantimplora y el revólver y se lo colocó sobre la piel desnuda, ajustándolo fuertemente.

—No creo que estén entre yo y el puesto... Si es así, soy hombre perdido; pero de todos modos, vale la pena probar.

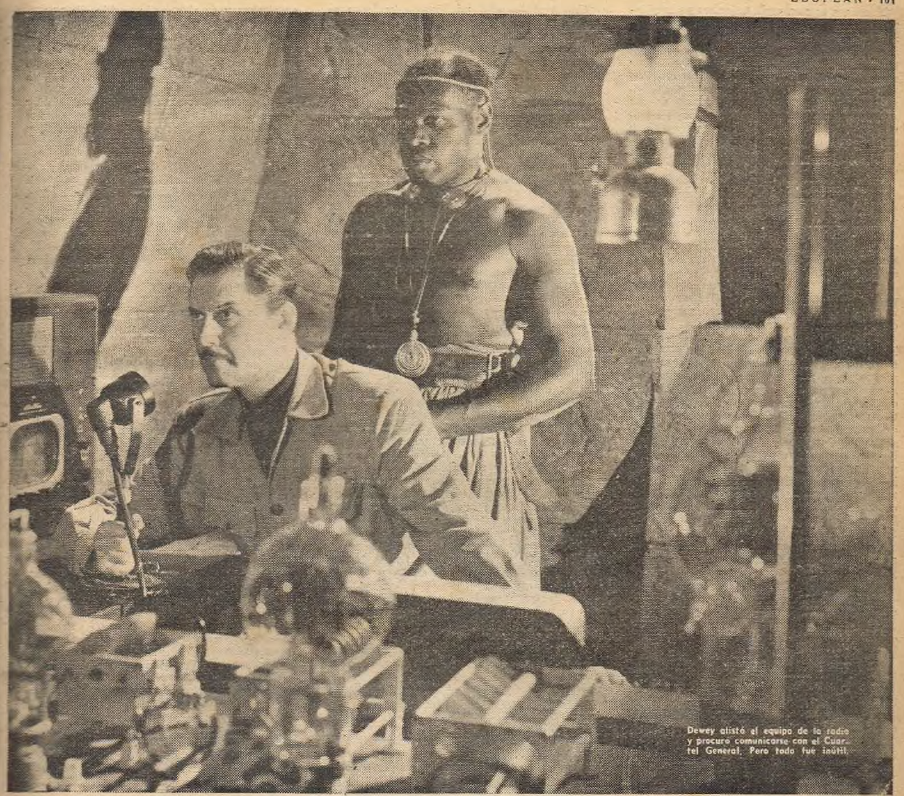
E inmediatamente echó a correr. Dió al principio algunos traspiés, hundiéndose en la arena. Luego colocó los brazos sobre el pecho y, afirmándose en el suelo húmedo, movió las piernas con ritmo acompasado, dirigiéndose directamente hacia donde el sol se hundía en el horizonte.

Los tres áskaris lo contemplaban asombrados mientras se perdía en la distancia y, cuando desapareció tras de una loma, Magabul encaminóse hasta una choza cercana, seguido por los áskaris. Sin pronunciar palabra, y como en mutuo acuerdo, los cuatro áskaris pusiéronse en cuclillas, formando un círculo, con las cabezas muy juntas. Permanecieron así un largo rato en silencio y, de pronto, comenzaron a balancear suavemente sus cabezas, todos a la vez, acercándose y alejándose. Al cabo de un instante, Magabul empezó a murmurar en lenguaje *swahili*:

—*Shifta shauri... Coombi kwanda... Shanzi kwanda...*

Y los nativos murmuraban con él.

Era una especie de letanía repetida una y otra vez con ritmo igual y monótono, que la usaban, más que como lenguaje, para concentrarse. Luego, sus voces subieron de tono y en seguida bajaron hasta hacerse casi un susurro. Continuaron así durante algunos minutos, has-


Dewey alistó el equipo de la radio y procuró comunicarse con el Cuartel General. Pero todo fué inútil.

ta que sus labios se movían sin exhalar sonido alguno.

De tal suerte, los hombres permanecieron durante mucho tiempo, pareciendo como si la vida hubiera abandonado sus cuerpos. Estaban sin noción del presente. Y en la aldea desierta y silenciosa parecían, más que cuatro seres, cuatro fantasmas.

* * *

El viento había desgarrado las nubes sobre el cielo de Manieka después de una mañana de lluvia. Desde el amanecer los nativos habían estado espiando hacia los matorrales en dirección al río.

Crawford sabía que habían tenido *habari* acerca de los *shiftas*, pero fuera lo que fuera, ellos mantenían el secreto. Las mujeres áskaris se ocultaban en sus chozas, hablando apenas, y con el aire de quien aguarda algo. Crawford había tratado de hacerlas hablar, pero sin resultado.

Había algo extraño y tenso en el ambiente, y cuando llegó la tarde, Crawford dedicóse a revisar los reductos, ya listos, y a los cuales había ordenado reforzar con un cerco de alambres de púa. Turner, por su parte, se ocupaba en arrancar los matorrales alrededor de ellos, para que el fuego no se propagara hasta allí al incendiar las chozas. Ambos estaban preocupados por la tardanza de Coombes, que se prolongaba ya más de un día.

Unicamente Dewey parecía indiferente a los acontecimientos. Había pasado toda la mañana en su choza, trabajando en una nueva fórmula cuyo producto fué un líquido oscuro y espeso, que depositó aparte en una botella. Más tarde, en la noche, experimentaría sus resultados.

Todos sus experimentos anteriores habían fallado, y tenía pocas esperanzas de que el nuevo tóxico fuera efectivo.

No era que hallara difícil matar una rata. Su dificultad consistía en descubrir un veneno rápido y eficaz que las matara en forma tal que sucumbieran con sólo oler el aire o ponerse en contacto con él.

En el fondo, a Dewey no le importaba absolutamente nada que la fórmula diera o no resultado. Ni siquiera se hallaba preocupado por el hecho de que los *shiftas* pudieran atacar el puesto esa noche. Tenía un sentido fatalista de las cosas que los acontecimientos iban llevando a una madurez perfecta, y dejaba que los problemas hallaran una solución natural y propia; sobre todo, tratándose de lo que no le concernía directamente. No tenía la menor idea de lo que podría sucederle, ni eso lo inquietaba.

Zía, por su parte, se hallaba sola en su casa. Estaba acodada en la mesa, con la mirada perdida en la lejanía, y pensaba. Frente a ella había, esparcidas, algunas flores que le enviara Dewey. Sabía que su propia vida constituía un problema, a causa de que era tan rica y se encontraba tan sola. Su alegría había desaparecido casi por completo, porque Crawford, aparentemente, no le prestaba atención. La esperanza que la llevara a Manieka habíase desvanecido ya, y ella estaba casi resignada y, en cierto modo, resuelta.

Turner, a su vez, tenía todos sus pensamientos concentrados en la lucha que se aproximaba, ya que ésa sería la primera vez que intervendría en un verdadero combate, y estaba ansioso por probar su valor y sus condiciones de militar. A primera vista, los reductos preparados por él parecían simples y débiles, pero no era así, porque estaban construídos de acuerdo a ciertos axiomas militares y, sobre todo, con el cuidado de quien había puesto en ellos el futuro de su carrera militar..., si en aquel puesto, avanzado y solitario, podía esperarse algún futuro.

Dewey se asombraba de que Crawford se tomara tantas molestias por el distrito. De todos modos, si los *shiftas* acababan con la aldea y arrasaban el puesto, el Cuartel General retiraría la guarnición y ya no habría por qué preocuparse de Manieka. Un jefe iría a cobrar los impuestos cada año, y la vida de los nativos seguiría su curso.

Pero Crawford veía las cosas desde otro punto de vista. Era lo que se dice un hombre *constructivo*, un hombre cuyo trabajo era construir, hacer, crear progreso.

Dewey pensaba que sería conveniente que Zía abandonara el puesto antes de que ocurriera algo, y pensó ir en busca de Crawford para hablar del asunto. Luego desistió de ello. Dirigióse hacia la choza de Zía con una pequeña caja de primeros auxilios bajo el brazo. Cada tarde iba allí a hacerle una cura. Al echar una mirada por el patio del puesto vió a dos áskaris que llevaban sendos cajones de bombas aéreas, para colocarlas en un lugar más protegido que la construcción en que se hallaban anteriormente. El y Turner habían tenido una discusión, la tarde anterior, acerca de la forma correcta de colocar el percutor. Dewey, que nunca había visto las bombas, se fué tras de los áskaris.

Diez minutos después Crawford lo halló sentado en la arena, ocupado en examinar la punta de una de las bombas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Escucha esto, Bill —le dijo, mientras movía suavemente el tornillo hacia la derecha. ¿Oyes ese clic?... Bueno, creo que esto resuelve el asunto. Ese ruido indica que la bomba se halla lista para disparar.

—Es mejor que dejes esas bombas tranquilas —murmuró Crawford.

—Ya las dejo; no quiero saber nada con ellas —respondió Dewey.

—Nunca he tenido valor para tocarlas —dijo Crawford riendo.

—¡Bah!, todo lo que necesitabas era un poco de ignorancia... Nunca las he visto explotar.

Colocó la bomba en su lugar y preguntó:

—¿No hay noticias de Herbie?

—Aun no.

—Espero que no le haya sucedido nada... Algo extraño ocurre en la aldea. Y he visto a Pindi que se preparaba para irse.

Hizo una seña hacia donde los nativos estaban haciendo paquetes y cargando dos camellos frente al almacén de Zía. Todos los demás almacenes estaban cerrados, excepto el de Chorny. Los comerciantes habían embalado todo lo que no pudieron vender, alejándose por el camino de Wajir. Pindi estaba cerrando la puerta de su almacén, sobre la cual clavaba un gran madero.

—He pensado que quizá Zía podría irse con él antes de que comiencen los disturbios —dijo Dewey.

—Creo que debe haber hecho arreglos en ese sentido —expresó Crawford, mirando hacia los almacenes.

—Bueno, ayer le he dicho algo al respecto, pero no me ha contestado nada —dijo Dewey.

—Hablaré con Pindi, y si me dice que ella no partirá con él, procuraré convencerla... Creo que tú también deberías irte —dijo Crawford.

—No..., no tengo deseos de alejarme de aquí.

Crawford lo miró un instante, y luego se encaminó hacia los almacenes. Al aproximarse, los nativos estaban poniendo los camellos de rodillas para montar en ellos, y Pindi daba a las cargas un último vistazo, para asegurarse de que se hallaban bien sujetas. Crawford observó también que todos los camelleros llevaban lanzas.

—Veo que nos deja, Pindi —dijo Crawford.

—Todos los mercaderes se han ido, excepto Chorny... Este lugar no es ya seguro —murmuró Pindi.

—¿Se va Zía con usted?

—No ha querido venir. Dos veces le he preguntado. Lo haré por tercera vez cuando le entregue las llaves del almacén.

—Démelas, yo se las daré —dijo Crawford.

—Tengo una familia en Nairobi... Si no, me quedaría con ella —respondió Pindi.

—No deseo que se quede en el puesto nadie que esté en disposición de irse — contestó Crawford con seriedad.

—Adiós, señor —dijo entonces Pindi.

—Adiós, Pindi —respondió Crawford.

El soldado no fué directamente a la casa de Zía. Regresó primero a su choza, echando, antes de entrar, una mirada en dirección al mercader que se alejaba ya montado en un gran camello. La caravana se dirigía hacia el sur, en dirección a la lejana civilización, que se hallaba a cientos de millas de distancia. Cuando se perdió entre los matorrales, a lo lejos, le pareció a Crawford que aquel pequeño puesto avanzado se hallaba más solitario que nunca.

Todo estaba en silencio en la casa de Zía. Miriami descansaba en la alcoba, cerca de una estrecha puerta que había allí. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, los brazos colgando sobre las rodillas. Permanecía inmóvil con la cabeza echada hacia adelante y los ojos abiertos.

Zía se hallaba delante de un espejo, mirándose la herida del hombro, que Dewey masajeaba suavemente.

—¿Cómo está hoy? —preguntó.

—Ya está perfectamente bien. Creo que no será necesario el vendaje, ahora.

—Gracias a ti —murmuró Zía.

—Ahora podré prestarle alguna atención a mis ratas. Creo que he descubierto un gran veneno.

—¿Un veneno nuevo? — le preguntó ella —; ¿y qué sucederá si tienes éxito esta vez?

—Morirán algunas ratas... Y quizá gane yo mucho dinero.

—¿Volverás entonces a Nueva York?

—¿Volver?..., no sé...

—Creo que no te importa ya volver o no — dijo Zía mirándolo atentamente.

—Bueno; para decir la verdad, no me importaría si no pudiera volver jamás.

—¿Por qué viniste aquí?

—¿Por qué?... Una mujer me dió calabazas... Me había quedado sin un centavo, cuando se me ocurrió esta idea de descubrir un raticida.

—¿La amabas?

—Creo que sí —murmuró él pensativo.

—¡Y abandonastes todo por ella!... ¿No crees que fué una tontería hacer eso por una mujer?

El no contestó y quedóse mirándola como si la viera por primera vez.

—Uno debe amar a la persona que lo ame — murmuró ella.

De pronto Dewey comenzó a pensar en lo que ella le estaba diciendo. En el mismo momento se le ocurrió que podría amarlo.

—Zía... ¿No querrías conocer Nueva York..., conocer el mundo, fuera de aquí?

—¿Conocerlo?... Sí..., pero tú y yo somos diferentes... Yo pertenezco a Africa.

—Africa..., el continente que no se olvida... Al cual hay que volver —murmuró él con una sonrisa escéptica.

—El continente que se prende para siempre en el alma y en el corazón — dijo ella.

El se quedó mirándola un instante. Sabía que la muchacha, tan primitiva en algunas cosas, era en otras muy inteligente. Y se dió cuenta de que, de esa manera, le había hecho comprender, muy gentilmente, que él y ella no podrían ir juntos jamás.

—Bueno, creo que tienes razón —dijo muy despacio.

En ese momento se aproximó Crawford, y Zía lo llamó:

—Entra, Bill.

—¡Hola, Bill! —dijo a su vez Dewey.

—¿Qué sucede? — preguntó Crawford, mirando a Miriami por sobre el hombro de Zía.

La cabeza de la muchacha pendía ahora entre sus rodillas, con el rostro tapado por los cabellos.

—¿Está enferma? — preguntó Dewey.

—No; creo que está disgustada... Mañana hay luna nueva y Chorny vendrá por ella.

—Lo siento, Zía — murmuró Crawford, por lo bajo.

Ella lo miró sin contestar, y luego llamó a la nativa.

—¡Miriami!

La muchacha no se movió, y entonces Zía llamó de nuevo, con más fuerza:

—¡Miriami!

Crawford se aproximó con curiosidad, mirando a la muchacha.

—¿No estará recibiendo *habari?* —preguntó.

—Es posible... Algunas veces se pone así... ¡Miriami!

La muchacha levantó la cabeza.

—¿Estás recibiendo *habari?*

Miriami se quedó contemplándola un tanto asustada, sin comprender al principio lo que Zía le preguntaba.

—¡No *habari*, no *habari, memsaab!* — respondió después.

—¡Estaba recibiendo *habari*, sin duda! — exclamó Crawford.

—Trataré de hacerle confesar de qué se trata —dijo Zía.

—¡Qué cosas raras y misteriosas tienen estos nativos! — dijo Dewey —. Bueno..., tengo que hacer con mis ratas. Hasta luego.

Crawford, entonces, echó sobre la mesa las llaves que le diera el mercader.

—Pindi me dió esto para ti...; acaba de irse —dijo.

—Gracias, Bill...; esperaba que vinieras a decirme que yo también debo alejarme de aquí.

—Tendremos disturbios antes de mucho... — comenzó a decir Crawford.

—Bill, no me iré, de todos modos — le interrumpió ella.

—¿Por qué no?

—Bueno..., te lo diré.

Alcanzó un paquete de cigarrillos y lo dejó sobre la mesa al alcance de Crawford, y sentándose sobre el diván a la usanza nativa, contempló al hombre por un instante, le sonrió, y luego comenzó a hablar:

—¿Conoces la piedra que hace de hito en la frontera, no es así, Bill?... ¿Has visto las inscripciones árabes en ella?

—Sí.

—Significan: "que Alá vele el sueño de mi buen amigo".

—Lo sé.

—Sí, lo sabes... Bien; Abu Khali trajo esa piedra desde las colinas, para que yo supiera adonde dirigirme.

—¿Para que tú supieras adonde dirigirte? — preguntó él, tratando de penetrar el sentido de sus palabras.

—Verás, Bill...; los *shiftas* enviaron tres toros negros contra mi padre. Está enterrado en la frontera, bajo esa piedra, desde antes que yo naciera.

—¡Esa es la tumba de Graham Fletcher! — murmuró Crawford poniéndose serio.

—Sí, Graham Fletcher. El primer hombre blanco que llegó aquí... ¡Mi padre!

Crawford abrió los ojos, asombrado, comprendiendo lo que ella le decía.

—Abu Khali era su amigo..., su mejor amigo. Fué por eso que cuidó de mi madre y, luego, de mí, cuando ella murió... Mi madre se llamaba Marietta Fiondella... Vino desde Milán para trabajar en el hospital de Lamu.

—¡Gran Dios!, siempre creí que Abu Khali era tu padre.

—Yo también lo creí por un tiempo... Abu Khali no me lo reveló hasta poco antes de morir, porque quería que lo amara como a un padre.

—¡Zía!..., esto es... ¿Pero no sabes que Graham Fletcher ha sido siempre algo como un héroe para mí? ¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Entonces, ¿es muy importante para ti saber quién era mi padre? —preguntó ella lentamente.

El no contestó. Y ambos quedaron contemplándose en silencio.

—Bueno; lo menos que puedo hacer es poner a salvo a la hija de mi héroe... Iré a buscar algunos camellos para que salgas inmediatamente —dijo él por último.

—No, no partiré.

—Yo soy el jefe aquí y te enviaré lejos, quieras o no quieras.

—Bill, no quiero irme, y no te he dicho aún por qué... He venido aquí porque tenía una especie de presentimiento hacia Manieka, algo así como un *habari* personal... He vivido tanto tiempo con los árabes en Lamu y con los nativos, que he llegado a creer algunas supersticiones... Siempre pensé que aquí encontraría a un hombre de corazón... Y creí que ese hombre eras tú.

—¿Y no lo crees ya?

—No, no lo creo ya, y por eso no deseo irme.

—No comprendo...

—La esperanza que siempre me ha alimentado no significa ya nada para mí... No tengo nada que me aliente en la vida... Si no hay para mí un corazón en el mundo, no me resta otra cosa que los nativos y esta tierra africana.

Hablaba sin pasión y con acento tranquilo, como si explicara algo que no le concerniera.

—Abu Khali acostumbraba a decirme: "El Destino está escrito, lo que Alá desea es el deseo de Alá"... Si debo morir, quiero morir aquí, donde murió mi padre.

—Pero Zía, si no te vas ahora...

—Creo que es tarde ya para irme, de todos modos —dijo ella—; hay un verdadero *habari*, ahora.

Crawford siguió la dirección de su mirada. Detrás de la puerta, cerca de la cocina de la casa, Miriami estaba sentada sobre una alfombra, próxima a dos mujeres de la aldea. Estas últimas estaban sobre el suelo, con las piernas cruzadas y la cabeza pendiendo entre las rodillas.

—¡*Memsaab*..., *memsaab!* —llamó Mariami suavemente.

Zía y Crawford se aproximaron en el momento en que una de las mujeres murmuraba:

—Un hombre viene... ¡Mal hombre!

—Viene solo —murmuró la otra mujer.

—*Memsaab*, Magabul envía *habari* —murmuró Miriami.

—*Bwana* Coombi corre —dijo la primera mujer.

—*Memsaab*, encontraron a los *shiftas*... Los tambores suenan, *memsaab*.

—Los tambores suenan detrás de los toros negros —murmuró una de las mujeres.

—Hay *habari*, *memsaab*..., *habari* para *bwana mkubwa* —dijo Miriami.

Y cuando volvieron de su letargo, las nativas dieron el *habari* a Crawford.

Un fuego ardía cerca de la frontera de las tierras de los *shiftas* y un hombre malo se aproximaba al puesto; el *bwana* Coombi corría solo en el desierto, entre los matorrales. Los ojos de las mujeres expresaban miedo y asombro cuando dijeron que los tambores de los *shiftas* estaban sonando *detrás* de los toros negros, dirigiéndolos en la noche para que nadie los viera llegar.

CAPITULO VIII

A la mañana siguiente, apenas apuntó el sol en el horizonte, Crawford hizo preparar un camello con provisiones, y ordenó a dos nativos que se alistaran para un *safari*. Deseaba a toda costa que Zía se alejara del puesto; sobre todo ahora que sabía que su padre era Graham Fletcher. Así se lo hizo saber a ella poco después, con palabras que casi encerraban una orden. Ella lo miró en silencio y no opuso resistencia. Poco después estaba ya pronta y, acompañada por el militar, fué a colocarse a la cabeza de la minúscula caravana. Pero estaba destinada a no partir. Apenas habían dado los primeros pasos en dirección a Moyella, llegó Dewey a la carrera, anunciando que los *shiftas* habían bloqueado todos los caminos.

Crawford, muy a pesar suyo, hubo de dar contraorden y consentir en que la muchacha se quedara.

En el puesto de Manieka había una actividad inusitada, a causa de la brujería de las mujeres que habían estado en la casa de Zía.

Tres áskaris armados montaban guardia en distintas direcciones, hacia el lado del río. Otros dos se hallaban constantemente tras de la ametralladora en el reducto especial que la contenía, mientras varios nativos llevaban allí todas las balas disponibles. El telégrafo no había dejado de funcionar un instante, transmitiendo mensaje tras mensaje. Algunos de los policías áskaris habían sido enviados en busca de "el hombre malo" que se acercaba al puesto.

Todo esto lo vió Chorny cuando abrió la puerta de su almacén. El sol de la mañana se derramó sobre el piso de su casa haciendo insoportable la atmósfera del lugar, casi instantáneamente.

El sudor corría bajo su camisa, y su rostro revelaba la estructura mongólica heredada de su padre ruso. Y si había sido alimentado por una madre turca, entonces ésta debía tener mucha sangre nativa en las venas, porque sus labios eran muy gruesos.

Chorny cerró la puerta y se dirigió hacia el mostrador, tras el cual había una pesada silla de montar de camello. Levantó el cuero y comenzó a coser bajo él una serie de paquetes chatos y alargados hechos con piel de cabra. Sus dedos largos y huesosos trabajaban rápidamente con la aguja, en el rayo de luz que entraba por la ventana, mientras, de cuando en cuando, echaba una mirada hacia la puerta trasera del almacén. Frente a ella, un camello se hallaba arrodillado en la arena, durmiendo apaciblemente. De pronto, un puñado de arena atravesó la ventana y fué a caer en el mostrador. Chorny se puso de pie y avanzó rápidamente en dirección a la puerta por donde en ese momento entraba Barissa.

Había perdido el turbante, y su camisa se hallaba desgarrada y húmeda, por haber estado corriendo continuamente bajo la lluvia. El lodo salpicaba sus piernas y su pecho, y formaba grandes costras sobre su piel.

—¡Por fin! — exclamó Chorny.

Barissa dirigióse tambaleando hacia un rincón donde colgaba un cuero lleno de agua fresca, y comenzó a refrescarse el rostro y los brazos.

—¿Qué me envían? — preguntó Chorny impaciente.

—¡Viene *bwana* Coombi! — dijo Barissa.

—¿Coombi viene? — preguntó Chorny sin comprender aún.

—¡Quemó los fusiles y las municiones!

—¿Coombi vió los fusiles? — preguntó Chorny asombrado.

—He venido a que me pagues... Pronto haremos un gran *safari* — exclamó Barissa estirando la mano.

Y como Chorny permaneciera inmóvil bajo la impresión de la sorpresa, el otro continuó:

—¡Vámonos, pronto! ¡Los toros negros corren ahora!... Los *shiftas* harán muchos muertos

De pronto, hubo un ruido de maderas rotas y, casi simultáneamente, la ventana y las dos puertas cedieron a un poderoso impulso exterior.

Por unos segundos los dos hombres se quedaron contemplando a Crawford, que, revólver en mano, aparecía en la puerta trasera. En la ventana y en la otra puerta, los policías nativos permanecían atentos con sus fusiles en la mano.

El rostro de Chorny se tornó blanco como la cera.

—Barissa, ¿eh? — preguntó Crawford avanzando —; antes trabajabas para Chorny y ahora lo haces para Lalji, en la costa. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Voy para mi aldea, *bwana mkubwa*.

—El *habari* dice otra cosa — murmuró Crawford entre dientes.

Otros dos policías nativos dieron vuelta a la esquina de la casa, apareciendo en la puerta delantera del almacén. Turner iba tras ellos.

Crawford guardó su revólver en la cartuchera. Avanzó hacia la silla de montar que se hallaba detrás del mostrador. Sus dedos encontraron pronto los paquetes cosidos debajo de la montura. De un tirón arrancó uno y lo arrojó sobre el mostrador.

—Mira, Roddy..., los *shiftas* pagan oro por sus fusiles — murmuró Crawford, cuando algunos granos amarillos se desparramaron sobre la negra superficie de madera.

—¡Lo he ganado con mi trabajo! — exclamó Chorny, con el temor pintado en su semblante.

—Sí, ya sé qué clase de trabajo — murmuró Turner.

Lalji, otro mercader de la costa, enviaba los fusiles que, sin duda, le eran enviados a su vez por los árabes. Barissa mediaba como intermediario entre aquél y Chorny, quien se encargaba de establecer contacto con los *shiftas*, posiblemente valiéndose de Abdi Hammud.

—Enciérralos a ambos en la prisión — dijo Crawford, mirando a Turner.

—¿Encerrarnos?, ¿por qué? No hemos hecho nada — protestó Chorny.

Los policías nativos se arrojaron sobre ellos. Barissa trató de escapar, pero fué detenido en seguida. Entonces comenzó a gritar aterrorizado:

—*¡Bwana mkubwa*, los *shiftas* vienen!... ¡Matarán a todos los hombres, aquí!... ¡Déjame ir!

Luego los policías los arrojaron fuera.

* * *

Crawford no halló nada en el almacén de Chorny, aparte de los paquetes con granos de oro, de los cuales había una docena. Unos cincuenta mil dólares. Una pequeña fortuna para un comerciante nativo.

—Bueno, por lo menos hemos terminado con el contrabando de armas — murmuró Crawford. Y luego continuó diciendo, con una sonrisa —: Ahora debemos ocuparnos enteramente de nuestro negocio con los *shiftas*.

Envió un mensaje a Nairobi prometiendo más noticias para cuando Herbie Coombes regresara.

El y Turner se ocupaban de los últimos detalles de la defensa del puesto, cuando encontraron a Dewey en la galería de la casa del primero.

Las alambradas de púa habían sido reforzadas en lo posible. Los reductos tenían un aspecto reconfortante. De paredes altas y gruesas, cada uno estaba provisto de una ración de agua, alimentos y balas. Los áskaris habían sido instruídos en su función y cada uno de ellos sabía lo que le aguardaba en la lucha: los *shiftas* debían ser vencidos a toda costa, o de lo contrario todos irían a hacer compañía a Kipsang.

En la casa de Crawford reinaba la tranquilidad y el silencio. En el puesto se montaban las guardias normales, y más allá de las alambradas había otras de auxilio en el borde exterior del foso. En la choza del telégrafo dos áskaris desempeñaban una doble función: enviando mensajes y cuidando los prisioneros.

Dewey estaba sentado al lado de la mesa. Tenía en su mano una gran pistola automática, y se entretenía en practicar con varios cargadores, cargándola y descargándola con rapidez.

Crawford habíase puesto su uniforme, y sobre un respaldo de la silla pendía el cinturón cartuchera lleno de balas, y el revólver recién limpiado por un áskari.

Turner, a su vez, se hallaba sentado al borde de la cama, en la galería. Llevaba también su uniforme y, como los demás, estaba muy ansioso por Coombes. El *habari* decía que éste corría solo entre los matorrales, y eso era algo muy incierto.

Desde donde se hallaba podía ver la huella por la cual Coombes debería llegar al puesto. El sol poniente se reflejaba ahora sobre las alambradas de púa, arrancándole chispazos rojos y amarillos, contra la negrura de los matorrales.

—Los *shiftas* llegarán en la oscuridad, como de costumbre — dijo Turner.

—Bueno; dentro de veinte minutos será de noche... Tú te encargarás de prender fuego a las chozas, Dewey.

—Sí, ya tengo dispuestas algunas latas de kerosene; Ibrahim me ayudará. Luego me dedicaré a atender a los heridos...; supongo que no debemos esperar ayuda de Pallini.

—Estará jugando a los naipes, posiblemente — contestó Crawford.

—Y esperando sus cañones — agregó Turner con una sonrisa

Crawford avanzó hacia la galería y se detuvo delante de Turner. Dewey deslizó su automática en el bolsillo, y se quedó mirando.

—Roddy, en el momento en que los *shiftas* ataquen, los telegrafistas avisarán a Meru, y éstos, a su vez, al Cuartel General. Espero que nos envíen dos o tres aeroplanos al amanecer — dijo Crawford.

—No podrán aterrizar aquí — contestó Turner.

—No, pero ametrallarán a los *shiftas* desde el aire, y eso ya es algo.

—Probablemente será ya demasiado tarde para nosotros.

De pronto, el sargento Kumakwa apareció en la galería a todo correr.

—*Bwana mkubwa!* — exclamó —; ¡viene *bwana* Coombi!

Los tres blancos se levantaron como un solo hombre, dirigiéndose apresuradamente hacia las alambradas en dirección al puente.

—¡Kumakwa, trae agua! — gritó Crawford.

Del otro lado de la aldea apareció Herbie Coombes trotando lentamente, cubierto de sudor y de polvo de pies a cabeza, y con el cuerpo lleno de espinas de los zarzales. Al alcanzar a sus amigos murmuró con voz ronca:

—Déjenme seguir... Si me detengo estoy perdido.

—¡Bien, muchacho! — exclamó Crawford pasándole una mano bajo el brazo, mientras Turner hacía lo mismo del otro lado.

Y así, sostenido casi en el aire por sus amigos, llegó Coombes a la galería de la casa de Crawford.

—He corrido desde la aldea de Takala —

murmuró con voz entrecortada —. Los *shiftas* deben estar ya muy cerca.

Luego les contó en breves palabras su aventura. El hallazgo de los fusiles, y les dijo que Barissa se aproximaba en busca de Chorny.

—Ya se ha juntado con él, y ambos están presos — dijo Turner.

Como antes el corredor nativo, Coombes permanecía de pie sostenido por Crawford y Turner, que aguantaban su peso. Kumakwa llegó con el agua, y Dewey comenzó a arrojarla por sobre la cabeza de Coombes, mojando su rostro, su pecho y su espalda. Coombes levantó la cabeza tratando de beber, mientras su cuerpo se estremecía bajo el contacto fresco del líquido. Finalmente le dieron un trago.

—Me alegro de haber llegado antes que los *shiftas* — murmuró entonces Coombes.

Dijo luego que había tratado de inducir a Magabul a que enviara un *habari*, y comenzó a dar detalles de su encuentro con los *shiftas*, cuando el sargento Kumakwa dió un grito de alerta.

—*Hei-i-i!*

A lo lejos, tres áskaris corrían a toda velocidad en dirección al puesto.

—¡Son nuestros centinelas avanzados! — exclamó Turner.

—Deben haber visto algo — agregó Crawford.

—¡Escuchen, escuchen! — exclamó Turner, tratando de contener el aliento —; ¡apuesto a que son los *shiftas!*

Los áskaris se llamaban unos a otros en la aldea, comunicándose la noticia de la llegada de *bwana* Coombi, y aunque los centinelas, al llegar, iban gritando, sus voces se perdían en la distancia.

El pequeño grupo de hombres blancos se mantenía alerta, tratando de captar algún ruido desde más allá de los corredores. Y al cabo de un instante oyeron un sordo batir de tambores.

—¡Son ellos!, ¡son ellos! — gritó Coombes con voz ahogada.

Todos escucharon aún un instante y, de pronto, Turner exclamó:

—¡Son ellos, Bill!

Y rió a carcajadas, excitado.

El rostro de Crawford estaba como esculpido en piedra. Era un soldado dispuesto a la acción. Dewey quedóse mirando hacia adelante.

—Sí, son ellos... Da la alarma, Roddy — dijo Crawford con voz fría. Y luego, dirigiéndose al sargento —: ¡Kumakwa, cierra la entrada de las alambradas! ¡Retiren el puente!

El sargento salió corriendo y Turner tras él.

—¡Dewey, lleva a Herbie hasta mi choza!; allí tendremos nuestro Cuartel General. Me reuniré con ustedes dentro de un instante — dijo Crawford hablando rápidamente.

Se alejó, mientras Dewey y Coombes caminaban en sentido contrario; el primero sosteniendo al segundo. En ese instante, el clarín comenzó a sonar en el fuerte, dando la alarma con una nota vibrante y repetida. En la choza de los áskaris levantóse, de pronto, un murmullo, mientras los hombres corrían a sus puestos. Las mujeres, los niños y las cabras, se ponían en lugar seguro, dentro de las alambradas.

Los ocho policías nativos formaron un solo grupo tras del sargento y de Turner, quienes, a la entrada de las alambradas, esperaban a Zía y a Miriami que llegaban a la carrera. Cuando éstas estuvieron en el puesto, comenzaron a cerrar rápidamente la única entrada existente. Luego, Turner comenzó a inspeccionar los reductos, mientras Crawford daba una vuelta al puesto y recorría las grutas, asegurándose de que todo estaba en orden. Cinco minutos después, el clarín dió un toque de alarma. Cada áskari se hallaba en su lugar, el fusil cargado y la bayoneta calada. Luego Crawford encontróse con Turner, en el reducto de la ametralladora.

—¡Todo en orden, Bill! — dijo éste.

—¡No dispares hasta que oigas el clarín! — exclamó Crawford mirando hacia los matorrales del otro lado de la aldea.

El sonido de los tambores se escuchaba ahora con claridad. El sol se había puesto, y el viento soplaba suavemente desde el este.

—No tardarán mucho, ya... — murmuró Crawford.

—Llegarán cuando la oscuridad sea completa — dijo Turner.

Aun cuando se mostraban serenos, los dos hombres estaban ansiosos a causa de sus soldados, porque sabían que los *shiftas* cargarían sobre el puesto con furia endemoniada. Y que dentro de una hora todo, allí, podría estar destrozado, y ellos muertos.

—Bueno; tengo que hablar con Herbie... Te veré después del ataque — murmuró Crawford.

Ambos se miraron un instante y luego se estrecharon las manos sonriendo.

—¡Buena suerte, Bill!

—¡Buena suerte, Roddy!

Luego Crawford se alejó hacia su choza, y Turner entró al reducto de la ametralladora.

Cuando Crawford llegó a la choza central del telégrafo, vió a las mujeres agrupadas allí, detrás de las barricadas. Chorny y Barissa miraban ansiosamente a través de una ventana, y el telegrafista estaba en su puesto aguardando órdenes.

Coombes estaba sentado sobre un cajón. En una mano tenía un vaso y en la otra un trozo de pan. Dewey le daba masajes en las piernas y Zía tenía en sus manos una botella de linimento, vertiendo, de cuando en cuando, unas gotas en las manos del neoyorquino.

—¿Oyes esos tambores, Bill?... Ya están cerca — murmuró Coombes.

—Sí... ¿Cómo te encuentras, Herbie?

—Me encuentro mejor — respondió éste, po-

niéndose de pie, apoyado en el hombro de Dewey.

—¿Crees que podrías hacerte cargo de uno de los reductos?

—No deseo otra cosa —murmuró Coombes.

—Yo estaré en otro, y Roddy se ha hecho cargo de la ametralladora. No quiero exponer mis hombres al primer ataque. Dejaremos a Roddy la tarea de contener a los *shiftas*. Si éstos logran atravesar las alambradas, nos retiraremos a este puesto. La señal será dos largos toques de clarín. Cada uno debe mantener su posición hasta entonces.

—Bien —dijo Coombes tomando su revólver.

—Dentro de unos instantes será de noche, Dewey... Toma tu puesto en la choza de los nativos.

—Está bien —murmuró Dewey saludando militarmente.

Desde la puerta, Crawford dióse vuelta para mirar a Zía.

—¡Por amor de Dios, no te expongas! —murmuró.

—No temas por mí, Bill —contestó ella.

Crawford la contempló aún un instante y luego salió rápidamente de la choza.

La sonrisa de Zia murió en sus labios, y dió un paso hacia adelante, pero en ese momento oyó que Miriami la llamaba.

—*Memsaab*..., ¡míralo! —murmuró la nativa sonriendo.

La luna nueva se alzaba ya en el horizonte, pero Chorny estaba encerrado y no podía reclamar a su mujer.

—*Ee-yah-h-h!* — cantó Miriami, burlándose de Chorny.

Entre los matorrales resonaban sordamente los tambores de los *shiftas*.

En previsión de lo que pudiera suceder, Crawford dispuso que se preparase una pequeña caravana con provisiones, para estar listos en caso de una retirada. Dewey fué encargado de ocultarla entre las grutas, lejos del posible campo de batalla. Zía, que conocía los contornos, le acompañó.

CAPITULO IX

Y llegó el último minuto de la tarde. Cuando triunfan las sombras, cuando muere el día.

El tiempo entre la caída de la tarde y la noche, en Manieka, era enlazado por unos breves minutos de luz difusa, durante los cuales las negras sombras nocturnas parecían alzarse, creciendo de entre los matorrales. Un nativo podía ver aún entre esas sombras. Un blanco, no.

El viento se aquietó, y todas las cosas parecieron morir por un instante. El ruido de los tambores *shiftas* se hizo más fuerte y más rápido, y con ellos llegaba ahora un murmullo indefinido. Eran cientos y cientos de hombres que corrían descalzos sobre la arena, entre las zarzas.

Turner se acurrucó instintivamente tras de su ametralladora y llevó la mano al gatillo. El sargento Kumakwa estaba tras él, y dos áskaris apuntaban sus fusiles por encima de las bolsas de arena del reducto. Ambos aparecían extrañamente calmos, porque sus rostros no reflejaban su tensión interior. Coombes y media docena de nativos estaban en un reducto avanzado, en el flanco de Turner. Sus hombres habían cobrado valor porque él estaba de vuelta, y todos hablaban animadamente. Ninguno de ellos, sin embargo, miraba hacia los matorrales.

En el reducto de Crawford había seis áskaris. Dicho reducto estaba situado en diagonal con el de Turner. A su lado se hallaba un nativo, clarín en mano. El blanco estaba de pie sobre un par de bolsas de arena, de tal modo que dominaba el puesto y las alambradas. Comprendía que los *shiftas* estaban en ese momento rodeando el puesto y que atacarían por todos lados a la vez.

En la choza del telégrafo, un áskari esperaba la señal, con la mano sobre el transmisor. Había establecido contacto con Meru y aguardaba el toque de clarín antes de enviar el aviso de que el ataque había comenzado. A cada lado de las chozas áskaris, Dewey e Ibrahim estaban sentados en sendas latas de kerosene, esperando también la señal del ataque. El sonido de los tambores se hallaba cada vez más cercano, y éstos resonaban cada vez con mayor fuerza.

De pronto comenzaron a resonar alocadamente y, en seguida, tres enormes toros negros emergieron de entre los matorrales.

Llegaron cubiertos de arena y de sangre, seguidos por media docena de *shiftas* que tocaban furiosamente los tambores. Enloquecidos por el ruido y atados cuerno con cuerno, cargaron contra las alambradas, mostrando en sus cuerpos las señales de los lanzazos de los salvajes *shiftas*. Luego doblaron a un lado y desaparecieron. De pronto, cesó el sonido de los tambores y los *shiftas* comenzaron a aparecer por todas partes.

—¡Corneta! —gritó Crawford.

El nativo llevóse el clarín a la boca y exhaló una clarinada limpia y vibrante, contestada por un segundo clarín del otro lado del puesto. Los *shiftas* corrían en grupos, gritando y saltando, y cada uno de ellos llevaba ramas de árboles, pieles de cabra y grandes hojas de palmera, formando las avanzadas del ataque *shifta*. Turner calculó con la vista el blanco que presentaban y comprendió, de pronto, que se había equivocado y que el fuego de los demás reductos no podría alcanzar a ese frente de los atacantes. Llegaron a las alambradas arrojando apresuradamente todo cuanto traían en la mano, tratando de formar un puente. Uno de cada seis *shiftas* tenía un fusil, y hacía fuego al avanzar. Los otros llevaban lanzas y corrían gritando y saltando.

Dewey derramó el kerosene sobre las paredes de las chozas y les prendió fuego con una antorcha. Las llamas se elevaron inmediatamente, iluminando la escena; mientras, del otro lado, Ibrahim cumplía idéntica tarea.

De improviso, la "Maxim" comenzó a vomitar plomo y llamas, y las armas de los fusileros iniciaron sus descargas intermitentes.

Dewey avanzaba con la antorcha aun en la mano cuando tropezó con el cajón que contenía sus ratas. Este cayó al suelo y los animales huyeron a la desbandada.

—¡Gracias por la visita! No me han dado tiempo para probar el último veneno —murmuró Dewey con una sonrisa.

* * *

Los *shiftas* eran una extraña mezcla de *habash* y *mereban*, desertores de todas las aldeas y de todas las tribus. Hasta ese momento, Crawford no los había visto nunca reunidos en tal número. En el primer choque de su asalto, procuró medir la fuerza de los atacantes, porque era algo que necesitaba saber. Unos cuatrocientos llegaban por cada costado del puesto, pudiéndose calcular en cerca de dos mil la suma total de los asaltantes. Entre ellos, como un parapeto entre la vida y la muerte, se hallaban tan sólo las alambradas. Y tras éstas la boca negra de la "Maxim".

La táctica de los *shiftas*, después del primer ataque en masa, consistía en constantes e intermitentes asaltos a los puntos donde creían hallar alguna debilidad. Atacaban en bandas, llenando el espacio de gritos y aullidos que se mezclaban con los ayes de agonía de los heridos. Oleadas de *habash* y *mereban* se estrellaban contra las alambradas una después de otra; pero los cuerpos, al quedar prendidos de los alambres, formaban una inesperada protección para los atacantes, permitiéndoles resguardarse tras ellos e intentar el salto.

El reducto de Turner soportaba el grueso del ataque, porque era el más próximo a las alambradas y se hallaba situado en dirección al río, es decir, en la dirección de la tierra de los *shiftas*. Crawford había calculado ya eso disponiendo allí la "Maxim", pero ni aun la ametralladora era capaz de contenerlos enteramente. Llegaban a las alambradas tratando de saltar el foso, y arrojaban con fuerza sus lanzas. Kumakwa y dos áskaris disparaban con con serenidad sobre esos hombres.

En el lado opuesto, Crawford controlaba el fuego de sus áskaris dentro del reducto, animándolos continuamente, con efecto maravilloso, pues los *shiftas* caían a montones. Dirigía el fuego, primero hacia un lado y luego hacia el otro, tratando de aniquilar los grupos más compactos.

En el reducto situado entre el de Crawford y el de Turner, Coombes se agitaba, animando a sus áskaris, que en ese momento contenían una gran oleada de enemigos.

En el cuarto reducto estaban los policías nativos. Mientras los áskaris disparaban con rapidez, éstos, que odiaban a los *shiftas*, no perdían tiro, pues apuntaban cuidadosamente antes de hacer fuego. Sus descargas eran siempre mortales, y alrededor de ellos se amontonaban los cadáveres, entre sacos de arena, cajones de provisiones y latas de gasolina.

El fuego habíase propagado ya a todas las chozas de los nativos arrojando espesas columnas de humo, y el ruido de la batalla iba *in crescendo*... Un ruido discordante y terrible, mezcla de gritos, ayes, disparos, órdenes



y alaridos...; gritos de triunfo y de dolor; de desesperación y de muerte.

Pero cada asalto debilitaba más y más las alambradas. Y algunos áskaris quedaban muertos, atravesados por las lanzas que arrojaban los *shiftas*. Estos llegaban en tal número que era imposible matarlos a todos, pues los hombres debían cargar, apuntar y disparar. Traspiraban copiosamente, y sus manos estaban casi ardiendo sobre los fusiles recalentados.

Crawford comprendió que los minutos que se acercaban eran los decisivos. O los *shiftas* se alejaban derrotados, o ellos serían vencidos.

Asomábase peligrosamente por encima de las bolsas de arena en su afán de dominar el campo de batalla. Al igual que todos, disparaba con un fusil sobre los *shiftas* y a cada disparo un salvaje caía muerto.

Turner, por su parte, mantenía la ametralladora en actividad, moviéndola rítmicamente de izquierda a derecha y de derecha a izquieda, y encogiéndose bajo las bolsas de arena para evitar las lanzas que llovían sobre él. De pronto la ametralladora cesó de disparar.

—¡Se atrancó! —exclamó Turner con desesperación.

Olvidándolo todo, se puso de pie para tratar de arreglar el desperfecto y, en ese momento, lo alcanzó un disparo.

Llevóse las manos al pecho y cayó de rodillas.

—¡Abajo, *bwana*, abajo! —gritó Kumakwa.

Los *shiftas* que llevaban lanzas comenzaron a arrojarle sus armas, al verlo de pie. Una de éstas se clavó contra una bolsa de arena y su aguda punta, apareciendo por el otro lado, alcanzó a Turner en el brazo. Kumakwa lo tomó entonces de los hombros y lo depositó en el suelo.

El sargento trató de examinar la herida, pero Turner había crispado su mano sobre ella y el nativo no lo pudo mover.

—¡No te ocupes de mí! —exclamó Turner—; ¡maneja la ametralladora!

—*Bwana!*...

—¡Obedece mis órdenes! —exclamó Turner con furia repentina.

Trató de ponerse de rodillas y dominar la debilidad que asalta siempre a un hombre herido.

Kumakwa arrancó de un tirón la cinta vacía de la ametralladora y la reemplazó por otra rápidamente, mientras los asaltantes volvían a la carga después de haber estado casi derrotados. En su mayoría eran *merehan*, a los cuales los nativos llamaban "hombres chacales", por su astucia. Atacaban a intervalos intermitentes, arrojándose al suelo cuando sentían el ruido de la ametralladora y deslizándose por la arena hacia las alambradas.

En su reducto, Coombes estaba cargando un fusil, cuando se dió cuenta de que la ametralladora había quedado silenciosa.

—¿Qué le sucederá a Roddy? —gritó con desesperación—; ¡sin la ametralladora estamos perdidos!

Y olvidando por un instante a los atacantes, miró hacia el reducto de Turner esperando que la "Maxim" volviera a entrar en acción.

Crawford no se había dado cuenta de que la ametralladora no disparaba. Los *shiftas* habían encendido algunas ramas frente a su reducto y las arrojaban por el aire tratando de incendiarlo. Finalmente algunas cayeron dentro. Las llamas se alzaron por doquier en seguida, e Ibrahim, que se hallaba cargando los fusiles, dió un grito de alarma.

El sirviente señalaba la parte trasera del reducto y Crawford al darse vuelta comprendió que la ametralladora había enmudecido. De pronto vió a Herbie que corría a través del patio hacia el reducto de Turner. Ibrahim gritó otra vez y Crawford vió entonces a Zia. Esta corría hacia él tratando de llamar su atención. Iba descalza.

—¡Roddy está herido! —exclamó al llegar junto a Crawford—; ¡la ametralladora está descompuesta!

—¡Podían haberte herido! —murmuró él ansiosamente.

—¡Bill, nos están venciendo!

De pronto, Crawford comprendió por qué Coombes se había arriesgado de esa manera. La alambrada de púa era asaltada por una gran banda de *merehan* en la parte de atrás del reducto de Turner, y en ese momento había cedido. Muchos *shiftas* pasaron por la abertura asaltando el reducto por el flanco.

—¡Los *shiftas* vienen!... ¿Doy la alarma, *bwana mkubwa*? —gritó el corneta.

—¡No!



Una partida de *shiftas* se vió obligada a rendirse, al ver que estaba copada. Había caído en una emboscada preparada por Pollini.

—¡Cortarán la retirada a Roddy! ¡Está muy mal herido, Bill! —exclamó Zía.

—¡No pierdas la cabeza! —gritó éste haciendo a la muchacha una seña de que se agachara, mientras observaba el campo de acción, planeando en su mente algún recurso desesperado.

Entretanto, los áskaris habían dominado el fuego.

Los *shiftas* habían destruído una parte de las alambradas, pero si Crawford tocaba retirada hacia la choza central, eso significaba que Turner y Coombes quedarían abandonados. Si, por otra parte, reunía a los áskaris de los demás reductos para lanzarlos al ataque, los *shiftas* destruirían la alambrada en la parte opuesta. La situación era en extremo desesperada. Además, peleando a la descubierta contra tantos enemigos, muchos de sus hombres quedarían muertos o heridos, y luego no le sería ya posible resistir ni en la choza que había elegido como último baluarte.

—¿Dónde está Dewey? — preguntó de pronto, pues habíasele ocurrido una idea repentina.

—Lo vi cruzar hacia el reducto de Roddy.

—¡Gran Dios! ¡Los tres allí!

Detúvose un momento mientras pensaba, y luego gritó, dirigiéndose a sus hombres:

—¡Ustedes defiéndanse aquí! ¡Corneta, venga conmigo!

Y luego, mirando a la muchacha, a la que oprimió un brazo, dijo:

—Es mejor que tú te quedes aquí, ahora, Zía.

Arrojó lejos su rifle y, saltando las bolsas de arena del reducto, echó a correr hacia la choza del telégrafo, doblándose todo lo posible, para evitar ser herido. El corneta saltó tras él, y unos pasos más atrás corrió también Ibrahim, siguiendo en pos de su amo.

Zía oyó a uno de los áskaris gritar algo en dialecto nativo, y antes de que tuviera tiempo de pensar en las palabras, la acción de los hombres le descubrió su significado: éstos disparaban sus fusiles para cubrir la carrera del *bwana*.

Los tres corrían ya a unos veinte metros del reducto cuando Zía deslizóse afuera, a su vez, y comenzó a seguirlos a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Oyó el silbido de las balas en el aire y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, arrojóse de bruces al suelo. Luego comenzó a arrastrarse, avanzando en zig-zag, como veía hacer a Ibrahim y al corneta, y pronto encontróse a salvo, protegida por las barricadas de la choza del telégrafo.

* * *

Al llegar junto a Crawford, éste se hallaba contorneando una roca, revólver en mano, para tratar de ganar la entrada de la choza sin ser visto por los *shiftas*. Echó una mirada a la muchacha y le alcanzó un revólver. Luego, ambos comenzaron a avanzar poco a poco. Temían una emboscada, pero los enemigos se hallaban ocupados en el reducto de Turner, y ambos pudieron llegar a la choza sin novedad.

Crawford había hecho saltar la tapa de uno de los cajones que se hallaban allí, y en el momento en que Zía entró, estaba ocupado en colocar el percutor de una de las bombas aéreas. A su lado, Ibrahim sostenía una lámpara de seguridad, alumbrándole.

—¿Qué vas a hacer? — preguntó Zía arrancando la lámpara de manos del criado.

—¡Voy a despejar de enemigos el reducto de Roddy!

—¿Te propones arrojar una de esas?...

—¡Las voy a arrojar todas si puedo hacerlo!

Había puesto al descubierto las cinco bombas que contenía el cajón, y trabajaba en ellas lo más rápidamente posible.

—¡Pero no podrás arrojarlas muy lejos! ¡No podrás escapar a la explosión! — exclamó ella con desmayado acento.

—¡Bastará con que pueda arrojar una sola lo suficientemente lejos como para echarme a tierra a tiempo! ¡Tengo que hacerlo!

La miró un instante y vió la ansiedad y el terror reflejado en los ojos de la muchacha, pues ésta había ya comprendido lo que Crawford se proponía hacer. Entonces, dijo lo primero que se le ocurrió, para impedir que ella hablara.

—El corneta tocará retirada, y entonces aprovecharé el momento para arrojar las bombas. ¡Es necesario salvarlos a los tres! ¡Dentro de poco será ya tarde!

Colocó el percutor de la última bomba y luego, tomando un trozo de cuerda, lo ató a una de las manijas del cajón, en tanto que Zía lo miraba hacer.

—¡Bill, eso es un suicidio! — exclamó ella, acongojada.

—¡Bueno, no me hagas vacilar ahora! — contestó él, procurando mantenerse sereno.

—¡No, no lo haré, Bill!

Entonces ambos se miraron mutuamente y entre ellos surgió algo que no había surgido hasta ese momento. El tiró de la cuerda para asegurar el nudo y, luego, tomándola un instante en sus brazos, dijo:

—Zía, quiero que sepas que para mí eres la mujer más hermosa de la tierra... Y lo sentiré mucho, si la suerte no me ayuda ahora...

—¡Mi *habari* privado se ha confirmado! — murmuró ella suspirando como si se hubiera quitado un gran peso del corazón.

—Ambos lo hemos descubierto un poco tarde, ¿verdad, Zía?

Sacó una bomba del cajón, tomándola cuidadosamente entre sus brazos, y se volvió una vez más hacia ella.

—¡Lo que Alá desea es el deseo de Alá! — murmuró Zía.

Olvidados por un momento del mundo y de la gran lucha que se desarrollaba en torno, ambos sonreían. Zía podía haber nacido en Lamu, y no haber conocido más que a un padrastro árabe, pero en sus venas corría la sangre de su raza. Sabía y comprendía que lo que estaba haciendo Crawford era lo único que podía hacer un militar y un hombre de honor.

—Te besaría, por primera y última vez... Pero no tenemos tiempo que perder — murmuró él.

Dióse vuelta y tomando la cuerda atada a la caja, movióse en dirección a la puerta, donde lo esperaban ya Ibrahim y el corneta.

—Arrojaré la bomba con todas mis fuerzas y luego me echaré de bruces al suelo... ¡Reza por mí! — dijo volviéndose hacia ella y sonriendo.

—¡Rezaré por ti, Bill! ¡Con toda mi alma! — dijo ella. Y su voz estaba plena de esperanza.

—¡Adiós!... ¡Cuídate! — exclamó él por última vez, y luego salió afuera, dando una orden al corneta.

—¡Da dos toques largos cuando yo empiece a correr!

Y luego, dirigiéndose a su criado:

—¿Vendrás conmigo, Ibrahim?

—¡Eres mi amo, *bwana mkubwa*..., y yo soy tu criado! — murmuró el *kikuyu*, tomando la cuerda.

—¡Entonces..., adelante! ¡Mantente cerca de mí!

Y Crawford echó a correr a través del patio del puesto convertido en un verdadero infierno, donde los ayes de dolor se mezclaban con los gritos de triunfo y las descargas cerradas de fusilería. El aire estaba cargado de humo y el olor a pólvora se metía por las narices, excitando a los combatientes que peleaban con denodado furor por una y otra parte. ¡Había que vencer o morir!

Tras él corrió a su vez Ibrahim arrastrando el cajón. El corneta llevóse el clarín a los labios y Zía asomóse por encima de las barricadas y gritó:

—¡Tira con todas tus fuerzas, Bill! ¡Oh!... tira con todas tus fuerzas!...

Pero él no la oyó porque el corneta estaba ya tocando retirada: una nota larga y luego otra.

Ella siguió a Crawford con la mirada, ansiosamente. Ibrahim lo seguía un poco más atrás perdiendo terreno a causa del peso del cajón. De pronto, al llegar a las chozas incendiadas, Ibrahim dió un traspiés, encogióse sobre sí mismo y cayó a tierra. Púsose de pie casi instantáneamente, dió un paso hacia adelante y volvió a caer. Por tercera vez se levantó, pero esta vez fué encogiéndose poco a poco, deslizándose a tierra con las manos engarrotadas sobre una pierna. Gritóle algo a Crawford, pero éste seguía adelante, no pudiendo oírlo a causa de la voz metálica del clarín que llamaba una y otra vez. El *kikuyu* estaba haciendo otro esfuerzo para incorporarse, cuando Zía llegó corriendo junto a él. Tomó la cuerda del cajón y le gritó, mientras seguía tras de Bill:

—¡Quédate ahí, Ibrahim!

El muchacho no podía ya seguir a su amo, y Zía se alegraba de que no hubiera nadie más que ella. El corneta seguía repitiendo su llamado.

Crawford estaba ya lejos, corriendo hacia el lugar donde los *shiftas* se amontonaban frente a las alambradas rotas. Una gran cantidad de ramas, hojas y zarzas les ayudaban a pasar por todas partes a la vez. La situación se hacía más desesperada por momentos, y en el reducto de Roddy los hombres disparaban sus armas sin descanso, procurando detener la avalancha que les venía encima.

Bill corrió aún unos metros más, rectamente hacia los atacantes, y luego se arrojó al suelo. Allí hizo girar hacia la derecha el percutor hasta que el clic característico le hizo comprender que estaba en disposición de estallar. Entonces púsose de pie nuevamente y dando una vuelta completa sobre sí mismo la arrojó al espacio, hacia adelante, apuntando al lugar donde los *shiftas* eran más numerosos. En ese momento Zía lo alcanzaba, agachándose tras él.

La bomba voló alto, iluminada por los reflejos de las llamas, y describiendo una gran parábola fué a caer en medio de los asaltantes, del otro lado del reducto.

El se arrojó al suelo con toda rapidez, y Zía alcanzó a ponerse de rodillas en el momento en que la bomba tocaba el suelo, explotando con terrible estruendo.

Una gran llamarada blanca con ribetes anaranjados iluminó plenamente la escena, mientras trozos de cuerpos, de armas, de ramas y de alambres se confundían en el aire con una gran cascada de arena y de fango. Del cono abierto surgió una espesa columna de humo.

Ella sintió el choque de la explosión, y oyó silbar los trozos de granada por sobre su cabeza. Luego un montón de arena la cegó por un instante, cubriendo su cuerpo y metiéndosele por los oídos y por los ojos.

—¡Dame otra! —gritó Crawford.

Habíase puesto de rodillas y observaba el efecto de la explosión. Ella tomó una bomba del cajón y se la alcanzó, doblándose bajo su peso, en el mismo instante en que él exclamaba impaciente:

—¡Dame otra, Ibrahim!

Ella se la colocó en las manos, y él, al darse vuelta instintivamente, quedóse contemplándola con asombro.

—¡Ibrahim está herido! — exclamó Zía a modo de explicación.

—¡Gran Dios, eres tú!

Y se quedó inmóvil un instante.

—¡Arroja la bomba, Bill! ¡Arrójala!

El se levantó entonces de un salto y corrió hacia adelante mientras hacía girar el percutor de la bomba. Ella, a su vez, tomó la cuerda y tiró de la caja, yendo tras él. Vió el profundo cráter que había abierto en la arena la primera bomba, y sus narices sintieron el olor acre del humo. Adelante, las sombras de los *shiftas* bai-

laban una danza macabra mientras éstos se movían de un lado a otro, aullando y saltando, en tanto que se preparaban para un nuevo ataque. Vistos a través del humo, e iluminados por las llamas, tenían un aspecto diabólico.

Entre ellos, algunos disparaban sus fusiles contra el reducto de Roddy, y Zía exhaló un grito al ver que un *habash* apuntaba a Bill en el momento en que arrojaba la segunda bomba.

La bala lo tocó en una pierna un instante antes de que la soltara, de modo que ésta se deslizó hacia un costado, perdiendo parte de su impulso. El se dió vuelta y retrocedió cojeando y saltando en un pie, tan rápidamente como le era posible.

—¡Esta fué corta! ¡Abajo..., abajo! —gritó con todas sus fuerzas.

Zía se echó de bruces al suelo, mientras él, deslizándose ya, con pies y manos, trataba de llegar hasta ella. En ese instante, retumbó la explosión, y la muchacha vió las espaldas de Crawford recortarse netamente sobre la llamarada mientras, de rodillas, él se cubría la cabeza con ambas manos. Una de las piernas arrastraba por tierra, porque la bala del *shifta* lo había alcanzado en la pantorrilla.

—¡Me tocó una esquirla! —oyó ella que exclamaba.

Y entonces, olvidándose de las balas, púsose de rodillas, ayudándole a deslizarse hacia un costado y acostarse en el suelo. En ese momento una lluvia de arena cayó sobre ambos:

—¡Estoy bien..., estoy bien! —repetía él.

Su voz era sorda, porque la esquirla lo había alcanzado en la cabeza. Luego, haciendo un esfuerzo, procuró ponerse de pie, y ella, entonces, tiró de él hacia abajo con todas sus fuerzas. Bill forcejeó por libertarse de sus manos, siguiendo el impulso de todo hombre herido y semiinconsciente de ponerse de pie. Ella luchó por retenerlo.

Vió la sangre que corría por su rostro, y le gritó algo con desesperación; pero él no la escuchaba. Luchando con él, frenéticamente, comenzó a llamar a gritos a Coombes. De pronto aparecieron varias figuras entre la humareda levantada por la bomba.

—¡Bill está herido!... ¡Herbie, Bill está herido! —gritó ella, entre lágrimas.

Coombes cargó hacia adelante; el sargento Kumakwa a su lado, mientras más atrás Dewey y un áskari sostenían a Turner.

—¡Gran Dios! —exclamó Coombes al llegar junto a ella, contemplándola asombrado.

Luego dirigió una mirada hacia Crawford, procurando ver la importancia de las heridas. Después inclinóse hacia adelante.

—¡Yo te ayudaré, Bill! ¡Vamos, arriba!

Y pasó un brazo por la cintura de Crawford, procurando ponerlo de pie. Zía corrió al otro costado, y Bill se incorporó con la ayuda de ambos. Por un momento pareció que iba a volver a caer, pero de pronto sacudió la cabeza y se irguió, mirando en derredor.

—¿Están todos a salvo, Herbie? —preguntó.

—¡Sí, todos! ¡Vamos..., pronto!

Iniciaron la marcha hacia la choza central, seguidos por los soldados áskaris que obedecían la orden del clarín y estaban ya cerca de ella, cuando Coombes dijo:

—¡Están dentro del puesto ahora, Bill!... ¡Han roto las alambradas! ¡Dentro de poco nos darán una carga en la choza!

—Llama al Cuartel General, Dewey. —¡Dile que nos envíen refuerzos tan pronto como puedan! —dijo Crawford.

El telégrafo había cesado de funcionar, pero Dewey alistó el equipo de reserva de la radio y procuró comunicarse con el Cuartel General. Pero todo fué inútil.

—¡Podremos contenerlos!... ¡Con las bombas! ¡Los haremos volar a todos! —gritó Crawford, entonces, con decisión.

Y de pronto, quién sabe por qué extraña paradoja, desde el fondo de su ser surgió esta exclamación incongruente, terrible en su significado, en medio de aquella espantosa hecatombe, entre muertos, heridos y ríos de sangre:

—¡Quién sabe si Pallini no estará ahora jugando a las cartas!

* * *

Pallini no estaba jugando a las cartas. Se hallaba apoyado contra una ventana, teniendo al inseparable Kuypen a su lado, y ambos miraban hacia el puesto de Crawford. El incendio de las chozas se reflejaba contra el cielo; las explosiones de las bombas, atenuadas por la distancia, dejaban ver pequeñas llamaradas de luz blanca.

En la puerta, el gigantesco sargento gesticulaba con ambas manos. A su lado se hallaba Magabul. Este último respiraba fatigosamente, porque había corrido muchas millas. Sin embargo encontró aliento para gritar:

—¡Son *shiftas*, *bwana!* ¡Muchos..., muchos *shiftas!*...

Cubierto de barro, de pies a cabeza, y con el fusil en la mano, presentaba un aspecto impresionante.

—¿Partimos, *bwana capitano?* —preguntó con impaciencia el sargento de Pallini.

—¡Esperen..., esperen!... ¡Hay que tener en cuenta las consideraciones internacionales! —gritó Pallini, mirando indeciso a Kuypen—. ¡No puedo cruzar la frontera con hombres armados!

Dirigióse hacia la mesa, donde había vasos de ginebra y un juego de cartas desparramado, aceitunas y cigarros, formando un apacible ambiente en el que ambos hombres habían estado entretenidos desde la caída de la tarde.

—Ni aun debería visitarlos, porque soy italiano y nuestros países están en guerra —dijo. Y luego continuó, en el mismo tono de indecisión—: Me han advertido que tenga mucho cuidado con lo que hago aquí. Aun cuando deseara ayudarlos, el hecho podría interpretarse como un acto hostil.

Miró por un instante al sargento y luego a Magabul, que esperaban a la puerta con la impaciencia pintada en el rostro.

—Si lo ignorara todo iría. Tendría después muchos heridos para explicar mi actitud, y hasta muertos, quizá... ¡Pero el Comisario me destituiría! ¡Y, sin embargo, son mis amigos!

—Quizá pueda ir yo... —murmuró Kuypen.

—¡No..., no..., no! ¿De qué valdría eso?

Dió media vuelta y de pronto, llegando hasta la imagen de la Virgen, murmuró retorciéndose las manos:

—*Santa Madre di Dio!*... ¿Qué debo hacer?

—Recuerde que Zía está allí —dijo, de pronto, Kuypen.

—¡Zía?... ¡Zía!... Gracias, Kuypen...; me recuerda usted que, ante todo, soy un caballero—. Encaminóse **rápidamente** hacia la puerta y llamando a su sargento exclamó—: ¡Dé la alarma!

—*Bwana capitano!* —saludó éste poniéndose rígido y brillándole los ojos de excitación.

—Debo cambiar de uniforme... ¡Vaya adelante con los hombres!... ¡Pronto!

Los áskaris estaban ya alerta y preparados, mirando con insistencia hacia el puesto de Crawford. En cinco minutos, el sargento había reunido ochenta hombres separándolos en cuatro grupos, cada uno de los cuales llevaba una ametralladora.

Pallini reunióse con ellos cuando comenzaban a atravesar el río con el agua hasta el pecho. El representante italiano había optado por dejar el uniforme, y estaba provisto de una gran pistola automática que balanceaba en su mano derecha como si se dispusiera a golpear a alguien con ella. Kuypen, tras él, estaba armado con dos revólveres.

Magabul dijo a Pallini, mientras marchaba a su lado, que si los *shiftas* eran empujados hacia el sudoeste, serían atrapados en un terreno pantanoso. Este último ordenó, entonces, a una partida de sus hombres que se deslizaran a lo largo del río, para cortar la retirada de los *shiftas*. Dió a otro grupo la orden de contornear el puesto y aparecer por su retaguardia, y entonces ordenó a los dos grupos restantes que lo siguieran, desplegándolos en semicírculo entre los matorrales, para el ataque.

En esos instantes, los áskaris se defendían luchando cuerpo a cuerpo entre las chozas incendiadas, de las que no quedaban ya más que humeantes cenizas, mientras los *shiftas* llevaban carga tras carga contra el reducto central, el único que se mantenía aún incólume. De pronto, Pallini oyó el estallido de las bombas, y vió que los asaltantes retrocedían en desorden en el instante en que ellos mismos llegaban a las alambradas de púa, ya deshechas, con el gigantesco sargento a la cabeza. Una descarga de fusilería y una cerrada lluvia de balas de las dos ametralladoras, cayeron de súbito sobre la retaguardia de los *shiftas*, quienes, ya desorganizados por la explosión de las bombas, no tardaron en desbandarse, completamente en derrota.

Pallini pasó por sobre los restos de las alambradas y llevó sus hombres al asalto final. Los *áskaris*, que habían contorneado el frente, cayeron sobre el flanco enemigo, mientras que del lado del río otra partida se hallaba emboscada apuntando su ametralladora hacia el lugar donde debería aparecer el enemigo en retirada.

Una partida de *shiftas* se vió obligada a rendirse, al ver que estaba copada.

Como un verdadero estratego, Pallini dirigió la maniobra, avanzando una media milla más allá del puesto, y volviéndose luego de flanco para empujar a los fugitivos hacia el sudoeste. En uno de los flancos se hallaba el sendero de las caravanas que conducía al río. La maniobra llevada a cabo de acuerdo a los dictámenes de la alta escuela, llenó de justo orgullo a Pallini, que continuó avanzando a través de los matorrales, empujando a los *shiftas* hacia donde se había propuesto. Los áskaris continuaron la persecución hasta llegar a los bordes del terreno pantanoso. Luego, Pallini les dió la voz de alto. Los *shiftas* estaban ya separados de su único camino de escape, por el lado del río, y se hallaban en terreno difícil para su característica manera de luchar. No podrían ir ni muy ligero ni muy lejos.

Pallini dejó al sargento, a cargo de sus hombres, con órdenes de vigilar la posición de los enemigos, en espera de la maniobra definitiva al amanecer.

* * *

En la choza del telégrafo, el transmisor, ya reparado, trabajaba febrilmente, enviando mensajes hacia el Cuartel General. El primero decía:

"*Shiftas* rechazados. Ayuda del representante italiano".

Los policías nativos, cinco hombres de los ocho que habían sido, custodiaban a los *shiftas* prisioneros, obligándoles a recoger sus propios muertos y heridos. Con ramas y hojas de palmeras, Dewey y Kuypen trabajaban limpiando la arena para disponer en ella a los heridos, no cesando en su labor hasta que quedaron completamente agotados por la fatiga. Zía trabajaba junto a ellos, improvisando vendas, llevando agua para todos y recitando versículos del Corán a los moribundos. Los áskaris rogaban a Alá en sus últimos momentos.

Sin anestesia y sin mayor práctica, un áskari que se ocupaba de los primeros auxilios extrajo una bala que había destrozado dos costillas, hundiéndose luego en el brazo de Turner. La bala había sido disparada por un fusil de caño liso, completamente diferente de los Wallicher-Benn.

El telégrafo seguía transmitiendo noticias: "Nuestros muertos alcanzan a once y los heridos a diecisiete. Han muerto unos ciento sesenta *shiftas*".

Más tarde le contestaron del Cuartel General:

"Enviaremos tres aviones de combate al amanecer, desde Nairobi."

Los mensajes continuaron viajando de un lado y de otro, hasta que una leve brisa que pasó por sobre el campo de batalla, empujando suavemente hacia el sur el humo que aun salía de las chozas incendiadas, indicó que se aproximaba el alba. El cielo se iluminó débilmente, tiñéndose de gris primero y luego de rojo, pero las sombras se acurrucaban aún contra las rotas alambradas, y contra los reductos medio derruídos, donde una indescriptible confusión, y también algunos cadáveres no retirados todavía, indicaban los lugares más recios de la lucha.

En la choza del telégrafo, de la que no quedaban ya más que dos paredes tambaleantes y un trozo de techo, Zía preparaba café, ayudada por Ibrahim, que cojeaba de su herida en la pierna.

La muchacha desfallecía de cansancio, pero había hallado tiempo para cambiar sus ropas típicas por un vestido de corte europeo, salvado casualmente de la destrucción. Los *shiftas* habían desmantelado completamente su casa, que quedaba fuera de las alambradas.

Herbie Coombes llegó hasta la choza y, sentándose en una lata de kerosene, recostóse contra un rincón, para erguirse en seguida al notar que la pared cedía bajo su peso. Entonces, se echó hacia adelante y apoyando los brazos en las rodillas permaneció con la cabeza gacha, exhausto y aniquilado. Kuypen se dejó caer sobre una silla medio quemada. Dewey se apoyaba en lo que había sido la puerta, mientras bebía lentamente su café, mirando el sol que aparecía en ese instante sobre el horizonte, arrojando sus ardientes rayos hacia la desolada escena. Suspiró profundamente porque el nuevo día lo encontraba aún con vida, en tanto que los *shiftas* yacían muertos a montones. Estos habían destruído la aldea, pero a cambio de una dura lección.

Turner estaba pálido, pero alegre, compartiendo con Crawford la agradable sensación de saber que el peligro había pasado ya. Veíase un gran vendaje en la cabeza de Crawford, y éste cojeaba penosamente al caminar, a causa de la herida en la pierna.

Pallini se hallaba estirado en una silla, mostrando en su rostro una sonrisa de complacencia mientras leía por tercera vez uno de los mensajes. Desde el Cuartel General habían pedido a Crawford que agradeciera oficialmente al representante italiano por su ayuda, agregando que su valerosa acción sería comunicada al Comisario en los términos más altamente elogiosos.

—Son muy amables... Mi Comisario comprenderá que ha sido una fortuna que yo no estuviera patrullando el territorio de los *shiftas* como me lo había ordenado... De todos modos, me alegro de no tener que ir ahora —dijo.

Rióse satisfecho, y luego preguntó:

—¿Cuándo llegarán los aviones?

—Pasará aún una hora larga antes de que aparezcan —respondió Turner.

—Los *shiftas* se rendirán en cuanto los vean volar por sobre sus cabezas —agregó Crawford.

—Tendrá usted, entonces, muchos prisioneros —murmuró Pallini.

—Ya he pensado la manera de utilizarlos... Hay mucho que reconstruir aquí... —contestó Crawford. Y luego agregó con energía—: Quiero abrir varios caminos en mi distrito, y después hay que formar un buen sistema de irrigación... Los del Cuartel General me decían que no podría hacerlo sin muchos trabajadores... ¡Bueno..., ahora los tengo!

—Es gracioso..., han venido a destruir el puesto y usted los obligará a construir la comarca entera —dijo Pallini sonriendo—. Bueno, ahora debe hacer construir un camino hasta mi fuerte, para que puedan venir a visitarme más a menudo.

Bostezó, desperezóse y, luego, mirando hacia el horizonte, exclamó:

—¡Ah!... ¡Aquí tenemos al sol!

Los otros miraron con él y vieron el sol que arrojaba ya sus rayos dentro de la choza, haciendo palidecer la luz de las lámparas, e iluminando el rostro de Zía, que en ese instante sonreía feliz a Crawford.

—¿Estás bien? —le preguntó con acento pausado.

Ella asintió con la cabeza y, luego, miró por sobre su hombro al ver llegar a Miriami. Esta llevaba un pote de madera en su mano y una pequeña calabaza. Sus labios estaban fuertemente apretados, y sus ojos, bajos y sombríos.

Acercóse lentamente hacia un rincón de la choza donde dos policías custodiaban a Chor-

ny. Crawford había recibido órdenes de enviarlo hacia el sur, tan pronto como le fuera posible.

—Chorny le ha ordenado que le lleve comida— dijo Zía a Bill, a modo de explicación.

La luna nueva había llegado, y bajo las leyes de los nativos, Miriami era ahora la esposa de Chorny. Estaba obligada a servirle, y hasta tendría que ir con él a Nairobi, cuando el mercader fuera conducido allí. Miriami lo sabía ya, porque el telegrafista había comentado la noticia.

Uno de los guardias sacudió a Chorny y éste abrió los ojos, que tenía semicerrados.

Entonces, Chorny se puso de pie, tomó la calabaza y bebió de un trago el agua que contenía. En seguida estiró la mano para tomar el pote de madera.

—¡Qué sucio traidor ese Chorny! — exclamó Pallini. Y en seguida, dirigiéndose a Crawford, dijo —: Siempre he dicho que los fusiles pasaban a través de su distrito, amigo Crawford.., ¡Ah!, ese hombre debería ser ahorcado en mi fuerte.

—¿Por qué? — le preguntó Crawford asombrado.

—Los fusiles eran pasados de contrabando al territorio de los *shiftas*, que está bajo mi jurisdicción...; y para el contrabando de armas no conozco otra pena que ésa. Tengo autoridad para hacerlo, mi querido amigo.

—Sí, pero nosotros lo hemos atrapado — — murmuró Crawford con una sonrisa.

—Puedo terminar el asunto con mucha rapidez y ahorrarles trabajo — contestó el representante italiano, sonriendo a su vez.

—¡Merece que lo fusilen! — exclamó Turner.

—Mi Comisario lo aprobaría completamente — dijo, a su vez, Pallini.

—Tengo que enviarlo a Nairobi. Desean interrogarlo allí — explicó Crawford —; en el Cuartel General creen que se ocultan actividades hostiles detrás del contrabando, y desean investigar el asunto.

—¿Actividades hostiles?... Espero que no se les ocurrirá pensar que mi país tiene algo que ver en esto — dijo Pallini, hablando despacio y mirando de frente a Crawford.

—Los fusiles eran de la marca Wallicher-Benn y esas armas sólo se fabrican en lo que antes era Checoeslovaquia — contestó Crawford en el mismo tono.

—Eso lo explica todo — dijo Pallini levantándose de su asiento y tendiendo a Zía su taza de café.

Esta la llenó, y en la choza hubo un breve instante de silencio, mientras cada cual se reconcentraba en sus propios pensamientos. En la quietud del amanecer muchas cosas se estaban resolviendo por gravitación propia de los acontecimientos. La gran lucha contra los *shiftas* había dejado sobre el puesto solitario e insignificante un algo de importancia y de atención, que lo iba a cambiar todo, resolviendo muchas cosas que parecían insolubles. Excepto, quizá, Pallini, todos los que habían salido con vida de la refriega, podían volver la vista atrás y regocijarse del giro que habían tomado los acontecimientos.

Kuypen podría arrancar a los prisioneros *shiftas* el secreto de la ubicación de las minas situadas en las colinas. Turner había sido herido en acción y, además del probable ascenso que eso significaba, había obtenido una valiosa experiencia, que le serviría de mucho en su futura vida de soldado. Herbie Coombes desarrollaría sus actividades en las esferas oficiales superiores, en virtud de la recomendación especial de Crawford.

Este último sabía que ahora podría iniciar y terminar en paz la labor constructiva que siempre había soñado para aquellas tierras, cuyo embrujo tenía metido en la sangre y en el corazón para siempre jamás. Zía había hallado, por fin, lo que la había impulsado hacia Manieka. Unicamente Dewey, al parecer, se encontraba otra vez en el punto de partida: Al final de un camino que había recorrido sin prisa, como quien no va a ninguna parte, y que lo dejaba ahora casi sin esperanzas. Fué él quien, mirando hacia el rincón donde estaban los policías nativos, exclamó de pronto:

—¡Bill, allí sucede algo!

Ambos policías se inclinaban sobre Chorny, mientras Barissa gritaba asustado.

—*Bwana mkubwa!* — llamó uno de los nativos.

Crawford se acercó rápidamente y vió a Chorny que, con las manos sobre el pecho y la garganta, permanecía inmóvil, con los ojos fijos y agrandados.

—¿Qué le sucede? — preguntó Crawford.

—¡Ella me dió algo! — exclamó Chorny señalando a Miriami, que retrocedió instintivamente.

Los ojos de la muchacha contemplaban como fascinados a su marido, mientras éste luchaba ya con los espasmos de la muerte.

Miriami pareció entonces volver en sí. Echó cándose a ella al recordar que su criada había prometido hacer un muerto en casa de Chorny —. ¿Qué le has dado? — y Zía apretó con fuerza el brazo de la nativa.

Pero la muchacha continuaba mirando a Chorny, sin proferir palabra. Los guardias sostenían ya al hombre que, poco a poco, se iba deslizando al suelo.

—¡Miriami!... ¿Qué le has dado?

Miriami pareció entoncer volver en sí. Echó una mirada en torno y vió a Zía, a Crawford, a Pallini, a Turner, a Dewey y a Kuypen que la rodeaban mirándola con expresión interrogativa. Ella, entonces, con ademán desafiante, sacó de entre sus ropas un pote vacío que tendió en silencio hacia su ama.

—¡Demonios!... ¡Mi veneno para las ratas! — exclamó Dewey al verlo —. ¡Se lo vertió en el agua!

—¡Bah!... No le hará nada, si no es más

que eso... —murmuró Turner sonriendo, mientras miraba hacia el rincón donde yacía el mercader.

—Puse jugo de *masika* en ese recipiente —dijo Dewey.

—¿Jugo de pasto húmedo de la estación? ¡Eso es mortal!... —exclamó Zía.

Chorny yacía en el suelo, y Coombes y los policías nativos lo contemplaban. Su respiración se hacía cada vez más débil y entrecortada.

—Ese jugo tiene una gran dosis de pilocarpina... ¡No hay nada que pueda salvarlo!...; ¡dentro de un instante estará muerto! —exclamó Coombes irguiéndose.

—Herbie, llévalo a la choza de primeros auxilios —dijo Crawford señalando hacia un espacio quemado, donde humeaban aún algunas maderas. Luego agregó—: Es conveniente que vayas con él, Dewey.

Los policías tomaron al hombre por los sobacos, levantándolo en peso, y se dirigieron inmediatamente hacia afuera, seguidos por Coombes y Dewey. Turner fué tras ellos caminando con dificultad.

—Nunca he visto lo que sucede cuando un hombre toma veneno —dijo Pallini, de pronto— ¡Kuypen..., tenemos que ver eso!...

—Probablemente se salvará —dijo Crawford dando un paso para seguirlos.

Zía lo tomó entonces de un brazo, y ambos permanecieron juntos viendo al grupo que se alejaba apresuradamente.

Miriami dió una vuelta en torno de su ama, y luego salió de la choza. Por el otro lado de la misma se deslizó Ibrahim, y ambos siguieron al cortejo desde lejos, tratando de echar un vistazo sobre Chorny.

—¿Ves eso? —pregunta Zía—; él gusta de Miriami.

—Ibrahim acostumbraba a cazar ratas para Dewey...; él sabía lo que había en el pote.

—Odia seguramente a Chorny —murmuró Zía.

Y cuando el grupo desapareció tras un reducto semiderruído, ella enlazó su brazo al de Bill.

—¿Quieres más café? —preguntóle.

Ambos entraron en la destartalada choza. Ella acercóse a la mesa, y luego, sonriendo apenas, miró a Crawford, que se había vuelto en dirección al grupo lejano, que aparecía entonces del otro lado del reducto.

—Olvídate de Chorny, Bill.

Y después de un instante agregó:

—Bill, ¿crees que habría tiempo, ahora, para hacer lo que no hiciste antes..., cuando arrojaste las bombas?...

El la miró y le sonrió. Acercóse a ella y le pasó los brazos por la cintura, atrayéndola contra su pecho.

—Zía..., ¿crees que podrá perdurar nuestra unión?... Quiero decir que tú y yo... Tú eres la mujer más rica de Africa...

—¿Y de qué vale aquí el dinero?... ¿Aquí donde tú quieres levantar un pueblo, y donde yo deseo quedarme?... No pensabas en eso, anoche... Aun estamos vivos y eso ya es algo... Si hubiera muerto..., ¿de qué me serviría el dinero?

Lo miró un instante a los ojos, y dijo, con una sonrisa triste:

—Abu Khali acostumbraba a decir que el destino está escrito.

El le estrechó la mano, y mientras ella se apretaba contra su pecho, pensó un instante en aquella descolorida fotografía de un hombre blanco parado entre un grupo de nativos. El único recuerdo del héroe que siempre había admirado.

—¿No crees que has perdido ya mucho tiempo, Bill? —preguntó ella a media voz.

El la contempló entonces un instante y dijo:

—¡Tú sí tienes un gran corazón!...

Inclinóse para besarla, pero ella lo apartó suavemente al ver aproximarse a alguien.

Era Dewey que, al llegar a lo que había sido la puerta, volvióse y contempló el puesto con aire pensativo.

—No tenía nada que hacer allá —dijo para explicar su regreso. Y al cabo de un momento de silencio agregó—: Analizaré ese jugo de *masika*...

Y acercándose a la mesa, llenó una taza de café.

—¿Cómo está Chorny? —preguntóle Bill.

—¿Chorny?... ¡Bah!... Ha muerto —respondió Dewey, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¿Quieres decir que se ha quedado frío tan pronto?...

Dewey asintió con la cabeza, y Crawford sintió en su mano el contacto de los dedos de Zía. Sabía él lo que ella estaba pensando, y el soldado, a su vez, decidió no intentar nada contra Miriami... o contra Ibrahim. Las cosas deberían quedar como estaban...; era otro asunto que se había resuelto por sí mismo...

—¡Ese es el veneno que andaba buscando, Bill! —dijo de pronto Dewey.

—¡Cómo!... ¿El veneno para las ratas? —preguntó Zía.

—Eso es. Chorny ha probado que es efectivo... Si mata a un hombre, con mayor razón matará a una rata.

Y de pronto, pasándose las manos por los cabellos, agregó:

—¡Caramba..., puedo volver a Nueva York!

Pero su tono era indeciso, y en sus palabras no había convicción ni alegría.

De pronto comprendió todo lo que eso significaba, y una amplia sonrisa apareció en su rostro. Dirigióse hacia afuera de la choza, completamente olvidado de la presencia de sus amigos y murmurando entre dientes:

—El pasto crece por doquier... Cultivarlo y sacar el jugo...; millones... Puedo volver a casa.

Alzó el rostro y viendo a Zía y a Bill que lo contemplaban sonriendo, repitió alegremente y en voz alta:

—¡Sí..., puedo volver a la civilización...; a mi casa..., a Nueva York!...

Quedóse un instante pensativo y agregó:

—Ustedes me han tratado muy bien, y yo los aprecio mucho... a todos ustedes..., pero este no es mi lugar..., yo no pertenezco al desierto..., soy extraño a este escenario... ¡Puedes guardarte tus *shiftas*, tus insectos y tus matorrales, Bill! Yo regresaré a mi casa, y dentro de poco seré millonario...

Y, mirando en torno, continuó diciendo con convicción:

—¡Sí..., yo soy el hombre que desafía el embrujo de Africa!... ¡No volveré!...

Luego salió a la luz del sol.

Un lagarto se deslizó entre las matas, y a la distancia sonó clara y cristalina la campana que pendía del cuello de un camello. El hombre que desafiaba el embrujo de la ardiente tierra africana dióse vuelta y miró en torno, indeciso.

Zía y Bill, tomados de la mano y con el sol a sus espaldas, lo vieron alejarse. Luego volvieron los ojos hacia ellos mismos, contemplándose en silencio.

Allí, erguidos en medio de aquel panorama de ruinas humeantes, de despojos y de cadáveres, parecían un himno ardiente de vida y de amor.

Ambos sabían, desde el fondo de sus corazones, que aquella tierra africana estaba para siempre en sus venas. Ninguno de los dos podría dejarla jamás...

★ FIN DE "CUANDO MUERE EL DIA" ★



Zia y Bill, erguidos en medio de aquel panorama, parecían un himno ardiente de vida y de amor. Cesado el fragor de la lucha, una nueva era renacía para ambos.

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

EL NOMBRE ESCRITO EN LA FRENTE

Presentada a un amigo una tira de papel, se le pide que la coloque sobre su frente, sosteniéndola con la mano izquierda (también se puede sujetar con ayuda de un hilo); una vez la tira de papel en el sitio indicado, decid a quien quiera hacer la prueba que cierre los ojos y que escriba en dicha banda una palabra cualquiera, su nombre, por ejemplo.

De diez veces, nueve se verá que el escribiente traza su nombre al revés, es decir de izquierda a derecha. Tal movimiento es instintivo; mas lo divertido del experimento consiste en los momentos de duda por que pasará el que quiere escribir sobre su frente, no sabiendo por qué parte del papel debe comenzar a trazar las letras.

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

1.—Relación de lo tratado en una junta.
5.—Género de insectos hemípteros de Europa, que comprende ciertas chinches de agua.
9.—Rey de Lidia, célebre por su fortuna.
11.—Género de mamíferos prosimios de la India y Ceilán.
12.—Nota de la escala diatónica.
13.—Célebre físico americano, inventor de numerosos aparatos eléctricos.
16.—Arbusto de la China.
17.—Nombre de una consonante.
19.—Medida agraria.
20.—Forma larval de ciertos crustáceos.
21.—Dueña de casa.
23.—Número uno en las barajas.
24.—Gatillo de un arma de fuego.
25.—Ofidio de gran tamaño.
27.—Emperador romano en el año 69.
29.—Maltratar, deslucir.
31.—Locución latina que significa así.
32.—Hermano del padre o de la madre.
33.—Iniciales del nombre y apellido de un sabio español, y uno de los primeros propagandistas de las ideas republicanas en España.
35.—Pronombre personal.
37.—Cada uno de los maderos oblicuos que forman un cuchillo de armadura.
38.—Sitio poblado de árboles en riberas o vegas.
40.—Sonido agradable.
42.—Contracción de preposición y artículo.
43.—Género de umbelíferas de Europa.
45.—Artículo.
46.—Compendiar, abreviar una materia.
48.—Varilla que se pone a los lados del carro.
50.—Aversión que se experimenta hacia una persona o una cosa.
51.—Rey de Israel (928 a 917 a. de J. C.); construyó a Samaria y fué padre de Acab.

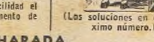
VERTICALES

1.—De sabor amargo y desagradable.
2.—Nata de la leche cruda.
3.—Dativo o acusativo del pronombre personal de segunda persona, en ambos géneros y en número singular.
4.—Exponga al fuego un manjar crudo para hacerlo comestible.
5.—Impar.
6.—Terminación de los verbos de segunda conjugación.
7.—Género de reptiles ofidios no venenosos, que alcanzan hasta ocho metros de longitud.
8.—Componga, adorne, limpie.
10.—Poema del género lírico, compuesto de estrofas iguales.
11.—Especie de prólogo de las obras dramáticas antiguas.
14.—Rabia, enojo.
15.—Masa cerebral.
18.—Embelesar, engañar.
20.—Palos altos que se usan para andar sin mojarse los pies en los sitios pantanosos.
22.—Especie de maleficio.
24.—Cabecera del partido de la provincia de Málaga.
26.—Voz germana que significa agua.
28.—Iniciales del nombre y apellido de un casuista de la compañía de Jesús, nacido en Córdoba en 1550 y muerto en Granada en 1610.
30.—Corriente de agua bastante considerable que desemboca en el mar (plural).
32.—Declive del paramento de un muro o del suelo.
34.—Sujete, amarre.
36.—Casa antigua, cuna de una familia noble.
37.—Puntada larga que se da a la ropa.
38.—Existir.
39.—Agua de mar o de río, agitada violentamente por el viento.
41.—Especie de liquen usado como yesca.
43.—Labiérnago, planta oleácea de Europa.
44.—Nombre de dos cadenas de montañas, una en Misia (Asia Menor) y otra en Creta.
47.—Nota de la escala diatónica.
49.—Iniciales del nombre y apellido de un cronista catalán, cuya obra inspiró la "Expedición de catalanes y aragoneses", de Moncada.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

11500IDO

Las precedentes letras y números constituyen un jeroglífico. Sepárense bien y se podrá leer con mucha facilidad el nombre de un antiguo instrumento de música.



(Las soluciones en el próximo número.)

CHARADA

—¿Y cómo tiene tanto dinero? ¿A qué lo ha ganado, si es un *primera-tercera*?

—Al *primera*.

—Con ese capitalazo, ese *cuarta-tercera* es capaz de aspirar a un *segunda-tercera*.

(La solución en el próximo número).

PROBLEMA: UNA PISTA EXTRA

Los indios de la América del Norte, sioux, comanches, etc., tienen justa fama de conocer por las huellas del camino si éstas son de un amigo o de un enemigo, y siguen su pista sin equivocarse nunca.

Quizá alguno de nuestros lectores pueda competir en lo del conocimiento de las huellas con los mismísimos pieles rojas, si tiene un poco de paciencia y de ingenio.

Se trata de un hombre que se ha fugado con un niño, y, para despistar a sus perseguidores, ha cambiado varias veces en el camino de medios de locomoción, deteniéndose en varios puntos, que se indican con números en el grabado.

La cuestión es, únicamente, referir, examinando las diferentes clases de huellas, desde el punto 1 al 7, las peripecias, los vehículos y todo lo que sucedió en el camino al fugitivo y al niño.

No hay que decir que quien resuelva el problema con exactitud puede considerarse con justicia todo un detective en potencia.

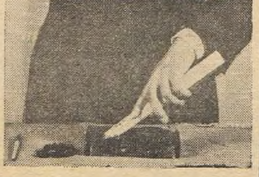
(La solución en el próximo número).

TINTA QUE NO MANCHA

Hace falta un tintero grande y de boca ancha. Se introduce en él una hoja de papel, arrollado en forma de cilindro, y se retira completamente manchado; lo cual no representa novedad de ninguna clase.

Para volver a llenar el tintero se toma una botella de tinta y se vierte el líquido en aquél; lo que tampoco representa novedad. Pero al introducir otro papel como el primero, y sacarlo de nuevo, se verá que no ha sido manchado, y esto ya es menos vulgar.

No hay que decir que la botella no contiene tinta, y que, por el contrario, está bien seca en su interior. Lo que se vierte es colofonia, finamente pulverizada, la cual, formando una capa sobre el líquido negro, protegerá al cilindro de papel, impidiendo que se ponga en contacto con la tinta.



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA: "¿QUE ANIMAL ES?"

Recortados los pedacitos de papel y colocándolos sobre el cuadrado negro, se forma la silueta de un elefante.

En el grabado puede verse la colocación de los recortes para obtener el animal que se buscaba.



DEL PROBLEMA: "LA TABAQUERA MISTERIOSA"

Este sencillísimo problema tiene varias soluciones exactas. He aquí dos de ellas:

Como se ve, sólo hay diez y ocho puros, la mitad de los treinta y seis que el amo de la tabaquera colocó en ella, y a pesar de eso se pueden contar nueve en cada lado de la caja.



DE LOS "JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"

ODA
POLIGONO
VENENO


Bellas Piernas
En Todas Partes
con
"POLVERILLOS"
COLOR SOLEADO (OBSCURO)
SEÑORA, SEÑORITA: Surge ahora una nueva moda que viene a resolver económicamente el problema de las medias; todas las bellas mujeres, en Londres, Nueva York y toda América, lo usan para la Calle, para los Deportes y para el Veraneo.
Por eso, para sus piernas, "POLVERILLOS" color SOLEADO (obscuro) será la media invisible que deberá imponerse para el año 1942. ¡Adóptela!... Dura más que un par de medias.
UN CUARTO DE LITRO, podrá obtener instantáneamente con la ventaja que lo prepará Vd. misma, de acuerdo a las sencillas instrucciones del prospecto de la crema liquida "POLVERILLOS" color SOLEADO (obscuro), para casi tres meses de uso.
PARA EL CUTIS, en tres tonos: Color ESMALTADO (blanco); Color MATEADO (Rachel); Color SOLEADO (obscuro).
¡NO VACILE! Haga la prueba. Sea Moderna. Será hermosa y admirada.
APLIQUE A SUS PIERNAS EL SOLEADO (Obscuro) DE LA CREMA LIQUIDA "POLVERILLOS"
AM PAZ
MADAME BERARD, experta en belleza, ofrece una demostración "gratis" en sus Laboratorios: Tucumán 637 - Bs. Aires
VD. PODRA sustituir a las medias con una aplicación suave e inofensiva de la crema instantánea "POLVERILLOS" color SOLEADO (Obscuro). Sus piernas lucirán una media invisible que sustituirá la más fina malla. CUESTA SOLO,
$ 2.00
¡AHORA! MEDIAS en FRASCOS ES MAS ECONOMICO
CREMA LIQUIDA INSTANTANEA
"POLVERILLOS"
Color SOLEADO (obscuro)
En venta en todas las buenas Farmacias y principales Perfumerías del país.
No acepte sustitutos. Exíjalo en su localidad donde Vd. efectúa sus compras.
Lo venden también las Droguerías al por mayor y la Farmacia FRANCO INGLESA. - Buenos Aires.
Si en su localidad no consigue "POLVERILLOS" color SOLEADO (obscuro), solicítelo Contra Reembolso Postal a Laboratorios
MADAME BERARD
TUCUMAN 637
Buenos Aires.



Salus
el mejor copetín
Y es verdad: es el mejor copetín, porque además de apagar la sed y suprimir la fatiga, estimula el apetito, predispone a la buena digestión y enciende el optimismo en el espíritu.
SALUS ahonda la ternura de la vida familiar y su fragancia generosa, hace del mate un centro de simpatía, a cuyo alrededor la amistad teje sus charlas cordiales.
Bajo su copete de espuma apretada y fragante, en todos los lugares y en todas las horas del día, SALUS conquista al buen matero, en un derroche de vigor y de pureza.
En te-mate helado, SALUS es el más delicioso, sano y económico de los refrescos.
¡VIVA LA PATRIA!
YERBA
SALUS
MACKINNON & COELHO LTDA. COMPAÑIA YERBATERA S. A.
Victoria 2666
Buenos Aires
YERBA MATE
SALUS
MACKINNON Y COELHO LTD
EL PABELLON CUBRE LA MERCADERIA